

ROBERTO ALHAMBRA

LA ALIANZA DE LOS TRES SOLES

LIBRO 1

SIEMPRE AMANECE
POR ORIENTE



ILARIÓN

Índice de contenidos

- [Made with byeink](#)
- [Título](#)
- [Titulo 2](#)
- [agradecimientos](#)
- [Prólogo](#)
- [Profecía yelmalita](#)
- [A la caza del lobo](#)
- [Profecía kralorí](#)

- [En el altar de las sanadoras blancas](#)
- [Profecía lunar](#)
- [El reposo del guerrero](#)
- [Profecía mostali](#)
- [Cantares de un centauro libre](#)
- [Profecía uz](#)
- [180 años de retraso](#)
- [Profecía de los Aprendices de Dios](#)
- [Arena en los ojos](#)
- [Entre los muros de Pavis. La última frontera](#)

- Dura es la infancia en la Tierra del Arroz
- Hambre, sed y fatiga
- Túneles
- Como animales de rebaño

Made with

byeink

La Alianza de los Tres Soles.

Volumen I.

Siempre amanece por
Oriente

**Siempre amanece por
Oriente**

Roberto Alhambra

Gracias: a mi familia más cercana, a la que está y a la que ya no está; a mi musa, con la que todo lo comparto; a mis amigos, los que se cuentan con los dedos de una mano; a los que jugaron la partida; a los que leyeron los borradores; a los que me han ayudado a mejorarlo; a los compañeros de la lista de Glorantha Hispana, por su aportaciones y su clarividencia. Y por supuesto al señor Greg Stafford, por brindarnos este universo, por hacernos felices con su creación y su desbordante imaginación.

Gracias a todos.

Glorantha is creation of Greg Stafford, the trademark of Issaries, Inc., and is

used under license.

Síguenos en:

Facebook: la alianza de los tres soles

Twiteer: @alianza3soles

Google +: Roberto Alhambra

Esta novela no es una historia escrita al uso, es una partida de rol novelizada.

¿Rol? ¿Y cómo es eso?

Esta historia narra lo sucedido durante más de tres años jugando a rol, es el resultado de tres años de partidas al mítico juego "Runequest".

No es una obra mía, sino de todos mis jugadores. He intentado relatar de la mejor manera posible todas y cada una de nuestras sesiones, de los conflictos que atravesaron y de las aventuras que vivieron. También, por supuesto, esta obra pertenece al creador del juego, Greg Stafford, y a todos los jugadores y colaboradores que elaboraron el universo donde se desarrolla.

Los que seáis fans de Runequest encontraréis partes de esta historia vividas por vosotros mismos, porque al idear la campaña utilicé tanto módulos oficiales como aventuras que la gente subió a internet. Los capítulos 3, 4, 7 y parte del 10 son crónicas de estos módulos oficiales de Runequest; el capítulo 6 es una aventura que descargué de internet y que se llamaba "La bestia".

Espero que disfrutes con la lectura.

Las Guerras de los Héroes empezarán con la llegada de dos nacidos: el hijo de un dios y el hijo de un demonio, el hijo de la luz y el hijo del fuego

Los sacerdotes yelmalitas llevaban cerca de treinta años buscando a los señalados, entre todos sus recién nacidos, sin éxito.

Capítulo I. «A la caza del lobo»

—Cincuenta y ocho... Cincuenta y nueve... ¡Sesenta!

Los ecos de una voz cavernosa eran el único sonido que retumbaba en las paredes de la vieja palestra del cuartel de la orden militar de Yelmalio, situado en el reino de Sartar; otrora, una región libre y orgullosa, hoy día, otra provincia en proceso de pacificación al sur del Imperio de la Luna Roja.

Cráteros secó lentamente el sudor de

su frente con una pequeña toalla y empezó de nuevo otra serie de ejercicios en solitario. Ya no era un muchacho y solamente la actividad continuada mantenía su cuerpo alerta y sus músculos poderosos. No conocía más vida que el camino de las armas y sabía lo mucho que debía a su disciplina. Un cuerpo privilegiado, digno de dioses y campeones, resultaba inútil si no lo dirigía una mente templada; mantenerla despejada en el combate era algo esencial para un lancero de la Orden de Yelmalio. La lucha era una coreografía en la que debía seguir ciertos pasos establecidos y donde no quedaba espacio para la improvisación. Había visto morir a

muchos mercenarios por no levantar la vista en el campo de batalla, por luchar como toros embravecidos, sin control, sin visión de lo que pasaba a su alrededor. Subir la cabeza era lo primero que aprendía un lancero de Yelmalio.

Yelmalio era considerado el hijo de Yelm, Señor del Crepúsculo y Vigía al Anochecer.

Cráteros giró el reloj de arena y empezó a subir por una soga que colgaba de una viga del techo. Repitió en varias ocasiones el proceso. Siempre que llegaba arriba tocaba con la mano una campana dorada que colgaba al lado de la cuerda. El sudor empapaba su

espalda. Abajo descansaba su gladius, *Colmillo Dorado*, uno de los muchos recuerdos que conservaba de su padre. Junto a la espada corta, sobre su túnica, reposaba una comba con la que acabaría, como cada día, perfeccionando la coordinación entre brazos y piernas, hasta que la noche cayera completamente.

Se entrenaba en solitario, pues en esa época del año, cuando pocos días restaban para el inicio del Tiempo Sagrado, lanceros y demás habitantes del pequeño y autosuficiente Condado de la Cúpula Solar, llamado así por la bóveda dorada que coronaba el templo, se preparaban para rendir pleitesía con grandes y fastuosas ceremonias a sus

dioses protectores. Cráteros era devoto seguidor del protocolo religioso, pero siempre encontraba un hueco para completar su entrenamiento cuando ya los demás habían terminado.

—¡Señor! Pido su permiso para entrar, noticias urgentes me apremian — anunció un joven templario desde el umbral de la palestra con voz entrecortada y falta de resuello debido a una carrera frenética. Los lanceros y elmalitas no acostumbraban a dirigirse a un superior sin previo consentimiento. Cráteros, conocido como «Mariscal», dejó la toalla empapada, levantó la vista y observó atento al joven templario.

—Tranquilo, muchacho, descansa. ¿Qué es eso tan urgente que no puede esperar? —preguntó con voz firme mientras dejaba la comba y se secaba el sudor de su torso desnudo, vigoroso como el de un león, esculpido a cincel.

Su pecho y su abdomen servirían a los maestros de la Orden para escribir un tratado sobre anatomía y proporción.

—¡Señor! Me envía el honorable maestro Creonte. Ha llegado una petición de auxilio desde una aldea bárbara a dos días rumbo norte. Concretamente desde un altar de La Dama Blanca...

—¡Tranquilo muchacho! Empieza desde el principio. —La mirada pétrea

del veterano templario brilló con curiosidad—. ¿Cómo te llamas y por qué te envía Creonte?

El muchacho poseía una figura espigada. Era tan alto como él pero no tan corpulento. Tenía el pelo ligeramente más claro; a ambos les caía en híspidos rizos, como esculpido con trémolo, y trenzado con un grueso recogido. Al igual que Cráteros, el muchacho tenía los ojos de un color almendrado; sin embargo, su mirada era menos rocosa, casi adolescente. Portaba una *sarissa*, como en el templo gustaba nombrar a las lanzas más largas, que sujetaba tembloroso entre manos sudorosas. Vestía la pechera de bronce típica de un lancero yelmalita. Cuando

recobró el aliento se explicó menos entrecortado:

—Mi nombre es Antígonos, señor, hijo de Aléxandros. Se requiere la presencia del honorable maestro Creonte en un pequeño templo de Erisa, la Dama Blanca, en una aldea bárbara llamada Pomar. Pero el maestro se encuentra muy ocupado debatiendo con los maestros Euríloco y Anfiaro sobre la sucesión al sumo sacerdocio, la salud del Gran Patriarca Leónidas empeora por momentos, y solicita que sea usted quien marche con prontitud hacia la aldea.

—De acuerdo soldado, ¿Qué he de encontrar allí? ¡Brillante sea Yelmalio!

¿Qué más ha dicho Creonte?

—Señor, el maestro Creonte habló de unos emisarios llegados del Oriente, desde más allá de Prax y los Yermos, portando un mensaje que es esperado con impaciencia. Su caravana fue asaltada. Las sanadoras de la capilla rescataron a dos. La petición de ayuda decía que, aun encontrándose al borde de la muerte, los heraldos orientales insistían una y otra vez en venir hasta nuestros dominios y entregar una carta al maestro Creonte. La misiva está redactada de puño y letra por el mismísimo Godunya, Emperador del Oriente. La Cúpula Solar desea que escoltéis a estos emisarios hasta nuestros dominios. ¡Señor!

—¿Escoltarlos hasta aquí? No será complicado. Tú vendrás conmigo. De ninguna manera molestaré a los hombres de mi falange; merecen un descanso tras la última incursión. ¡Vamos! Ve a la armería y recoge una pica, un escudo y una espada. Que el Capitán Andrómakos te releve de la guardia. Vendrás como mi escolta personal. Voy a prepararme. Date prisa y ve a las caballerizas... ¡No! A las pajareras de la Torre —le ordenó Cráteros mientras se dirigía rápidamente a las termas del templo.

La Torre no era la construcción más alta del cuartel-templo de La Cúpula Solar, pero sin embargo albergaba las

pajareras donde los seguidores de Yelmalio, Dios del Sol Crepuscular, criaban una majestuosa familia de halcones gigantes con los que cabalgaban los cielos y rivalizaban con los grifos empleados como montura por los yelmitas de Tripolitania. En la actualidad contaban con casi una veintena de estas maravillosas criaturas bajo su cuidado.

Cuando el joven Antígonos apareció en las pajareras, Cráteros ya tenía enjaezadas a dos de estas fantásticas monturas aladas.

—¿Sabrás montar uno de estos, muchacho?

—¡Sí señor! Llevo dos años

entrenando combate desde monturas aéreas con el honorable maestro Perseo...

—Está bien, cabalgaremos toda la noche hasta la aldea bárbara. A caballo tardaríamos más de dos días en llegar, volando llegaremos al amanecer. Toma, coge esta capa, te protegerá del frío de la helada. —Cráteros ofreció al joven un manto rojo mientras se colocaba su yelmo dorado que, como correspondía a su rango, estaba engalanado con una cresta de crin de equino.

—Pero, señor —contestó dubitativo el joven—, no puedo aceptar. Este manto no es de lancero, sino de alto mando en el campo de batalla.

—Chico, esta noche el frío será el mismo para los dos y ambos somos soldados. ¡Que Yelmalio ilumine nuestro camino a través de la oscuridad y nos guarde del frío y la noche!

El sol se pondría pronto. Los dos templarios se echaron a volar dirección norte. Surcaban los invernales aires helados típicos de aquella época del año a finales de la Estación de las Tormentas. Montado en aquella maravilla alada la noche pasó fugaz ante los ojos del joven Antígonos. Bajo el suave plumaje sentía la presencia de los músculos poderosos del ave. Los halcones seguían un rumbo invisible trazado a través del manto oscuro de la noche. ¿Cómo se guiaban atravesando el

cielo? ¿Seguirían el rumbo de las estrellas?

Un rayo de sol asomó horas después por entre las montañas que se extendían al este. Las primeras luces del alba iluminaron una enorme marisma y, justo al sur, una pequeña aldea. «Debe ser Montepato, nos encontramos fuera de los límites del Condado de la Cúpula Solar» pensó Antígonos sintiendo un ligero desamparo, por la lejanía de su hogar en el bastión yelmalita.

Bosques de hoja caduca, veredas y riachuelos, contemplaba sin dejar de disfrutar un solo instante tanto del vuelo del halcón como de las impresionantes

vistas. Allí abajo estaban los senderos que marchaban hacia Boldhome, la capital de Sartar antes de la invasión, y las colinas coronadas por los maravillosos menhires dragonuts, monumentos de piedra erguidos por los la raza de los «*casi-dragones todavía no-nacidos en su forma definitiva*». Al norte localizó Pomar, el pequeño poblado bárbaro al que se dirigían.

Con el albor matutino, Antígonos había reparado en una pequeña ave, un halcón peregrino, que revoloteaba incansable alrededor del halcón gigante de Cráteros. Se acercaba y se distanciaba, una y otra vez, e incluso en una ocasión pareció posarse sobre el brazo extendido del Mariscal.

Las aves gigantes descendieron a las afueras de la aldea entre granjas bárbaras, vacas pastando y cultivos de avena rodeados por campos de manzanos.

—Señor, ¿dónde dejaremos las monturas?

—Al resguardo de esos manzanos. Los halcones son demasiado orgullosos para juntarlos en la aldea con el ganado de los bárbaros. Ten cuidado con los aldeanos, los orlanthis te tienen a ti la misma simpatía que tú a ellos; incluso es peor desde que el Imperio de la Luna Roja compra nuestras lanzas a sueldo. Por los halcones, descuida, Dana velará su descanso.

—¿Dana? ¿Quién es Dana?

En ese momento, mientras descabalgaban, Cráteros volvió a extender el brazo y Antígonos pudo ver que el Mariscal llevaba un enorme guante de cetrero, como el que usaban los sacerdotes para «despertar» halcones sagrados en un viejo rito de la tradición yelmalita. El pequeño halcón peregrino se posó sobre el guante de cuero. Por unos instantes las pupilas de la rapaz se fijaron en las del templario, con un gesto similar al asentimiento. El ave graznó alejándose en el cielo.

Cráteros, desde niño, había mostrado grandes dotes para el arte de la cetrería. Era su mayor pasatiempo

cuando no estaba dedicado al arte de la guerra o a las labores litúrgicas del templo.

Los dos templarios dirigieron sus pasos hacia la aldea bárbara con premura. Pasaron cerca de algunas chozas donde los barbudos orlanthis de melena espesa y rizada ya estaban dedicados a sus labores agrícolas. Miradas frías, sin afecto, y ningún saludo. En el centro de la aldea se distinguían varios edificios construidos con madera y techumbres de paja recubierta con tejas de pizarra. Uno alto, de dos plantas, parecía servir de posada; otro, parecía un pequeño templo con una gran puerta de madera, recubierta de símbolos religiosos

orlanthis donde destacaban varios conjuntos de runas en espiral. Ambos edificios formaban, junto a un pequeño establo, el núcleo de la aldea. Sin más dilación se dirigieron al templo. «Aquí debe estar el altar de Erissa», pensó Antígonos.

Nada más entrar los yelmalitas se toparon con una diminuta capilla. Las runas de la Armonía y la Fertilidad estaban grabadas a cuchillo sobre la madera. Una pequeña estatua de madera presidía el altar. Representaba a una joven vestida con una túnica de color blanco arrodillada y rogando bendición. Olor a incienso, silencio y una calma casi divina hacían del lugar una burbuja aislada del exterior.

Una muchacha menuda, de facciones marcadas y pelo recogido, vestida a imagen y semejanza de la estatuilla, con una túnica que dejaba adivinar su esbelta figura, apareció por un umbral al otro lado del altar. La joven se dirigió a los hombres de manera resuelta.

—¿Venís del Condado de la Cúpula Solar? —preguntó con un tono afirmativo, adivinando la respuesta que escucharía.

—Así es, venimos en busca de los viajeros llegados del Oriente —contestó Cráteros sorteando a la joven y atravesando el umbral sin esperar respuesta.

—¡No puede entrar ahí! —protestó

ella.

Cráteros entró en lo que las Blancas Sanadoras llamaban la Sala de Curas. Otra joven, también vestida de hábito blanco, cambiaba unos paños teñidos del color rojo de la sangre por otros blancos que sacaba de una olla vaporosa. Desprendía aroma a hierbas silvestres e inundaba la sala con un humo blanco que subía la temperatura del interior, lo que era de agradecer en esta época de finales de año. Las friegas olían a alcohol de tomillo y de romero. Los paños húmedos eran depositados sobre un cuerpo tendido boca arriba en un catre. Una tercera sanadora, mayor que las dos anteriores, clavaba con gesto sereno y cuidado diligente unas

pequeñas agujas justo detrás de las orejas del enfermo. Ya tenía agujas clavadas en las mejillas, en la frente, en la barbilla e incluso en las manos y los nudillos. Al terminar, se dirigió a los recién llegados:

—Hemos rogado toda la noche para que la Blanca Sanadora restaure la salud del viajero que llegó de los más remotos confines del Oriente. Con la bendición de Chalana Arroy, la Blanca Sanadora, el extranjero se recuperará.

A Antígonos no le gustó que la mujer orlanthi llamaran Chalana Arroy a Erissa, la Blanca Sanadora, ¡los orlanthis siempre tergiversaban los mitos y cambiaban los hechos! Entonces

pasó de la curiosidad por la bella joven que los había recibido, a quien no había dejado de mirar, a contemplar al hombre tendido en el camastro. Nunca había visto a nadie de más allá de Boldhome. Lo primero que le llamó la atención era su piel de color amarillento; no como Yelmalio es representado, dorado y brillante, sino más bien pálido y macilento, debía estar enfermo. El rostro barbilampiño y aniñado. Los rasgos rectos y de proporciones pequeñas. Recogía su pelo liso, lacio y negro como las plumas del cuervo, en un moño parecido al que empleaban las ancianas. Cuerpo atlético, fibroso y bien definido. «Pero demasiado menudo para ser un guerrero», pensó Antígonos desde su

espigada figura «No puede ser un guerrero». En un costado se intuían, tatuados bajo las manchas de sangre, un dragón de enormes bigotes, cuerpo estilizado y carente de extremidades; nada similar a las runas solares marcadas en la piel que protegían a los yelmalitas.

No obstante, fue otro rasgo el que más llamó la atención del chico. No reparó en ello hasta que estuvo lo suficientemente cerca como para verle la cara con claridad. Los ojos, eran los ojos. El viajero tenía los ojos pequeños y rasgados. Aún con ellos cerrados tenían un soplo exótico que nunca antes el joven yelmalita había visto. Eran más parecidos a la punta de su pica que a la

circunferencia de un escudo, como era el caso de sus grandes y redondos ojos, o los de cualquier otra persona, o incluso los de los elfos que de vez en cuando visitaban su templo (aunque estos careciesen de pupilas y el globo ocular fuera un gran iris monocromo, lo cual resultaba también tremendamente exótico).

Cráteros, sin embargo, había reparado en una segunda figura que reposaba de cuclillas en una esquina de la habitación. Ya se había percatado que tenía la misma mirada rasgada que el hombre tendido en el camastro. También procedía del imperio oriental de Kralorela; los ojos delataban su origen en el más remoto y recóndito Oriente,

allá donde el mundo termina. El segundo individuo, algo más bajito que el que reposaba tendido en la yacija, estaba enmascarado y completamente cubierto por un traje negro, cruzado por delante y ceñido por un cinturón. Mangas anchas y guantes le tapaban las manos y los brazos. Pantalones bombachos parecían unirse a un liviano calzado similar a sandalias de mujer. La cabeza y la cara, a excepción de esos ojos rasgados, estaban completamente cubiertas por un velo del mismo tono negro que el resto de los ropajes.

Todo tapado. Todo negro. Todo misterio.

Cráteros se rascó el mentón. Se

acercó empleando el idioma comercial usado por toda la diplomacia en Sartar y por mercaderes y comerciantes más allá de las fronteras de las naciones ubicadas en el Paso del Dragón:

—¡Saludos! ¡Un largo viaje desde la tierra de Kralorela!

Silencio fue cuanto obtuvo por parte de la figura cubierta de negro.

—Soy Cráteros, hijo de Hiraclís, templario de la Cúpula Solar e Hijo de la Luz y de Yelmalio. ¡Os doy la bienvenida!

Los ojos rasgados del enmascarado oriental se posaron sobre los del Mariscal; no obstante, mantenía aquel inquietante silencio...

—Venimos desde el Condado de la Cúpula Solar, el maestro Creonte nos envía como escolta para conducirnos hasta nuestros dominios. Explicadme antes lo ocurrido. ¿Quién osó atacaros de este modo?

La figura encorvada continuaba en silencio.

—¿No entiende lo que estoy diciendo? —El yelmalita ladeó la cabeza—. ¿Habla idioma comercial? ¿Sartarita? ¿Peloriano, tal vez?

—Es inútil —intervino una voz femenina—. Desde que lo trajeron aquí no ha dicho una sola palabra. No hemos podido siquiera quitarle la máscara. Lleva todo este tiempo callado. Fue el

otro oriental, antes de caer inconsciente, quien aseguró venir buscando el templo de Yelmalio en el Condado de la Cúpula Solar.

La voz que hablaba era la de la joven que los había recibido al llegar a la capilla. Cráteros resopló antes de contestar.

—¿Y tú quién eres, si puede saberse? —inquirió sorprendido por la licencia de la mujer joven. En su ciudad-estado de la Cúpula Solar, ninguna fémina se atrevería a dirigirse a un varón sin permiso.

—Mi nombre es Ailena, señor, y soy sanadora en este altar. Los extranjeros aparecieron arrastrándose

moribundos en una granja a las afueras de la villa y...

Una tos fuerte acompañada de una sacudida atrajo de nuevo su atención sobre el viajero inconsciente. Un borbotón de sangre salió de su boca manchándole la cara. La sanadora más madura comenzó un cántico de inmediato: *«iyía...asfalía...hipokrátum...»*. Sus manos parecían relucir tenuemente mientras se deslizaban de las muñecas a la frente del herido. Otro golpe de tos, otra convulsión y más sangre. Una gota de sudor se deslizó por el rostro de la sanadora mientras parecía concentrarse aún más en su tarea. Cráteros se acercó a su lado y puso sus manos sobre el

cuerpo maltrecho del oriental. Se sumó al cántico pues le era bien conocido. Tuviese el nombre que tuviese, fuera llamada por bárbaros o no, el templario sabía que La Blanca Sanadora no abandonaría a un herido. Rozó las manos de la sanadora que estaba junto a él y sintió el calor que irradiaban. Sus manos también se calentaron suavemente; las artes de la guerra contemplaban entre otras las artes curativas y de reparación, un par de grandes cicatrices en los brazos del guerrero corroboraban este hecho. Pausadamente las convulsiones del oriental fueron menguando mientras el cántico continuaba: «*iyía... asfalía... hipokrátum...*».

Las voces se fueron apagando a la vez que lo hacían los inciensos que envolvían la sala en su agradable atmósfera. La sanadora más madura tomó asiento, exhausta y ligeramente mareada tras el tremendo esfuerzo curativo que había realizado.

No esperaron mucho tiempo antes de que el exótico emisario oriental abriera los ojos. Con el pecho descubierto y visiblemente magullado, se incorporó lentamente ayudado por la joven Ailena. Se quedó sentado. A la vista de Antígonos quedaron unos ropajes cuidadosamente elaborados, bordados en seda y otros ricos tejidos, salpicados con adornos de vivos colores y extrañas grafías. En un escabel, al lado de la

cama, había parte de una peculiar armadura laminada de corte exquisito y un casco elaborado con la manufactura más peculiar que jamás habían visto sus atónitos ojos: anchas aletas de metal y madera, a los lados y en la nuca, protegían como gorjales el cuello de su portador. El oriental levantó lentamente la cabeza a la vez que abría sus rasgados ojos. De su boca surgió un lacónico murmullo en idioma comercial pero con un acento marcadamente oriental:

—El Dragón Emperador... Su mensaje... Nos atacaron... El mensaje...

Tras lo que emitió un sonoro quejido y volvió a caer inconsciente

sobre la cama. Las jóvenes sanadoras se inclinaron inmediatamente sobre él. La mayor de todas ellas habló con tono sosegado:

—Tranquilas hijas mías, ahora el hombre tiene que descansar. Ya hablará cuando despierte. No seamos malas anfitrionas y ofreced un té a nuestros invitados.

El emisario oriental volvió a abrir los ojos. Para entonces, Kareena, que así se llamaba la sanadora mayor de la capilla, ya había explicado a los yelmalitas cómo y dónde hallaron a los orientales. El que ahora reposaba tendido era el propietario de la recia armadura depositada sobre el escabel.

Esto despejaba la duda de Antígonos: sí, era un guerrero, y más tarde descubriría que el linaje familiar del oriental se había dedicado durante siglos a testar y afilar espadas. Lo hallaron en un camino sin poder sostenerse por sí mismo y arrastrado por su «mudo» compañero enmascarado. Éste último tenía sólo unas magulladuras, ahora ocultas bajo su hermética ropa negra. Desde que los llevaron allí, no había dicho una sola palabra y fue el otro oriental antes de perder el conocimiento, el magullado, quien expresó su intención de dirigirse al Condado de la Cúpula Solar, el objeto de su presencia tan lejos de su hogar.

En cuanto el emisario de ricos

ropajes abrió los ojos, y tras beber un sorbo del té violeta, Cráteros intervino ansioso por saber qué hacían tan lejos de su hogar. Después de un tiempo adiestrando lanceros en el templo del Condado de la Cúpula Solarde Sartar, tan singular «visita» rompía con su últimamente monótona rutina. Él tampoco estaba acostumbrado a ver gentes de más allá de Prax.

—Saludos, mi nombre es Cráteros, hijo de Hiraclís. Acudo como portavoz del Condado de la Cúpula Solar para acompañarlos y ofrecer escolta hasta nuestros dominios.

—Su bendición os traiga el Divino Dragón Emperador —agradeció el

oriental con un hilo de aire que escapó de entre sus dientes en un más que correcto idioma comercial—. Mi nombre es Min-Tao Man-Yurý, mis dos nombres denotan mi alto rango. Soy emisario y albacea de Su Excelentísima Majestad Divina Dragón Emperador, a quien en occidente conocéis como Godunya. Debo llevar un mensaje a vuestro templo. La antigua alianza ha vuelto, la Alianza de los tres Soles. El Dragón Emperador la convoca. El paradero de los Tres Soles ha sido localizado.

A Cráteros le dio un vuelco al corazón pues conocía perfectamente la leyenda. Los Tres Soles fueron las poderosas armas usadas por Yelmalio

para luchar, en alianza con otros dioses, contra los demonios malignos conocidos como el Caos. Las reliquias desaparecieron tras la guerra y fueron buscadas durante generaciones. Este recuerdo rasgó el corazón del Mariscal; su propio padre, Hiraclís, templario de la Orden de La Cúpula Solar, había perecido años ha en pos de dichas reliquias, en lo que llamaron las «Búsquedas heroicas». De acuerdo a las leyendas, fue un antiguo Emperador Dragón de Kralorela el primero en aliarse con Yelmario en su lucha contra el Caos.

Man-Yurý Min-Tao relató que su comitiva, formada por diplomáticos y guerreros, tenía la misión de transportar

unos documentos redactados y firmados por el propio Godunya, Divino Dragón Emperador y Señor de Kralorela, hasta el templo de La Cúpula Solar en Sartar. El emisario no sabía más de lo recogido en los papeles, era sólo un rumor, pero se decía que el paradero de los Tres Soles había sido descubierto y que la misiva convocaba en asamblea a la antigua alianza para poner en marcha su recuperación. Durante el tiempo que duró el relato de Man-Yurý, el otro kralorí, el misterioso de negros ropajes sentado sobre sus talones, no abandonó ni el rincón donde furtivo se resguardaba ni la incómoda postura.

Man-Yurý recapituló el viaje que lo había llevado hasta las costas al sur de

Sartar en las galeras de la marina imperial kralorí. Además de la suya propia, otras tres comitivas habían partido con documentos similares marchando por diferentes rutas. Entonces concluyó con la narración de la emboscada. Una vez que su compañía de emisarios había llegado a tierras de Sartar fueron atacados por una horda de monstruos acompañados de una jauría de lobos enormes. El resto de la comitiva fue aniquilado sin piedad y la misiva de Godunya robada. Con vergüenza añadió que en un momento confuso de la lucha ocurrió algo inesperado. De entre las sombras apareció un grupo de enmascarados vestidos de negro, uno de los cuales lo

rescató del tumulto. Con tono apocado, el kralorí afirmó que él mismo debió morir luchando y cumpliendo honorablemente las órdenes de su emperador. No pudo resistirse al encontrarse gravemente herido, no le quedaban fuerzas, pero su deber era defender la carta.

En estas palabras se adivinaba un latente resentimiento del emisario hacia su oculto salvador anónimo.

—¡Que Yelmalio nos ilumine! ¿El encapuchado de negro no vino con vos? ¡Pero sus rasgos son tan orientales como los tuyos! ¿Qué ocurre aquí? ¿De dónde procede? —preguntó sorprendido Cráteros.

—¡Yo soy heraldo y albacea del Emperador en misión diplomática! Él pertenece al pueblo llano y por supuesto que no marchaba en mi noble comitiva de heraldos imperiales —prosiguió Man-Yurý excitado y resentido—. Viene de mi misma patria pero de ningún modo formaba parte de mi comitiva. El motivo de su presencia es todavía un misterio para mí. Pertenece a una secta de maestros del sigilo y del subterfugio, hábiles plebeyos válidos como espías y asesinos, pero incapaces de tratar asuntos de mayor relevancia.

—¡Una secta maligna! —exclamó Cráteros alarmado.

—No, maligna no, simplemente

desviada. Resultan útiles cuando el Divino Dragón Emperador, sus exarcas y los nobles mandarines requieren tareas de menor entidad. El extravío espiritual y la impaciencia de estos pobres nunca les permitirán trascender más allá... ¡Iluminar al dragón! Buscan con avidez lo que jamás se puede hallar sin meditación. Su ignorancia crece mientras sus espíritus permanecen atados a lo material. Viven de las ilusiones de un futuro que nunca obtendrán. Aprender sin pensar es inútil, pensar sin aprender es peligroso. Son útiles para tareas menores, ¡pero nunca serán auténticos dragones! ¿Cómo van a representar al Divino Emperador? Desconozco la razón por la que este

espía fue enviado a occidente para seguir a mi comitiva de embajadores.

—Hablas muy bien el idioma de los viajeros, ¿pero él? ¿Por qué no habla?

—No conocerá el idioma —supuso Man-Yurý—. Los de su casta no tienen la formación ni los estudios de mi noble familia. Son analfabetos, faltos de cultura y protocolo. Ahora necesito esclarecimiento, aún no he hablado con él.

Ante la atónita mirada de los presentes, Man-Yurý se dirigió al hermético enmascarado y todos pudieron escuchar por primera vez su voz. Hablaba con un tono afónico y susurrante. Ambas voces se mezclaban

en aquel peculiar idioma que golpeaba las palabras con sequedad y que sonaba muchísimo más agudo que cualquier otra lengua conocida en Sartar. Traducido por Man-Yurý, el enmascarado relató que un grupo de hombres vestidos de negro había viajado de modo clandestino enviados por el propio Emperador Godunya para velar por el mensaje. Man-Yurý no lo creyó, no podía entender las razones de su presencia ni esconder su rechazo al origen humilde y la casta del hombre del velo negro. Tampoco podía negar que le había salvado la vida, mas insistió en dejar claro que sin su consentimiento.

El destino de un soldado era morir en el campo de batalla.

Era un honor y un deber.

Los monstruos salvajes que les habían emboscado estaban bien organizados, guiados en combate por un ducho estratega, de eso no había lugar a dudas. Bajaron de las montañas con furia homicida y superando ampliamente al número de orientales. Estaba seguro que el ataque no podía haber sido una casualidad, no eran simples bandidos buscando oro.

Mientras narraba el relato, el rostro de Man-Yurý se iluminó de nuevas esperanzas: no todo estaba perdido. ¡Si volvían al lugar de la emboscada y seguían el rastro de sus agresores podrían recuperar los escritos de Su

Magnánima Santidad el Honorable y Divino Dragón Emperador de Kralorela!

—¡Que el Dragón Dorado nos guíe y su luz alumbre nuestro camino hacia sus designios! —expresó Man-Yurý con ojos iluminados.

—¡Tenemos que recuperar el mensaje! ¡Señor! —arengó Antígonos excitado.

—Entonces pongámonos en camino —concluyó Cráteros levantándose de su silla.

En realidad fue el único de los allí sentados que tuvo tiempo para levantarse. Antes de que el resto pudiese siquiera enderezar la espalda, la puerta del pequeño templo se abrió

bruscamente.

—¿Hay alguien aquí? —
vociferó una voz con timbre chillón
mientras se oían pasos que se acercaban
—. ¿Sanadoras? ¿Dónde están los
orientales? ¿Hola? ¡Hola! ¿Sanadoras?

Quien entraba elevando la voz de esa manera no lo hacía solo. Tras seis grandes *pilums* y otros tantos escudos redondos, que correspondían a sendos legionarios lunares, en los que se podía distinguir a la Diosa de la Luna Roja montada sobre el Murciélago Carmesí, deidad principal del imperio que en la actualidad fajaba con los alborotadores orlanthis por el control de Sartar, entró un hombre de cabeza rapada y no muy

elevada estatura, más bajito y achaparrado que los orientales, vestido con una túnica canela de misionero religioso y ostentando un majestuoso colgante de simbología lunar: un círculo partido por la mitad por una línea vertical. Entró apresuradamente, pero se detuvo en seco al observar sala tan concurrida.

—Mmmm, lanceros de Yelmalio. — Una sonrisa se dibujó en el rostro del misionero lunar—. ¡Ah! Nuestros queridos... aliados. Sí, eso es, aliados, ¿Habéis venido a escoltar a nuestros inesperados huéspedes del Oriente? Soy Jan Paolo de Kanravx, procónsul de las Provincias Imperiales del Sur destinado en Sartar, disculpad mi indumentaria. La

presencia de estos... kralorís, es un hecho poco habitual y las autoridades imperiales de la región desean que... sean recibidos por mi persona.

—Saludos procónsul —dijo el Mariscal respetuosamente—, soy Cráteros, Hijo de la Luz y enviado del Condado de la Cúpula Solar. Estos hombres están bajo mi protección, debo llevarlos a nuestro templo con la mayor premura posible.

Algo de las palabras de Cráteros no gustó al recién llegado evangelizador del Imperio Lunar. El cónsul esperaba llevar a los recién llegados bajo tutela lunar, al asentamiento imperial más cercano, y no quería contratiempos.

—Insisto —dijo Jan Paolo elevando el tono de voz. Un extraño brillo se apoderó de sus ojos—. Estos... kralorís, han sido atacados en una provincia bajo jurisdicción lunar en su última fase de pacificación. ¡No podemos permitir que estas agresiones sucedan! Nuestros aliados yelmalitas no se opondrán a la voluntad lunar, ¿cierto? Mi escolta tomará las...

—El que ve agua en el firmamento, ve peces en los árboles —interrumpió Man-Yurý señalando a través de la ventana hacia el cúmulo de nubes oscuras que encapotaban el cielo—. Debo seguir el rastro de los agresores antes de que se borre y recuperar el mensaje de Su Alteza el Divino Dragón

Emperador del Oriente.

—¿Dragón Emperador? ¿Cómo? —
se extrañó sorprendido Jan Paolo—.
¿Un mensaje del emperador oriental?...
¿Godunya? ¿Aquí? ¿En Sartar? Un
momento de calma. Daré las órdenes
oportunas y mis hombres seguirán el
rastros. No se preocupen por la agresión,
atraparemos a los rufianes y
recuperaremos el mensaje.

—Debemos partir ahora mismo —
intervino Cráteros con voz decidida—,
antes de que la lluvia borre todo
vestigio de los culpables.

—Está bien —admitió Jan Paolo
mirando por la ventana— pero mi
escolta de legionarios imperiales irá con

ustedes. En todo territorio lunar pacificado es nuestra misión mantener la paz y el orden.

—Pero su escolta personal va pesadamente pertrechada e incluso con monturas entorpecerían el paso a través de la montaña —dijo Cráteros intentando disimular su creciente irritación.

—De acuerdo —admitió Jan Paolo. La sonrisa de su rostro se hizo mayor dejando ver su blanca e impoluta dentadura alineada perfectamente dentro de la boca. Las finas comisuras de los labios no destacaban especialmente en su cara, carente de mentón, de gran y aguileña nariz, grandes orejas

despegadas y ojos verdes muy saltones y rebosantes de expresividad. —Mis hombres se quedarán aquí al cuidado y protección del altar, por si alguien más llegase inesperadamente. —Una mueca inquietante se apoderó de sus labios apretados—. Yo, que no porto objeto que pudiese entorpecer la marcha, iré con ustedes. Es mi deber y mi voluntad.

—Desde luego —asintió Cráteros obediente. No quería provocar ningún altercado diplomático con el representante del Imperio de la Luna Roja, sus mayores pagadores.

Tras la invasión de Sartar por parte de tropas lunares, el Condado de

la Cúpula Solar se había mantenido independiente del gobierno imperial. Este pequeño condado se sostenía económica y exclusivamente gracias a las intervenciones militares y bélicas de sus falanges mercenarias conocidas como «Los Lanceros de Yelmalio». Habían combatido asalariados al servicio del poder lunar durante el proceso de pacificación de la reciente provincia anexionada, Sartar. Era constante el tránsito de tropas y diplomáticos imperiales por tierras yelmalitas, pero religiosa y militarmente los adoradores de Yelmalio conservaban plena autonomía sobre sus dominios. Esto era favorecido gracias a su actitud

colaboracionista con el Imperio de la Luna Roja. Los yelmalitas más ortodoxos alababan la mano dura que mostraba el Imperio Lunar para con los violentos e incivilizados bárbaros orlanthis, mientras que otros templarios criticaban al Imperio Lunar por su permisividad en asuntos de índole social, como la inclusión de la mujer en la vida política. Los bárbaros orlanthis, en cualquier caso siempre bulliciosos, no eran vistos con agrado ni por los seguidores de Yelmalio ni por los adoradores imperiales de la Diosa de la Luna Roja.

Jan Paolo se dirigió en privado al

sargento de su escolta:

—Aquí ya hemos hecho bastante, quiero que os inventéis una excusa y marchéis a inspeccionar los alrededores: granjas bárbaras, campos de cultivo, el bosque de manzanos... Si encontráis a otros orientales quiero que los retengáis hasta que yo vuelva, ¿entendido? Ahora dadme un arco y un carcaj lleno de flechas. Iré con ellos.

—Pero señor, nosotros somos su escolta —intentó rebatir el legionario.

—¡Es una orden! Los yelmalitas me protegerán, descuida, yo me ocuparé de ello. Tú procura hacer bien lo que te mando. Marchad después de que nos hayamos ido. Esperad una hora desde

nuestra partida —concluyó el cónsul lunar.

Cráteros salió del pequeño templo y silbó introduciéndose dos dedos en la boca. Dana, su halcón «despertado», apareció rápidamente surcando el cielo. Se detuvo sobre su brazo izquierdo enfundado en el guante de cetrero.

—Amiga, bien hecho —dijo el Mariscal—. Lleva ahora a los halcones de regreso al Condado. Nosotros debemos internarnos en las montañas y somos demasiados para volar. Informa al maestro Creonte que estamos tras la epístola que esperaba del Emperador Oriental Godunya. Vuela lo más rápido

que puedas y regresa a mi lado tan pronto como seas capaz. Temo que esta búsqueda pueda prolongarse más de lo que suponía y te voy a necesitar.

El ave se elevó majestuosa surcando los cielos en dirección a poniente.

Dentro del templo, Man-Yurý volvió a colocarse su armadura de metal y bambú con un ceremonioso ritual sobre los ropajes de fina seda. Salió agradeciendo la ayuda recibida, inclinando su cabeza, especialmente a las mujeres que se ocupaban del altar, a la joven Ailena y a la sanadora Kareena. El oriental portaba en la mano un extraño sable de filo muy largo y curvado, engarzado en una empuñadura

redonda de madera. El arma quedó enfundada en su cintura, extrañamente, con el filo hacia arriba. Antígonos pensó que era una espada demasiado pesada para ser manejada a una mano. Después se fijó en la vaina de la espada del otro oriental, el enmascarado, más corta que la de Man-Yurý y completamente recta. Entre sus ropajes negros no distinguió ninguna otra pertenencia.

Cuando todos se encontraron preparados, se reunieron sin más dilación en la entrada del pequeño templo. La heterogénea comitiva compuesta por dos templarios yelmalitas, un diplomático religioso del Imperio Lunar y el emisario de Kralorela junto a su misterioso

acompañante anónimo, se internó en los campos de manzanos dirección este.

Al contrario que en el más pesimista de sus pensamientos, las nubes fueron desapareciendo a lo largo del día, lo que avivó las esperanzas de encontrar y seguir el rastro de los anónimos agresores. El paisaje suave de prados y colinas bajas se fue tornando más agreste y salvaje según se alejaron de la aldea, dando la bienvenida a collados y dehesas donde la presencia del ganado de los orlanthis fue menguando. Las jaras pegajosas sustituyeron a los bosques de manzanos que circundaban Pomar.

Man-Yurý retrocedió hasta el final

de la comitiva donde en soledad caminaba su compatriota, oculto tras sus negros ropajes.

—Oye tú, perro —se dirigió el heraldo oriental con desprecio—. No entiendo por qué dijiste que un grupo de *hierbas* como el tuyo había sido enviado para proteger a una comitiva de emisarios imperiales. ¡Te exijo que lo expliques!

—Señor, lo que dije es cierto —contestó susurrante, casi afónico—. Nos enviaron para salvaguardar el correo de Su Majestad Dragón. Los Zorros Voladores siempre hemos sido usados para llevar mensajes clandestinos entre la nobleza imperial de un modo discreto.

Hemos sido vuestros ojos y oídos en la sombra.

—*Los hierbas* no sois dignos de portar ningún escrito del Dragón Emperador, ¡para eso venía mi comitiva! ¿Quién os envió? Si lo que dices no es cierto, yo mismo te haré azotar —amenazó Man-Yurý.

Prosiguieron sin hablar el resto del camino. Mientras las fuerzas respondieran se internarían en la montaña hasta que fuese imposible seguir el rastro por la oscuridad. ¡Si se daban prisa podrían encontrarlo antes de que se perdiese definitivamente!

—¡Señor! —dijo Antígonos con cierta cautela mientras caminaban—. Es

muy raro ver huellas de troll tan al norte, fuera de sus territorios. Y mire estas huellas de lobo. ¡Son enormes! ¿Cree que los trolls marcharan junto a *cambiantes*?

—*¿Lupinos de Telmor?* No lo sé muchacho, pero sin duda debemos estar preparados para lo que venga. Esos salvajes...

—*Licántropos* querréis decir — interrumpió el cónsul Jan Paolo sonriendo con esa cara suya de barbilla escondida. Caminaba justo detrás de los yelmalitas—. Sea quienes sean los agresores, yo aseguro por la Diosa de la Luna Roja y las Siete Madres, que tendrán que responder por sus actos ante

la justicia del Imperio. Semejante agresión no se puede tolerar en ninguna provincia de la Luna Roja.

Avanzaron hasta que la noche se volvió completamente cerrada. La Luna Roja en cuarto menguante apenas iluminaba el campo; permanecía oculta tras numerosos cúmulos nubosos típicos de esa fría época de finales de año. En pocos días, con la llegada del Tiempo Sagrado, el tiempo mejoraría notablemente.

—Acamparemos aquí, es inútil seguir. No podemos seguir las huellas.
—Cráteros señaló el suelo—. Prepararé los turnos de guardia.

Había sido un día intenso y nadie iba a discutir las órdenes del Mariscal. Se acomodaron de la mejor manera posible. La Estación de las Tormentas se acababa y les reconfortaba pensar que la temperatura y las inclemencias meteorológicas podrían haber sido mucho más duras, o que si hubiese llovido el rastro se habría perdido para siempre. Uno a uno fueron cayendo presos del cansancio y de los sueños. La noche fue pasando, hasta que...

—¡Un oso! —El grito asustado del cónsul Jan Paolo sobresaltó al resto del grupo en el último turno de vigilancia—. ¡Nos ataca! ¡Nos quiere comer! ¡Lo han enviado para que nos aniquile! ¡Socorro!

Antígonos cogió su *sarissa* dispuesto a emplearla contra el oso. La rapidez de Man-Yurý lo sorprendió, ya se encontraba en pie con su espada curva entre las manos. Mayor sorpresa se llevó el joven al ver a Cráteros, completamente desarmado, corriendo y gritando en dirección al oso. El veterano templario intentaba espantarlo como hacían las gentes de la montaña. El animal se encaró al yelmalita. Se puso a dos patas y al igual que el humano levantó los brazos. El militar gritó aún más alto y movió los brazos con más vehemencia.

El animal abrió sus enormes fauces y rugió violento.

Entonces, para sorpresa de todos, el lacónico oriental de negros ropajes se deslizó sigiloso entre el templario y el oso. Se había situado entre ambos con suavidad, y comenzó a hilar una serie de plásticos y entrelazados movimientos corporales, una sucesión compleja de giros y requiebros. Durante más de un minuto captó la atención de todos -incluyendo al oso- con tan armónica sucesión de movimientos y torsiones. Amasó el aire a su antojo. Jugó con sus manos como si sostuviese algo invisible a los demás. Su cuerpo serpenteaba ondulante. El oso se dejó caer pesadamente, volvió a su postura cuadrúpeda, se giró aburridamente y con paso lento y parsimonioso se alejó

dando la espalda al encapuchado.

Antígonos contempló atónito al oriental de velo negro. «¿Cómo lo ha hecho?».

Cráteros se dirigió a él con un puño pegado al pecho—: Gracitudo.

—¡Atacadle! ¡No veis que lo enviaron para matarnos! —volvió a gritar el cónsul Jan Paolo con un brillo demente en los ojos a la vez que buscaba nerviosamente una flecha en su carcaj.

—No —respondió Cráteros al paranoico misionero con mirada escéptica—. Sólo estaba buscando comida en las mochilas, se procuraba un bocado como desayuno.

Los rayos del sol, de Yelm, asomaban entre los picos Quivin, al este, por lo que no tardaron en ponerse en marcha. Se internaron entre colinas infladas y senderos pedregosos. No era difícil seguir huellas por aquellas veredas, un terreno muy propicio para rastrear. Pocas horas después del amanecer, y siguiendo el propio rastro dejado por los orientales en su huida hacia Pomar, atravesaron una dehesa y llegaron al angosto corredor entre peñascos donde hacía tres noches se había producido la emboscada. Man-Yurý volvió a recordar, no sin cierto dolor, la noche del ataque; las negras criaturas apareciendo por entre las

rocas, poseídas por una furia *berseker*. Podía verlas de nuevo echando espuma blanca por la boca, surgiendo de la nada con los ojos de color amarillento. Recordaba cada detalle perfectamente. El ataque había empezado sobre las lomas con enormes piedras arrojadas y jabalinas de madera, toscamente talladas, pero tan efectivas como si tuviesen punta de piedra o metal.

—¡Aquí! —Cráteros sacó a Man-Yurý de sus pensamientos. El yelmalita se había arrodillado señalando al suelo con el dedo índice—. Hay huellas de pies descalzos, trolls sin duda y... ¿lobos? Son enormes. Nunca vi que los trolls usaran lobos en un ataque. Fijaos aquí, llevan arrastrando algunos

cadáveres, lo que nos concede cierta ventaja para seguirlos. Por lo menos son una decena. No pueden estar muy lejos.

El pequeño túmulo se encontraba cercano. Los trolls se habían dado un banquete y ahora de los heraldos kralorís sólo quedaban los restos. Los tres cadáveres de los acompañantes de Man-Yurý estaban prácticamente devorados, así como el de los misteriosos encapuchados cuyas vestimentas negras habían sido destrozadas. No eran más que un montón de huesos astillados y roídos. El apetito voraz de los trolls se había empleado a fondo incluso con ropas y carne, masticando seda, madera y lamiendo tuétano por igual. No habían dejado

prácticamente nada. Sólo los cráneos no habían sido mancillados y se apilaban formando una macabra pirámide ósea. Al menos, los trolls habían respetado eso.

Las huellas de los agresores que habían robado la carta de Godunya se desviaba desde el túmulo siguiendo otro rastro... el de Man-Yurý y el encapuchado. Los trolls habían encontrado el rastro dejado por los dos orientales supervivientes. Varias bestias estarían buscándolos. ¡Y la persecución los llevaría a Pomar!

—¡Están siguiendo vuestras huellas!
—se alarmó Cráteros con rostro preocupado—. Siguen vuestro camino.

En algún momento nos hemos debido cruzar. Van directamente a la aldea, hacia la capilla de las sanadoras. ¡Debemos volver!

—Regresar rápidamente es mi deber —Man—Yurý había acabado sus rezos funerarios en memoria de sus antiguos compañeros—. ¡No hay tiempo que perder! Debo la vida a las mujeres vestidas de blanco.

Y con un gesto firme señaló el camino de vuelta a la villa bárbara.

Al caer la tarde, Cráteros sintió la presencia próxima de su halcón, Dana. Levantó la cabeza y miró al cielo, allí se encontraba su mascota y compañera.

—Has sido aún más veloz de lo que pensaba.

La rapaz no fue la única ave en surcar el cielo sobre sus cabezas; un búho blanco los acompañó gran parte del camino en cuanto la noche cayó sobre sus cabezas.

De entre todas las guerras de esta época, es la próxima, la Guerra de los Héroes, la que debe asustar a mi pueblo. Su llegada estará marcada por el Día que Cambió la Magia

.

En Kralorela se aseguraba que la magia había empezado a cambiar ya, como ocurría cada vez que el mundo cambiaba de era. El miedo de Godunya y su pueblo venía dado por la posibilidad de que ésta fuera la última de las eras.

Capítulo II. «En el altar de las sanadoras blancas»

—Oye *caraamarilla*, ¿así rezas a tus dioses de ojos rasgados? Si no les brindas ninguna ofrenda nunca te escucharán. —Jan Paolo lanzó varias lecciones más antes de que Man-Yurý abriera los ojos. Llevaban toda la noche marchando a paso veloz y apenas habían parado a descansar. No había duda: los trolls habían encontrado las huellas de los dos orientales que escaparon de su emboscada y las estaban siguiendo rumbo a la aldea. ¿Y si en aquel preciso instante estaban atacando el templo de las sanadoras? Man-Yurý sentía un

profundo deber; los yelmalitas aborrecían a las criaturas de la oscuridad; y el cónsul lunar... bueno, nadie sabía exactamente lo que pensaba o sentía. Al amanecer se habían detenido junto a un arroyo para reponer agua, momento que el heraldo kralorí aprovechó para sentarse en una postura de piernas cruzadas, incómoda para los occidentales, conocida en Kralorela como *asiento de la flor de loto*.

—Intento meditar —contestó el oriental sin alterarse.

—¿Meditar? ¿Y qué tontería es esa? —recusó ufano Jan Paolo.

—Respirar y escuchar, tanto dentro de ti como a tu alrededor.

—Eso lo hago yo todos los días — contestó el cónsul lunar forzando un feo ademán.

—Pues más vale escuchar poco y entender mucho, que escuchar mucho y no entender nada —concluyó Man-Yurý poniéndose en pie.

Sin más pausa la marcha siguió campo a través descendiendo colinas agrestes y estrechos senderos serpenteantes en dirección a Pomar. Una larga caminata les separaba todavía de la aldea. Llegarían antes del anochecer si eran capaces de seguir el feroz ritmo que los yelmalitas imprimían a la marcha.

Man-Yurý observaba reflexivo la naturaleza circundante, maravillado por las asombrosas diferencias entre estas tierras y su lejana patria. Idéntico asombro sentía por los hombres de occidente con los que se encontraba por primera vez: por su altura y corpulencia, por sus ojos redondeados, por la cantidad de pelo ondulado -grueso y más claro que el suyo- que no sólo poblaba sus cabezas, también sus piernas y brazos. Eran bastante toscos y feos, con esos mentones tan cuadrados y prominentes.

El camino los conducía entre arroyos de agua cristalina.

Al anochecer vieron los primeros

manzanos, y tras ellos asomaban las primeras granjas orlanthis cuyos campos de cultivo estaban vacíos en aquellas tardías horas. Finalmente, cuando la noche conquistó por completo el cielo, los caminantes vislumbraron las primeras chimeneas de la aldea de Pomar. Entraron en la villa orlanthi y fueron directamente al templo que compartían las diferentes deidades de la zona como lugar de culto y que contaba con altares dedicados a Ernalda «la Madre Tierra» y Esrola «Reina de la Avena», además del ya mencionado a Chalana Arroy, «la Blanca Sanadora», llamada Erisa por los yelmalitas.

No hacía muchos años que la parte superior estaba dedicada a Orlanth, el considerado «*Caudillo de los dioses*» por la mayoría de la población autóctona de la zona. El Imperio Lunar había prohibido este culto por considerarlo salvaje y alterador de la paz, asimilando y permitiendo el resto de cultos y deidades del panteón orlanthi en su laborioso proceso de pacificación y aproximación cultural. Hubo un intento lunar de sustituir al *Caudillo* por otra deidad asociada a los vientos y las tormentas, pero la mayoría de devotos orlanthis prefirió rendir y enfocar sus plegarias hacia otros dioses del panteón terrestre... por lo menos en apariencia. Si pudiésemos ver las granjas de una

aldea como Pomar de puertas para adentro, pudiera ser que encontrásemos más de un nostálgico, para disgusto lunar. Muchos piensan que allá arriba, en el firmamento, Orlanth el Guerrero ganará el combate contra la prepotente Diosa de la Luna Roja, para erigirse de nuevo como líder absoluto sobre el resto de deidades.

En aquel momento, el piso superior se alquilaba como «templo itinerante» y en ocasiones era usado por cultos afines para sus ceremonias. Era, junto a la posada, el único edificio con dos plantas en varias millas a la redonda.

La puerta del pequeño templo se

cerró de un portazo. Los forasteros se dirigieron a toda prisa hacia el lugar que ocupaba el humilde altar de las sanadoras.

—¡Honorable Kareena! —gritó Man-Yurý—. ¿Está usted aquí?

—¡Ailena! —La voz de Antígonos denotaba especial preocupación.

Nadie contestó, pero al menos en la entrada del templo no había ninguna señal de violencia; ¿significaba aquello que los atacantes no habían llegado aún al templo siguiendo el rastro de Man-Yurý y de su misterioso compañero?

En tropel irrumpieron en la sala reservada a las curas haciendo que Ailena tropezase y derramara el líquido

caliente del interior de una tetera plateada. Antígonos suspiró aliviado.

—¡Pero brutos! —dijo la joven indignada—. Me habéis derramado el té.

—¡Gracias sean dadas al Dragón! —se repuso rápido Man-Yurý—. Un anciano dijo en una ocasión que una pequeña chispa puede incendiar toda una pradera. Temíamos que nuestra presencia aquí hubiese incendiado vuestras vidas.

—¿Cómo? —preguntó la joven con incredulidad—. ¿Nuestras vidas?

—¿Qué es ese ruido? —preguntó la sanadora mayor, Kareena, entrando en la sala desde la puerta que daba a sus aposentos privados. Con candor en la

mirada se dirigió al variopinto grupo de extranjeros—: ¿Necesitan otra vez de nuestros servicios?

—Señora —intervino Cráteros—, le ruego nos disculpe, estábamos preocupados pues pensábamos que sus vidas corrían peligro.

—¿Nosotras? —frunció el ceño la mayor de las sanadoras—. ¿Por qué iba a ser así?

—Pensábamos que las bestias que agredieron a los emisarios orientales tan salvajemente —siguió explicando el Mariscal— podrían haber seguido su rastro hasta aquí, y que éste no sería un lugar seguro...

—Pero como podemos ver —

interrumpió Jan Paolo con una sonrisa socarrona dibujada en la boca y con ambas cejas enarcadas—, mis fantasiosos amigos, no ha ocurrido nada y ya podemos marchar. Cada cual que vuelva a su morada; y ustedes, amigos venidos del Oriente, vendrán conmigo.

—Venera a tus vecinos pero no te deshagas de la cerca que os separa — proverbio suspicaz Man-Yurý, quien levantando una mano hizo retroceder a Jan Paolo—. ¿Dónde están los soldados que quedaron escoltando este lugar?

—Salieron poco después de vuestra partida —contestó Kareena antes siquiera de que Jan Paolo pudiera abrir la boca—. Nos dijeron que el maleante

trollkin que estaba últimamente robando en las granjas de los alrededores había sido visto en el bosque de manzanos y que debían partir a su captura. Se marcharon y aquí nos quedamos solas.

—Señor, ¿piensa que ese trollkin — preguntó Antígonos a su superior— tiene algo que ver con el ataque? ¿O será casualidad que también fuesen trolls los que atacaron...?

Un ruido seco, como de madera al quebrarse, se escuchó en el piso superior. Todos callaron automáticamente. Antígonos no terminó su frase y miró hacia arriba como si así consiguiera ver a través del techo qué ocurría en el piso superior.

—¿Quién más hay en el templo? — preguntó Cráteros.

—La verdad es que no debería haber nadie —contestó Kareena. Por primera vez en sus palabras se adivinaba cierto tono de preocupación —. Esta mañana estuvieron dos sacerdotisas de Uleria, diosa del amor, pero ya marcharon a la taberna donde pensaban alojarse y prestar sus servicios.

—Entonces ocultaos en lugar seguro —concluyó el mayor de los yelmalitas —. Puede que finalmente sí tengamos invitados a cenar.

No había terminado la frase pero, siendo infinitamente más veloz, el

insólito oriental del traje negro ya subía las escaleras de acceso a la segunda planta. Antes de que el resto pudiese seguirlo, otro gran estrépito vino de la entrada principal del templo, como si hubiesen tirado la puerta abajo. En aquel lugar donde la escasa luz provenía de las velas de los altares, la corriente de aire que se coló apagó la mayoría de los cirios que se encontraban encendidos. Cráteros fue el primero en agarrar su jabalina y dirigirse a oscuras a inspeccionar la entrada, seguido por Antígonos, quien portaba su pica entre las manos. Man-Yurý los siguió a paso lento, parsimonioso; con su katana desenvainada daba estocadas al aire comprobando que su filo se encontraba

en perfecto estado y sus músculos desentumecidos.

Jan Paolo fue el único que permaneció junto a las escaleras que subían al segundo piso. Pacientemente, se dispuso a tensar su arco mientras las sanadoras se retiraban a sus aposentos en busca de escondite.

La puerta de la entrada al pequeño templo había sido arrancada de sus goznes. Una de las hojas de madera maciza yacía en el suelo, la otra se había empotrado en un lateral del templete derribando un escabel y un pequeño púlpito donde se instalaba el altar de los

fieles de Esrola, diosa de la avena. Cráteros y Antígonos prepararon sus armas apostados frente a la puerta...

El extraño oriental de negro, oculto en la oscuridad gracias a sus ropajes, avanzó solitario e invisible entre las sombras de la escalera. Una vez en el piso de arriba saltó sobre una gran viga que cruzaba el techo, donde estaría más seguro ante un enemigo desconocido. Como si de un ejercicio gimnástico se tratase avanzó sobre la viga y vio que la única ventana abierta a la luz de las estrellas había estallado en mil pedazos llenando el suelo de miles de astillas. Dos criaturas oscuras y peludas de

silueta encorvada, cuyos larguísimos brazos casi tocaban el suelo, se colaron por el boquete de la ventana. Colgado de la viga del techo, con un rápido movimiento, sacó de entre los pliegues de sus negras ropas una cadena enrollada. Ésta terminaba en una bola metálica del grosor de un puño. De sus labios salió un susurro, «*kyotetsu-shoge*», pronunciado casi imperceptiblemente. Entonces, lanzó con potencia el peso metálico que pendía del final de la cadena e hizo que impactara contra uno de los monstruos. Éste se tambaleó. La cadena se engancho, para infortunio del grotesco ser, en una de sus piernas. Con el movimiento contrario, el oriental tiró de los eslabones

desestabilizando a la criatura con la fuerza suficiente para que empujase a su compañero por la ventana, cayendo ambos al exterior. Los demonios se precipitaron por la techumbre y dieron con sus huesos en la calle.

El oriental bajó de un acrobático salto de la viga. Se asomó por la ventana.

En el exterior, un búho blanco revoloteaba sobre el tejado del templo.

Por el umbral de la puerta principal, ahora desvencijada, apareció una figura imponente. De un salto la mole se plantó en medio de la sala haciendo añicos y reduciendo a astillas los asientos y los

púlpitos de madera que encontraba a su paso. Un enorme troll, que superaba los tres metros de altura, rugió volteando sobre su cabeza a modo de garrote la rama de un gran árbol. Maloliente, babeante, musculoso, con rostro por igual sanguinario y bobalicón... así era un troll de las cavernas. Este espécimen era el equivalente troll a un hombre cavernario; poseedor de una fuerza brutal pero también de un cerebro minúsculo. Había que luchar con inteligencia y Antígonos estaba entrenado para ello. Eso no impidió que el corazón le diese un vuelco y le temblasen ligeramente las manos. Una gota de sudor frío recorrió su rostro cuando cruzó la mirada con la del fiero

troll desafiante.

—Brillante luz del ocaso —musitó Antígonos, confiando su suerte a su fe.

Desde la ventana, el misterioso kralorí de negros ropajes vio que otro par de criaturas peludas se colaban al piso inferior, ¿por la ventana de la alcoba de las sanadoras? Silencioso volvió con rapidez sobre sus pasos y se deslizó por las escaleras que bajaban al primer piso.

Jan Paolo sacó una de las flechas del carcaj y la colocó en el arco al entrar en la sala de curas. Las sanadoras

habían cerrado la puerta que llevaba a sus aposentos. El cónsul dio un paso al frente. Echó una mirada furtiva, de soslayo, y siguió avanzando por la sala. Una ráfaga de aire fresco le recorrió la espalda. Se volvió con el arco preparado, justo en el momento en el que dos criaturas pequeñas y peludas irrumpían de un salto en el interior de la sala destrozando la ventana. Jan Paolo respiró y dejó escapar la flecha de entre los dedos. El proyectil salió disparado en dirección a la ventana. La travesía duró sólo un instante, fue un silbido breve y el chocar del impacto. Se clavó profundamente en el marco de madera del ventanal. El diplomático lunar no tuvo tiempo siquiera de pestañear y

menos de huir. Quiso girarse para salir de la habitación pero una de las criaturas se abalanzó sobre él y, con uñas y dientes, empezó a rasgarle las vestiduras intentando morderlo como un lobo hambriento.

Los templarios yelmalitas giraban haciendo una premeditada maniobra de distracción. Trataban de marear al troll cavernícola que con cada garrotazo hundía un altar, destrozaba otra reliquia o taladraba un púlpito. Man-Yurý cruzó la puerta, ahora rota, colándose entre ambos yelmalitas. Alzó su katana y retó al mastodonte mirándolo directamente a los ojos: «Mi nombre es Min-Tao Man-

Yurý de la escuela de La Grulla Imperial...» Con un rápido salto el oriental evitó la primera acometida de la bestia. Trató de detener la segunda con su espada, pero la sacudida fue demasiado fuerte; el arma salió despedida mientras el oriental caía al suelo aturdido. Los yelmalitas intentaron socorrerlo cuando el troll batió su garrote sobre él. Aplacaron el impacto con sus escudos unidos, pero ambos templarios acabaron estampados contra la pared. El troll tenía a Man-Yurý a sus pies, todavía conmocionado; iba a destrozarlo. El garrote se agitó sobre su cabeza cuando un dardo cruzó el aire y se clavó en el cuello del troll. De inmediato desenfocó la mirada mientras

se quitaba del pescuezo un dardo impregnado en una sustancia viscosa. A la vez, frunció el ceño con gesto pánfilo y dejó caer la rama que sostenía sobre su propia cabeza propinándose un sonoro coscorrón. El madero chocó estrepitosamente contra el suelo. Por el otro lado de la sala desaparecía sigiloso, como una sombra, el enmascarado oriental de negros ropajes: «*jsaimin jutsu!*», había susurrado. Se alejó tan silencioso que los yelmalitas no se habían percatado ni de sus palabras ni de sus pasos. Man-Yurý sí que lo había visto. Su mirada estaba cargada de recelo a pesar de que por segunda vez le había salvado la vida... pues lo había vuelto a hacer sin honor,

sin decoro, actuando como un vil asesino. El digno heraldo oriental, aún aturdido, se levantó vacilante en busca de su espada.

Cráteros ya se abalanzaba sobre el monstruo vacilante. Portaba en el brazo izquierdo su escudo dorado con la imagen de un halcón y la jabalina en el derecho.

Pero tras el enorme troll, por el umbral, asomaron otras figuras oscuras.

En la sala de curas Jan Paolo se revolvía en el suelo contra el ataque del encorvado monstruo peludo que intentaba devorarlo agarrándolo fuertemente por la cintura e intentando

clavarle los dientes en el costado. De pronto la criatura dejó de forcejear y se quedó paralizada, dejó caer su peso muerto sobre el cuerpo del diplomático lunar. Éste lo apartó, no sin esfuerzo, manchándose las manos de sangre. Entonces Jan Paolo vio que el pequeño troll tenía un corte que le abría la espalda en canal. A su lado, de pie, el lacónico oriental de vestiduras negras limpiaba la sangre del filo recto de su espada. El silencioso encapuchado le había salvado la vida.

Cuando el gran troll de las cavernas cayó a plomo sobre el suelo del pequeño templo, con una expresión

estúpida en el rostro, entraron en la estancia más criaturas peludas de menor tamaño. Lo hacían gritando y agitando sus largos brazos, formando una horda atropellada. Portaban garrotes y largos cuchillos.

—¡Formación en pareja! ¡Caparazón en dúo de tortugas! —ordenó Cráteros agachándose.

Rápidamente Antígonos se inclinó pegando su pecho a la espalda del veterano Mariscal y colocando su escudo sobre la cabeza de éste. Los dos escudos se cerraron formando un caparazón que les protegía de los garrotazos llegados tanto de frente como de los que por arriba intentaban

impactar en sus cabezas. Desde la protección que se ofrecían mutuamente los yelmalitas acuclillados sacaban con precisión las afiladas puntas de sus lanzas entre las muescas de los broqueles. Los garrotes de los trolls volaban buscando el cuerpo de los humanos pero sólo encontraban la dureza de sus escudos, uno apoyado sobre el otro.

Man-Yurý detuvo su espada para observar con curiosidad tan firme táctica de lucha basada en la fortaleza de los escudos y, sobre todo, en la coordinación y confianza con el compañero. Los lanceros rechazaban, como erizados puerco-espines, a los frustrados asaltantes. No eran los

pequeños trolls rivales dignos para ellos. Cada acometida yelmalita suponía la caída de otro adversario.

En la sala de curas Jan Paolo se preguntaba dónde estaría el segundo trollkin que había entrado por la ventana. El misterioso kralorí de negra máscara había acabado con uno de ellos, pero él recordaba que habían entrado dos. Levantó la vista y entonces vio que la puerta hacia los aposentos de las sanadoras estaba ligeramente entornada, el interior completamente oscuro.

En la entrada del destartalado templo, Man-Yurý, Antígonos y

Cráteros habían acabado con la intrusión de los abominables seres a golpe de espada y lanza. Rodeaban al último superviviente de los trollkins que, retorciéndose lastimosamente por el suelo, pedía clemencia.

Los trollkins no eran más que la paupérrima caricatura de lo que una vez fueron los trolls, a los que una antigua maldición había reducido, consumido y degenerado. Las razas más remotas de trolls, antaño grandes, temibles, orgullosas y señoriales, fueron maldecidas por el castigo de un antiguo dios. Ahora estos «enlos» o trollkins, eran todo cuanto tristemente

las hembras trolls podían (para su desgracia y humillación) parir. Eran la escoria, el último escalafón de la sociedad troll. Los más afortunados trollkins vivirían bajo el yugo esclavo de algún «generoso» troll negro que se apiadara de sus miserables vidas.

—¡Clemencia pides, criatura de la oscuridad! —exclamó Antígonos golpeando con el asta de su lanza al desgraciado ser—. ¡No mereces más perdón que el de volver al averno de donde nunca debiste salir! ¡Siervo de la oscuridad!

—¿Dónde está la epístola? —preguntó Cráteros—. ¿Quién os ordenó

robarla? ¡Habla antes de colmar mi paciencia! ¿Quién os condujo hasta aquí?

—¿Quizá el inmenso troll que derribamos en la entrada? —respondió Antígonos.

—No lo creo —contestó el Mariscal—. Los trolls de las cavernas son demasiado idiotas para idear un ataque y mucho menos urdir semejante plan y llevarlo a cabo. Son animales. Detrás de la mole de pelos y de los repugnantes trollkins hay alguien más...

—No sólo hay que ir al río con voluntad para pescar, también hace falta llevar una red —proverbió Man-Yurý mirando por una ventana desvencijada.

Un grito de mujer interrumpió el interrogatorio. Provenía del interior de la sala de curas. Cráteros cogió a la criatura por el cuello, la levantó en volandas y sin mediar palabra la arrastró seguido del resto. Allí hallaron otra de esas criaturas, muerta, tumbada en el suelo. La ventana estaba rota y una flecha clavada en el marco. La puerta que llevaba a las estancias privadas de las sanadoras estaba abierta de par en par. A la carrera entraron en las dependencias traseras de la capilla.

Jan Paolo y el mudo «salvador» kralorí, oculto bajo su velo negro, habían abierto la puerta que llevaba a

las dependencias privadas de las sanadoras. Allí encontraron camas destrozadas, una mesa completamente rota, las ventanas hechas astillas y un cadáver tirado en medio de la habitación... y no era el cadáver de un apestoso trollkin. El cuerpo tendido en el suelo era el de una joven sanadora con su túnica blanca ahora manchada de rojo sanguinolento; yacía bocabajo, sin vida. El oriental enmascarado se volvió rápidamente, un susurro casi imperceptible lo había alarmado. A su espalda sólo halló un armario. Se acercó cauteloso y lo abrió de una patada levantando a la vez la hoja de su espada preparada para...

—¡¡¡¡Ahhhh!!!! —chilló la joven

Ailena escondida dentro del armario, asustada por el sobresalto y la hoja del sable que apuntaba directamente a su rostro.

Segundos después aparecieron alarmados los dos yelmalitas junto a Man-Yurý. Su entrada fulgurante sobresaltó a todos los allí presentes y la joven sanadora volvió a chillar. Jan Paolo tropezó con el cadáver. Se agachó y lo giró, era Serina, la otra joven sanadora que aprendía devota las artes curativas de Chalana Arroy en la capilla. Compañera de Ailena y pupila de Kareena. Allí yacía lánguido su cuerpo todavía caliente. Muerto. Sin vida. Esa muchacha había estado presente durante la ceremonia de

curación que la sanadora mayor había realizado a Man-Yurý apenas hacía un día y ahora su alma se había separado de su cuerpo. Los responsables debían pagar por ello.

—¡Han matado a Serina! — balbuceó entre sollozos la joven superviviente mientras el anónimo oriental la ayudaba a salir del armario —. ¡Se han llevado a Kareena!—rompió a llorar amargamente—. Se la llevaron por la ventana.

Cráteros elevó al trollkin que agarraba entre sus manos y lo arrojó al piso.

—Ahora vas a decirme quien dirigió el ataque —ordenó amenazador.

En ese momento oyeron voces que gritaban los nombres de las sanadoras desde el exterior del templo, llamadas de viva voz que se mezclaban con los pasos apresurados de gente que entraba corriendo en el templo. Por el umbral desnudo de la ahora destrozada entrada penetraron tres fornidos orlantis. Eran tres hombres más mayores que el Mariscal, y al igual que él, no parecían granjeros. Estaban curtidos y olían a batalla como aguerridos hombres de armas. El primero en entrar (el que llevaba un hacha que sujetaba entre las manos sin ninguna sutileza) observó horrorizado a su alrededor hasta que encontró los vidriosos ojos de Ailena.

—¿Qué ha pasado aquí? —inquirió

con voz ronca y una mirada de suspicacia hacia la atípica compañía que allí se encontraba—. Han atacado el templo... ¿trollkins?

—Cuida tus modales, barbudo — dijo Jan Paolo tan altivo como siempre que hablaba con aldeanos bárbaros—. ¡Hemos conseguido que los trollkins no lo destruyesen todo! Y hemos salvado a esta chica.

—¡Serina! ¡Kareena! —sólo acertó a decir la joven acólita sanadora—. ¡Los trollkins han matado a Serina y se han llevado a Kareena!

Aquellos hombretones eran los encargados de mantener la paz y el orden en aquella aldea; todavía sin

presencia militar permanente de tropas lunares, y los bárbaros esperaban que por mucho tiempo. Ellos eran los alguaciles de su aldea. Cráteros se fijó en la insignia bordada en las ropas de uno de ellos, una gran espada símbolo inequívoco de los fieles de Humakt, dios orlanthi de la guerra y de la muerte.

Cuenta la leyenda que Orlanth derrotó a Yelm usando un nuevo poder llamado Muerte. Humakt se lo concedió a su hermano en forma de espada. Así surgió la rivalidad entre ambos panteones y sus fieles devotos.

Años de combates, de sangre y

muerte codo con codo, hombro con hombro, junto a mercenarios y soldados profesionales fieles a Humakt, hacían que Cráteros los viese con menos prejuicios que la mayoría de sus hermanos yelmalitas. Eran enemigos en muchas ocasiones, y rivales a la hora de ganar una paga, pero al fin y al cabo eran también hombres de armas que luchaban con honor aunque muchas veces no estuviesen en el bando adecuado. Antígonos sin embargo odiaba a esos bárbaros. Se atrevían a hablar de honor mientras que su dios había sido el primero en traicionar a Yelm, padre de Yelmalio, en el principio de los tiempos. Incluso un voto sagrado realizado al ingresar en la

Orden como templario le impedía tratar con cualquier fiel del traicionero dios de las tormentas.

En la capilla, la joven relató a los orlanthis lo sucedido. Mientras los aldeanos intentaban retirar en la medida de lo posible los desperfectos, escuchaban espantados el relato de lo sucedido. Lógicamente los hombres de la aldea clamaron venganza al oír que fueron trollkins los que habían asesinado y raptado a sus sanadoras.

—No está todo perdido —intervino Cráteros mientras la joven seguía llorando con angustia—. Rescataremos a Kareena y recuperaremos el mensaje que los trollkins robaron. Seguiremos a

los captores hasta su guarida.

Contra la pared volvió a levantar a pulso al asustado y único trollkin superviviente, el cual no paraba de gimotear y lloriquear pidiendo clemencia.

—Y él nos dirá dónde empezar a buscar —concluyó el Mariscal.

Igual que el día sigue a la noche, y el verano al invierno, la Luna Blanca sucederá a la Luna Escarlata.

Es paradójico que el pacifista culto de la Luna Blanca, la Que Brilla sin rastro de Sangre, comenzará un violento cisma religioso en el corazón del Imperio Lunar.

Capítulo III. «El reposo del guerrero»

—Ya está todo preparado, señor — aseguró Antígonos con impaciencia en cuanto dejó cargado los bártulos a lomos del asno.

El joven había estado en los establos de la aldea donde se hizo con un pollino de carga, tal y como le había ordenado Cráteros. La milicia aldeana se había llevado al pequeño trollkin superviviente para que fuese ajusticiado según las leyes orlanthis, no sin antes confesar la ubicación de la guarida de su amo al que llamó «Xvarnak». Confesó

que su amo era un troll negro - afirmación que no sorprendió a nadie, era obvio que un grupo de trollkins zarrapastrosos siempre dependían de un troll negro-, y que su guarida se encontraba en una caverna no lejos de la villa, a unas tres leguas de camino. El mismo trollkin ceceó: «eza cueva ozcura ez una bendición para loz ojoj de un uz», nombre por el que los trolls gustaban denominarse a sí mismos.

Imaginando cómo sería la guarida escogida por tales criaturas, oscura y formada por una laberíntica red de corredores, los yelmalitas cargaron un buen número de teas y se repartieron yesca y pedernal en previsión de la interminable maraña de túneles y

recovecos por los que la caverna podría extenderse.

Antes de entregar al trollkin a las autoridades locales, Jan Paolo protestó encarecidamente asegurando que «ese hatajo de viejos bárbaros borrachos no representa ningún tipo de autoridad. Esperaremos a la llegada de los embajadores del Imperio». Pero esperar a las legiones lunares no entraba aquella mañana en los planes de nadie.

Descansaron lo que restaba de noche en la única posada de la aldea. Se habían merecido dormir bajo techo tras lo acontecido en los días anteriores... y por cuanto pudiera esconderse en la guarida de ese troll llamado Xvarnak.

Por la mañana, Cráteros había enviado a Antígonos por el asno y las antorchas. Man-Yurý había desaparecido temprano. Más tarde lo encontraron en la linde del bosque de manzanos sentado en una incómoda postura con la espalda recta y las piernas cruzadas, apoyando cada pie sobre el muslo de la pierna contraria. Descansaba las muñecas sobre las rodillas y, con las palmas hacia arriba, formaba un círculo con cada mano uniendo la yema de los pulgares con la del dedo corazón. Tenía los ojos cerrados y emitía un ronroneo monótono y constante.

Del otro oriental, del silencioso acompañante de rostro oculto y negros ropajes, nada se sabía desde el

amanecer. Apareció sin más, caminando entre la espesura del bosque, cuando ya todos estaban preparados para marchar. Man-Yurý lo ignoró completamente como si no fuera nadie. Los orientales no cruzaron palabra en toda la mañana. Ninguna otra persona intentó comunicarse con el enmascarado, tanto por las diferencias lingüísticas como por el halo místico de su extravagante indumentaria.

Resultaba curiosa tanta disparidad entre ambos.

Man-Yurý había tallado esa mañana dos alargados palillos que utilizó para catar delicadamente el desayuno ofrecido por las sanadoras en el altar, a base de

queso de oveja y pan de bazo mojado en sidra. Su oscuro compañero comió apartado, usando como único instrumento sus manos. Introducía la comida bajo el oscuro velo sin desprenderse de él en ningún momento. Cráteros había ofrecido su cuchara de madera a ambos pero ninguno aceptó. En campaña militar, los yelmalitas compartían todas sus pertenencias. En el frente de batalla, a la hora de comer, un soldado era un soldado sin importar rango ni jerarquía.

Tras el desayuno, y con el rucio ya cargado de enseres, se dirigieron a los límites de la aldea, en dirección a las colinas donde gracias a las indicaciones de los aldeanos esperaban encontrar las

cuevas donde se refugiaban los trollkins.

—Yo os guiaré. —Una voz los detuvo poco después de abandonar la capilla de las sanadoras—. Sé dónde está esa caverna y además, necesitaréis quien os cure vuestras heridas.

La delicada voz fue reconocida por todos. Antígonos notó cómo lo embriagó un sofoco, una sensación hasta entonces desconocida por el muchacho. Allí estaba la joven y bella Ailena. La presencia de la joven aldeana ruborizó al novel lancero quien no fue capaz de abrir la boca en el tiempo que llevó la caminata hasta la cueva. Cráteros no puso buena cara ante la perspectiva de llevar una niña en la expedición, pero no

objetó nada al comprobar que en el seno del grupo la presencia de la «curandera» era bien recibida. La chica podría sanar sus heridas y guiarlos a través de los campos de manzanos sin demorar más tiempo.

—Dana, vas a quedarte en la entrada de la cueva cuidando del asno —ordenó el Mariscal a su obediente ave mientras descargaba el material del borrico y repartía las antorchas—. Cada uno llevará tres. Con sólo una encendida habrá luz suficiente. No olvidéis que los trolls luchan mucho mejor en la oscuridad. ¡Buscad siempre la luz! ¡Llevaremos los rayos del sol hasta abrasarles las pupilas!

Se ajustaron las armaduras.

Comprobaron sus armas y se acercaron a la entrada de la gruta. Ailena portaría la primera antorcha.

La entrada de la caverna era grande y tenebrosa por igual. Una enorme roca, a modo de dintel, sobre la entrada parecía enmarcar el camino y guiar los pasos hacia sus oscuros adentros. Del interior parecían surgir un sinfín de inquietantes sonidos: agua goteando, el viento que ululaba entre las rocas, «algo indeterminado» que arrastraba arena por el suelo...

—Iré en primer lugar —dijo Cráteros—. Antígonos, tu guardarás la espalda de la columna. No habrá criatura que traspase

la barrera de nuestras lanzas.

El joven yelmalita musitaba imperceptiblemente para sus adentros: «No me gusta nada la oscuridad, ni las criaturas que en ella se ocultan».

Ataron el burro al tronco de un árbol cercano. Terminaron de ajustarse grebas y brazales. Encendieron la antorcha y silenciosamente fueron entrando por la enorme boca de la caverna, expectantes, cautos, en fila de a dos. Rápidamente la cavidad disminuía, menguaba de tamaño, a cada paso más pequeña. Junto al Mariscal se situó sin mediar palabra el misterioso oriental de oscuros ropajes. Detrás, Man-Yurý con su espada reluciente y preparada

escoltando a la bella portadora de la luz. Tras ellos, y cerrando la comitiva, junto a Antígonos entró el cónsul Jan Paolo. En realidad lo hizo un paso por delante, no quería que ninguna bola de pelos le saltara por sorpresa a la espalda desde las sombras de aquel lúgubre lugar.

A pesar de la temprana hora del día, a pocos metros de la entrada, la oscuridad era casi total, lo que agudizó el resto de sentidos. Podían oír claramente el agua que corría por el interior de la caverna, algún cuerpo que se deslizaba por el suelo arenoso de manera intermitente, un zumbido de origen desconocido. La luz de la antorcha reflejaba el color amarillento de la roca.

—No os separéis, seguimos en línea recta, en formación de falange... — ordenaba el Mariscal antes de percatarse que excepto Antígonos nadie más dominaba la jerga militar yelmalita —. Quiero decir que seguimos en fila de a dos.

Muchos eran los ojillos ambarinos que los observaban desde la oscuridad, desde los corredores que se abrían por doquier. Decenas de pequeños puntos iluminados seguían fijamente el avance de los intrusos. La comitiva siguió en silencio. «Si yo me escondiese en una cueva lo haría en lo más profundo» pensaba Cráteros. «Yo llenaría estos corredores con multitud de trampas», rondaba entre los pensamientos del

cónsul lunar Jan Paolo. La fila avanzó lentamente. Cráteros y Antígonos sustituyeron sus lanzas por los gladius de menor tamaño, mucho más manejables en los estrechos recodos de los corredores. El Mariscal estaba extrañado por la temeridad del misterioso oriental enmascarado, quien marchaba a su lado sin portar ningún tipo de arma. Caminaba completamente desarmado -con su sable envainado- lo que inquietaba al yelmalita y aceleraba su pulso.

Por uno de los túneles laterales surgieron dos enormes ojos amarillos, mucho mayores que los anteriores. Se quedaron fijos sobre la llama de la antorcha. El grupo se sobresaltó, pero

rápidamente se dieron cuenta que aquellos ojos pertenecían a un enorme lagarto que, recostado en la arena, observaba flemático. Éste reposaba sus, al menos, tres metros de largo plácidamente tumbado. No hizo más movimientos que el de la serpenteante vibración de su bífida lengua buscando humedad en el ambiente de la cueva.

Cautelosamente pasaron junto al lagarto sin perderlo de vista y sin hacer ningún aspaviento brusco que pudiese sobresaltarlo. Siguieron por el mismo túnel hacia las entrañas de la caverna, cada vez a más profundidad, con el aire más denso, más cargado. Durante un centenar de metros continuaron el descenso a la vez que el reflejo de la

antorcha sobre las paredes se tornaba anaranjado. En silencio, alerta, cautelosos, sin la menor noticia de ningún trollkin llegaron a una cámara donde el túnel se bifurcaba en dos grandes ramales. La humedad era mayor a esta profundidad y la arena del suelo se había transformado en una resbaladiza superficie de barro. Sobre semejante superficie no resultaría difícil encontrar huellas; sin embargo, la dificultad estribaba en distinguirlas. Una maraña de garras, pies descalzos, botas y otras huellas sin identificar se cruzaban, tropezaban, iban y venían a través de ambos túneles. Cráteros guardó sus armas y se arrodilló buscando pistas que le guiasen hasta la

madriguera de los trollkins. Ordenó a la muchacha sanadora que acercase la antorcha. En algo similar al rastreo estaba el yelmalita inmerso cuando sin previo aviso empezó a estornudar convulsivamente, sin poder parar. Los estruendosos estornudos alertarían a cualquier criatura varios túneles a la redonda. El hermético enmascarado de labios sellados se agachó, cogió al Mariscal por el brazo y lo ayudó a levantarse. Al momento éste dejó de estornudar... pero no había pasado ni un segundo y quien comenzó a estornudar fue el oriental misterioso de rostro oculto, con un sonido mucho más agudo.

—¡Estupendo! —expresó Jan Paolo con sorna—. Ahora toda la caverna sabe que

estamos aquí. ¿Prendemos el resto de antorchas para que nos localicen mejor?

—El suelo está lleno de musgo picante —quiso disculparse Cráteros con dificultad para contener otro estornudo —, no os agachéis. No puedo localizar así ningún rastro —dijo volviendo a estornudar una vez más—. Sólo puedo decir que a este lado el barro está más seco mientras que por esa parte la humedad es mayor.

«Musgo cuyas esporas te hacen estornudar... Interesante» pensó Jan Paolo abriendo esos ojos suyos saltones que parecían a punto de abandonar la cara. Mientras el resto acordaba el camino a seguir desechando el corredor

que parecía estar más seco y eligiendo descender por el túnel donde la humedad resultaba más palpable porque «los trolls necesitarán agua para vivir», el diplomático lunar sacó uno de los pequeños tarros de vidrio vacíos que guardaba en su zurrón y con extrema precaución recogió un poquito de musgo del suelo y lo introdujo en él. Cerró el bote herméticamente, lo guardó, ¡y comenzó a estornudar sonoramente!

—Chsssssss —le chistó Man-Yurý con el dedo índice sobre los labios.

—Continuemos —ordenó Cráteros embrazándose de nuevo su bruñido escudo y desenvainando a *Colmillo Dorado*, su gladius de herencia familiar

—. ¡Antígonos! Abre bien los ojos en la retaguardia. No quiero sorpresas.

La roca del túnel, que a esa altura era completamente roja, se fue tornando magenta según descendían. El corredor, a medida que se fue estrechando, se volvió más resbaladizo. El sonido de agua corriendo creció hasta convertirse en estruendo.

Habían alcanzado una gran cámara enorme, cuyas paredes quedaban fuera del alcance de la antorcha. Los reflejos de ésta en la roca refulgían con un color violáceo. Cráteros abrió la marcha y fue el primero en detenerse cuando el camino desapareció abruptamente: en su lugar, un gran precipicio. Varios metros

por debajo corría agua salpicando las paredes. Y no era un lago subterráneo sino un río caudaloso lo que circulaba veloz por aquel foso.

Alrededor todo era oscuridad, la luz de la antorcha resultaba insuficiente para iluminar tan enorme estancia. En el borde del saliente había apoyado el tronco de un árbol completamente podrido por la humedad. El tronco tendía un «puente» improvisado hasta otro saliente en una pared lateral donde se abría otra cavidad negra. La luz de la antorcha apenas llegaba a iluminar aquel extremo tenebroso.

El fuerte estrépito del agua corriendo silenciaba cualquier otro sonido, si

exceptuamos que los más nerviosos podían escuchar los latidos de sus propios corazones. El Mariscal sintió que una mano se apoyaba en su hombro. Los rasgados ojos del oriental oculto tras la máscara negra se cruzaron con los suyos. El kralorí tomó la iniciativa y con los brazos extendidos comenzó a cruzar el resbaladizo tronco. El yelmalita contuvo la respiración observando al enmascarado. Un paso, luego otro y otro más..., y así continuó como un experto funambulista sobre el alambre hasta alcanzar, con asombroso equilibrio, el extremo opuesto. Al llegar al otro lado se detuvo escudriñando en la oscuridad, buscando algún peligro. Lo que el resto no sabía era que sus pupilas

se habían transformado en unas cuñas alargadas semejantes a los ojos de un gato. Cuando comprobó que nada parecía ocultarse en la oscura entrada del nuevo túnel, hizo un gesto con la mano a los demás: el camino estaba despejado y podían cruzar el tronco.

Jan Paolo se coló entre Man–Yurý y la joven sanadora poniendo un pie sobre el improvisado puente:

—Ahora iré yo, como representante de la Luna Roja debo ir en vanguardia.

Avanzó con cuidado. Un pie, luego otro. Extendía los brazos buscando equilibrio; «con cuidado», pensaba para sí mismo. El tronco resbalaba como si alguien lo hubiese untado con mantequilla, ¿alguien

lo habría hecho en realidad? Finalmente tras un pequeño saltito, el cónsul llegó a la repisa de piedra, junto al kralorí enmascarado, salvando tan resbaladiza dificultad.

—Antígonos, protege la retaguardia y manda a la niña con la antorcha detrás de mí —instó Cráteros—. Voy a cruzar al otro lado. No quiero que nada nos sorprenda al frente.

Entonces el templario yelmalita, imitando a sus dos compañeros que ya habían ganado la otra repisa, puso un pie sobre la resbaladiza madera. Con las armas guardadas extendió los brazos buscando equilibrio y avanzó confiadamente sobre el «puente». No

mirar abajo era la premisa. Lo único que no había tenido en cuenta era que, además de los cien kilos que pesaba sin ropa, su armadura y armas metálicas le hacían triplicar el peso total con respecto a sus predecesores cruzando el tronco. Entonces se oyó un crujido. Miró alarmado la madera. De momento parecía que aguantaba el peso. «Ha estado cerca» pensó el veterano militar. El estruendoso ruido del río que circulaba bajo sus pies se mezclaba con los latidos de su corazón. Cráteros miró atrás y vio que se encontraba a medio camino, no podía retroceder. Respiró profundamente antes de continuar. Primero movió un tobillo, levantó el talón del tronco... y oyó un fuerte

chasquido. Ahora sí notó cómo la madera se resquebrajaba bajo sus pies. Comprobó alarmado cómo el tronco podrido se quebraba. Intentó un último salto a la desesperada pero la distancia que lo separaba de la repisa era demasiado grande, incluso para él.

El resto de la compañía se quedó expectante escrutando la superficie del agua. Tras unos tensos instantes de incertidumbre apareció la figura del Mariscal. Se puso en pie tratando de mantener el equilibrio frente a la fuerte corriente que tiraba de él. El agua le llegaba por la pechera de la armadura.

—Estoy bien —dijo recolocándose su dorado yelmo.

De pronto se oyó un fuerte ruido procedente del túnel que dejaban a sus espaldas. Antígonos alarmado tanteó la oscuridad. El nerviosismo de la sanadora, que esperaba para cruzar el tronco, crecía a la vez que lo hacían los ruidos provenientes del túnel a sus espaldas. Antígonos se contagió del sentimiento de la muchacha. También empezaron a oírse pisadas del otro túnel, donde esperaban el cónsul imperial y el oriental del antifaz negro. Algo se aproximaba por ambos corredores; convertidos en su imaginación en negras fauces expectantes.

—¡Estamos rodeados! —avisó Antígonos con un grito.

Jan Paolo miró al desarmado kralorí y pensó que no era muy prudente permanecer en aquella repisa sin el brazo armado de los yelmalitas. No lo pensó dos veces. Se tapó la nariz con los dedos y saltó sin avisar; chocó con estrépito contra la superficie helada del agua. Los ojos de Cráteros se clavaron atónitos en el diplomático lunar, que con un perruno chapoteo salió de nuevo a la superficie del río subterráneo.

—¿Qué hace? —preguntó incrédulo el Mariscal—. ¡Tenemos que salir del agua!

—Quería asegurarme que os encontrabais bien —contestó Jan Paolo luchando contra la corriente por

mantenerse a flote y no resbalar con el escurridizo fondo, una vez que hubo logrado ponerse en pie.

El silencioso oriental de negro extrajo su cadena metálica de entre los ropajes. Silbó atrayendo las miradas de quienes se encontraban en el río. Lanzó con maestría uno de los extremos a manos de Cráteros. Man-Yurý observaba la escena con atención, sin dejar de escudriñar la oscuridad a sus espaldas. Cerrando la comitiva, Antígonos sintió un pequeño golpe en una pierna y vio cómo un canto rodado, lanzado desde la oscuridad, rebotaba contra el suelo. Agarró con fuerza su pica entre las dos manos. «Ya están aquí.»

En sus años de adiestramiento, en muchas ocasiones a manos del propio Cráteros, Antígonos había aprendido varios conjuros útiles para el combate, sobre todo si luchabas en la oscuridad de una cueva repleta de criaturas. Se concentró en la punta de la lanza extrayendo el poder de la Runa de la Luz que tenía grabada:

—*Akóndio Fakós* —pronunció frotando un amuleto tallado con una runa redondeada que colgaba del mástil de su lanza, el glifo representaba el símbolo rúnico de la luz. De la punta del arma surgió un haz luminoso como el proyectado por una linterna, que seguía y se movía allá donde apuntara la lanza. Antígonos enfocó al corredor por donde

habían venido y allí los vio. Algunos llevaban cuchillos, los otros palos, todos los ojos inyectados en odio. Los trollkins se acercaban silenciosamente.

En el río, Cráteros se quejó soltando la cadena del silencioso oriental y chapoteando en el agua.

—¡Augh! ¿Qué ha sido eso? ¿Lo ha sentido usted también, señor procónsul?

—¡Estoy helado! ¡Empapado! ¿El que tengo que sentiirrrrrrrr? —El cónsul lunar no terminó la pregunta pues algo se coló entre sus ropajes y advirtió una quemazón en la piel.

Con rapidez se percataron que entre la espuma producida por la corriente de las aguas flotaba algo pútrido y

maloliente que abrasaba la dermis como brea ardiente. El Mariscal intentó zafarse. ¡Esa apestosa masa se colaba entre las juntas de su armadura! Jan Paolo sentía en sus carnes el corrosivo contacto. La corriente era fuerte y el fondo demasiado resbaladizo. Intentando escabullirse del abrasador tacto ambos resbalaron, se hundieron como plomos y desaparecieron bajo las oscuras aguas.

El resto de la compañía miraba con horror las sombras de los dos hombres bajo el agua. Reverberando en el túnel quedaban los desgarradores gritos de ambos al desvanecerse absorbidos por la oscuridad de las aguas. La joven Ailena chilló aterrada. El kralorí del velo negro recogió su cadena sin nadie

al otro extremo. Man-Yurý, sabiendo que Antígonos estaba protegiéndoles las espaldas, enfundó su espada y se descolgó por la roca hasta el río en pos de los desaparecidos. Apoyó un pie en el fondo de piedra, con tacto y cuidado... ¡pero resbaló! En un instante él también había desaparecido como sus dos compañeros bajo la oscuridad de las turbias aguas.

Antígonos no sabía lo que estaba ocurriendo a sus compañeros; «nada bueno», a juzgar por los gritos. Había escuchado chillar al propio Cráteros. Volvió del túnel para poner sobre aviso de la llegada de los trollkins a los demás, pero en la entrada a la sala inundada no había nadie más que la

bellísima Ailena. No veía a nadie más. Sólo estaba la chica. Antígonos comprendió que su lanza era lo único que se interponía entre ella y la oscuridad. La tensión se apoderó de sus músculos. Tratando de tranquilizarse pensó: «voy a sacarla de aquí y vendré por los demás cuando ella esté a salvo». El resto eran hombres de armas y hubiese lo que fuera en el río, podrían hacerle frente mientras él ponía a la joven sanadora a salvo, ¡sería un héroe! Cogió la mano de la muchacha:

—No te separes —se dirigió a ella por primera vez en el día—, voy a sacarte de aquí.

Avanzó con la pequeña aldeana a su

lado y la lanza preparada. Ella empezó a gritar cuando de la oscuridad surgieron las criaturas peludas. Antígonos mostró de qué había servido su entrenamiento en la Orden. El primer trollkin cayó ensartado en la punta luminosa de su *sarissa*. El siguiente no tuvo tiempo de colocar una piedra en su honda como pretendía, la pica se le clavó en el gaznate. Luego vino otro, y otro más. Así llegaron al desvío de paredes rojizas donde el barro del suelo empezaba a secarse. Por la otra caverna una multitud de aberrados seres oscuros se acercaba amenazante.

—Escúchame —dijo a la chica con gesto serio—, corre tan rápido como puedas. Sigue de frente por esta galería.

No pares ni te desvíes hasta llegar a la luz del exterior. Yelmalio no permitirá que te hagan nada. Y mantén siempre encendida tu antorcha.

En ese preciso instante empezaron a llover piedras contra los jóvenes. La sanadora salió corriendo pero el templario se quedó plantado. Antígonos, hijo de Aléxandros, templario de La Cúpula Solar, detendría a las bestias con la única intención de que la bella Ailena pudiese escapar. Cualquier templario de La Cúpula Solar así lo haría. Cualquier héroe así lo haría. Cráteros así lo haría.

Primero fue una piedra, luego otra, a continuación una tercera. Los trollkins

iban acorralándolo, lanzando proyectiles con sus hondas y entonces lo vio. Era mucho más grande que los pequeñajos y deformes trollkins, incluso mucho más grande que él. Lucía una musculatura poderosa, una pelambreira recia y dos ojos llenos de vileza. Caminaba completamente erguido y no encorvado y maldito como sus trollkins. Dos prominentes colmillos amarillentos asomaban de su enorme boca. Era un auténtico troll negro, un auténtico uz.

Empapados, calados hasta los huesos, desorientados, los caídos al río despertaron tumbados al lado de un gran charco de agua en una desconocida y amplia caverna. Había un extraño tono granate en la roca. Si ellos no llevaban

luz, ¿cómo estaba la roca iluminaba? Man-Yurý y Cráteros se incorporaron pesadamente mirando a su alrededor. No sabían cómo habían ido a parar allí, no entendían nada. La luz provenía de la propia roca que brillaba con el ligero resplandor. Vieron que junto a ellos reposaba Jan Paolo, el cual todavía no había recuperado la consciencia.

Entonces se percataron que un puñado de criaturas verdosas los observaban atentamente. Estaban rodeados de una docena de seres verdes. Semejantes a grandes salamandras, si las salamandras fuesen bípedas y se desplazasen erguidas, del tamaño de niños humanos, grandes ojos saltones como los de un sapo y una amplísima boca con una gran

lengua que no paraba quieta y saltaba por sus redondeadas caras. Los escamosos cuerpos variaban entre diferentes tonalidades verdinosas. La reacción de ambos guerreros fue idéntica: sin pensarlo dos veces echaron mano de sus filos desenfundándolos con gran pericia.

Cráteros preguntó con voz amenazante: —¿Quiénes sois? ¿Dónde estamos?

Las criaturas que hasta ese momento habían permanecido en el más absoluto mutismo se asustaron por la vehemencia del humano. Algunas dieron un respingo hacia atrás, otras ocultaron la mirada tras sus palmípedas manos de dedos redondeados, muchas observaban

perplejas, con miedo, y alguna dejó escapar un aullido de pánico. A continuación empezaron a cuchichear entre ellas sin perder de vista cada uno de los movimientos de los dos hombres que blandían sus armas desafiantes. De entre el murmullo se escuchaban palabras como «profecía», «humano» o «libertador».

—¿Libertador? —repitió Cráteros con cierta hostilidad, confuso y desubicado por la situación—. ¿De qué habláis?

—Humano Libertador no come tritónidos —repetían tímidamente sin aclarar absolutamente nada. Parecían muy dubitativos.

—¿Liberador Humano? —se oyó

entonces desde el borde de la charca. Era Jan Paolo poniéndose en pie mientras se atusaba sus ropas completamente empapadas. Había escuchado esas palabras resonando en su cabeza y se le antojaban perfectas para sí mismo.

—Liberador humano —repitieron los anfibios entre divagaciones.

—Eso he dicho yo: liberador humano. Yo soy el Liberador Humano, criaturitas... verdes. He venido desde muy lejos a... liberaros. Eso es, sí, mis queridas ranitas. Amigos, guardad las armas. Soy el Liberador Humano.

Los seres lo observaron con suspicacia, nada comparado para cómo sus

perplejos compañeros clavaron en el diplomático del Imperio Lunar sus atónitas miradas. Desde luego, para los tímidos seres verdosos, este hombre no tenía los rudos modales de los otros dos. No tenían nada que perder. ¿Por qué no iba a ser éste el Libertador del que hablaba la profecía? Como la misma decía, sería un humano a quien rescatarían de ahogarse en las gélidas aguas del río y, hoy, habían rescatado a tres.

—¡Oh, Libertador! —dijo uno de ellos apoyando su peso en un palo de madera—. Esperábamos ansiosos. ¡La Liberación! A cambio, Libertador tendrá más valioso de tesoros de tritónidos.

—¿Tesoro? —repitió Jan Paolo lentamente a la par que sus ojos se iluminaron con la idea, viéndose amo y señor de aquellos seres—. ¡Sí! Soy el Liberador Humano, vuestro amo y señor. Ya no tendréis otra cosa que temer. Complacedme y os liberaré.

El grupo de tritónidos lo miró con esperanza.

—Jurad ante el ídolo y serás el Libertador —dijo el más vetusto de los anfibios. Haciendo una torsión con el tronco, imposible para un humano, señaló a sus espaldas. Los presentes repararon que apoyado en una pared reposaba un bloque de mármol cubierto de verdín; un extracto rocoso en el que

no habían reparado en un principio.

—Honorable señor Jan Paolo —
intervino Man—Yurý—, el que hace el
bien de los demás hace el suyo propio.
No se aproveche de seres tan primarios.
Nuestro deber es buscar el mensaje de
Su Majestad Imperial, Señor Dragón de
la Tierra del Esplendor.

—Cónsul Jan Paolo —apostilló
Cráteros—, pregúnteles cómo salir de
aquí, cómo encontrar la caverna de los
trolls y despídase.

En ese instante un ruido burbujeante
rasgó el silencio desde las aguas de la
charca. Todos callaron inquietos. Los
presentes se alejaron de la charca
esperando qué nueva sorpresa iba a

surgir de sus aguas heladas.

Primero aparecieron burbujes sobre la superficie, algo respiraba bajo el agua y estaba a punto de emerger. Entonces una figura salió de la charca. La oscuridad reinante impedía verla con claridad. Se acercaron con cautela y vieron que quien aparecía de las aguas, cubierto por sus insondables vestiduras negras, era el parco en palabras encapuchado compatriota de Man-Yurý. Respiraba sonoramente. Dio una larga bocanada que le dejó adherida al rostro su calada máscara marcándole la boca. Cayó al suelo de rodillas y dio varias bocanadas más cortas en busca de aire, prácticamente asfixiado. Se encontraba sin aliento y al borde de un colapso

pulmonar.

Tardó varios minutos en recuperarse y los anfibios en calmarse.

Cráteros instó entonces a Man–Yurý para que preguntase al enmascarado por lo sucedido desde que ellos desaparecieron sumergidos en la corriente del río subterráneo. A continuación, el heraldo kralorí tradujo con desinterés el escueto relato de su hermético compatriota: «cuando desaparecimos en las profundidades se lanzó al río para buscarnos. Buceando encontró una cueva bajo las aguas y gracias a unas bolsas de aire que lleva ocultas bajo la ropa, pudo seguirlo sin ahogarse hasta que salió a la superficie,

a esta cueva donde ahora nos encontramos»».

Mientras tanto, Jan Paolo se empeñaba en convencer a la temerosa colonia de tritónidos de que el enmascarado que acababa de aparecer era también amigo del Libertador Humano, y que no debían asustarse.

Cráteros quiso saber más sobre esas «bolsas de aire», mostrándose intrigado por cuánto ocultaba el singular kralorí. El Mariscal quiso saber si podrían volver buceando por el túnel inundado. Man-Yurý tradujo las inquietudes del yelmalita a su compatriota pero, para su decepción, hubo que desechar la idea. La fosa inundada era demasiado larga

para bucearla contracorriente con una sola bolsa de aire para todos.

«Extravagante», pensó el yelmalita.

¿Qué más ocultaba el oriental tras su hermética máscara negra?

—Mis súbditos tritónidos —intervino el cónsul Jan Paolo que había estado fuera de la conversación todo ese tiempo— nos ofrecen su tesoro, así como conducirnos hasta la caverna que los trollkins han ocupado. Pero primeramente tenemos que jurar ante el ídolo de piedra. Vamos, no tenemos tiempo que perder.

—Espere Procónsul —le cortó el Mariscal—. Man-Yurý, pregunte al enmascarado dónde quedó mi lancero y

la curandera. ¿Por qué ha dicho que se quedó solo?

—Vamos —se impacientaba también el misionero lunar—, sólo tenemos que plantar la mano sobre ese trozo de piedra y ya está, nos darán su tesoro.

El kralorí, aún exhausto por el largo trecho buceado, relató en su milenarismo idioma y con su agudo y seseante timbre de voz, que tras caer ellos al agua y hundirse en las heladas profundidades subterráneas, varios demonios peludos asaltaron la caverna. Antígonos y la sanadora habían huido por el túnel hacia el exterior de la caverna antes de que los monstruos bloquearan los túneles. No había más salida para él que

arrojarse al agua. Al oír esto Cráteros recobró la esperanza de que los muchachos hubiesen podido encontrar la protección de la luz, lejos de la oscuridad.

Ante la insistencia de Jan Paolo y de «su» tribu de tritónidos, todos se dirigieron al otro extremo de la caverna. El ídolo era un bloque de piedra que podría asemejarse, y esto poniendo mucha imaginación, a un busto de tritónido. Los humanos pusieron una mano sobre la piedra mohosa. El tritónido más anciano formuló unas palabras y todos repitieron al unísono. Después, Jan Paolo tuvo que recitar solo, con la solemnidad del «Libertador Humano», su juramento de lealtad a la

tribu:

—Yo prometo que la tribu Lengua Roja de la Charca Azul, será liberada.

Prometo además, que nunca permitiré que hagan daño a ningún tritónido de la tribu.

Todos los pequeños tritónidos parecían muy nerviosos y excitados. Jan Paolo se ajustó las vestiduras, dio media vuelta y exclamó:

—Y ahora, ranitas, ¿dónde está mi tesoro?

Los tritónidos se miraron perplejos sin entender nada. El más anciano de la tribu contestó pausado. Tal y como el humano había prometido, primero tendrían que liberarlos.

—¿Liberaros? Pero, ¿cómo? ¿Todavía no lo estáis? —preguntó contrariado el cónsul—. Yo... ¡os libero! Venga, ahora a correr... a croar, ¡a nadar por ahí, ranitas!

Entonces el más longevo de los tritónidos volvió a hablar con la misma voz sosegada. Afirmó que primero tendría que matar al Gran Lagarto de la Caverna Prohibida. El Libertador Humano tenía que acabar con el Gran Lagarto, sólo en ese momento sería el auténtico Libertador Humano.

Tras una breve discusión los forasteros aceptaron. Seguir aquella «profecía» parecía el modo más rápido para que los tritónidos los guiasen después hasta la

guarida de los trolls.

Los cuatro hombres, junto a un numeroso séquito de tritónidos, abandonaron la caverna de la charca. Cráteros se preguntaba si su pupilo Antígonos y la joven sanadora estarían a salvo en el exterior. Anduvieron durante un tiempo por estrechos corredores. Aquí las paredes reflejaban un suave brillo de matices anaranjados, por lo que era posible deambular sin el uso de teas u otras ayudas. Los humanos torcieron un recodo donde la piedra era completamente amarilla y se detuvieron. El anciano tritónido anunció que ya no podían acompañarlos más allá, que el destino de los tritónidos estaba en sus manos. Habían llegado al límite de la

Caverna Prohibida y a partir de ese punto tendrían que enfrentarse a sus peligros en solitario. «Tened fe y no temáis al Lagarto».

Así dejaron los humanos a la recua de anfibios, arremolinados, empujándose, tratando de ver el paso de su Libertador tras el recodo desde el que se abría la Caverna Prohibida, sin que ninguno pusiera un pie en su interior. Desde allí se escuchaba con claridad el ruido de otro caudal subterráneo. Los hombres desenvainaron armas y con paso cauteloso se adentraron en la enorme cavidad. Conforme descendían vieron que, efectivamente, un pequeño río atravesaba la cueva. La roca brillaba con un color rojo bermellón, muy

intenso. ¿Por qué los tritónidos la llamaban la Caverna Prohibida? Debían estar alerta. Cráteros guardaba la espalda de la comitiva. Delante de él los otros tres miembros que la encabezaban avanzaban con paso precavido. No tardaron en llegar hasta el riachuelo. Sus aguas eran claras y poco profundas. Sin demora se dispusieron a cruzarlo. Un hedor turbio emanaba de las aguas.

—¿Qué es esto? —dijo sorprendido Man-Yurý.

Había hundido un pie en la cáscara de un enorme huevo. En el fondo del riachuelo su vista tropezó con montones de huevos esparcidos sobre el verdín. Algunos eran pequeños como dátiles,

muchos del tamaño de una piña, otros enormes como grandes sandías. Fuera del agua había muchos más, todos húmedos y humeantes como recién puestos. Al otro lado de la gruta el suelo ascendía enmoquetado por una alfombra de innumerables y pequeñas lagartijas enanas como dedos meñiques, de un color verde muy vivo. Los intrusos avanzaron hacia el fondo de la caverna pisando con asco la verdosa alfombra de reptiles.

Primero fue un gruñido, una piedra que rodaba desde lo alto, una sombra tras una enorme roca... la oscuridad permitía distinguir el recortado contorno de un enorme saurio de larga cola. Avanzaba a cuatro patas arrastrando su

tripa por la superficie del riachuelo. Sobre su lomo, un cartílago acorazado recorría su espinazo. Se oyó un aterrador silbido. No cabía duda, estaban ante el Gran Lagarto.

Jan Paolo fijó su mirada en el enorme reptil y empezó a conjurar sus ocultas y desconocidas artes nigrománticas. Movía las manos rítmicamente mientras entonaba una sonora letanía. Sus compañeros fueron mucho más rápidos. Sabían que si la bestia los capturaba entre las garras, o eran presa de su descomunal mandíbula, no tendrían opciones de recuperar el mensaje imperial robado por el troll llamado Xvarnak. El hasta ahora desarmado oriental enmascarado desenvainó

silencioso su sable. El peligro erizó el bello de los brazos de Cráteros. Un ritmo frenético dominó el bombeo acelerado de su corazón. El amenazante saurio provocó que sus músculos se agitaran estremecidos, sudando, tensos... la furia se apoderaba de su cuerpo. Primera embestida.

A ojos del Mariscal los orientales parecían haber aprendido a combatir en una escuela de acróbatas. Se abrieron por los flancos del animal con un baile coreografiado repleto de saltos, brincos y cabriolas. El misterioso enmascarado se movía como un felino, como un gato, mientras que Man-Yurý giraba y viraba su cuerpo sobre sí mismo como si fuera un molino. Una estocada desde el aire,

otra, y otra más. El yelmalita había pensado en principio que los filos orientales eran demasiado largos; sin embargo, volteados como molinillos con precisos giros de muñecas, aprovechaban la fuerza de la inercia por la propia rotación. Nada parecía ser más apropiado para el estilo de lucha que exhibían en oriente; por completo diferente a cuanto él había visto jamás. El modo yelmalita de emplear el gladius, como firme prolongación del brazo, era mucho más rígido y estático. Las técnicas de lucha de oriente y occidente eran distantes como el día y la noche. En varias ocasiones los kralorís hundieron sus armas hasta la empuñadura en el cuerpo del reptil y en

otras tantas evitaron con maestría, en lo que parecía un recorte de tauromaquia o el infantil juego del ratón y el gato, los embistes del descomunal saurio. El Mariscal entendió entonces por qué los orientales no llevaban escudos: ¡no los necesitaban! Su defensa consistía en no ser alcanzados por el enemigo. Cráteros contempló asombrado a los kralorís que una y otra vez giraban sobre sus cuerpos haciendo piruetas y volteretas para alejarse de las peligrosas garras del reptil. Esquivaban como expertos bailarines cada uno de los ataques; un escudo sólo hubiera servido para entorpecer las cabriolas. El yelmalita se adelantó cuando vio su oportunidad y hendió el vientre del monstruo con su

propia arma.

El cuerpo del lagarto cayó sin fuerza sobre el piso de la caverna. Su panza chocó contra el fondo del riachuelo salpicando agua. Durante un momento se hizo el silencio.

Los tres espadachines estaban completamente cubiertos por la espesa y maloliente sangre del reptil. Eran tantas las heridas abiertas que no pudieron evitar embadurnarse con la sangre.

Man-Yurý clavó la vista en el meditabundo rostro de Cráteros y pareció adivinar sus dudas al afirmar:

—En mi país se dice que si el enemigo no puede tocarte, tampoco podrá herirte.

Jan Paolo los miró con una expresión

desagradable e inmediatamente detuvo sus cánticos, el conjuro se había desvanecido de entre sus dedos sin llegar a surgir.

—Sin duda, esa lagartija —dijo sonriente— no era tan peligrosa como parecía. He hecho bien en guardar mis poderes para eventos que requieran de mayores habilidades. Yo lo hubiese desmembrado sin mancharme, ¡estáis hechos un asco!

—Resulta más sencillo saber cómo se hace una cosa, que hacerla —contestó Man-Yurý. Era obvio que al oriental no le gustaba esa actitud tan arrogante.

No tardaron en volver sobre sus pasos evitando pisar los huevos del fondo del

riachuelo. La superstición y el miedo a limpiarse con aquellas aguas infectadas de lagartos pudieron con la necesidad de higiene, aunque apestaran a sangre de saurio y estuvieran teñidos de pies a cabeza completamente de rojo. La sangre empezaba a secarse sobre sus cuerpos y ropas volviéndose densa, dejando una rugosidad áspera sobre la piel y un permanente tono sonrojado, por no hablar del intenso tufo. Lo que ninguno vio, envueltos en el torbellino de la lucha, fue cómo Jan Paolo había recogido en otro pequeño tarro de cristal de los que llevaba en su morral: una muestra de sangre del Gran Lagarto, ocultándola junto al musgo que había guardado anteriormente.

Los tritónidos se arrodillaban y tímidamente pronunciaban modestos vítores en honor a su Libertador. Se apartaban a medida que Jan Paolo avanzaba en primer lugar con la cabeza bien alta y saludando con ambas manos. Los anfibios alimentaban así su leyenda. Su Libertador regresaba victorioso de derrotar al depredador de sus crías, sin signos aparentes ni tan siquiera de fatiga, mientras los demás humanos aparecían completamente magullados y con las ropas sacadas de un barrizal. Caminaron entre la multitud de tímidas criaturas hasta que llegaron junto a la cueva del ídolo. Allí esperaba el más anciano de todos los tritónidos, el cual mostraba una enorme sonrisa en su

escamosa cara.

—El ídolo se ha movido complacido —
anunció señalando hacia la roca verdosa
que efectivamente se había desplazado
dejando al descubierto un, hasta
entonces, túnel oculto—. El túnel
muestra el camino al tesoro del
Libertador.

—¡Qué camino y qué puñetes! —
vociferó Jan Paolo—. ¡Por las Siete
Madres!... Soy el Libertador. ¡Exijo mi
oro ya!

—El tesoro estar final de túnel secreto
—quiso aclarar el líder de la tribu con
tono asustado y sorprendido—.
Recuerda, sólo tesoro tritónido ser del
Libertador, nada más.

—Pregúnteles por la salida —dijo Cráteros cansado de todo ese embrollo—. ¿Cómo llegamos a la caverna de los trollkins?

—Espera, mercenario —detuvo el cónsul de la Luna Roja recordando a Cráteros su condición de asalariado con respecto al Imperio Lunar—, primero cogeré mi tesoro.

Seguidos por media docena de tritónidos, los humanos avanzaron por una serpenteante e intrincada galería. Debían ir en fila india pues vía tan estrecha sólo permitía con comodidad avanzar a una persona a la vez. A través del camino, la piedra que formaba el angosto corredor fue cambiando de

brillo, el rojo bermellón de la entrada mutaba primero en magenta, luego en malva, lila, azul marino y un turquesa que se aclaraba paulatinamente siguiendo un suave degradado hasta conseguir la tonalidad celeste del firmamento. Un color semejante encontraron en la bóveda que techaba la entrada de la cámara circular donde moría el pasadizo. Cautos, entraron de uno en uno. Al fondo otro riachuelo aparecía por una cavidad cayendo en una pequeña cascada y desapareciendo por un pozo en el suelo de roca azulada. En medio de la cámara vieron un enorme bloque cilíndrico de piedra (¿o sería metal?) de un intenso color negro que atrajo magnéticamente sus miradas y sus

metálicas pertenencias. Éstas se agitaron. Un zumbido rebotaba en las paredes. Contemplaron incrédulos tan fabulosa columna de piedra incrustada entre el suelo y el techo.

—Es adamantino —aseguró Jan Paolo en un respetuoso tono hasta entonces desconocido en el diplomático lunar—. Es metal auténtico. ¡Metal rúnico! Restos óseos petrificados de antiguos y olvidados dioses.

—Nunca vi bloque de semejantes dimensiones —intervino Cráteros con los ojos brillantes de admiración ante tan imponente reliquia. Se acercó lentamente.

—¡No lo toquéis, inconsciente! —se

apresuró a advertir el cónsul lunar al yelmalita moviendo nerviosamente las manos—. ¿Notas cómo las fuerzas místicas no circulan en esta sala? El negro metal atrae toda la magia a su alrededor. Si lo manipularais se llevaría parte de vuestra esencia, de vuestra alma, de vuestra vida... El tesoro debe ser otra cosa, algo que me pueda llevar de esta cueva.

Cráteros creyó las palabras del diplomático y retrocedió. En fila india rodearon la sala, pegados a la pared, alejándose del magnífico bloque. El grupo de tritónidos ni siquiera se acercó a la cámara. Desde fuera gritaban: «sólo tesoro pertenecer a Libertador Humano, protector de nuestra tribu».

Jan Paolo rodeó la columna negra y descubrió un hueco en la pared al otro lado. Junto al agujero por donde surgía el agua, a cierta altura, había otro socavón bastante más estrecho. Una persona grande y robusta como el Mariscal no cabría... pero él sí. Era el único sitio donde podría estar su tesoro.

De entre sus negros ropajes el kralorí anónimo volvió a sacar su fina cadena. En un extremo tenía un garfio con tres púas metálicas. Lo giró sobre sí mismo varias veces como el aspa de un molino y lo lanzó con asombrosa puntería haciendo blanco dentro del pequeño agujero. Lentamente empezó a recoger los eslabones. El garfio quedó atrapado entre las rocas que bordeaban la

minúscula cueva. Cráteros sujetó también con firmeza el extremo final de la cadena e hizo un gesto con la cabeza al ansioso cónsul lunar. Este se apresuró y empezó a trepar con una destreza más que digna para alguien acostumbrado a otros menesteres. La cueva era minúscula para un hombre grande pero la delgada complexión del antiguo misionero lunar le permitió entrar arrastrándose en cuanto ganó la entrada. La cueva se ensanchaba lo suficiente como para poder mover los brazos libremente e incluso arrodillarse. En el instante en que los pies del diplomático eran lo único que asomaban fuera del agujero Cráteros hizo una seña al oriental de negros ropajes. El misterioso

kralorí soltó la cadena dejando al yelmalita y se encaramó a la oquedad. Cráteros asió los eslabones con mayor firmeza mientras Man-Yurý vigilaba el bloque de adamantino con su arma desenfundada.

Jan Paolo se deslizaba arrastrándose por el socavón hasta que dio de bruces con lo que parecía un modesto altar escarbado en la piedra. Lo presidía una antigua escultura de algún desconocido dios, hecha de una terracota color ocre. Sobre su cabeza una diadema de reluciente plata daba un toque de auténtica divinidad a la modesta escultura e inundaba de brillos argentinos las luminosas paredes de piedra azulada.

El misterioso kralorí del velo negro trepó con una habilidad circense por la cadena sujeta por Cráteros, el cual exhibía sudoroso la musculatura de sus poderosos brazos. A punto estaba el oriental de ganar la abertura de la pared cuando un chillido hizo que parase en seco. El grito provenía desde el interior de la diminuta cavidad.

La pequeña corona de plata cayó humeante en el suelo del minúsculo altar. Jan Paolo se llevó las dos manos a la boca soplando con energía. Sopló como un fuelle, hinchando los mofletes y frunciendo el ceño. La expresión dolorida y el olor a carne quemada indicaban que la pequeña diadema de plata guardaba algún secreto oculto. No

sabía si habría sido una descarga de algún tipo o un fogonazo incandescente. Tenía las dos palmas de las manos en carne viva y varios dedos achicharrados, churrascados, como la carne de un cordero pasada por la lumbre de un horno.

—¿Qué ocurre? —se oyó la voz de Cráteros desde fuera—. ¿Va todo bien?

—¡No ha sido nada! —contestó el diplomático lunar intentando disimular la quemazón que sentía en ambas manos—. Ahora mismo salgo.

El silencioso oriental enmascarado comenzó a penetrar en la pequeña caverna. Ésta era muy estrecha y presentaba serias trabas para alguien

con más talla que Jan Paolo. Con una elasticidad contorsionista, rara vez vista en un guerrero, el kralorí se introdujo por la abertura. De pronto, otro sonido inesperado hizo que parase. En las profundidades de la roca un inquietante rugido fue tomando forma. Con todos los sentidos alerta, el kralorí de negro antifaz buscó la fuente del estruendo. Un crujido fue ganando en intensidad y atronadora fuerza, recordando al que debía producir la pesada digestión de los intestinos de una criatura gigantescamente grande como un dragón o un behemoth.

Dentro de la pequeña cavidad Jan Paolo notó cómo sus hombros se cubrían de polvo. Reflejo de un eco en la lejanía, el

cónsul sintió una vibración, primero débil y lejana, luego cercana y con más fuerza. Un traqueteo envolvió las paredes hasta convertirse en un crepitar ensordecedor. La roca de su alrededor empezó a resquebrajarse. Jan Paolo intentó retroceder buscando apresuradamente la salida del diminuto altar. Sus pies chocaron contra el kralorí que bloqueaba la abertura de entrada.

Cráteros y Man—Yurý esperaban nerviosamente la salida de sus compañeros cuando las rocas empezaron a desprenderse del techo. Encaramados en el pequeño agujero de la pared, Jan Paolo y el oriental enmascarado cayeron sobre el pequeño riachuelo que cruzaba la cámara salpicándolo todo a su

alrededor. Un breve pestañeo tardaron en recuperar la verticalidad y salir de la sala, a la carrera, entre paredes resquebrajándose y el techo desconchándose, tratando de esquivar los cascotes y las rocas que caían indiscriminadamente sobre sus cabezas, ¡la cámara se venía literalmente abajo!

Los tritónidos salieron despavoridos a la primera señal de alarma. Todos corrían por el estrecho corredor rumbo a la sala de su mohoso ídolo verduzco. Las paredes se resquebrajaban, crujían y se venían abajo. Los humanos, más grandes y rápidos, intentaban adelantar a los pequeños anfibios en una auténtica estampida al estilo: «sálvese quien pueda». Algunos anfibios quedaron

atrapados en el estrecho pasadizo. La lluvia de piedras aceleró la marcha como la presencia de un depredador acelera la huida de una manada de herbívoros.

A trompicones, la estampida de humanos y tritónidos irrumpió en la sala del ídolo donde aguardaba el resto de la comunidad anfibia. La melé de corredores terminó desperdigada por los suelos de la cámara. El pasillo, lleno de piedra y polvo, tras una última sacudida, un último estruendo, se vino abajo. El hueco que había servido durante siglos de entrada al corredor oculto se encontraba ahora completamente bloqueado por la avalancha. El polvo, flotando en suspensión, era lo único que

aún se agitaba sin el miedo a provocar un nuevo derrumbamiento de toneladas y toneladas de granito.

Jan Paolo se incorporó. Estaba furioso. Con los ojos inyectados en sangre, los puños apretados y resoplando todavía sin aliento se dirigió al tritónido más anciano, aquel que había hecho de interlocutor todo este tiempo. El vetusto anfibio se asustó al ver al Libertador en semejante estado de furia. El cónsul lunar sujetó por el cuello al anfibio con ambas manos arrancándole de cuajo un collar del que pendían varios huesos pequeños. Acercó su cara congestionada a menos de un palmo de la del anfibio y, chillándole histéricamente, le llenó el rostro de saliva:

—¿Dónde está mi tesoro? —gritaba encolerizado—. ¡Asqueroso renacuajo inmundo! ¡Mi oro! ¿Queríais matarme para no dármelo?

—¡Mi no saber! —contestó el tritónido con verdadera mirada de pánico—. Libertador Humano sólo tocar tesoro. ¡Nada más que tesoro! ¡El hueso de magia!

—¿Hueso de magia? Estos apestosos sapos no nos han traído más que problemas —ladró irritado Jan Paolo dando la espalda a los aterrados tritónidos—. Marchemos de aquí o terminaré esclavizando a esta primitiva manada de seres inferiores.

—Déjalo ya. Partamos en busca de los

trollkins —intervino Cráteros—, ya hemos perdido demasiado tiempo aquí. Algo me hace temer por los muchachos.

—Esta raza de seres ínfimos no merece mi atención. No gastaré un instante más aquí —continuó despectivamente el adorador de la Luna Roja—, dudo que alguna vez tuvieran un tesoro de verdad.

Aguantando el dolor que le abrasaba las desolladas manos, y con un gesto de fingida suficiencia en la cara, el cónsul lunar partió de la sala por la única salida que restaba tras el alud. Sus compañeros cruzaron miradas con extrañeza y salieron de la cámara tras los pasos del irascible Libertador. Los tritónidos miraron escépticos su partida,

asombrados aún de la violenta reacción. ¿Se habrían vuelto a equivocarse de humano?

Los cuatro no tardaron en llegar a un ramillete de ramificaciones que se abrían indistintamente a ambos lados del túnel. Tomaron el primer ramal a su derecha. Algo de intuición y un soplo de aire fresco guiaban sus pasos.

Precavidos, y con las armas en ristre, ascendieron por estrechos corredores, se arrastraron por estrechos pasadizos, ascendieron por una tortuosa chimenea. Las paredes se volvían más claras según ascendían, hasta convertir el color de la roca en un brillante resplandor ambarino, pero según se alejaban de la caverna que servía de hogar a la tribu de

tritónidos, el resplandor mágico de las coloristas paredes fue menguando hasta desaparecer. Los ojos amarillentos de algún que otro lagarto fueron cuánto encontraron al salir de la chimenea y regresar a un túnel suficientemente ancho como para volver a andar de pie. Pero fue otra cosa lo que llamó su atención al final del corredor: «¿qué es eso que brilla?», se preguntaron. Parecía una luz ígnea. ¿Sería una tea?

Efectivamente, una luz roja y mortecina denotaba la presencia más adelante de una antorcha pereciendo en sus últimos estertores.

—No os separéis —susurró Cráteros—, preparad las armas. Algo me dice que

Antígonos no está bien.

Entonces lo escucharon. Era un murmullo suave. No, era más parecido a un gimoteo, a un sollozo... ¿eran pucheros? Cautos se acercaron a la débil lucecita roja oyendo cómo algo se arrastraba por el suelo. Se movieron con rapidez para impedir que, fuera lo que fuese, pudiera escapar; más aún si se trataba de un trollkin que los podría guiar directamente hasta Xvarnak. Los tres espadachines se abalanzaron hacia la luz. Se escuchó un grito y... ¡los sables se detuvieron en seco!

El débil resplandor de la antorcha iluminaba tenuemente los albos ropajes y la frágil figura de la joven Ailena. La

aprendiza de sanadora estaba tirada en el suelo, hecha un ovillo con su propio cuerpo, temblando nerviosamente con la cara empapada por el llanto, lloriqueando como una niña pequeña. Incapaz de entender lo que pasaba a su alrededor, y víctima del pánico, la joven chilló espantada. La pequeña tardó en reconocer a los aparecidos, todavía embadurnados por la sangre del saurio con el que habían acabado en la caverna de los tritónidos.

—Quiero salir de aquí —alcanzó a decir entre lloros—. ¡Antígonos!

—Tranquila —trató de calmarla el Mariscal—. Somos nosotros. Ya estás a salvo. Dime, ¿dónde está Antígonos?

—Sacadme de aquí —balbuceó entre lágrimas—. Esta cueva está maldita, ¡llevadme fuera! ¡Por caridad! ¡Os lo suplico!

—Tranquila, ahora no puede pasarte nada —repitió Cráteros tratando de serenar a la muchacha—. ¿Dónde está el chico?

—Se quedó allá —contestó entre dientes y todavía lloriqueando— dentro. Había muchos... Empezaron a lanzarnos piedras. Él me dijo que huyera por la caverna hasta llegar a la salida, pero me perdí. No sé cuánto tiempo he vagado sola. Antígonos se quedó luchando contra los monstruos. ¡No sé cuánto podrá aguantar! —agarrando a Cráteros

por el brazo le suplicó—. Hemos de encontrarlo, ¡por favor!

Al menos la muchacha conservaba el pequeño petate donde guardaba además de utensilios con fines curativos, la yesca, el pedernal y una última antorcha que prendió iluminando el estrecho corredor. Las antorchas de todos los que habían caído al río estaban inservibles por lo que fueron aligeradas del equipo.

Ailena sujetó la antorcha prendida, con un pulso aún tembloroso. Los hombres volvieron a preparar sus armas. Man-Yurý blandió su espada haciendo molinillos con giros de muñeca. Su silencioso compatriota enmascarado jugueteaba mientras tanto con unas

pequeñas estrellas plateadas acabadas en afiladísimas puntas que lanzaba al aire, mostrando la misma habilidad que un tahúr para barajar su mazo de cartas marcadas, y sin dejarlas caer, atraparlas al vuelo. Absorto miraba Jan Paolo los habilidosos malabarismos del oriental cuando reparó en su propio arco. Con algo más de torpeza se dispuso a tensar la cuerda del mismo. Cráteros, impaciente, lo alentó a apresurarse. No aguantaba otro segundo de espera sabiendo que uno de sus hombres podía estar en manos de apestosos trollkins.

Los trollkins no andarían lejos. ¿Y si hubiesen seguido a la chiquilla? Así avanzaron con paso precavido por el sinuoso corredor.

No tardaron en encontrar de nuevo la caverna grande de la cual salían multitud de pequeños corredores, como aquel en donde la joven Ailena había buscado refugio. Cada cual avanzaba encomendándose a sus propias deidades. La pequeña Ailena caminaba resguardada en el centro de la comitiva portando la antorcha pues sin ella, sin su luz, estarían completamente a merced de las criaturas de la oscuridad.

Así atravesaron al lugar donde la caverna se dividía en dos grandes ramales, uno ascendente y otro descendente, donde el suelo cubierto del musgo provocaba estornudos de manera incontrolada. Sabían que allí no encontrarían huellas. También sabían

que el ramal que descendía los conduciría a la sala inundada donde cayeron en las frías aguas de los tritónidos. Sin discusión decidieron adentrarse en la gruta donde la tierra estaba seca, procurando hacer el mínimo ruido posible. Avanzaban por el corredor lleno de polvo. Las paredes se fueron abriendo paulatinamente hasta que, en pocos minutos, el pasadizo se convirtió en una gran cámara inabarcable para la luz de una única antorcha.

Al fondo, un ligero resplandor deslumbró sus miradas durante un instante y se desvaneció, oculto entre las sombras, sin dejar rastro. A pesar de estar envueltos en negrura sabían que

estaban allí y que eran observados. Perseguidos por furtivas miradas su presencia no pasaba inadvertida. Seguros de que los ojos que se ocultaban en la oscuridad ya se habían posado sobre sus figuras, se sintieron acechados, presos. Ellos estaban allí, furtivos entre las sombras. Notaban su pesada respiración pero no podían verlos. Cráteros tropezó, miró a sus pies, un casco metálico reposaba tirado en el suelo. El Mariscal no tuvo duda, ¡ése era el yelmo del joven Antígonos! De repente oyó un fuerte gruñido que le hizo dirigir la mirada hacia una elevación. Oyó una carcajada y allí, en lo alto, lo vio. Primero pensó en Antígonos; un cuerpo grande, musculoso,

completamente erguido que no caminaba encorvado como los desagradables trollkins. Pero ese gruñido y la oscuridad confundiendo sus sentidos.

«¡Es Antígonos! He visto su cara. Maldita sea, ¿qué es eso que tiene sobre la cabeza?», se preguntó. Sobre la testa, una enorme garra peluda. A esa distancia la antorcha no iluminaba bien. Una garra cerrada cogía al muchacho por la rizada cabellera sujetando su cabeza... o lo que quedaba de ella. Un grito de espanto resonó en la caverna al iluminarse la cabeza cercenada del joven lancero de Yelmalio. Los gritos se mezclaron con la sonora carcajada del enorme troll negro que sujetaba los restos mortales del muchacho.

Levantaba jactancioso la cabeza del joven lancero y se apoyaba en el cuerpo decapitado, el cual se mantenía macabramente en pie atravesado por su propia pica que hacía las veces de tétrico soporte.

Por encima de todos se oyeron dos gritos sobrecogedores: uno de ira y sed de venganza, el del veterano templario que volvía a ver cómo se segaba la vida de un muchacho puro de corazón. Otro grito, aterrado de dolor y sufrimiento, por lo que pudo ser y nunca sería entre una bella sanadora blanca y un valiente lancero yelmalita.

La escena transcurrió a cámara lenta ante los atónitos ojos de los presentes,

lúgubrementemente lenta, violentamente hostil, a la velocidad con la que cae una pluma de ave, o la vida de un muchacho, de un buen muchacho.

Tras la larguísima carcajada, el troll arrojó con desprecio la maltrecha testa sin vida sobre quienes miraban horrorizados. Dirigió su otra garra con un gesto seco hacia la desencajada Ailena y gruñó: «*Exálifo tóra, na klínw ti fos*». El fuego de la antorcha que iluminaba la cámara se consumió arrebatado por una oleada de mágica oscuridad, ocultando la malévola sonrisa que mostraba los grandes colmillos del troll. Todo se volvió absolutamente negro. La penumbra se hizo total. Entonces empezó la lluvia de

piedras procedente de todos los rincones de la caverna, grandes como manzanas, dirigidas con enorme virulencia. El grito de furia de Cráteros, el cual odiaba a los trolls por encima de cualquier otro enemigo, se transformó en una orden arcana: «*Pirógenis... ¡FOTIÁ!*», y las runas que marcaban la hoja de su espada se enrojecieron hasta que el filo se transformó en una inmensa llamarada. El Mariscal sabía que en la oscuridad estaba en desventaja con el troll, pero la llama en que se había transformado su gladius era suficiente para él, era su seguro de vida. El fuego guiaría sus pasos. Invadido por una furia irracional echó a correr en dirección a su presa. Man-Yurý no lo pensó un solo

instante y esgrimiendo su afilada katana salió a la carrera en pos de la resplandeciente hoja ardiente del Mariscal. Ailena, nerviosa, se arrodilló en busca de la antorcha que con el tremendo susto había caído; buscaba desesperada el trozo de madera inflamable para encenderlo con la yesca y el pedernal que aún guardaba en su morral. Junto a ella permanecía el lacónico oriental enmascarado arrojando sus proyectiles estrellados a los invisibles enemigos que permanecían guarecidos en la oscuridad. Por cada piedra que le arrojaban, él devolvía dos estrellas plateadas. Jan Paolo soltó una única flecha con resultado incierto. Tras el disparo, le

disgustó sobremanera que su suerte dependiera de ese impreciso cachivache. El arco no estaba entre sus mejores destrezas y pensó que aquel no era el mejor momento de quedarse allí para practicarlo. Salió corriendo tras Cráteros.

El inmenso troll, Xvarnak -ese fue el nombre que pasó por mente de todos-, había desaparecido. Los humanos vieron cómo se escabullía por un estrecho corredor mientras una horda de retorcidos trollkins se interponía entre ellos y su señor. Si hubiese una leyenda, ésta diría que se necesitaron los dedos de varias manos para contar cada una de las jaurías de apestosos trollkins contra las que tuvieron que luchar. Sin vacilar,

los guerreros que corrían en cabeza, Man-Yurý y Cráteros, avanzaron implacables arrasando a la multitud de oscuras criaturas. Estocadas, acometidas y golpes maestros, con cada tajo un nuevo enemigo caía sin vida. No eran los trollkins seres capaces de contener la violencia desplegada por los intrusos: uno, otro, otro más; no eran rivales dignos para tan versados luchadores. Los guerreros terminaron con la vida de toda criatura viviente que encontraban a su paso. Lo cierto es que no fueron menos de una veintena los trollkins que habían sucumbido en apenas un único y mortal minuto. Por el rabillo del ojo los espadachines vieron que tras ellos habían conseguido encender finalmente

la antorcha. Continuaron corriendo hacia la oscuridad. Xvarnak no era el único habitante de la caverna y más trollkins surgían a su paso desde cualquier recoveco. Cuantos más aparecían tras rincones y esquinas, más caían sin vida ante los sablazos de ambos guerreros. La furia del tigre yelmalita y la elegancia de la grulla kralorí unidos en combate. Avanzaron como una auténtica guadaña, segando vidas como hace la hoz con el trigo en los campos de cultivo. No dejaban rastro de vida a su paso. Cuando la joven portadora de la antorcha quiso seguirlos, ellos ya habían desaparecido por la cavidad que el troll había usado para fugarse. El misterioso kralorí de negros ropajes adelantó a la

sanadora -en aquella caverna ya no había peligro- corriendo en busca de sus compañeros adelantados. Ailena se encontró sola con Jan Paolo quien rebuscaba afanosamente entre los cadáveres de los trollkins. Quedarse sola con aquel hombre le produjo escalofríos.

La persecución continuaba por multitud de sinuosos corredores, sorteando trollkins y rocas. A cada paso, Man-Yurý volteaba su katana con rápidos molinillos, como una grulla batiendo sus alas, golpeando con una velocidad endiablada. Tal celeridad imprimía el oriental a sus movimientos que a su alrededor todo parecía discurrir con lentitud, como si el tiempo se ralentizara

bajo un potente influjo. Incluso en carrera, fue capaz de percibir por el rabillo del ojo, aún sin perder de vista al troll negro que perseguía, el peculiar modo de golpear de Cráteros, paradigma de occidente. El templario yelmalita mantenía firme su muñeca en cada acometida como si el arma fuese una prolongación de su brazo, como había sido adiestrado por las falanges yelmalitas.

Delante crecía el murmullo de agua corriendo.

Al final del largo corredor el gigantesco troll paró en seco. Dio media vuelta con una sonrisa burlona en la boca. Había una soga enganchada a una argolla que

pendía de un travesaño en el techo. Agarrado a ella se lanzó hacia adelante. La viga que sujetaba la cuerda crujió, se combó, pero aguantó el peso del troll mientras se balanceaba en el aire a modo de liana, como un simio de un árbol a otro. El troll sobrevoló una hendidura que cruzaba la caverna, un hachazo asestado en la roca que partía el pasadizo por la mitad. Aterrizó ágilmente al otro lado del foso. Volvió a enganchar la sogá en una estaca clavada en el suelo interrumpiendo el acceso desde el otro lado. Rápidamente reemprendió la huida. Man-Yurý y Cráteros llegaron al borde del oscuro precipicio y, como si la vida les fuese en ello, saltaron sobre el foso sin

pensarlo. La propia inercia de la carrera les invitó al vuelo. Como si de una competición atlética se tratase se elevaron sobre el abismo. Un segundo en el aire fue suficiente para salvar los más de cinco metros de distancia que les separaban del otro lado. Man-Yurý, liviano y ágil cual pantera, voló como un cuervo de negro plumaje llegando con los dos pies juntos al borde opuesto del precipicio. Aterrizó del otro lado tambaleándose en el apoyo. Cráteros se impulsó con la potencia de un caballo galopando... pero era mucho más pesado que su compañero. Tremebundo fue el costalazo del Mariscal contra el borde del precipicio. Con los brazos extendidos llegó a asirse al extremo.

Allí quedó suspendido en el filo del abismo, colgado, pendiente del vacío. Su espada había caído apagando su ardor. El Mariscal se asió afanosamente para no ceder bajo su propio peso.

Man-Yurý intentaba recuperar el equilibrio tras su salto felino, pero el troll vio una oportunidad ventajosa de golpear al desestabilizado oriental.

Y embistió como un toro furioso.

Al otro lado del abismo, el oriental que secretamente ocultaba su rostro tras un oscuro velo llegó al borde del mismo y, como sus compañeros, saltó sin pensarlo. No contaba, sin embargo, con que una piedra cedería bajo sus pies en el momento del impulso haciendo que su

tobillo se doblase dolorosamente. No pudo apoyarse correctamente para saltar y se precipitó a las entrañas del barranco, como una marioneta sin hilos. Afortunadamente el socavón no era tan profundo, el foso levantaba apenas la altura de dos hombres. En el fondo, un riachuelo desaparecía entre grietas y rocas. El oriental sin rostro dio de bruces contra el suelo con tan mala suerte que golpeó su cabeza contra una de las piedras que sobresalía de las aguas poco profundas. Todo se volvió oscuro a su alrededor. Perdió el sentido y quedó tendido bocabajo con el rostro sumergido en el agua.

El troll había arremetido contra un Man-Yurý cuyo cuerpo aún oscilaba

buscando el equilibrio, pero la bestia no contaba con las milenarias artes de defensa personal en las que el oriental había sido adiestrado hábilmente.

Usando su cuerpo como palanca, y la propia fuerza de la acometida del troll, con un preciso movimiento de cadera se desembarazó de tan poderoso adversario proyectándolo sobre su propio cuerpo. El monstruoso enemigo voló sobre el oriental y cayó como un saco inerte en el interior del foso.

«Cuanto más pesado el enemigo, más fuerte es la caída».

Cráteros, asido al borde del precipicio, siguió con la vista el vuelo del monstruo. El troll cayó con un gran batacazo sobre las agua del embarrado

riachuelo. El yelmalita se dejó caer al comprobar que no era tanta la altura. ¡Tenía que aprovechar la desventaja del troll! El monstruo intentó ponerse en pie. Vacilante plantó una rodilla en la tierra. El yelmalita buscó su espada, *Colmillo Dorado*, entre los cascotes del suelo; resultaba más útil que una lanza cuando el espacio y el tiempo eran reducidos, ahora lo segundo apremiaba. El troll recuperaba la verticalidad. El yelmalita buscaba el gladius. De pronto una figura voló como un destello sobre su cabeza. Man-Yurý cruzó sobre el troll como un ave, con la elegancia de una grulla imperial en pleno vuelo. Saltó con precisión milimétrica y aterrizó tras la figura del troll. Mientras caía, el largo

filo de su katana fue abriendo en dos la espalda de la bestia, urdiendo un sanguinolento canal que seguía su marcada columna vertebral, tal y como el riachuelo partía en dos el angosto túnel.

La herida hizo tambalearse y gritar de dolor a la criatura.

Man-Yurý dudó, «su misterioso salvador» yacía tendido bocabajo sobre el riachuelo con la cara sumergida, ¡iba a ahogarse! Ahora era él quien debía socorro al hombre de negro pero, por otro lado, el troll no estaba ni mucho menos derrotado. El monstruo levantó los brazos mostrando sus colosales garras en señal de furia y rabia,

momento que fue aprovechado por Cráteros. El yelmalita apareció hundiendo su gladius a través de la axila y atravesando el enorme deltoides del monstruo. Cortando los músculos y tendones del hombro asomó la punta de la espada, incluso se oyó un chasquido al crujir de la clavícula. Así estuvieron durante varios segundos, mirándose a los ojos sin mover un músculo de la cara. El Mariscal hundiendo poco a poco su filo dentro del cuerpo de su enemigo, cortando y partiendo tejidos y musculatura. El troll aguantaba la respiración mientras notaba cómo le flaqueaban las fuerzas de sus poderosas piernas.

Estos segundos resolvieron la duda de

Man–Yurý. Tan pronto vio el arma de Cráteros asomando por el hombro del troll, el kralorí volvió en pos de su malogrado compatriota. Lo agarró con fuerza para sacarlo del agua antes de que se ahogara y entonces... El batacazo le había bajado la negra máscara dejando su rostro a la vista..., el rostro más bello que jamás habían contemplado sus rasgados ojos negros. Era la faz más preciosa y perfecta que se podía imaginar, la fantasía más apolínea de Kralorela. Sin duda, la criatura más maravillosa que nunca hubiese pisado la Tierra del Arroz arropada bajo el generoso manto de Su Majestad Imperial Dragón Protector. El misterioso acompañante vestido de negro hermético

era una mujer, y no sólo eso, era la más bella mujer que Man-Yurý había contemplado jamás. En la oscuridad de la cueva no pudo reprimir la tentación de pasar sus nudillos por aquellas mejillas ahora descubiertas, tentado por tan sublime hermosura. La tez más tersa, la suavidad más deliciosa, la belleza más absoluta que sus acostumbrados sentidos a la estética eran capaces de percibir. Contemplantarla provocaba daño a la vista, admirarla nublaba la razón. En el silencio de la cueva podía oír claramente el bombeo acelerado de su corazón.

Delicadamente posados sobre sus hermosas mejillas la muchacha abrió los ojos con suavidad. Un instante que para

Man–Yurý significó un eterno amanecer. Se paró el mundo. Lo primero que los ojos de la bella kralorí vieron fue su cara estupefacta. No reparó en que el velo ya no tapaba su rostro. En ese mismo instante el fiero troll, que había desaparecido del absorto pensamiento de Man–Yurý, rugió agonizante perdiendo su último hálito de vida. Man–Yurý colocó de nuevo el oscuro velo ocultando otra vez las bellas facciones de la mujer. Si hasta entonces ella había querido ocultar su rostro, él no se opondría a sus deseos. La recién descubierta se sonrojó sin decir nada. Ahora Man–Yurý había visto la cara que tan celosamente ocultaba desde que salieran de Kralorela. El kralorí sentía

arder el interior de su pecho. Una mujer de origen humilde había sido su salvadora. El orgulloso varón, el cual anteponía el honor a su propia vida, no tardaría en sentirse ultrajado. Debía su vida y su gloria a una humilde mujer que pertenecía al *Sendero Inmanente*, el clan de los descastados que él tanto despreciaba. La ira por el deshonor lucharía en su interior contra un sentimiento nuevo y desconocido. Un sentimiento que ahora lo mantenía abstraído, contemplándola, y que apartaba por completo cualquier otro influjo de cólera o infamia.

El ensimismamiento que lo encandilaba fue roto por el grito de victoria de Cráteros cuando el troll cayó

definitivamente con la yugular seccionada; primero plantó una rodilla y luego quedó tendido sobre las aguas del arroyuelo. En ese mismo instante aparecieron sobre el borde del pequeño barranco las cabezas de Ailena y Jan Paolo en busca de sus compañeros, desconocedores de lo que había pasado ahí abajo... de todo cuanto había sucedido.

Dejaron tendido el cadáver del troll, Xvarnak. Subieron por el otro lado del barranco y continuaron por el corredor en busca de la carta de Godunya. El encapuchado, algo mareado por su golpetazo; Man—Yurý, pendiente de todos sus movimientos. A ese lado del precipicio no hallaron rastro de

trollkins. Primero pasaron junto a una cámara que debía ser usada como despensa por el nauseabundo olor a carne putrefacta que desprendía el interior. De reojo pudieron ver una pila de carne en estado lamentable. Sólo un minuto después llegaron al final del túnel. Éste terminaba ensanchándose en una pequeña cavidad. Sin duda era la guarida de Xvarnak. Un montón de pieles apiladas en un lado conformaban un catre más que digno para un troll. Al otro lado, sobre una roca y envuelto en tela, algo de carne pútrida y especiada, en un avanzado estado de descomposición, que dotaba de un peculiar aroma a toda la estancia. Al fondo descubrieron unos toscos barrotes

de madera incrustados en la roca y el cuerpo tendido de la sacerdotisa de Chalana Arroy, Kareena, a quien habían venido a rescatar de las garras del ahora muerto troll.

Se acercaron con premura a la improvisada jaula. Los barrotes de madera se abrieron sin dificultad. En su interior la curandera respiraba, estaba viva. Despertó sobresaltada creyéndose aún en poder de sus captores. Aliviada respiró al comprobar que no era el salvaje y descomunal troll quien había vuelto a la jaula, sino los extranjeros a los que ella misma había sanado días atrás, aunque pareciese haber transcurrido mucho más tiempo. La sanadora se mostró complacida con sus

rescatadores, pero un tanto suspicaz pues desde la llegada de los extranjeros no había tenido un solo momento de paz y tanto ella como su templo habían sido víctimas de la violencia de los trollkins. Peor fue la noticia de la muerte de la joven Serina, la otra joven sanadora del pequeño altar que mantenían en la villa. Fue un golpe muy duro y muy doloroso de recordar también para Ailena. Cualquiera de ellas podría haber muerto.

—¡Aquí! —gritó Man-Yurý lleno de júbilo mientras rebuscaba entre el montón de pieles que servían como lecho al troll—. ¡La carta de Su Majestad Dragón Emperador!

De la pila extrajo un rollo para guardar pergaminos con ribetes dorados e incrustaciones de metal que representaban la cara de cinco terribles y bigotudos dragones orientales, similares a los esbeltos tatuajes que Man-Yurý ocultaba ahora bajo sus ropas de seda y su armadura de metal y bambú. En el interior del rollo, pulido en madera de bo, se guardaba un pergamino mal doblado y manchado por huellas grasientas. El kralorí lo desplegó y con alivio comprobó que algunos, pocos, de los caracteres que lo ilustraban pertenecían a su milenaria lengua y que estaba firmado por el mismísimo y Divino Emperador Dragón Señor de Kralorela Tierra del

Esplendor, conocido en occidente como Godunya. Junto a la firma una fecha llamó su atención, una fecha que databa la epístola con ciento ochenta años de antigüedad. El mensaje tenía casi dos siglos de antigüedad. ¿Por qué Godunya se habría retrasado tanto en enviarlo?

—¿Por qué un troll querría este escrito?

—se preguntó Man-Yurý—, Sin duda, alguien compró sus servicios para que nos atacaran y nos robaran la carta; alguien que no quiere que la Alianza de los Tres Soles se vuelva a unir.

—Salgamos ya de aquí —se apresuró a advertir Cráteros—, antes de que regresen más trollkins, o peores criaturas. Luego tendrás tiempo de

examinarlo.

Y así desanduvieron el camino apretando el paso pues la única tea que restaba empezaba a vacilar amenazando con apagarse. Sólo se detuvieron un momento allí donde el joven Antígonos había caído. Tras una religiosa oración, Cráteros cargó con el cuerpo decapitado del chico sobre sus hombros y con aterradora sangre fría, fraguada en cientos de batallas, recogió la cabeza bajo el brazo. ¡No podía permitir que el cuerpo del joven se pudriese en la oscuridad de la caverna!

¡Esa cueva no sería la tumba de ningún templario de Yelmalio!

Ni en la seguridad del templo deLa

Cúpula Solar un ritual de resurrección podría haber obrado el milagro con un muchacho decapitado. Un milagro harto imposible. La sanadora Kareena, capaz de cerrar la herida más profunda o de cortar la hemorragia más abundante, reconoció que devolver la vida al chico era una tarea que sobrepasaba sus capacidades, más aún cuando la cabeza estaba completamente cercenada del cuerpo. Lo único que les quedaba era honrarle con un sentido funeral.

Así lo hicieron. En la boca de la caverna alzaron una pequeña pira con algunas ramas y troncos de árboles cercanos. Sobre el escudo colocaron los funerarios restos del joven lancero junto a su yelmo, y con la *sarissa* apoyada

sobre el pecho y sujeta entre ambas manos, como lo habría hecho en vida, en combate, cuando en más de una ocasión repeliera una carga enemiga apostado tras un muro de picas.

Había transcurrido todo un día, en la oscuridad de la cueva, desde la remota mañana a la noche que ya se apoderaba del cielo. Al salir de nuevo a campo abierto los últimos rayos crepusculares del sol, Yelm, aguardaban en el horizonte. Un búho blanco observó el crepitar de la pira funeraria desde las ramas de un roble cercano.

Como si del propio Yelmalio se tratara, del último rayo de luz en dejar el cielo y en combatir a la oscuridad hasta que la

noche se apoderaba irremediablemente del firmamento, Antígonos había luchado por Ailena. Él fue su protector, quien alumbró con su luz el camino de la salvación y no permitió que las criaturas de la oscuridad se hicieran con el cielo. Fue quien combatió hasta que llegó la noche, la noche eterna.

Epílogo del Capítulo III «Regreso a Pomar»

El camino de vuelta no fue sencillo para nadie. Nunca era sencillo cuando algún compañero perdía la vida. Man-Yurý era en sí mismo un torbellino confuso de sentimientos. No podía apartar sus pensamientos del rostro que había descubierto en el interior de la cueva. El

rostro de la mujer más bella que jamás había contemplado, el rostro oculto bajo una máscara negra que se había apoderado de sus pensamientos y que ahora, dueño de todos ellos, le quitaba el raciocinio.

En Pomar los aldeanos esperaban expectantes el retorno de la sanadora pues las gentes del lugar tenían a Kareena en gran estima y su pérdida hubiese significado un enorme varapalo para los ánimos y las vidas de gentes tan campechanas. Una multitud recibió a los llegados. Granjeros orlantis se acercaban para ver de primera mano el estado de su bien querida y preciada sanadora.

Mientras ella recibía a las visitas en el altar, Man-Yurý traducía en una capilla contigua todo cuanto podía del mensaje de Godunya, el Dragón Emperador. La misiva convocaba a los miembros de la antigua Alianza de los Tres Soles pues auguraba que «*el tiempo de los Héroes ha llegado*». Había sido hallado el paradero de estas tres reliquias usadas por los dioses en sus ancestrales batallas contra el Caos. El texto emplazaba a reunirse «inmediatamente» en unas colinas al norte del Condado de la Cúpula Solar, cerros que, según recordaba Cráteros, estaban coronados por los menhires de esa extraña raza, «*los casi dragones*», conocidos también como *dragonuts* o *dragones no nacidos*.

Desde Pomar las colinas podrían alcanzarse en tres días de marcha. Ante el inmediato requerimiento no había tiempo de volver al Condado de la Cúpula Solar e informar a sus superiores; el Mariscal resolvió partir de inmediato a la cita en representación de su templo con la sombra de una duda: ¿qué pintaba en todo esto Xvarnak? ¿Por qué un troll se había inmiscuido en semejante asunto? ¿Qué intereses tendría? ¿Sería Xvarnak un mercenario contratado? ¿Sólo buscaba oro? Los trolls luchaban contra el Caos, que era el enemigo de todos, tanto de los servidores de la luz como de la oscuridad.

Sólo el Imperio Lunar toleraba

semejante abominación para utilizarla como arma.

De especial interés resultó esa noche la visita nocturna de Rudolph Bree, buhonero local y primo de Kareena.

Tomando un trago de sidra relató que a la mañana siguiente una pequeña caravana de mercaderes pasaría a recoger mercancías por su cobertizo.

Marchaba hacia un enclave enano de corte *aperturista* -los *aperturistas* eran los únicos enanos que comerciaban con otras razas y por ello eran considerados herejes por el resto de los suyos-.

Cráteros pensó que sería prudente unirse a la caravana para intentar pasar desapercibidos ante los ojos de quienes ansiaban el mensaje de Godunya,

quienes habían ordenado atacar a los orientales para que la carta nunca llegase al Condado de la Cúpula Solar. No debían fiarse de nada ni de nadie.

Antes de retirarse a descansar, Kareena regaló a sus salvadores unas ramitas con varias hojas aserradas de color púrpura. Una para cada uno.

—Si caéis enfermos —dijo con su habitual tono sereno— o sois presa de cualquier malestar, una infusión de estas hojitas revitalizará vuestra fuerza y os devolverá la salud como si la misma Chalana Arroy os bendijese. Ahora me retiro a mis aposentos. ¡Que la Blanca Sanadora os conceda salud allá donde marchéis!

Esa noche, Man–Yurý fue incapaz de dormir. Volvía a ver la misma cara una y otra vez: sus ojos, sus labios, sus mejillas... Recuerdos que no dejaron de golpear su cabeza ni un solo instante desde que descubrió el rostro de quien lo había acompañado secretamente desde la Tierra del Arroz. La más bella de las kralorís.

¿Qué pensamientos pasarían por la cabeza de la misteriosa enmascarada?

Todo irá según lo previsto y nada se torcerá mientras los mostali trabajen juntos y en armonía. Pronto, los humanos mortales verán un prodigio surcando los cielos.

El pueblo de Mostal no permitirá que Eurmal vuelva a estropear su creación. Incluso la labor de los más aperturistas, los mostali que vivían en La Mina del Enano, responde a sus propios intereses y no a los de ningún otro: conseguir esclavos para la Reparación de la Máquina del Mundo.

Capítulo. IV «Cantares de un centauro libre»

—Sí señor, lo que usted quiera —dijo asintiendo Rudolph Bree, el buhonero local y pariente de Kareena, con una expresión sonriente a la par que bobalicona. Normalmente su almacén no presentaba tan concurrido aspecto. En la puerta había dos carromatos tirados por bueyes. Un muchacho andaba al cuidado. Dentro del almacén no menos de media docena de ávidos compradores hacían acopio de todo tipo de materiales para la modesta caravana, desde alimento para hombres y bueyes hasta materiales para la reparación de los carros.

Estos mercaderes eran comerciantes fieles de Issaries, dios orlanthi del comercio, muy venerado y querido por aquellos lares. Oficialmente no estaban perseguidos por el expansionista Imperio lunar; sin embargo, los bárbaros veían cómo cada vez se les dificultaba más el desarrollo de sus tareas comerciales con trabas y aranceles desmedidos mientras que todo eran tratos de favor para sus homónimos lunares, comerciantes devotos de Etyries, deidad que venía a complementar -para muchos a suplantar- al respetado Issaries según los misioneros lunares.

Rudolph había pensado que esa mañana la suerte le sonreía. A primera hora ya

habían estado comprando el militar yelmalita que había salvado a su prima Kareena de las manos de un sucio troll, y ese forastero de ojos rasgados venido del remoto oriente que fue rescatado moribundo por unos granjeros y curado por su prima. Rudolph se referiría en adelante a él cada tarde en la taberna como «el que tiene esa folma de hablal tan glaciota.»

Los extranjeros se habían hecho con comida en conserva y carne sazónada que podría aguantar fresca un par de semanas, más una buena cantidad de frutos secos. Incluso alguna lata de esa comida envasada al más puro estilo enano que había gente capaz de probar. Rudolph la vendía de buen grado pero

no la comería ni aunque fuese el último bocado sobre la faz de Sartar.

Al amanecer, antes de bajar al cobertizo, Cráteros había estado trazando una ruta hacia el lugar donde emplazaban las indicaciones del Emperador Dragón Godunya. La manera más segura de llegar a las colinas de los menhires dragonuts era seguir un sendero dirección norte que discurría junto a un río, rumbo a un asentamiento conocido como La Mina del Enano y desviarse al oeste justo antes de llegar. La noche anterior, durante su visita al altar, habían escuchado al locuaz pariente de la sanadora sobre la caravana que se dirigiría en esa misma dirección. Era su mejor oportunidad

para pasar inadvertidos ante los ojos de quienes habían intentado evitar que los emisarios orientales llegasen al Condado de la Cúpula Solar y robar los documentos del Emperador Godunya. Volver al Condado de la Cúpula Solar suponría perder más de una semana. Marcharían directamente al cónclave convocado.

Man-Yurý dejó al Mariscal esperando por la caravana de mercaderes. Como había hecho la mañana anterior, el oriental se retiró en soledad para reflexionar, «meditar y alimentar mi espíritu como fuente de vida primigenia». Cráteros no sabía exactamente a qué se refería con todo eso, suponía que sería algo así como

rezar; a él tampoco le gustaba descuidar sus obligaciones religiosas, pero lo primero era trazar una ruta. Sin embargo, el kralorí no meditó esa mañana «para reducir el apego por lo material», había dicho, sino que intentó rastrear infructuosamente el paradero de la misteriosa guerrera enmascarada quien, como cada amanecer, también había desaparecido.

A media mañana, como estaba previsto, llegó la caravana. Tal y como Cráteros había pedido a Rudolph, éste le presentó al guía de la misma, uno de los pocos no humanos que la componía, un enorme centauro de nombre Crin, antiguo amigo del buhonero.

Jan Paolo no abandonó el altar de las sanadoras blancas en toda la mañana. Intentaba en vano, junto a las curanderas, paliar con emplastos y bizmas las terribles quemaduras que presentaba en ambas manos. Ni la propia Kareena fue capaz de sanar las palmas desolladas del herido cónsul. Abiertas se mostraban las quemaduras que le había producido el abrasador tacto de aquella diadema plateada de los tritónidos. Ungüentos, hierbas, cataplasmas, magia... todo resultaba inútil. «Chalana Arroy no es, ni fue en su momento de máximo esplendor, la mitad de poderosa de lo que ya es la creciente y gran Diosa de la Luna Roja. Ya lo aprenderán estos bárbaros», musitó para

sí con desprecio. Entre cura y cura, algo en su cabeza no paraba de recordarle todo el esfuerzo que había dedicado al aprendizaje de las artes arcanas. Pero nunca dedicó una gota de sudor a los conjuros de reparación y cura; jamás los había visto útiles para el desarrollo de su delicada tarea dentro de «La Palabra Pronunciada». Ahora no veía el modo de que sendas heridas lo dejaran de molestar y cerrasen definitivamente. Aunque leve, el escozor era constante.

Ni siquiera las hojas moradas que le había regalado Kareena, asegurando que podían curar cualquier mal, parecían efectivas. La sanadora explicó que éstas eran plantas procedentes de un bosque cercano. Eran cortesía de elfos -o

aldryami, como ella los había llamado-. La sanadora mantenía una profunda amistad con los jardineros que cultivaban y cuidaban estas plantas medicinales. «Molesta raza de plantitas animadas» masculló Jan Paolo de esos seres boscosos que no eran en absoluto del agrado del Imperio Lunar.

Rudolph conocía desde hacía muchísimo tiempo al hombre bestia que dirigía la caravana recién llegada. Ambos se tenían en gran estima. Crin, el centauro, permaneció en la entrada del almacén. Tenía una melena cobriza que le cubría hasta los hombros, un rostro de mirada audaz, y los cascos cubiertos de barro tras viajar durante semanas. Aquella mañana ya llevaba en marcha varias

horas. Con la llegada al calendario del Tiempo Sagrado, el clima mejoraría y los caminos se volverían más transitables para sus cascos. Saludó afectuosamente a su amigo Rudolph, quien salió a recibirlo con una enorme sonrisa. Sus hombres se encargarían de abastecer la caravana con lo necesario para terminar el viaje. Después proseguirían la marcha hacia el enclave minero de La Mina del Enano.

Si todo salía bien, Crin se dirigiría a Boldhome, la capital de Sartar, pero si no hacía suficiente dinero, dudaba entre volver al Valle de las Bestias a descansar entre los suyos durante un tiempo o viajar de nuevo al sur de Sartar, a las Tierras Heortianas. Su

abasto sería necesario allá donde todavía duraba la guerra contra los invasores lunares. La ciudad de Murallas Blancas era el único bastión de resistencia contra el Imperio de la Luna Roja. Los orlanthis del sur eran un pueblo valeroso y el centauro apreciaba su lucha por mantenerse libres. La totalidad de Sartar había caído ya bajo la dominación lunar. El verdadero dios, Orlanth, no permitiría que ocurriese lo mismo con su último bastión, la ciudad santa de Murallas Blancas.

Algo llamó poderosamente la atención del centauro cuando se asomó al almacén. Junto al siempre sonriente Rudolph había a un lancero, un templario de la Cúpula Solar y

seguramente de alto rango; los conocía bien pues el valle donde nació se situaba al oeste del condado donde los belicosos adoradores de Yelmalio profesaban su fe. Era extraño ver sólo uno, sin más de los suyos, y en una aldea orlanthi. Siempre aparecían en batallones preparados para la guerra. Los yelmalitas eran mercenarios al mejor postor y en estos tiempos, el Imperio Lunar era el más generoso de los pagadores.

Desde que el centauro abandonó el Valle de las Bestias, hace ya algunos años, orlanthis heortianos del sur y sartaritas habían sido la principal familia del centauro. Dejó su Valle de las Bestias en busca de fortuna y así

conoció el culto a Issaries, el «auténtico» dios del comercio, el de los hombres libres. Varios años de duro trabajo mano a mano con los pobladores de estas tierras y el ver cómo el expansionismo lunar acorralaba sus libertades, lo llevaron a confraternizar con el dios Orlanth y sus seguidores. Se podría asegurar que parte de la riqueza con la que Issaries «premiaba» a su caravana por su trabajo y entrega iba a parar a los bolsillos de quienes se oponían al invasor pretencioso, de los que luchaban contra quien decía apaciguar la tierra en nombre de un Emperador Rojo y su Diosa de la Luna, ninguno de los cuales pertenecía a estas tierras ni a este cielo. La idea del

centauro, cuando abandonó su valle en busca tan sólo de riqueza y prosperidad, se había trastocado dando ahora prioridad a su afán por resistir frente al invasor de la Luna Roja. Ahora Crin también veneraba la autoridad *sine qua non* del gran Orlanth, Rey de los Dioses.

—Rudolph, viejo amigo, no dispongo de mucho tiempo. Debemos cargar cuanto antes. Llevamos mucho retraso — apremió el centauro al buhonero tras un fuerte abrazo. Los hombres de la caravana empezaron a cargar los carromatos.

Cráteros esperó a que terminasen los saludos de cortesía entre ambos mercaderes para acercarse. El viejo

buhonero hizo las presentaciones. Crin no mostró interés en charlar con un mercenario y contestó brusco y seco. Escuetamente respondió que se dirigían al noroeste y que llevaba materiales al asentamiento conocido como La Mina del Enano, el único donde se podía negociar con los hijos de las profundidades. Los enanos, quienes se autodenominaban *mostali*, necesitaban materiales que no se encontraban bajo tierra y que sólo podían conseguir negociando con mercaderes.

Los mostali, llamados peyorativamente por las demás razas «enanos», solían ser pequeños seres huraños que vivían en enclaves subterráneos aislados del resto de razas.

Crin había establecido una ruta comercial que abastecía este enclave con materiales de los que carecían en las profundidades. El líder mostali de La Mina del Enano era considerado un «hereje» por otros asentamientos más ortodoxos; el *aperturismo* que pregona era considerado por las otras comunidades como una desviación del paradigma enanil marcado por Mostal, el Guía, una intolerable actitud reprimida en multitud de ciudades pero aceptada en este peculiar enclave de Sartar.

Cráteros fue directo, sin rodeos, y preguntó al centauro si admitirían viajeros en su caravana. Ofrecía su fuerza y la de su compañía como defensa

ante posibles bandidos. Rudolph había pedido al centauro que fuese cortés con el hombre que había salvado la vida de su prima. Una hazaña muy loable, sin duda, pero admitirlo en la caravana... ¡era demasiado favor! El centauro declinó la petición de Cráteros alegando llevar ya demasiada gente; además, partirían inmediatamente tras cargar los nuevos enseres y no podían esperar por nadie. Sin esperar respuesta se despidió dejando al yelmalita con la palabra en la boca. Volvió a los carruajes con la intención de inspeccionar la marcha del cargamento e irse de allí con la mayor brevedad.

El Mariscal se acercó a Rudolph y de nuevo habló claramente:

—¿Os incomoda la presencia de un mercenario yelmalita en la aldea? ¿Más aún que la de un cónsul del Imperio de la Luna Roja? Ayúdanos a partir con esa caravana y no molestaremos más.

Escucha, quien secuestró a tu prima y asaltó el templo de las sanadoras en realidad intentaba atrapar a los dos forasteros venidos de oriente, y matará por capturarlos. Necesitamos salir del pueblo pasando inadvertidos.

Camuflados entre la multitud de la caravana podemos dejar el pueblo de una manera más segura. De otro modo habría más ataques.

—Pero no sé si podré convencer a Crin
—alegó cabizbajo el buhonero. Por primera vez no sonreía—. Como buen

centauro, es demasiado obstinado.

—Rudolph, escucha —Cráteros se tomó un tiempo para pensar—. Tu prima, Kareena, ¿qué opinaría ella, amiga de los elfos y de sus plantas curativas, si descubriera que estás abasteciendo a los enanos de la Mina con quienes los elfos están en guerra? No será de su gusto. ¿Y qué me dices del Imperio Lunar? Sabes que en cualquier momento aparecerán y te exigirán impuestos. Ya viste al cónsul que vino con nosotros. Quizá podamos evitar que aparezca por aquí para preguntar por aranceles y tasas.

—Bueno, esto es un negocio pequeño, familiar —contestó nerviosamente torciendo el gesto de la cara.

—Convence al centauro para que nos admita en la caravana.

Las amenazas del militar yelmalita surtieron efecto en el buhonero. El mercader fue tan persuasivo como sólo un fiel de Issaries, acostumbrado a la puja y al regateo, pudiera llegar a ser. Rudolph rogó a Crin, por activa y por pasiva, que admitiese la compañía de los forasteros. Ellos habían salvado la vida de Kareena haciendo un enorme favor a la aldea, incluso informalmente habían sido declarados «amigos de Pomar». El buhonero recordó a su socio centauro los años de amistad, la prosperidad que habían alcanzado juntos, el beneficio mutuo que obtenían con sus trabajos complementarios. Aun

así, la extrema terquedad del centauro hacía presagiar que la conversación nunca llegaría a buen puerto. Crin desconfiaba de la insistencia del yelmalita por unirse a la caravana... y no le gustaba su presencia. Cráteros se inmiscuyó en la acalorada conversación que ambos mercaderes mantenían.

—¡Por Yelm y Arachne Solara!

Escúchame centauro, voy a ser muy franco contigo. El motivo de mi insistencia para marchar al norte con vuestra caravana es evitar la mirada de ciertos ojos indiscretos que se han posado sobre mi compañía y que podrían perjudicar a toda la villa. Queremos salir de aquí pasando inadvertidos.

—No entiendo —contestó Crin, suspicaz
— ¿Quieres unirte a la caravana para ocultarte de alguien que te vigila? Dime, ¿y por qué debo fiarme de ti? Lo siento, pero ya vamos tarde a nuestra cita en La Mina del Enano.

—Puedo pagar tu ayuda. —Cráteros insistió cambiando el tono de su discurso—. Además, el enemigo del que te hablo, el que ordenó atacar el templo de la aldea y que ahora nos acecha oculto, sin duda está relacionado con el Caos, al que tu dios odia tanto como el mío. Ayúdame contra un enemigo al que debemos combatir juntos.

—¡Que TÚ debes combatir! Tú y tus mercenarios, los que lucháis al servicio

del Imperio de la Luna Roja. ¡Vuestros
amos lunares utilizan al Caos para
aniquilar a mi gente y conquistar
nuestras tierras! ¡Sus demonios y su
brujería os esclavizan!

—¡Yo no soy esclavo de ningún
demonio! —contestó irritado el
yelmalita—. Y lo que quiero del Caos
es destruirlo tanto como tú. Te lo diré
una vez más: necesito abandonar esta
aldea de forma discreta.

—No os ocultaré en mi caravana. No
pondré a mi gente en peligro, ni atraeré
a ningún demonio caótico.

Cráteros se quedó pensativo por la
respuesta y un resorte saltó en su mente.

—¡Eso es! ¡Escucha! Podemos utilizar

la caravana no para ocultarnos, sino para que crean que nos hemos ocultado, ¡que crean que vamos a partir con vosotros mientras marchamos por otro lado! Cuando descubran que no viajamos con vosotros ya estaremos lejos. ¿Podrías retrasar la partida una jornada y así darnos tiempo para marchar siguiendo otra senda? Es una magnífica treta. Puedo recompensaros.

—Pues espero que tengas muchísimo oro, yelmalita —sonrió el centauro—. Tengo que estar dentro de dos días en La Mina del Enano para cerrar un buen negocio. En cualquiera otra parte de Sartar podría retrasarme, pero con los enanos eso es imposible. Si atraso la espera, adiós trato. ¡Son tan

cuadriculados como el Gran Bloque de Prax!

—¿Y si solamente dilataras la partida algunas horas? Lo suficiente como para que nos diese tiempo a alejarnos de Pomar. ¡Brillante sea Yelmalio! Se me está ocurriendo un magnífico plan con el que TÚ podrás llegar a tiempo a tu cita.

Rudolph se dirigió a la taberna donde los miembros de la caravana, tras cargar toda la mercancía, descansaban sus agotadas posaderas y refrescaban sus secos gaznates con hidromiel. Llevó la noticia de que unos extranjeros procedentes de oriente se unirían a la caravana. Al comentarlo, procuró estar bien rodeado del mayor número de

curiosos posible. Si alguien en Pomar estaba interesado en localizar a los extranjeros orientales, como el militar yelmalita sospechaba, se los había servido en bandeja de plata.

Mientras que dentro de la taberna Rudolph pregonaba la adhesión a la caravana de los extranjeros, Crin hizo salir con un sonoro silbido a un hombre de su confianza. Ardan, un joven de rostro afilado, más afín al guerrero dios Orlanth que al comerciante Issaries. Odiaba profundamente al Imperio Lunar desde que éste arrasó su aldea al oeste de Murallas Blancas y asesinó a toda su familia. El centauro le comunicó que se marchaba para terminar una tarea pendiente, un asunto que no podía ser

explicado en ese momento. Le ordenó que el grueso de la caravana esperase en Pomar hasta después de comer y que al atardecer saliesen hacia el norte. El centauro aseguró que en dos días los estaría esperando en el sendero abierto al pie de las montañas donde se ubicaba La Mina del Enano. No tenía tiempo de contarle nada más en aquel momento. Le advirtió que fuese discreto y lo más importante: que su ausencia resultase un secreto para el resto de la caravana hasta que llegase el momento de partir.

Cráteros marchó veloz en busca de los otros. La cita era en el pequeño templo de la aldea. El resto se encontraba ya presto para la partida. Se despidieron de las dos sanadoras que afanosamente

trataban de recomponer los desperfectos sufridos en el modesto templo. Ahora les unía una corta pero intensa amistad. Habían compartido el dolor por la muerte de los jóvenes, de Antígonos y Serina, y la terrible experiencia que para todos había supuesto el interior de la caverna infestada de trollkins. Lejos de suponer una experiencia fácil de borrar de sus memorias, resultaría inolvidable en muchos casos, pues alguno había encontrado algo más que sufrimiento y dolor.

Con muchas prisas Cráteros informó al resto que partían de inmediato hacia el noroeste en busca de las colinas señaladas en el mensaje del Emperador Oriental Godunya, Señor de Kralorela,

como indicaba la parte del escrito que Man-Yurý había podido traducir. Jan Paolo guardó bajo su túnica el colgante que lo delataba como orador de la Luna Roja. Si viajaba por tierras bárbaras no convenía tentar a la violencia de sus incivilizadas gentes. Bastante era llevar la testa rasurada y esa túnica color canela y carmesí, recuerdo de su época de misionero, como para encima hacer ostentación de su «jerarquía» actual y provocar un conflicto. «La Palabra Pronunciada» siempre exigía máxima discreción.

La sorpresa del grupo fue mayúscula cuando toparon de bruces en la puerta del modesto templo con un enorme centauro. Pensaron en un primer instante

que un jinete a caballo cruzaba el umbral. Hasta ese momento para los emisarios kralorís, semejante ser existía sólo en la mitología. Man-Yurý echó mano rápido a la empuñadura de su katana; los seres mitológicos no eran puros de espíritu ni dignos de confianza. Cráteros lo contuvo. Las presentaciones oportunas se dejarían para más tarde, el Mariscal parecía tener muchísima prisa por abandonar la villa con la máxima rapidez. El centauro quedó igualmente impresionado por el aspecto de Man-Yurý. No conseguía identificar ni su raza, piel amarillenta y ojos rasgados; ni sus vestiduras, extravagantes y coloristas en exceso, tejidas con telas caras de gran calidad. Desde luego no

vestía a la moda de Sartar, ¡no había en Sartar ni en el Paso del Dragón o en toda Maniria nadie que luciese semejantes atuendos! Debía venir de lejos... de muy lejos...

Dana, el halcón sagrado de Cráteros, surcaba el cielo azul de aquella primera y despejada mañana del Tiempo Sagrado, los días finales que daban por concluido el año de 1620. La extraña comitiva abandonó la aldea evitando sendas principales. Atravesaron un campo de manzanos y un par de granjas donde los labriegos orlanthis se esmeraban en sembrar las semillas que germinarían en la próxima y primaveral Estación de las Lluvias, más propicia para el cultivo, la primera del año de

acuerdo con el regente calendario Theyalano.

Bajo el amparo de los manzanos tuvieron lugar las obligadas presentaciones. Realmente lo que fue una sorpresa no fue la «repentina» compañía de Crin, sino que Man–Yurý, con una actitud mucho más amable hacia su lacónico compañero (sólo él sabía que era compañera y pensaba mantenerlo en secreto) lo presentó con el nombre de Li–Wan, ¡el misterioso kralorí enmascarado tenía nombre! Tras varios días juntos lo escuchaban por primera vez, ¡eso sí que fue una sorpresa!

Debían viajar rápido, pasando

desapercibidos y con los cinco sentidos alerta. Si las sospechas no eran infundadas y Xvarnak era sólo un peón contratado por algún poder oculto que quería el mensaje de Godunya, éste intentaría volver a atacar y recuperar el documento. Los viajeros no sabían con qué fuerzas contarían los agresores. Cráteros había llegado a un acuerdo con el centauro. Crin sólo tenía que retrasar la salida de su caravana el tiempo suficiente para que el grupo se alejara de la aldea. Lo que había convencido definitivamente al centauro fue el plan que le propuso Cráteros con el que ganaría una jornada de camino respecto a la tradicional ruta terrestre. Con el retraso que ya llevaba la caravana sólo

había un modo de llegar a las faldas de La Mina del Enano a tiempo, y no era siguiendo precisamente la ruta comercial atestada de peregrinos y bandidos. Crin se anticiparía vía fluvial al grueso de su caravana. Unirse al grupo de extraños era su opción más rápida de llegar a la cita llevando algunos adelantos para los enanos mientras esperaba al resto de la caravana.

El nuevo rumbo concurría navegando el Arroyo. Éste era un gran afluente que cruzaba toda la comarca. En su marcha hacia el oeste podrían ahorrarse muchísimo tiempo de camino si se dejaban arrastrar por la fuerza de la corriente de esta época del año. A un

par de horas de la aldea, Rudolph conocía un pequeño muelle fluvial donde podrían hallar algunos pescadores, tanto humanos como hombres-pato, y tal vez allí podrían hacerse con una barcaza y navegar río abajo. Con algo de fortuna rebajarían sustancialmente la duración del viaje y Crin llegaría puntual a su cita con los enanos.

Cuando en Sartar y en toda Genertela hablan de patos no sólo se refieren a esa pequeña ave acuática y palmípeda conocida por todos, sino también a una raza de mayor tamaño, del tamaño de un niño humano a la que se llama «dulruz». Con capacidad de habla y supuestamente inteligentes (aunque

esta inteligencia sea cuestionada por el resto de las razas y se hace mofa de ella) se relacionan en ocasiones con otras razas cuando no son ignorados y excluidos; incluso comparten cultos, supersticiones y creencias. Fáciles de encontrar por estos lares, no sólo en lagos o grandes ríos como el Arroyo sino también en aldeas y villas de mayoría orlanthi.

Los viajeros se movían deprisa entre la floresta. No era muy espesa pero abarcaba una gran extensión. Hectáreas y hectáreas de terreno boscoso circundaban entre álamos, pinos, manzanos y otras especies autóctonas de árboles y arbustos.

Poco tiempo llevaban de marcha, desde que pasaron por la última de las granjas orlanthis, cuando oyeron una voz nítida y susurrante que les daba el alto. ¿Quién? ¿De dónde provenía la voz? Con un acto reflejo sus ojos buscaron en todas direcciones oteando los terrenos en derredor: sobre las ramas de los árboles, tras los troncos, bajo los matorrales que crecían al pie de estos... No encontraron nada sospechoso. Nada se movía, ni una hoja, ni una rama, ni las sombras que proyectaban.

Habían oído la orden con claridad pero no podían indicar su procedencia. Rápidamente echaron mano a las empuñaduras de sus armas. Después de todo, si el enemigo invisible había

conseguido seguirlos hasta las afueras de la población, no se iban a dejar atrapar desprevenidos como les había ocurrido a los emisarios de Kralorela cuando pisaron por primera vez tierras de Sartar. El plan, que en principio había parecido bueno para evitar la persecución, podía no estar resultando tan efectivo como había sido planeado.

Esta vez estarían preparados.

De pronto algo se movió en el bosque. Fue una reacción en cadena. Tras una rama otra empezaba a agitarse y luego otra, y así sucesivamente. La vegetación cobraba vida a su alrededor. Para sorpresa de todos, algunas de las plantas y arbustos que los rodeaban parecieron

despertar de un largo letargo. Pequeños humanoides verdosos de piel acorchada surgieron de la maleza apuntándolos con sus arcos directamente al rostro. No podían asegurar si fueron las propias plantas las que se movieron y transformaron o simplemente aparecieron escondidos de detrás y debajo de las mismas.

—Pensé que la cortesía de un Hijo de la Luz para con sus hermanos *aldryami* era de mayor nobleza —susurró una de las figuras tensando la cuerda de su arco.

Cráteros apartó su mano de la empuñadura del arma que le pendía del cinto y con marcialidad saludó. De entre el follaje y la espesura de los manzanos

aparecieron no menos de diez o doce de estas criaturas. No eran demasiado menudos para ser elfos, cuya estatura estaba ligeramente por debajo de los humanos. Los ojos variaban entre una amplia gama de colores con la consabida peculiaridad de ser todo el globo ocular un gran iris de color, sin pupila. Diversas tonalidades, entre verde moteado y color madera, hacían sus pieles mimetizarse con el follaje. De mayor contraste para los humanos resultaba el pelo. Verde brillante como césped recién regado en algunos, oscurecido y más apagado en otros; en cualquier caso, alborotado entre el musgo y la hojarasca que crecía libremente en sus cabezas. Dos esbeltas

y puntiagudas orejitas asomaban entre semejante maraña de pelo y hojas.

El primero en dirigir un saludo a los humanos fue el único que, además del arco, portaba una jabalina de corte conocido para Cráteros. También era conocida la pechera dorada que vestía, grabada con dos grandes runas que simbolizaban la Luz y la Verdad, las propias de la iconografía de los adoradores de Yelmalio. El resto de elfos apenas tapaba su piel con retazos de tela, corteza y hojas.

Aparte de las deidades intrínsecas a la cultura élfica, tales como Aldrya, diosa de los bosques o Flamal, dios de las semillas, Yelmalio era uno de los

preferidos por los «Consejos de los bosques» que regían la vida de los habitantes de las forestas. Además de protegerlos con su luz y calor de los gélidos inviernos, Yelmalio había combatido junto a los elfos en muchas ocasiones, lanza con lanza y arco con arco, en legendarias batallas, tanto contra el Caos como contra otros ancestrales enemigos, los esbirros de las deidades pertenecientes al oscuro inframundo terrestre. Era Yelmalio un querido y admirado guardián protector de los reinos vegetales.

El aldryani (singular de aldryami) que se había dirigido con cierta arrogancia a Cráteros era de los más altos del grupo, si bien ninguno llegaba a la altura del

hombre. Fibroso, recio como un tronco, de ojos pálidos ligeramente citrinos, trenzaba su verdosa cabellera entre grandes hojas aserradas. Junto a él, varios de los aldryami que apuntaban al grupo con sus arcos pertenecían a la subespecie conocida como *vronkalis*, la mayoritaria entre los elfos de estas latitudes pobladas por bosques de hoja perenne.

Con el mismo tono verdoso en la piel, pero algo más pequeños, sobrepasando a duras penas el metro y medio de altura, completaban la expedición varios elfos que pertenecían a la otra gran familia élfica de esta región: los *mrelis*. Aún más fácil que por su menor tamaño, los *mrelis*, emparentados con árboles de

hoja caduca, se hacían distinguir fácilmente a ojos humanos debido a la desnudez de sus despobladas cabezas. El invierno había concluido y los mrelis volvían de su periodo de letargo invernal. Estos elfos hibernaban durante las estaciones frías, cuando sus semejantes arbóreos carecían también de pobladas copas. Al igual que sus correspondientes arbóreos, los mrelis perdían durante el invierno gran parte -o toda, en muchos casos- de la hojarasca y la hierba con la que contaban como cabellera durante el resto del año. Tras el periodo de hibernación, con el año entrando en Tiempo Sagrado predecesor de la primaveral Estación de las Lluvias, los mrelis recién despertados

que se encontraban ante el grupo lucían en sus cabezas una incipiente capa de musgo y vello verdoso que preludiaba lo que serían sus futuras melenas vegetales.

Estos mrelis debían estar emparentados con los manzanos de la zona pues mostraban un verde brillante en el musgo de la cabeza y unas facciones rubicundas en la cara que recordaban a las peculiaridades de dicho árbol.

Eran sus parientes de hoja perenne, los vronkalis, los que se encargaban de su protección y cuidado durante el invierno. Los perennes vronkalis eran más altos y fuertes, y no tenían la necesidad de hibernar en las estaciones frías y oscuras. No era extraño encontrar

adeptos al belicoso culto de Yelmalio entre los más fuertes de la especie.

Jan Paolo permaneció callado, inmóvil, no quiso hacer ningún gesto o aspaviento que llamase la atención de los elfos.

Respiró con alivio cuando comprobó que fijaban su atención en Cráteros. El sobresalto inicial hubiese sido mayor de no haber ocultado sus enseres de iconografía lunar, como el gran medallón que guardaba bajo sus ropas y que denotaba su función como cónsul diplomático y misionero proselitista del Imperio de la Luna Roja en estas provincias sureñas.

Debido al expansionismo que extendía las fronteras del Imperio Lunar, la

«gestión» de los bosques que se iban incorporando dentro de las fronteras imperiales debía pasar de manos élficas a manos lunares. Esto provocaba «ciertas incomodidades» para el gobierno en algunas regiones forestales ante la reticencia de los «molestos» elfos en ceder el mando de sus zonas arbóreas. Desde el punto de vista aldryani se había declarado una guerra abierta contra la invasión del Imperio Lunar en sus territorios más sagrados. Ellos eran los únicos que debían gobernar los designios de los bosques. Jan Paolo, consciente de este enfrentamiento, permaneció oculto y callado mientras Cráteros saludaba gentilmente a su «igual», el aldryani

ataviado como devoto de Yelmalio:

—Saludos. —El Mariscal se llevó un puño al pecho—. ¡Que el brillo de Yelmalio ilumine nuestros caminos y caliente nuestros cuerpos! Soy Cráteros, hijo de Hiraclís. No pretendíamos incomodar a ninguna venerable criatura de este bosque. Solamente estamos de paso.

Y así comenzó la presentación del Mariscal. El liderazgo de ambos grupos por parte de sendos Hijos de la Luz suavizó la tensión inicial del encuentro. Hablaron durante varios minutos. Los aldryami contaron que provenían de un bosque cercano, de altos y fornidos robles, al otro lado del río Arroyo.

También se encontraban de paso. Marchaban hacia la aldea humana de Pomar pues llegaron rumores al bosque de un ataque troll y querían comprobar el estado de a quien catalogaban como «una gran amiga», a la vez que llevaban algunas flores y plantas extraídas de sus jardines. Los viajeros comentaron brevemente el asunto de los trolls pero prefirieron guardar silencio respecto a todo lo relacionado con el mensaje de Godunya, la prioridad seguía siendo pasar desapercibidos.

Crin también departió con los señores de los bosques. Hombres—bestias y aldryami guardaban una estrecha relación de afinidad. Explicó que era mercader y que se dirigía al norte pero

respondió con ambigüedades, y una habilidad oratoria digna del más reputado negociador, sobre su destino final. Sin mentir explícitamente, pues sabía que los agudos sentidos de los elfos podían haberlo percibido, omitió adrede que su mercancía iba directa al enclave minero de La Mina del Enano. Esto hubiese provocado unas no deseadas tiranteces por ser los enanos tradicionalmente, junto con los trolls, los mayores archienemigos de los reinos vegetales.

Los aldryami habían vadeado el Arroyo por un paso conocido como el Muelle. Había varios pescadores *durulz* (hombres-pato) y sin mayor percance los habían ayudado a cruzar el río en una de

las barcazas de pesca, previo pago, por supuesto. Claro está que los durulz no hacían nada sin retribución económica. «Son tan avaros», comentaron los aldryami con el desprecio habitual de muchas razas para con las tacañas aves.

La conversación había llenado de optimismo la moral del grupo, todo parecía estar tranquilo, tanto entre los manzanos que circundaban Pomar como en el paso del Arroyo. Si sus perseguidores existían realmente parecían haberles perdido el rastro.

Con la misma pericia con la que habían aparecido de entre la vegetación, los aldryami volvieron a sumergirse en el follaje como si éste fuera las aguas del

océano. Desaparecieron buceando sin dejar rastro. Jan Paolo respiró aliviado, «ha estado cerca», mientras aguantaba el dolor de las heridas de sus manos, aún abiertas y supurando. También sintieron alivio ambos orientales, la relación con los pueblos élficos en su tierra natal de Kralorela era muy dispar. Se habían mantenido cautelosos hasta que percibieron el trato amistoso que dispensaban tanto hacia Cráteros como al centauro recién llegado. Man-Yurý no sólo se mantuvo tenso por la presencia de los desconocidos elfos, la proximidad turbadora de la bella escondida bajo el velo negro le empezaba a provocar un estado de ansiedad desconocido en él. Incluso le

pareció percibir nerviosismo en los ojos huidizos de la misteriosa acompañante, como si ella no supiese cómo comportarse ahora que él había descubierto el secreto de su verdadera naturaleza.

Volvieron a cargar los bártulos sobre las espaldas. Si las suspicacias de Cráteros eran ciertas, el tiempo corría en su contra. Ya se habían demorado en demasía y no querían que la más mínima ventaja que pudiesen haber tomado sobre sus desconocidos perseguidores se viese reducida. Rápido volvieron a ponerse en marcha, y con la misma rapidez la voz del elfo les instó a detenerse de nuevo.

Esta vez el portavoz de los elfos apareció solamente en compañía de otro aldryani. Algo más menudo que él y con la cabeza esquilada; sólo se vislumbraba una fina capa de musgo verde. El origen «caduco» de este mrelí, recién despertado del sueño invernal, era una obviedad. ¿O debería decir de la mrelí? Su piel no era acorchada sino tersa; sus ojos, dos brillantes esferas de color plateado que resplandecían sobre los rasgos de la hermosísima elfa, más próximos a las delicadas ninfas y dríades que a los trazos arbóreos de la mayoría de los machos. Por lo general, las aldryami hembras eran muy bellas a ojos humanos, y ésta lo era especialmente...

—Tengo una duda que quisiera aclarar —tanteó el elfo adorador de Yelmalio a Cráteros. Los peores vaticinios de Jan Paolo se cumplirían si estos metomentodo no les dejaban seguir con su marcha. El cónsul sintió tensión en todo su cuerpo.

—Tras las inclemencias y el desapacible frío de la oscura estación que terminamos —continuó el aldryani guerrero—, nuestros hermanos mrelis acaban de despertar de su sueño invernal. Os presento a Shen, Flor Perdida diríais en lengua humana. Ella ha llegado a la madurez y ahora se dispone a formar parte de la vida adulta del Bosque. Pero como a todos los aldryami, le ha llegado el momento de

hacer un pequeño viaje fuera de la protección de nuestras copas, de conocer las inclemencias que el mundo exterior depara a los de nuestra especie. Sé que bajo la aleccionadora tutela de un Hijo de la Luz estará bien protegida y resguardada.

Jan Paolo torció el gesto con una mueca esperando la negativa de Cráteros.

—Nuestra marcha hacia el norte podría resultar peligrosa para una hembra de tu especie —contestó Cráteros para alivio del antiguo misionero lunar.

—Shen no será molestia —insistió el aldryani—. Conoce la magia del Bosque y susurra a su arco con maestría. Estaría a tu servicio durante un breve periodo

de tiempo antes de volver al Bosque; lejos de suponer una carga será un apoyo.

—La habilidad aldryani con el arco es célebre y reconocida por todos — añadió Crin para disgusto de un Jan Paolo que, silencioso, volvía a fruncir el ceño contrariado, enarcando ambas cejas con un gesto de desazón.

—Shen hará un juramento de obediencia absoluta, fidelidad y discreción mientras esté bajo vuestra tutela —ofreció persuasivamente el aldryani.

—De acuerdo —accedió el templario yelmalita—, viajará tres días hacia el norte con nosotros y luego se marchará de nuevo. ¡Yelmalio nunca vuelve la

espalda a sus aliados! ¡Que su luz nos ilumine!

—Prometo que no será un estorbo —
sonrió el elfo—. ¡Que el calor de
Halamalao, *la Luz que nunca se apaga*,
os abrigue en el camino! Shen, vamos a
realizar el juramento.

Tras la breve despedida de los aldryami
en su ininteligible idioma, los dos
yelmalitas, hombre y elfo, se depusieron
también en oraciones y deseos de
prosperidad bajo el auspicio y sabiduría
de su ardiente dios guerrero, el Hijo del
Sol. El aldryani no demoró más su
partida y allí dejó a la joven y bella
elfa, de la subespecie mreli, observando
curiosa con sus enormes ojos plateados

al extraño grupo con el que estaría unida durante los próximos tres días. Shen se acercó tímidamente a los que serían sus compañeros durante su prueba de madurez lejos del abrigo del Bosque. Con una vaporosa toga blanquecina tapaba su cuerpo semidesnudo. Un musgo claro y algodónado hacía lo propio con su cabeza.

Con la nueva compañera al frente anduvieron entre manzanos, encinas, tejos, nogales e infinidad de arbustos, atónitos por la gracia y habilidad con la que ésta se movía entre los troncos. Sobre las copas de los árboles empezaba a oscurecer. El follaje iba despejándose. Comenzó a distinguirse el sonido producido por la bajada de una

gran corriente de agua. Sin duda se acercaban al río conocido como Arroyo.

La fuerte corriente y el gran cauce que el Arroyo arrastraba en esta época del año disminuían en este punto que patos y hombres llamaban el Muelle; lugar aprovechado para pescar con pequeñas embarcaciones de madera y juncos.

Bajo la luz cenicienta de los últimos resplandores solares llegaron al Muelle.

Un búho blanco revoloteó sobre sus cabezas desde el tejado de una destartalada choza cochambrosa en la orilla del río hacia el interior del bosque.

Lo que encontraron junto a la choza distaba mucho de lo que esperaban.

Cráteros, alertado, ordenó a Dana que remontase el vuelo e inspeccionase los alrededores con cuidado. Shen Flor Perdida explicó brevemente que cuando su grupo atravesó el río por aquel punto, todo estaba tranquilo y sólo había una docena de durulz dedicados laboriosamente a sus tareas. Ahora, esparcidos por la orilla, encontraron el cadáver de no menos de media docena. Sus cuerpos habían sido mutilados y desplumados. Hallaron restos de sangre en la choza y grabadas, a punta de daga, runas macabras de simbología tenebrosa. ¿Los habrían vuelto a encontrar o semejante carnicería nada tendría que ver con su huida? El pescado recogido tras una jornada de

trabajo, así como las cajas para almacenarlo, estaban desperdigados por el suelo: evidentemente no habían sido bandidos buscando el pillaje de los durulz. La barcaza más cercana se encontraba destrozada, hecha añicos y encallada en la orilla. En la rivera opuesta había un pequeño atracadero y otra embarcación ardía pasto de unas llamas que aún la devoraban. Río abajo había varada otra barcaza más, la única que aparentemente parecía encontrarse apta para navegar.

El halcón de Cráteros dio la alarma desde el cielo. Dana había avistado manchas oscuras que corrían a gran velocidad entre la espesura del bosque, ¡algo se dirigía hacia los viajeros!

—¡Una emboscada! —gritó el Mariscal
—. ¡A las armas!

Man-Yurý, con una rapidez asombrosa, fue el primero en tensar la cuerda de su arco y preparar una saeta para atravesar lo que fuese a aparecer de entre la frondosa floresta boscosa. Dana graznó, seguía alertando con apremio a su señor, había multitud de criaturas aproximándose hacia el lugar.

—Preparados para el ataque —musitó entre dientes el templario yelmalita.

El misterioso kralorí, Li-Wan, de quien Man-Yurý era único conocedor de su verdadera identidad sexual, inesperadamente se adentró en las aguas del río. De entre sus ropajes volvió a

sacar su fina cadena de pequeños eslabones. «Kawanaga» —musitó para sí. Con el agua por la cintura, volteó varias veces la cadena y la lanzó hacia la única embarcación que aún se mantenía a flote. Hizo blanco con gran puntería y empezó a tirar de ella con la intención de atraerla hasta la orilla.

Las primeras sombras aparecieron entre las lindes de la espesura boscosa a lo largo de la ribera del río; se movían con rapidez entre los árboles más cercanos al Muelle. La decrepita luz del sol, Yelm, no hacía más que alargar las sombras de las siluetas del bosque, de sus troncos y sus ramas, favoreciendo a los enemigos acechantes. Con precisión, Man-Yurý, Cráteros, Shen y el propio

Crin, soltaron una primera oleada de proyectiles contra la uniforme masa de criaturas oscuras que empezaba a asomar por entre los árboles y las jaras.

Li-Wan tiraba con fuerza de su cadena pero la embarcación parecía encallada entre rocas.

De diferentes puntos de la espesura boscosa empezaron a surgir más criaturas oscuras que avanzaban con rapidez hacia el grupo. Dana insistía con graznidos desde el cielo que el enemigo era demasiado numeroso. Sólo su amo entendía su angustia. Éste se volvió buscando una escapatoria y fue cuando vio que el kralorí de negros ropajes, Li-Wan, intentaba sacar el bote del

atolladero donde se encontraba inmovilizado.

Segunda oleada de flechas. Más criaturas se acercaban, cada vez más amenazantes... peligrosamente cercanas. Sin perder de vista al oscuro enemigo, el grupo fue retrocediendo hacia el interior del río. El agua les llegaba por las rodillas. Jan Paolo rezaba algún salmo a su Diosa de la Luna Roja cuyo astro bermejo se mantenía refulgente en el horizonte tanto de día como de noche. Cráteros llegó junto al sigiloso oriental de negro atavío y asió con energía la cadena.

Ambos tiraron uniendo sus fuerzas.

Las primeras criaturas llegaron a las

proximidades de la rivera fluvial. No eran trolls ni trollkins, sino algo mucho peor, algo emparentado con el Caos. Feas, cornudas, babeantes, obscenas, grotescas, repulsivas, mitad hombres, mitad cabras... Demonios que corrían y se arrastraban apestando a maldad y retorciéndose con cada paso, amenazantes, portando melladas y oxidadas armas herrumbrosas.

La pareja que trataba de liberar la embarcación anclada en mitad del río luchaba tanto contra la fuerza de la corriente como contra la presión nerviosa del inminente arribo de la horda caótica. Dando un fortísimo tirón de la cadena liberaron la barcaza de su yugo. Cada uno de los eslabones se les

había clavado dolorosamente en las manos. El Mariscal rugió extenuado en su pugna contra la furia del río por domar la embarcación:

—¡Rápido, subid a bordo! ¡Salgamos de aquí!

Mientras ambos sostenían la barcaza el resto de viajeros fue subiendo. Algunos ágilmente como Shen y otros provocando gran estrépito y dificultad como Crin, haciendo que el batel se tambalease con peligro real de vuelco, lo que hubiese supuesto que la marea de criaturas oscuras les diera alcance. Man-Yurý brincó a continuación; había lanzado su arco al interior de la barcaza y ahora luchaba mano a mano,

empuñando su katana, contra los primeros seres que ya se empapaban los tobillos en la orilla de la corriente. Tras el oriental, Cráteros se aupó a bordo dejando la cadena en manos de Li-Wan. La kralorí, en lugar de saltar, se dejó deslizar por la corriente del río agarrada a los eslabones de su cadena. A bordo, algunas flechas evitaron que varias de las asquerosas criaturas se aferraran a los bordes de la embarcación que poco a poco fue cogiendo velocidad, siguiendo la espumosa corriente. Desde la orilla se dibujaba el perfil, bajo la tenue luz que iluminaba el cielo, de una marea amorfa de seres caóticos que gritaban y amenazaban a quienes escapaban desliziéndose a merced de las

aguas.

La noche cayó sobre el agotado grupo mientras seguían el curso ondulado del Arroyo. Las estrellas invadieron una a una los cielos dibujando el retrato del firmamento nocturno. Junto a ellas relucía la omnipresente Luna Roja, quien acompañaba durante el día a Yelm, al Sol Emperador, y regía después los designios de todos los astros pobladores de la noche.

Los viajeros se acomodaron con la intención de pasar otra fría noche expuestos a la intemperie de la mejor manera posible. La barcaza no era lo suficientemente grande como para que todos viajaran cómodamente. Se

acurrucaron protegiéndose del gélido aire que corría, amontonados y haciéndose hueco los unos a los otros. Se postraron como ovillos buscando el calor en los cuerpos de sus compañeros. Un búho blanco revoloteó sobre la barcaza gran parte de la noche. Crin no tardó en sacar de sus alforjas una pequeña lira. La música siempre lo aliviaba en situaciones de estrés, y todavía respiraba entrecortado. Afinó las cuerdas. Fue relajándose paulatinamente con tan laborioso quehacer mientras los demás terminaban de tomar posiciones. Se aclaró la voz y empezó a recitar unos versos, con tono solemne, que en noches posteriores de celebración terminarían volviéndose una

popular oda a lo largo de su añorado
Valle Salvaje (pero eso es otro cantar):

*Protegidos en el Valle, son caballos y
animales*

*Corren libres bajo el cielo, beben agua
de los ríos*

*Suben nevadas montañas alcanzando
las estrellas*

*El gran Casco de Hierro, señor de
todas las bestias*

*Inmortal es su memoria e indomable es
su fuerza*

*Nos ampara su virtud, nos conduce a
nueva empresa...*

Man-Yurý había tomado asiento cerca
de Li-Wan. Cortésmente había ofrecido

un sitio a su lado a la bella misteriosa, cosa que en Kralorela no se hubiera permitido hacer con alguien de tan humilde casta. En los ojos de la chica se había dibujado por un instante un atisbo de duda. Parecía nerviosa y esquiva, como correspondía a su origen plebeyo y a su condición de mujer kralorí; sin embargo, aceptó y tomó asiento junto a él. Man-Yurý notó cómo se le aceleraba el corazón. Había tenido la impresión de que ella, desde el fondo de la barca, lo había buscado igualmente, pero no estaba seguro de si eso había sido real o solamente fruto de su imaginación, una trampa de sus deseos más inconfesables. Después se levantó con la excusa de atusar sus ropajes y cubrirse para pasar

la fría noche. Al sentarse lo hizo unos centímetros más cerca de ella, casi podía rozar su brazo. Ni la tocó ni se atrevió a mirarla directamente mientras pasaban las horas nocturnas. Finalmente se armó de valor. Quería ver esos ojos otra vez. Giró levemente la cabeza y ella... ¡lo estaba mirando a él!

Rápidamente apartó la vista, no pudo mantenerla fija, ¡esos ojos! El heraldo se ruborizó mientras notaba como la sangre se le amontonaba en la cabeza y le bombeaba las sienas. Semejante comportamiento no era digno de alguien de su noble casta. El origen humilde de ella y su reprochable adhesión al Sendero Inmanente tenían que mantenerlo alejado de tan mundanos

sentimientos; no obstante, ¿cómo era posible tanta destreza en la esgrima para alguien de tan ínfimo abolengo?

A Cráteros le desagradó que, en el cielo oscurecido, sus ojos encontrasen la constelación del Escorpión Demoníaco al lado de la enorme Luna Roja. Esta perversa constelación era mensajera de malos augurios. El Mariscal siempre se sentía diminuto cuando contemplaba el enorme cielo. Recordó a su padre, el cual desapareció cuando era niño. Los sabios dijeron que había marchado tras una reliquia del mismísimo Yelmalio; *Búsquedas heroicas*, lo llamaron. Ahora él se disponía a realizar algo parecido. Su padre nunca volvió a casa. La mañana que su progenitor abandonó el

Condado de la Cúpula Solar sus ojos de niño se habían encontrado con la misma constelación, el Escorpión Demoníaco. Aquella noche, tal como hoy, esas mismas estrellas brillaban latentes y juntas en el cielo.

Shen miraba esperanzada al firmamento. Sus ojos plateados se cruzaron con un astro de luz verdosa. Orgullosa por el hallazgo sonrió. Había encontrado en el horizonte el lugar donde Flamal, esposo de Aldrya y padre de las semillas, reposaba su cuerpo mutilado. Era la constelación conocida como El Semillero, augurio de buen comienzo o de un cambio positivo, de su iniciación, de su paso a la madurez, de la incierta aventura que esperaba por delante.

Jan Paolo no levantó la vista de sus manos. Todavía le abrasaban. ¿Qué magia podía producir semejante dolor?

Crin seguía cantando inagotable. Mucho más relajado se dejó llevar, al igual que la barcaza, por la corriente del río. Los astros se movían en el firmamento tal y como ellos lo hacían siguiendo el curso de las aguas en aquella noche. El Centauro continuó con más versos:

*Quien empuña a la Muerte es el Señor
de las tormentas.*

*Portador de la Luz, el Caudillo de los
vientos.*

*Los truenos sus mandatos, relámpagos
sus flechas.*

*Rey de Dioses es su nombre, abre en el
cielo una brecha.*

Ensimismados en sus propios pensamientos los demás viajeros hacía tiempo que habían dejado de escuchar al folclórico centauro. El único que prestaba atención a los versos era Jan Paolo tratando de olvidar y poner bálsamo a sus dolores. Estupefacto reparó en la letra que estaba escuchando, indignado, pues versaba descaradamente sobre... ¡el prohibido dios Orlanth! El centauro estaba entonando unos versos al enemigo más odiado de la Diosa de la Luna Roja. El hombre bestia estaba haciendo proselitismo de un culto fugitivo y perseguido. El cónsul lunar buscó la

mirada de Cráteros al que tampoco deberían gustar estos cánticos bárbaros, el Mariscal descansaba rendido en un profundo sueño. «La Palabra No Pronunciada es más importante que la Palabra Pronunciada», se dijo el cónsul. Debía mantenerse cauto para no hacer enemigos innecesarios. No quería que ni el centauro ni la elfa supiesen de su verdadero quehacer, ni de la fe que profesaba antes de lo que él había planeado, mas no podía tolerar que el centauro continuase cantando semejantes abominaciones paganas, ¿no eran los bárbaros orlanthis bestias a las que domar? El diplomático se acercó a Crin amistosamente y le propuso un juego: —Crin —dijo sonriente—, un centauro

con tanto recorrido como tú seguro que conoce el juego de... —miró a su alrededor ganando un instante para pensar hasta que su vista encontró acurrucados los cuerpos de los dos orientales— el juego de los kralorís, ¿sabes cuál es? Seguro que las horas pasan mejor en esas largas caravanas.

—Pues no —contestó con curiosidad y dejando de cantar—, desconozco ese juego. ¿De qué se trata? ¿Apuestas? ¿Hay dinero de por medio?

—¿No lo conoces? Es muy sencillo. Venga, deja la lira y saca unas monedas —dijo persuasivo el cónsul dando una palmada en el lomo del centauro—. Cada uno cogemos tres lunares de plata,

guardamos los que queramos en el puño cerrado, apostamos una cantidad y gana quien acierte la suma de lunares que guarda junto con el contrincante.

Así fue cómo de modo improvisado Jan Paolo cameló al centauro proponiendo este recién inventado juego de azar. El diplomático consiguió que el centauro callase y no volviesen a sonar sus despreciables e insurrectas melodías, y de paso ganó un puñado de lunares de plata. Crin extendería posteriormente este juego, «los kralorís», desde Boldhome por todo Sartar y el Paso del Dragón, pero esa continúa siendo parte de otra historia.

Amanecía y, como siempre, lo hacía por

oriente. El cielo se volvió azul cobalto y los primeros rayos del sol, Yelm, empezaron a calentar el aire a orillas del Arroyo, a bañar las tierras de Sartar con su luz y hacer que el viaje fuese un poco más agradable. Los primeros paires de las aves más madrugadoras sirvieron para despertar a los que aún dormitaban en la barcaza. Habían navegado durante toda la noche amparados por la tenue luz de la luna y las estrellas y con el constante e ininterrumpido runrún de la corriente del río. La noche los había envuelto entre pensamientos, miedos, inquietudes y anhelos. Despertaron fatigados debido al mermado descanso: posiciones incómodas, humedad excesiva,

incertidumbre por no saber dónde concluirían sus pasos...

Dejaron la barcaza oculta entre eneas y juncos. El río discurría paralelo al camino que se dirigía hacia Boldhome, capital de Sartar, pasando previamente cerca del enclave mostali conocido como La Mina del Enano. Desde la orilla se contemplaba el macizo montañoso bajo el que se encontraban las aperturistas galerías enanas, únicas en todo Sartar y en todo Glorantha.

Desde allá y hacia occidente se veían las colinas donde el mensaje de Su Majestad Imperial Godunya, el Dragón Emperador, instaba a dirigirse. Solamente los que supieron buscar entre

las cumbres alcanzaron a vislumbrar alguno de los monolitos erigidos por la extraña raza de los dragonuts, *los sueños de dragones*.

El grupo debía partir hacia poniente y Crin, sin embargo, se dirigiría al norte siguiendo el camino de Boldhome. El centauro se despidió, estaba realmente contento pues bajando por el río había salvado más de día y medio de demora. En ese momento Dana, sobrevolando los cielos, informó a Cráteros de que un numeroso grupo de enanos transitaba por el camino junto a la orilla del Arroyo. Llegarían hasta ellos en pocos minutos. Sobre las despejadas lomas y aquellas bajas colinas sería complicado desaparecer y pasar inadvertidos ante

los enanos. Crin se puso nervioso y pidió que ocultasen a la elfa. Nada podía impedir un encuentro con los enanos en pocos minutos y, elfos y enanos, no eran los mejores aliados. Cuando estos pasaran, los viajeros seguirían su camino en dirección a poniente, hacia el interior de los collados occidentales. Cráteros se situó delante de Shen cubriéndola con su capa a modo de caperuza e intentando mantenerla oculta a su espalda.

Los enanos, de huraña vida bajo tierra, eran más ruidosos de lo que su pequeña estatura hacía suponer. Debían ser los revestimientos metálicos en la ropa, las tachuelas en las botas y todo tipo de artilugios metálicos que pendían de sus

reforzadas corazas y escudos, los que incrementaban el tumulto que el numeroso grupo de enanos producía al marchar. Parecían acarrear una herrería sobre los hombros.

Eran menudos. Más bajitos que los elfos y por supuesto que los humanos. Sin embargo eran mucho más anchos y corpulentos, incluso más que los trolls. Se podían adivinar los grandes, fuertes y retorcidos músculos bajo sus armaduras; alguno contaba con una prominente joroba que le doblaba el espinazo. Lucían pobladas barbas y mostachos que ocultaban los grotescos rasgos que formaban sus rollizas caras, enrojecidas y rubicundas. En algunos de ellos, los pequeños ojos y la gran nariz parecían

estar incrustados en el único hueco que encontraban entre la barba.

En realidad, los ojos de los enanos eran pequeños y prácticamente ciegos, inútiles en la oscuridad de sus cuevas. La nariz era su órgano sensorial más fino, pero no para olfatear olores como los humanos, sino para detectar las vibraciones y los cambios de presión y humedad como hacen las serpientes con su lengua. Bajo tierra, en sus cavernas, el aire condensado entre las rocas potenciaba estos órganos sensibles, mucho más efectivos que la vista. «Sentido terrestre» lo llamaban ellos. En el exterior tenían más problemas, pudiendo llegar a marearse como los topos, pues las vibraciones se

perdían en la inmensidad del cielo y la tierra, y con ellas, su orientación.

—Hemos tenido suerte —presumió Crin sonriente—, conozco al capataz que encabeza el grupo. He negociado con él en varias ocasiones y puedo distraerlo mientras vosotros marcháis al oeste.

¿Cómo se llamaba? ¿Brainak? ¿Breinak? ¿Brenak?

Efectivamente el centauro tuvo suerte, pues fue Bronak quien se dirigió a él en primer lugar. Crin supo atraer rápidamente la atención y la suspicacia del enano con la mercancía que había traído. Regaló palabras en favor de la cortesía enana y de lo fructífero que resulta siempre el comercio por estas

lindes. Entablaron una animada conversación sobre precios, pesos y calidades; los enanos no se andaban con rodeos en lo que a negocios concernía.

Shen permanecía oculta tras el cuerpo de Cráteros. «Son tan rojizos como la tierra que pisamos», pensaba la aldryani con una mueca de asco. Haciendo una capucha con la capa del Mariscal, intentaba ocultar sus delicados y vegetales rasgos. No se movió, en el fondo estaba aterrorizada, y susurró unos versos a Aldrya para poder pasar desapercibida frente a los enanos, quienes de lejos no dejaban de inspeccionar al extraño grupo que viajaba con el centauro.

En cuanto les fue posible, los viajeros iniciaron la marcha con disimulo, una retirada en pos de los cerros cercanos, tratando de no llamar la atención de la multitud que negociaba con Crin. Varios barbudos posaron su mirada sobre el manto que ocultaba a Shen... quien siguió su camino sin volver la vista atrás. De pronto, la embargó un sobresalto, un miedo se disparó, «¡cuán desdicha y mal destino!». Un desliz traicionero dejó prendada la capa roja de la ramita baja de un arbusto puntiagudo. «¡Aldrya, ayúdame!». Shen sintió que la rama se soltaba antes de arrancarle la capa del todo y tuvo tiempo de sujetarse la capucha en el último momento, ocultando su rostro.

Sobresaltada aún, a su espalda escuchó inmediatamente la voz cavernosa de un enano:

—*Se le ha caído el brrroche* —rumió acercándose a recoger el prendedor.

El enano extendió la mano hacia la elfa. La pequeña Shen no pudo reaccionar. Se quedó petrificada, rígida, aterrada, incapaz de alargar su mano para recoger el pasador que en realidad pertenecía a Cráteros. Precisamente tenía que pasarle a ella, en el peor de los momentos, como si alguien se hubiese conjurado para que todo acabase en tragedia. No había posibilidad de escapatoria. Entonces, el oriental de negros ropajes se adelantó hacia el enano extendiendo su mano

enguantada hacia el broche. El enano quedó extrañado mirando al peculiar humano de extravagante atuendo. Dudó y dio un paso atrás, momento que aprovechó Cráteros para aparecer junto al encapuchado.

—Trae eso aquí —dijo el Mariscal con brusquedad agarrando el alfiler—, no te pertenece, es una lanza de Yelmalio.

—*Cuida tus modales, humano, estás pisando nuestro territorio* —contestó el enano sin amedrentarse—. *Marrchaos de aquí, si es lo que estabais haciendo.*

Y eso fue lo que hicieron; sin embargo, no habían avanzado ni medio centenar de metros cuando el marcado acento del

capataz los detuvo.

—*De acuerrrdo* —vociferó con voz áspera—. *Nos quedamos con la merrrcancia pero, ¡también con el cadáverrrr apestoso de la perrrrra elfa que oculta el humano!*

Ancestral era el odio que recíprocamente elfos y enanos sentían entre sí. Enemistados desde antes que se forjasen siquiera tales sentimientos, no existía encuentro entre ambas razas que no se resolviera con violencia. Era un odio innato y no un prejuicio aprendido. Según los mostali, la perversidad élfica y sus ideas equivocadas sobre el cosmos habían sido responsables de la muerte del

mismo Mostal y de los gobernantes enanos de Dorastor, y culpaban al Gran Rey Élfico de sembrar la muerte en El Pico Cósmico, origen del mundo y de todas sus creaciones.

Ese odio anterior a las edades, cuando las razas primigenias fundaron los más ancestrales reinos sobre la faz de Glorantha, ponía ahora en peligro el devenir del viaje. Los enanos no permitirían que una elfa marchase por territorios próximos a sus dominios.

Cráteros, quien juró custodiar a la recién despertada elfa durante su prueba de madurez, simpatizaba con la raza de los señores de los bosques, con quienes compartía culto, y grande era su

sentimiento de antipatía hacia los huraños enanos, escarbadores de túneles, desconfiados e irracionales. Echando la mano al asta de su jabalina dio un paso al frente y aseguró con rotundidad:

—La elfa no va a ningún lado con vosotros. Está bajo mi custodia.

—Bueno, señores —intervino Crin, frenético, intuyendo lo que se avecinaba —, no hay motivo para andar nerviosos. Cada uno que marche por su lado... y nosotros terminaremos el negocio, ¿de acuerdo?

—*He dicho que nos quedarrremos con la merrrrcancia* —repitió el capataz enano golpeando con su hacha de dos

filos en el suelo mientras avanzaba—, y *limpiarrremos la tierrrra de toda la carrrrroña elfa. ¡¡¡Serrrrvirrrrá de leña parrrrra nuestros horrrrnos!!!*

—Dejadnos marchar en paz o lo lamentaréis —retó el Mariscal a la multitud mientras Shen, acurrucada a su espalda, contaba el número de enanos y su número de flechas.

—Podríamos solucionar todo esto sin llegar a las armas —quiso evitar Crin lo que ya se tornaba inevitable—, tengo mucha mercancía que mostrar y total, no somos como esos salvajes broos, alimañas sodomitas. Somos gente de bien.

—*¡Ohhh! ¡La elfita se esconde trrrras*

sus amigotes! —exclamó el capataz enano aún más bravucón—. *¿Es que sola no sabes defenderrrrte, furrria rrramera?*

—No amenaces a una mosca si está posada sobre la cabeza de un tigre — insinuó Man-Yurý, quien con gesto severo se despojó de la parte superior de su kimono y lo arrojó al suelo. Esta actitud hizo que la multitud de enanos rompiese a reír con una explosiva y sonora carcajada. ¿Los enanos se reían de sus palabras? El perplejo oriental no podía tolerar semejante afrenta en su estricto código moral regido primordialmente por el honor y el respeto. El marcial guerrero kralorí ya había demostrado anteriormente ser

mortalmente rápido en el manejo de su katana, pero lo que pasó a continuación excedía de las leyes físicas conocidas en occidente. Con vertiginosa velocidad, y sin armadura ni kimono que lo molestaran, tensó con rapidez la cuerda de su arco *kiudo* y disparó varios proyectiles mientras el resto de presentes apenas pudo pestañear. Sus manos se movían a una velocidad inalcanzable para la vista de los allí presentes. Los enanos sólo percibieron una borrosa mancha que cargaba y disparaba saetas una tras otra. Varios fueron los que cayeron atravesados con facilidad por las flechas orientales antes siquiera que su capataz pudiese dar la orden de atacar, sorprendidos por la

velocidad con la que Man–Yurý disparaba. La técnica milenaria del arco *kyudo* provocaba un efecto óptico que hacía creer al que observaba que el guerrero disponía de varias extremidades para tensar y disparar, como si de un ciempiés se tratara.

El capataz enano dio la orden de cargar con varios de los suyos ya atravesados por las flechas. Él mismo se abalanzó sobre Shen tirando al suelo a Cráteros de un empujón con el hombro. Pero tras el Mariscal, de un felino salto, se interpuso entre enano y aldryani la silenciosa Li–Wan, quien desvió el primer hachazo del capataz anteponiendo sus antebrazos al golpe. Dos brazales de metal sujetos mediante

hebillas y correas de cuero protegían la parte anterior de los brazos de la kralorí. Hacían la función de reducido escudo contrapesado para no desequilibrarla a la hora de evitar con acrobacias y piruetas los embistes enemigos. Del choque surgieron chispas y un chirrido estridente. El capataz enano blandía con destreza su arma. Con más fiereza atacó al extraño entrometido asestándole varios golpes con ambos filos de su enorme hacha.

—¡Deteneos! —gritaba desesperado el centauro mercader viendo impotente cómo se esfumaban sus posibilidades de negocio—. ¡Podemos arreglarlo de otra manera!

Li-Wan no esperaba que el fornido enano fuese tan diestro en el uso del hacha. Apenas podía contener sus fieras acometidas y mucho menos contraatacar, ¡bastante hacía con evitar la lluvia de hachazos! Desviaba los golpes del enano golpeando la parte plana de los filos del hacha con sus antebrazos forrados, aguantando bajo una lluvia de chispas incandescentes que saltaban despedidas con cada choque de metales.

Man-Yurý no detuvo en ningún momento el continuo flujo de su arco kyudo que con temeraria velocidad escupía una riada de flechas hasta que sólo una quedó en su carcaj. Horrorizado, el kralorí vio que la bella Li-Wan apenas podía contener los embistes de la

enorme hacha. Paró en seco, un miedo extraño, un temor escalofriante, ascendió por la espina dorsal del emisario espantado por la posibilidad de que el rollizo enano dañase a la bellísima misteriosa. Interrumpió su técnica de disparo, «*jutsu del ciempiés*», que aceleraba tan asombrosamente su destreza con el arco kyudo, fuese esto magia o una práctica entrenada de combate. Conteniendo la respiración apuntó con precisión su última flecha a la cabeza del enano, con la misma precisión con la que un halcón localiza a su presa desde el cielo. Apuntó entre los ojos.

De entre sus dedos partió su última y definitiva flecha.

Li-Wan había caído al suelo deteniendo otro hachazo aún más violento. Cada golpe abollaba sus protecciones aplastándolas contra la carne. Detuvo otro golpe más en el que saltaron mil chispas. Una esquirla de metal se le clavó en la muñeca. No había protección tan férrea que pudiera contener la aleación de un hacha enana. Un calambre atravesó su antebrazo. El capataz enano enarboló una vez más el gran filo sobre su cabeza dispuesto a acabar con la vida del entrometido humano que ocultaba su rostro tras una máscara negra, luego iría a por la «*perrra*» elfa.

En ese momento la flecha que Man-Yurý apuntara con formidable precisión

surcó el aire en dirección a la testa del enano. Hizo blanco. Tal y como el oriental esperaba, hincó su saeta entre la barbuda y rolliza cara del enjuto ser y el yelmo que cubría gran parte de su cabeza. Pero sólo se hundió superficialmente y se quedó vibrando. Se había escuchado un chirriar metálico. El enano se tambaleó... sutilmente. Aún con la flecha clavada entre los ojos, el enano se mantuvo en pie. Sacudió la cabeza como un gato se sacude el lomo empapado. Para sorpresa de todos, el capataz volvió a levantar el hacha y se apoyó cual leñador con todo su peso sobre los talones y la flecha sobresaliendo de su frente brillante.

—*¡Errres mio escorrrria!* —gritó a una

agotada Li–Wan, rendida a su merced—. *¿Ocultas tu fea cara asustada? ¡No serrrás tú también una elfa! ¡Voy a porr ti!*

Man–Yurý contempló al capataz enano, boquiabierto, atónito por tan colosal aguante. Estaba demasiado distante para llegar con su katana y en su carcaj no disponía de más flechas con las que detenerlo. El oriental se quedó petrificado, impotente.

Li–Wan cruzó las protecciones metálicas de sus brazos sobre su cabeza con la intención de parar el siguiente tajo de la descomunal hacha enana. Fatigada, los calambres empezaban a atenazar los músculos de sus doloridos

brazos.

No sabía cuántos golpes más podría aguantar.

De pronto una bendición le trajo un respiro. Era el corpulento cuerpo de Cráteros quien, de un salto, voló sobre los cadáveres enanos que había a sus pies y se interpuso entre la oriental y su enfurecido verdugo. El enano no tuvo tiempo de evitar la embestida. Antes de que los pies del Mariscal se plantaran completamente en el suelo, la punta de su jabalina se había incrustado, con otro rechinar metálico, entre las juntas del gorjal y la coraza que protegían el torso y el cuello del enano. Éste cayó jadeante a los pies del yelmalita. Ningún otro

enano permanecía ya en pie.

El Mariscal necesitaba recuperar el aliento. Al extraer la punta de su jabalina del cuerpo tendido del enano, se sorprendió. La punta de la lanza estaba completamente doblada. Nunca había visto nada semejante a esa carne, esa piel... Si los elfos varones parecían tener la piel acorchada como la corteza de un árbol, la del capataz enano parecía tener destellos ¿metálicos? Era fría y bruñida como una plancha de aluminio, pulida como el acero. Los otros enanos eran diferentes al capataz, eran más térreos y opacos, arenosos. El Mariscal pasó un dedo en el muslo de uno y tuvo la sensación de hundirlo en arcilla blanda. La voz de Crin fue lo siguiente

que escuchó mientras oxigenaba sus pulmones.

—¡Esto es una carnicería! —clamaba piafando—. ¡Habéis arruinado mi negocio!

—El negocio con enanos no puede traer nada bueno. Los barbudos están donde merecen —rubricó Shen dirigiéndose al centauro con cierto aire de satisfacción.

—Mujer aldryani —dijo Cráteros apoyando su mano en el hombro de la elfa—. Ya has contemplado demasiada muerte. Vuelve al bosque donde los tuyos te estarán esperando. Te recibirán con los brazos abiertos. Enfrentarte a enanos es un orgullo para la prueba de madurez de una hija del bosque.

—Acabo de despertar —contestó una Shen muy decidida y enérgica—.

Prometí seguirte durante tres días y apenas ha pasado el primero. Mi prueba de madurez no concluirá hasta pasado mañana. ¿Podemos continuar nuestro camino?

—El jade necesita ser tallado para hacerse gema —proverbió Man-Yurý mientras auxiliaba a Li-Wan. El oriental la había ayudado a ponerse en pie y ahora le quitaba las correas de sus protecciones abolladas.

—Como queráis —aceptó el Mariscal enfatizando su cara de sorpresa— pero no debemos perder más tiempo. Según el fragmento que Man-Yurý pudo

traducir de la carta de Godunya, el encuentro debía producirse en aquellas colinas que vemos en poniente.

Podremos llegar antes del anochecer.

—¿Qué haré yo ahora? —se lamentaba Crin cabizbajo mientras Jan Paolo hurgaba entre las pertenencias de los enanos—. ¿A dónde dirigirme cuando llegue mi caravana?

—Vuelve a tu bosque y protégelo de la guerra, ¿qué puede deparar una guerra entre los seguidores del Caos y los violentos orlanthis, hijos del trueno, a los que nos encontramos en medio? Regresa con los tuyos —aconsejó Shen.

—¡No puedo dejar mi caravana! —se derrumbó el centauro—. El imperio

Lunar traerá de nuevo el Caos. No saben lo que intentan manejar. Esperaré a mi caravana y marcharemos directamente a Boldhome, ¿quién sabe lo que allí necesitan? Luego marcharé de nuevo al sur, a Murallas Blancas. Las profecías no ponen fin a la guerra. Harán falta multitud de escudos y espadas para expulsar la invasión de los rufianes lunares y su maldita Diosa Roja.

Cráteros miró a Jan Paolo quien no se inmutó ante el comentario. El Mariscal estaba seguro de que las palabras del centauro habrían molestado al cónsul lunar, mas ahora, su batalla no era esa.

Jan Paolo, sin expresar el más mínimo cambio de humor en su mirada, sintió

algo más que un irrefrenable impulso por ajusticiarlo en aquel preciso momento, allí mismo. De no haber sido por la presencia de los demás, se puede jurar por el Emperador Rojo que lo hubiese hecho, pero ese no era momento para «La Palabra Pronunciada». Se despidió del centauro con un «hasta pronto, Crin» y emprendió de nuevo la marcha hacia el oeste junto a su compañía, antes de que otra partida de enanos pudiese sorprenderlos tan próximos a sus dominios.

En los Últimos Días llegará un gran conflicto del que difícilmente escapará ningún habitante del Paso del Dragón

Las imágenes turbias de las bolas de cristal no dejaban ver si Cragaraña, la Bruja de Fuego y reina de los trolls de Dagori Inkarth, batallaría al lado del Rey Inhumano de los dragonuts, o en su contra. Tampoco de qué lado estaría el Emperador Rojo del Imperio Lunar.

Capítulo. V «180 años de retraso»

—¿Pasaremos otra noche más a la intemperie? —protestó Jan Paolo acostumbrado a las comodidades que el Imperio dispensaba a sus funcionarios más abnegados.

La civilización y el progreso que el Imperio Lunar desarrollaba altruistamente en los territorios pacificados suponían una mejora sustancial para las vidas de todos los ciudadanos bajo el auspicio y beneplácito de la Diosa de la Luna Roja y su Emperador. Los desagradecidos

bárbaros orlanthis no serían nunca capaces de agradecer los beneficios que obtenían bajo la jurisdicción del Imperio Lunar, con sus leyes de convivencia civilizadas, sus redes de comunicación mejoradas... El diplomático lunar y antes misionero detestaba la conducta pueril de estos parias asilvestrados.

Las provincias del sur del Imperio, como era el caso del reino de Sartar en la región del Paso del Dragón, llevaban varias décadas en proceso de pacificación. Jan Paolo había viajado al sur como misionero, para extender y evangelizar la palabra de la Diosa de la Luna Roja, y como funcionario lunar había destacado en el campo de la

diplomacia para con los distintos clanes orlanthis que se iban adhiriendo paulatinamente a la cultura lunar. El trabajo consular en tan precarias condiciones -aldeas sin sistema de alcantarillado o edificaciones de madera sin argamasa ni mortero que caían ante tornados y vendavales- desagradaba al cómodo ciudadano lunar. «Uno nunca se acostumbra a vivir entre penalidades», se decía, pero dormir una tercera noche a la intemperie en menos de una semana superaba todas sus expectativas de incomodidad.

La Luna Roja se mantenía alta en el firmamento y era Yelm, con sus brillantes rayos, quien al atardecer descendía tras los montes de poniente

mientras sobreveníá otra fría noche. El canto de los grillos fue sustituyendo al piar de las diferentes aves diurnas, el cielo se cerraba oscurecido y la brisa comenzó a danzar acompañada. El Arroyo no era más que una mancha serpenteante y plateada que cruzaba los páramos.

Los viajeros habían visto tres colinas coronadas por inmensos menhires contruidos por la exótica raza conocida como dragonuts. Pasaron cerca de los enormes monolitos sin encontrar ninguna otra señal de la presencia de estos seres.

En contadas ocasiones se dejaban ver. Los dragonuts resultaban realmente singulares para los ojos de otras razas.

Siendo numerosos en Sartar, Cráteros los había visto en escasas oportunidades. En Kralorela eran también abundantes pero estaban muy localizados en sus nidos a lo largo de la costa, siendo muy poco accesibles. Para Man-Yurý eran una raza hermética a la vez que un ejemplo a seguir, la representación del paradigma del Camino Correcto hacia el Despertar del Dragón: la *Iluminación Dragontina*, el modo de vida de los disciplinados y marciales habitantes del Oriente.

Kralorís y dragonuts orientales profesaban unida obediencia absoluta al Divino Emperador Dragón conocido en occidente como Godunya.

Pero en occidente eran temidos. Muy

pocos humanos habían sobrevivido a una voraz cacería dragontina o al infortunio de cruzarse en el camino de un batallón de castigo, la forma usual con que saldaban las deudas de sangre pendientes. En otras ocasiones los dragonuts se comportaban de modo indolente, pasando a través de poblaciones enteras sin detenerse ni atender a cuanto sucediese en derredor, como si el entorno no fuese con ellos ni les afectase o les importara.

En el interior del bosque, también Shen había tenido algún esporádico encuentro con tan peculiar raza. Eran mirados con respeto. Algunos inviernos, cuando importantes ceremonias lo requerían, los dragonuts marchaban al Corazón del

Bosque para ayudar a los aldryami en su protección. Con gran parte de población aldryani hibernando durante esa época, el Bosque era más vulnerable al ataque de trolls y enanos. Mientras los mrelis dormían, los dragonuts velaban durante la fría Estación Oscura cumpliendo con algún tipo de antiquísimo compromiso.

Jan Paolo en una ocasión se había cruzado con una enorme partida. Supuso que venían de caza pues portaban despiezados los restos de un mastodóntico saurio, miembro por miembro. No podía asegurar si para alimentarse o como trofeo.

Poco más era cuanto los hombres conocían de esta fabulosa raza.

—¿Descansaremos aquí? ¿Junto al menhir? —preguntó Jan Paolo escrutando laboriosamente el bajorrelieve tallado en la roca.

Se encontraban en la cima de una de las colinas coronadas por aquellas asombrosas piedras. Desde arriba otearon el horizonte buscando una señal que los guiase. Si seguían los pasos indicados por el mensaje de Godunya, Emperador de la Tierra del Esplendor, el encuentro debería producirse por aquellos lares.

La noche cayó demasiado oscura para seguir escrutando en lontananza. Desestimaron continuar con la búsqueda hasta que amaneciese y Yelm iluminase

de nuevo con su luz el paisaje que los rodeaba.

Antes que la noche cerrada los envolviese completamente en su manto, sus esfuerzos se centraron en encontrar un buen cobijo donde pasar aquellas horas de oscuridad. El viento soplaba trayendo sus propios murmullos. Las predicciones más pesimistas de Jan Paolo se cumplían, otra noche fría a la intemperie.

El cónsul lunar (y antiguo misionero) seguía escudriñando en el menhir laboriosamente tallado, repleto de motivos, glifos y pictogramas dragontinos ininteligibles para cualquier ojo desconocedor de semejante

iconografía. Los demás se acomodaron al pie del cerro, bajo una gran roca rodeada de zarzas que serviría como hogar improvisado para esa noche.

—Procónsul —llamó Cráteros respetuosamente al funcionario lunar—, será mejor que se apresure a bajar de la loma y se acomode con nosotros. Esta noche los matorrales serán nuestro lecho, nos brindarán cobijo.

—Id bajando —contestó Jan Paolo sin apartar la mirada de la fastuosa roca. Con un movimiento del brazo dejó claro que se quedaría estudiando un rato el menhir; era demasiado interesante para dejarlo.

—Honorable señor —intervino entonces

Man—Yurý—, será mejor que descienda de la colina. Si volvieran los dragonuts y lo encontrasen ahí... A ellos no les gusta que otras razas invadan sus propiedades. Siempre se muestran celosos de lo suyo y tajantes con los extraños.

No hicieron falta más explicaciones para que el misionero lunar dejase sus investigaciones «arqueológicas». Descendió por la falda de la loma al amparo de la luna, siempre roja, por supuesto, y buscó un refugio protegido del viento entre arbustos y matorrales. El Tiempo Sagrado se dejaba notar y el clima había mejorado durante toda la jornada. Esperaban que durante la noche las temperaturas también fuesen

benévolas y no cayesen en picado.

Fueron los primeros rayos de Yelm y el piar de las aves más madrugadoras quienes despertaron a la compañía.

Imposible aguantar insomnes otra larga noche a la espera de alguna señal, uno a uno habían ido sucumbiendo bajo los brazos somnolientos del cansancio acumulado. Los turnos de guardia habían pasado lentos, pesados, eternos. Shen fue la única que permaneció despierta durante todo el descanso nocturno.

Había dormido suficiente al *abrazo de Trigora*, como los mrelis llamaban a su periodo de hibernación, y su condición de aldryani de hoja caduca (traducción del término *mreli*) le permitía mantenerse desvelada cuando todos los

demás eran ya presa de los dioses que dispensaban los sueños.

Dana sobrevolaba el improvisado refugio formado por matorrales y arbustos de enebro. Todos habían recogido sus pertrechos cuando Cráteros sintió la llamada de su leal compañera que instaba a abandonar el refugio y volver a la cumbre. Algo pasaba sobre la loma.

Tras pasar otra noche teniendo como única techumbre la bóveda celeste, las estrellas que inundaban el firmamento de constelaciones y la omnipresente Luna Roja, los jaleos del Mariscal para apremiar a sus compañeros no fueron de buen gusto para Jan Paolo que se quejó

ostensiblemente del mal y poco descanso.

Rodeados por zarzas, matorrales y arbustos de enebro, ninguno alcanzaba a ver la cumbre de la colina.

Se auparon a las faldas del alcor y entonces los vieron.

Desde abajo se veían decenas, había un gran número de figuras sobre la cima.

Un grupo de dragonuts se hallaba rodeando el menhir. Desde la falda de la colina Cráteros y Man-Yurý comenzaron a ascender con cautela cuando se dieron cuenta de que algo no funcionaba, algo sospechoso no marchaba bien. Prepararon sus armas y subieron con máxima prudencia. Ni una

sola de las figuras dragontinas realizó el más mínimo movimiento ni ante la presencia de los extraños ni ante las armas desenfundadas. Nada. Ni un movimiento. Mutismo absoluto. Hasta el arrullo del viento y el rechinar de los grillos se habían silenciado. Por primera vez los hombres pudieron fijarse claramente en los dragonuts. Estos permanecían en pie, estáticos como mármoles, impertérritos como estatuas de terracota. Ni un gesto, ni un guiño, ni un movimiento. Estaban aletargados, impermeables al exterior. ¿Estarían hibernando?

Jan Paolo se atrevió a tocar los inmóviles cuerpos dragontinos. Man-Yurý no, él profesaba un respeto

absoluto y algo de miedo supersticioso ante este estadio en la escala evolutiva del dragón, de la que él también aspiraba a formar parte. Los dragonuts en Kralorela eran considerados dragones nonatos. Llevaban el camino correcto para alcanzar la Iluminación y convertirse en auténticos dragones. El oriental hincó su rodilla derecha en la tierra ofreciendo una solemne reverencia.

El tacto no era en absoluto el de la suave fragilidad de pequeños reptiles como lagartos y serpientes; eran escamas fuertes y duras como las de los dragones. Bien es cierto que los intrusos habían reparado en primer lugar en los ejemplares de dragonuts más grandes e

impresionantes. Humanoides con más de dos metros de altura, en muchos casos más de dos metros y medio, fuertes y musculosos, con aspecto temible. Las escamas configuraban una piel acorazada de esquirlas, pinchos y protrusiones que los dotaba de un aspecto blindado y terrorífico. De sus enormes hocicos asomaban cuatro afiladísimas hileras de colmillos puntiagudos inclinados hacia dentro. Se apoyaban sobre dos grandes patas y una tremenda cola recubierta, como toda la espalda, por varias hileras de espinas y nódulos.

Jan Paolo se preguntaba dónde estarían las alas pues no contemplaba a ninguno con semejantes apéndices voladores y la

mitología contaba que... ¿serían sólo leyendas? Cráteros se fijó en las enormes garras con que terminaban sus poderosísimos brazos. Todos sujetaban una extraña arma con el brazo izquierdo. Uno, otro, otro más, ¿eran todos zurdos? El arma estaba compuesta por un mango de madera -¿o sería de hueso?- repleto de filos y esquirlas de afiladísimo pedernal. Los observadores ojos del templario yelmalita también repararon en el modo de agarrar el arma. «¿Cogen el arma del revés?», pensó, y desde luego eso parecía. Pero al observarlos más detenidamente se percató que era el dedo pulgar lo que tenían al revés. Tenían el pulgar en la parte exterior de la mano y no en el interior. Colocaban

sus dedos a la inversa de los humanos. Del meñique al pulgar y no del pulgar al meñique.

Rodeados de gran número de temibles criaturas dragontinas, los viajeros repararon en otras criaturas que en menor número habían pasado inadvertidas. Encontraron varios pequeños dragonuts tan altos como niños humanos. Estos fueron reconocidos por el ducho Man-Yurý como otro estadio inferior en su escala evolutiva, un paso anterior a la transformación en agresivos guerreros. Estos pequeños estaban «recién salidos del huevo». De escamas suaves con un leve color oliva, lisas y sin protuberancias, sus colas no llegaban a posarse en el suelo. Tampoco

transmitían la sensación de fiereza de sus «hermanos mayores», realmente parecían inofensivos al lado de los de mayor tamaño. Una delgada cresta rosada, semejante a la de las gallinas, coronaba sus cabezas; sin duda, su función no era el blindaje como cada uno de los callos que endurecían la piel de los fieros dragonuts de mayor tamaño. Tampoco sus bocas eran el escaparate de los colmillos e incisivos necesarios para desgarrar, despedazar y cortar carne.

Ni los blindados y temibles dragonuts envueltos en la coraza armada de su piel, ni sus hermanos de menor tamaño, los cuales coronaban sus cabezas con decorativas crestas rosadas, mostraron

el mínimo atisbo de reacción mientras eran observados por los curiosos intrusos. Sin embargo, algo latente flotaba invisible en el ambiente, algo estaba vivo pero nadie podía asegurar el qué. Ni un solo músculo se movía en las criaturas, ni la más ligera muestra de responder ante lo externo o de percibir cuanto les rodeaba, imbuidos en sí mismos, ausentes. No reaccionaron ante ningún estímulo: ni una palabra, ni un pellizco, ni una palmada, nada. Impasibles, imperturbables... ausentes de cuerpo presente.

—¡Vámonos! —propuso Jan Paolo—. No se mueven. No hay nada que hacer. Cráteros, es absurdo esperar aquí.

Man-Yurý pensó que el cónsul en realidad, después de todo el interés mostrado por el cónsul el día anterior, estaba asustado por la presencia de tantos dragonuts.

—Bajemos por este costado —ordenó el Mariscal—, y sigamos esa vereda hacia aquellas lomas. Parece que allí hay más monolitos. Quizá encontremos algo.

—Nadie puede ver su reflejo en el agua que corre —susurró Man-Yurý al oído de Jan Paolo—. Sólo podemos ver nuestro reflejo en el agua cuando está quieta.

Reemprendieron la marcha sin más dilación. Bajaron por el tortuoso sendero que discurría entre colinas,

bordeado de altos matorrales y cruzado por algún que otro riachuelito de aguas frías y transparentes que acabaría su vida en el Arroyo.

Pasaron las horas. Cuando Yelm estaba alto en el cielo y el olor de la lavanda había dejado sitio a grandes aglomeraciones de pegajosa jara, algo los cogió de improviso. La monotonía del paisaje y el cadencioso paso que arrastraban desde que habían abandonado el menhir de los dragonuts, los había hecho descuidarse y bajar la guardia. Así, desde detrás de un alto matorral apareció una figura que no resultaba de raza desconocida.

Destacaba alrededor de su cuello una

brillante argolla dorada que lo aprisionaba. Relucía tanto como la cadena de eslabones dorados que seguía y desaparecía por detrás de los setos. Los ojos saltones, la gran boca ancha, la piel verdosa y húmeda, en definitiva, los rasgos anfibios de un tritónido. ¿Qué haría tan lejos de sus húmedas charcas? ¿Por qué era preso de una cadena confeccionada con eslabones de oro? Al hastiado Jan Paolo no le hizo gracia volver a encontrarse con tan molestos e ínfimos seres, pero intrigado por el origen de la reluciente cadena fue el primero en intervenir:

—Preséntate ante mí, soy el Liberador Humano —anunció tratando de evitar que se notara su verdadero interés por la

reluciente cadeneta dorada—. ¿Y tú de qué tribu eres?

—Tengo el honor de pertenecer a mi distinguido amo Maese Piel Inquebrantable —contestó orgulloso—. Me debo a mi señor dragonut. Mi tarea como esclavo es preguntar si son ustedes los heraldos que están esperando con susurros de oriente.

—Sí —se adelantó Cráteros seguro de la respuesta—, somos nosotros.

—Entonces sean bienvenidos —dijo el anfibio haciendo una genuflexión y dando unos pasitos hacia atrás.

¿Habían llegado al encuentro? De entre los arbustos aparecieron varios de los enormes y terroríficos dragonuts

acorazados. Se inclinaron hacia delante en una ceremoniosa reverencia, bajando la cabeza y juntando los puños. El tritónido volvió a hablar:

—El señor Filo Cortante desea oler los susurros del Dragón Oriental —pidió con cortesía.

—¿Qué susurros? —preguntó Cráteros desubicado por el requerimiento.

—¿Cómo se puede oler un susurro? —se extrañó Shen con candidez.

Fue un momento relampagueante, algo visto y no visto. Los dragonuts empuñaron sus armas de hueso blanco y piedra negra y las dirigieron fulgurantes contra las testas de los sorprendidos, quienes fueron incapaces de reaccionar

ante la veloz acometida. Las armas se detuvieron un instante después, a escasos milímetros de golpear. Los viajeros pudieron notar el movimiento del aire junto a sus caras. Los dragonuts desprendían un aroma fuerte y muy recargado. El pequeño esclavo tritónido volvió a realizar idéntica intimación:

—El Señor Filo Cortante exige La Voz del Nacimiento —musitó—, o de lo contrario, y si no son los portadores de los susurros del Dragón Señor de Oriente, mis señores dragonuts empezarán el almuerzo del que tendréis el honor de ser plato principal.

Y desde luego que los dragonuts eran capaces de hacerlo. Ninguno de los

viajeros conocía las inclinaciones culinarias de tan herméticas criaturas pero no tenían la más mínima duda, a la vista de las enormes y afiladas dentaduras aserradas que mostraban, preparadas para despedazar carne.

—Los susurros de oriente están caligrafiados en este pergamino firmado por Su Divina Majestad Imperial — aseguró Man-Yurý mostrando la epístola del Emperador Dragón.

Sólo un ojo realmente audaz hubiera sido capaz de percibir la ligerísima variación de tonalidad en la pigmentación de la piel de los dragontinos, se habían aclarado suavemente, algo similar a lo que

ocurría con sus parientes los camaleones-dragón. Más perceptible fue, para las pituitarias humanas, el notable cambio aromático; un aroma más fresco, menos denso y recargado. El interlocutor tritónido volvió a hablar:

—Bienvenidos. Ahora pueden seguir a mis señores. El concilio se reunirá en El Ojo del Dragón.

Con la cabeza gacha, el esclavo tritónido se situó a la cola de sus amos. Estos guardaron sus armas y tras otra reverencia marcial milimetrada giraron sobre sus talones al unísono. Como si se tratara de un desfile militar, empezaron a marchar a la par, cual engranaje de una precisa maquinaria, como si fuesen los

pilares de una estructura que sabían se sostenía sobre sus hombros con movimientos que parecían coreografiados.

Asegurarían ambos orientales que Kralorela, protegida por el Ejército de los Cinco Dragones, era la plaza más inexpugnable de todo el mundo para el invasor. Jan Paolo podría discrepar argumentando que no existía lugar más seguro que el corazón del Imperio donde el Emperador Rojo impartía justicia y regía el devenir de sus ciudadanos sobre el Murciélagos Carmesí. Cada cual podría hacer sus conjeturas sobre los enclaves más fortificados de Glorantha pero todas las razas coincidían, a lo largo y ancho de ese mundo, en que El

Ojo del Dragón, la gran ciudad de los dragonuts, era un territorio al que no convenía importunar. Era el bastión dragonut, mitad construido sobre el cielo, mitad excavado en las profundidades de la roca, un territorio inexpugnable e ignoto que inspiraba un pánico atroz no exento de grandes dosis de mitología. Un lugar regido por el caprichoso Lengua Sibilante de Ouroboros, conocido por los extranjeros como el Rey Inhumano, del cual se aseguraba que siendo un dragonut de la más elevada estirpe, preparado ya para dar el paso definitivo y trascender en cuerpo y alma a dragón, prefirió guardar su forma de dragonut primigenio y no dar el paso definitivo para permanecer

entre los suyos y dirigirlos por toda la eternidad. Dispuesto al trato con todas las razas, era conocido gracias a las historias de los mercaderes que habían visitado El Ojo del Dragón. Contaban que dentro de sus dominios, el poder del Rey Inhumano era absoluto.

Continuaron marchando junto a la compañía de los imponentes seres dragontinos. Se podía percibir en la comitiva de viajeros cierto respeto. Ninguno sabía qué les esperaba en la fabulosa ciudad de los dragones. Se dirigían a la mayor concentración de dragonuts de toda Glorantha, nombre que muchos de los habitantes de Sartar daban al mundo entero. Cráteros calculaba que desde aquellas colinas

aún necesitarían otras tres noches más para llegar hasta el maravilloso fortín dragontino.

No llevaban cinco minutos andados cuando ante ellos se abrió un camino entre dos colinas coronadas por grandes menhires levantados por la sin igual raza. Dos pequeños mojones esculpidos con forma de dragón señalaban la vía. Man-Yurý los identificó como «*ken majee*» o «lanzadores», como sonaría dicha expresión traducida al idioma comercial. Siguieron tras los dragonuts y al llegar a estos «lanzadores» notaron un leve zumbido. Shen fue la única en percibir que, por un breve momento, ambas tallas se iluminaban casi imperceptiblemente.

Subieron y bajaron colinas, atravesaron dehesas y senderos caminando hacia tierras septentrionales. Se dirigían a El Ojo del Dragón... Y eso no resultaba nada tranquilizador. Pocos minutos después los guías dragonuts pararon de golpe, al unísono, como si un silbido invisible los hubiese hecho congelarse y formar como auténticas columnas. El zumbido que acompañaba a la caminata desde hacía rato, cesó por completo. El siervo tritónido al que habían perdido de vista se plantó frente al grupo, se agachó con otra reverencia y se dirigió sibilante:

—Ya hemos llegado. Ante vuestras mercedes, El Ojo del Dragón.

¡Era imposible! ¡Si apenas habían comenzado la marcha! Tardarían al menos tres días enteros en llegar a la ciudad de los dragones. Yelm apenas se había desplazado por un cielo tan despejado de nubes como el de aquella mañana.

Ante la cara de sorpresa del atónito grupo de humanos, los cuales miraban incrédulos tan peculiar paisaje, el locuaz sirviente tritónido quiso explicar a los forasteros que, siguiendo las rutas construidas por sus señores, los conceptos de espacio y tiempo se dispersaban y se volvían relativos. Un único instante a escala humana era suficiente para completar largas distancias atravesando sendas dragonut.

En una ruta no dragonut habrían necesitado varios días para salvar el mismo recorrido. «El tiempo no transcurre igual para todos los seres, y el espacio depende de la óptica que lo enfoque. El mundo que pisamos está construido por la mente de mis amos. Para un dragón, ninguna distancia es demasiado larga ni ningún periodo de tiempo demasiado extenso; conceptos mortales que pueden ser masticados con facilidad por las fauces de un dragón, como comerse una manzana», explicaba el anfibio. «Los mortales sólo ven la piel de la manzana, el espacio y el tiempo. Los mortales tienen que rodear la piel para ir de un extremo al otro de la fruta, mientras que los dragonuts

pueden hacer un agujero en la carne de la manzana para atravesarla. El Sueño de los dragones es más complejo. Las realidades que forman el mundo son construidas en sus sueños. Ellos imaginan lo que nosotros vivimos, sus sueños construyen un cosmos que pueden alterar a su antojo. Atravesar la manzana es una nimiedad para un dragón. Mis señores no viven condicionados a las ilusiones banales que sellan la vida de los mortales».

Tan erudita explicación fue seguida con interés por un impresionado Jan Paolo quien, siendo devoto lector de los sabios y filósofos de las bibliotecas lunares, jamás había escuchado semejante galimatías; de hecho, siempre

había dudado que seres como los tritónidos superasen en inteligencia a una vaca, una oca o un broo. Man-Yurý, conocedor de los secretos dragontinos, siguió atento la explicación. «Sólo el sabio sabe que ignora» —reflexionó, no exento de cierto orgullo. Cráteros no terminó de entender las palabras del anfibio, de hecho no le importaban: él era un soldado y no un filósofo, sólo quería saber por qué estaban convocados allí. ¿Qué tenía que ver todo aquello con Los Tres Soles, las antiquísimas reliquias de Yelmalio? Li-Wan, ajena a todo cuanto se hablaba en aquel idioma ininteligible, sólo pudo interpretar lo que ocurría mediante los gestos y las expresiones de los otros.

Shen no hizo el más mínimo caso al anfibio. Toda su atención había sido captada por la ciudad que se extendía frente a sus ojos. Efectivamente, habían llegado, y mucho antes de lo previsto, a El Ojo del Dragón.

En medio de la llanura se alzaban las torres redondeadas que delimitaban los márgenes de la singular urbe dragontina. La comitiva se puso de nuevo en marcha adentrándose bajo un monumental pórtico coronado por la testa esculpida en piedra de un fiero dragón. Había algo vivo en las construcciones, calles que se alzaban sobre delgadísimas columnas salomónicas que elevaban el tráfico varios pies por encima de la cabeza de los impresionados transeúntes

extranjeros, altísimas torres retorcidas en cuyas cúpulas bulbosas y almenas dentadas parecían distinguirse gárgolas dragontinas o incluso algún dragón perezoso que reposaba su pesado cuerpo sobre las techumbres. Dragonuts que desfilaban en formación por las calles, en compañía de wyrms (sierpes aladas emparentadas con dragones, carentes de extremidades y grandes conocedoras de los secretos de la Runa del Fuego) que cruzaban culebreando las anchas avenidas sin reparar en el grupo de extraños. El ambiente era muy húmedo, vaporoso, como si un microclima gobernase la urbe. Todo parecía vivo, los edificios respiraban, las calles eran orgánicas. Formaban parte de un todo,

de una única conciencia similar a la de un gran hormiguero.

Incluso allí, en medio del «mágico» reino de Sartar, el mayor enclave dragonut conocido parecía estar fuera de sitio y pertenecer a otro plano de existencia, como si un trozo del mayor delirio imaginativo que un dragón auténtico hubiese soñado jamás creciese como un hongo onírico superpuesto en medio de la nada, perteneciente a otro lugar, a otro mundo. Para los viajeros era la primera vez que veían algo semejante, la primera vez que veían un dragón en vuelo.

Dana reposó sobre el brazo de su amo que, preparado con su guante de cetrero,

esperaba el descanso de la rapaz. No quería disturbar en vuelo a ningún dragón que sobrevolando la ciudad pudiese encapricharse con un bocado de tan magnífica ave. Sería mejor permanecer junto a su preceptor.

Embelesados ante tamaña visión los invitados fueron conducidos a la parte soterrada de la ciudad. Si pensaban que después de lo visto en el exterior nada podría superar aquello que sus incrédulos ojos se resistían todavía a asimilar, las galerías y cámaras, pasadizos y salas subterráneas que desbordaban en fantasía a las maravillas de la superficie. Atónita expresión, cara pasmada y mirada bobalicona mostraban los viajeros frente a los subterráneos

que dibujaban una ciudad soterrada muchísimo más grande e impresionante que la tendida sobre la tierra. Aquí todo parecía estar más explícitamente vivo, había algo latente flotando, algo húmedo, nebuloso, extraordinario, como si la misma tierra respirase por aquellos poros.

Los extranjeros recorrieron varios pasillos y corredores recubiertos de escamas, pinchos y volutas, como si paseasen por el interior de la piel de un auténtico dragón. El servil esclavo tritónido se adelantó una vez más al grupo y explicó que se disponían a entrar en La Cámara de Cuerno Amarillo, donde los extraños eran recibidos por sus señorías dragontinas,

a quienes debían entregar el mensaje del Dragón Emperador de Kralorela.

La Cámara de Cuerno Amarillo era descomunal. Quedaba patente que su cometido era impresionar a los visitantes. Iluminada por centenares de teas, que se extendían por decenas de metros, sus límites se perdían en la oscuridad. Cruzáronse al entrar con un pequeño destacamento enano que, escoltado por un gran número de dragonuts, abandonaba la estancia. Por los abalorios y la mercancía que acarreaban, los mostali debían proceder de La Mina del Enano, el único enclave aperturista conocido en la región. Por lo visto, los gruñones mostali también hacían negocio fuera de sus territorios.

Algo interesante debía ofrecer el comercio dragonut para que los enanos se desplazasen tan lejos de sus grutas. Ni que decir tiene que la masiva presencia de dragonuts fue suficiente para disuadir cualquier conato de enfrentamiento o tirantez entre ambos bandos, incluso cuando los robustos mostachudos descubrieron la presencia de Shen. Lo único que cruzaron fue una mirada perdonavidas llena de odio.

Colores térreos, cobrizos y magenta, se reflejaban en suelo y techo de la caverna. Los extranjeros no conseguían ver los límites donde la estancia terminaba. Los dragonuts detuvieron al grupo. Ante ellos había apostillado otro pelotón completamente quieto, inmóvil.

Entre los cuerpos estáticos, una enorme sierpe alada, un wyrm, se deslizó serpenteando. Batió sus dos enormes extremidades voladoras para elevar su parte delantera hasta la altura de los extranjeros, dejando apoyada sólo su cola. La dragontina forma de su cráneo la emparentaba muy de cerca con sus ancestros dracónicos. Fue el ofidio quien se dirigió al grupo con un sibilante acento:

—*Sssaludoss, mi nombre esss Llama Flameante* —dijo en un perfecto dialecto lunar conocido por Jan Paolo —. *El porte de tan venerable epísssstola essscrita por el Dragón Emperador de Kralorela osss ha traído hasta El Ojo del Dragón donde sssu honorable*

*majessstad, Lengua Sibilante de
Ouroboross imparte su jussticia
infinita y sssabiduría ilimitada.*

Varios fueron los dragonuts que junto al wyrm observaron la misiva ofrecida de manos del sumiso siervo tritónido.

Expectantes, tanto los humanos como la elfa aguardaban atónitos, en silencio, sin hablar.

Ningún humano sería capaz de entender cuanto las dragontinas criaturas debatían... ni siquiera en base a sus gestos. La intuición no funcionaba con los dragones. Poseían códigos completamente diferentes del todo a cualquier otra raza de Glorantha. Sonidos chirriantes y gorgojos guturales

manaban de sus gargantas equipadas con órganos fonadores completamente diferentes a los humanos. La lengua no era el único órgano que utilizaban.

Variaban las tonalidades de su piel así como los efluvios que manaban de sus glándulas. Los olfatos humanos sólo serían capaces de distinguir si los olores se intensificaban o evaporaban.

Llama Flameante, el wyrm, sí era capaz de comunicarse en un idioma humano.

La serpiente alada había pasado un largo periodo al servicio del Dragón Solar en el territorio ocupado por el Imperio de la Luna Roja conocido como Dara Happa. Allí aprendió el dialecto usado por misioneros proselitistas, como antaño había sido Jan Paolo.

Inquisitivamente el wyrm instó al diplomático lunar a relatar todo lo relacionado con su presencia en El Ojo del Dragón.

Otro dragonut de los que parecían guerreros (grandes, fuertes y con la piel acorazada por multitud de espinas y recias escamas) desapareció por el fondo de la sala llevándose el mensaje imperial.

El wyrm comunicó al grupo, por medio de Jan Paolo, que tendrían que esperar allí, en la Cámara de Cuerno Amarillo, pues dragonuts de mayor estirpe tendrían que dilucidar el embrollo del mensaje. El curioso cónsul lunar hizo a su vez algunas averiguaciones dialogando con

el wyrm parlanchín; la sierpe estaba ávida por comunicarse en otros idiomas diferentes al suyo propio. Jan Paolo fue indagando discretamente mientras esperaba. Los enormes dragonuts de piel blindada y hocico puntiagudo eran los guerreros del «*nido*», término con el que el wyrm se refirió a la ciudad. Quien se había marchado con el mensaje de Godunya era la vigésimo séptima reencarnación de Cuernodiamante, un auténtico veterano de las Guerras Matadragones (sobra decir que luchó en el bando dragontino). Se había marchado en busca de dragonuts de más noble estadio, quienes pudiesen discernir sobre los acertijos y trabalenguas que contenía la misiva del

Emperador Dragón del Oriente. Allí se quedaron tres guerreros picudos cuyos nombres traducidos a idioma comercial serían: Guardián del Respeto, Cuarto Heredero Flamígero y Filo Cortante.

Man–Yurý había señalado que, junto al sello Imperial de Kralorela, una fecha de entrega grabada en la carta la databa en ciento ochenta años de antigüedad. El cónsul lunar expuso la incógnita a la serpiente y ésta le explicó que para los dragones el tiempo carecía de importancia pues la mortalidad no existía. Los dragones simplemente estaban allí sin atender al paso de los años, ni de los siglos.

Ninguno de los pequeños dragonuts, a

los que el wyrm se refirió como «exploradores» y que adornaban su cabeza con una rosada cresta, osó acercarse en ningún momento; tampoco lo hicieron los numerosos esclavos tritónidos que deambulaban por la cámara acarreando diferentes pertrechos bajo el requerimiento de sus amos. Se limitaban a trasladar las mercancías por el subterráneo enclave comercial.

Varios guardianes dragonuts empezaron a desalojar totalmente la estancia, ya habría tiempo para el comercio en otro momento. Desde el fondo sacaron un carromato tirado por una especie de escarabajo gigante. Sin la presencia de los fuertes dragonuts, aquello hubiese terminado en pelea pues dos grandes

trolls montaban el carro y eran seguidos por una decena de pequeños trollkins. Sobre él transportaban montones de setas y hongos de muchos tamaños y colores. Los extranjeros nunca hubiesen podido imaginar el fructífero comercio de setas y champiñones que había entre trolls y dragonuts. Las miradas de los trolls hacia los recién llegados hubiesen bastado para amedrentar a batallones enteros de mercenarios. Shen, valiente, no apartó la mirada. Cráteros, al lado de la pequeña elfa, no pestañeó ni un solo instante hasta que los trolls abandonaron la estancia.

No tardaron en volver varios guerreros dragontinos. Tras ellos apareció una nueva figura. Del tamaño de un humano

medio, este dragonut engalanaba sus rosadas y purpúreas escamas con ropas de seda y otras volátiles fibras naturales. Sobre su colorida piel, la rugosidad y aspereza de los callos y pinchos que blindaban los lomos de sus congéneres guerreros era sustituida por pomposas glándulas más estéticas y decorativas. Lo excesivo de sus efluvios saturó el sentido del olfato de los allí presentes. Caminaba con ritmo lento y sobrio, como si fuese ralentizado a propósito. Cada paso era seguido por el resto de dragonuts con una votiva reverencia. El extraño dragonut, rodeado por esta aura de solemnidad y trascendencia, no caminaba solo.

Un segundo dragonut, el cual tampoco

destacaría por su altura entre humanos, caminaba envuelto en un completo revestimiento óseo que no permitía contemplar ni una sola escama de su piel. Una armadura blanca lo cubría. Ningún otro dragonut se parecía a estos dos. Cráteros se quedó impactado, podía asegurar que la blanca armadura estaba elaborada con huesos; Man-Yurý aseguraría que con huesos de dragón.

El resto de dragonuts picudos, los guerreros de mayor tamaño, se inclinaron al paso de ambos. Con las manos entrelazadas, el dragonut envuelto en sedas se detuvo frente a los perplejos extranjeros que, llevados por la situación, no dudaron en inclinarse y ofrecer una tímida genuflexión. El

dragonut revestido de hueso blanco se quedó un paso por detrás, con las manos escondidas en la espalda. Man–Yurý hincó sus rodillas en el suelo. Dragonuts de menor tamaño y esclavos tritónidos habían abandonado la estancia casi por completo.

Del primero de los dragonuts surgieron unos leves sonidos apenas audibles tras una leve inclinación de cabeza.

Susurraba con largas pausas que separaban las ininteligibles locuciones y vocablos articulados por tan extravagante ser. La intensidad de los susurros fue *in crescendo* a medida que variaban también las tonalidades de sus escamas: púrpura, ocre, naranja...

Con un fuerte empujón, uno de los guerreros picudos empujó al esclavo tritónido que había hecho las veces de traductor. El anfibio cayó de rodillas entre los humanos y los dos extraños dragonuts recién llegados. Tras aclararse la voz, y una vez que el dragonut de colores cambiantes terminó su discurso, el sumiso esclavo se dispuso a traducir:

—Sus magnánimas excelencias, los sacerdotes de cola Señor Luz Cegadora y Señor Piel Inquebrantable, les dan la bienvenida a nuestro nido de El ojo del Dragón, donde esperan que su visita sea fructífera. La misiva llegada de levante es de suma importancia y está siendo estudiada por... —y aquí tembló la voz

del anfibio— el sapientísimo Sacerdote Supremo Lord Príncipe de las Siete Joyas, quien se dispone a compartir sus secretos con vuestras mercedes en estos precisos momentos.

La mirada del anfibio se colmó de pánico. Su rostro se tornó desencajado. Había algo en sus propias palabras que lo aterrorizaba.

Toda la estancia se quedó muda, en silencio. Todos los pequeños dragonuts exploradores de cresta rosada habían desaparecido. Sus hermanos guerreros de mayor tamaño se arrodillaron e inclinaron sus cuerpos en señal de profuso respeto. Los dos nobles dragonuts a los que el traductor se había

referido como «sacerdotes de cola» inclinaron la cabeza y extendiendo los brazos.

A los ojos de los extranjeros el Lord Príncipe de las Siete Joyas era un auténtico dragón. Quedaron embobados al contemplar tan mágico ser y su halo de misticismo. Ciertamente es que poseía la forma física de un dragón, con una cabeza grande en cuya frente reposaban siete gemas resplandecientes: un ópalo, un rubí, un zafiro, una esmeralda, una amatista, una turquesa y un gran diamante en el centro, pero aún distaba mucho de la Iluminación necesaria para ser un dragón. Recubría su cuerpo con escamas plateadas. Las enormes fauces rodeadas por largos bigotes brillaban,

sobre un estilizado cuello, tanto como las piedras preciosas de la frente. Coronaba su lomo una picuda y escamosa cresta que lo recorría terminando en la punta de su elongadísima cola. El príncipe dragonut se detuvo alzándose sobre sus dos patas traseras. Desplegó lentamente dos alas de descomunal envergadura. Los boquiabiertos humanos se sobresaltaron. Realmente impresionaba estar cerca de tan magnánima presencia.

Pero aún no era un dragón auténtico, ni siquiera era un dragón.

Los dragonuts que llegaban a semejante estadio de conocimientos estaban a un solo paso de

transformarse definitivamente en dragones. Eran gobernadores en los diferentes nidos a lo largo y ancho de Glorantha. El tamaño de El Ojo del Dragón era de tal magnitud que coexistían varios príncipes dragonuts supeditados a un único rey, el conocido como «Rey Inhumano» por los forasteros. Los príncipes dragonuts se dedicaban a la meditación y al estudio de los secretos dragontinos. Esperaban el día en el que al despertar lo hicieran como auténticos dragones y tuvieran que dejar su forma física en el nido, definitivamente, tras haber vivido allí durante numerosísimas reencarnaciones. Pocos a lo largo de la historia, como el Rey Inhumano del

Ojo del Dragón, prefirieron no dar el paso definitivo en su existencia y permanecer como dragonut en el nido y no como dragón en el universo. En el momento definitivo, el Rey Inhumano eligió no despertar como dragón. Existían escasos nidos con casos similares pues lo normal era que los nidos fuesen dirigidos por gobernadores como Lord Príncipe de las Siete Joyas, a un paso de la Iluminación. Incluso existían primitivos nidos donde ni siquiera gobernaba un príncipe dragonut con un nivel evolutivo tan avanzado y eran «sacerdotes de cola» los que dirigían dichas comunidades.

Más allá de los dragonuts, en

Glórantha había dos clases de dragones: los auténticos, de los que actualmente sólo se tenía noticia de siete incluyendo al Emperador Godunya; y los dragones de los sueños, los típicos cantados por bardos y descritos en cuentos, que no eran más que las oníricas fantasías de los primeros, eran parte de un sueño que podía durar varios siglos.

Ser un dragón trascendía de la forma física. No importaba el aspecto. Sólo la meditación, la reflexión y el autoconocimiento llevaban al progreso en la Iluminación Dragontina. La apariencia podía engañar hasta a los ojos más agudos. Los dragonuts lo sabían. Man-Yurý lo sabía.

Definitivamente no, el príncipe aún no era un dragón. Todavía le quedaba mucho por aprender, por sentir, ver, oír, meditar, soñar... a pesar de lo que su aspecto reflejaba. Aunque para los crédulos y ciegos forasteros su aspecto lo acreditase como dragón, aquel dragonut todavía no había completado su ciclo de gestación. No pertenecía a ninguna de las dos clases reconocidas, dragones auténticos o sueños de estos. Aún era un nonato, un dragonut, el renacuajo que algún día sería dragón.

Su voz era penetrante, grave, gutural, y expulsaba mucho aire al hablar. El esclavo tritónido se dispuso a traducir los susurros de su honorable amo:

—El Señor Lord Príncipe de las Siete Joyas, como emisario de Su Majestad Lengua Sibilante de Ouroboros —los humanos entendieron que se refería al Rey Inhumano, Rey de los Dragonuts de El Ojo del Dragón— os da la bienvenida. La Alianza vuelve en busca de Los Tres Soles que un día, el Dragón Solar concedió al hijo del Sol.

El Lord Príncipe relató que en una de las grandes batallas contra el Caos Primordial, dragonuts, elfos y humanos se unieron dirigidos por el Dragón Solar al amparo de los Tres Soles. Los Tres Soles eran un legado compartido, no pertenecían a ninguna raza por separado. El Lord aseguró que una falsa creencia se había extendido entre los mortales al

entender erróneamente que la triple alianza se sustentaba en tres piernas independientes y no en la unidad de las tres: yelmalitas (fuesen humanos o elfos), dragones en su primigenia forma de dragonut y quienes pretendían serlo (los kralorís que aspiran a la Iluminación y se consideran en el camino de la Senda Dragontina). Incluso había quien agrupaba a estos dos últimos como un único *Sol Dragón*, asegurando que el tercer Sol era un *Sol Negro*, legado por el Dragón Nocturno a la Dama de la Oscuridad, señora de los trolls. En aquella edad mítica los Tres Soles fueron unos de los elementos con los que la diosa Arachne Solara tejió el Pacto de los Dioses que acabó con el

Caos en las Guerras Ancestrales.

Pero los Tres Soles no pertenecían a nadie, ninguna raza podía apropiarse.

Los viajeros estaban abrumados ante aquella presencia divina y si las palabras del Lord dragonut contravenían sus propias creencias sobre la naturaleza de los Tres Soles, ninguno se atrevió a rebatirlas. En aquel momento todo lo que escuchaban les parecía la verdad más universal. Llegó el turno para que los extranjeros hablaran.

Cráteros expuso con preocupación cómo alguien había intentado dar caza a los emisarios de Godunya desde que pusieron un pie en Sartar. Una fuerza oculta intentó frustrar el encuentro.

Man-Yurý explicó la emboscada, el asalto al templo, y añadió que muchos de sus compañeros mensajeros habían muerto llevando convocatorias similares. Si los otros correos no habían dado señales de vida, seguramente ya estarían muertos. Los extranjeros notaron que el esclavo tritónido traducía cada vez con más dificultad, como atenazado por... ¿miedo?

Tanto pesimismo no agradaba al Lord Príncipe. Pensó meditabundo, musitó, resopló... y agarrando al aterrorizado traductor anfibio entre sus enormes zarpas lo elevó por los aires y con un tremendo bocado, de una sola dentellada, se comió cabeza y tronco del desgraciado sirviente.

Shen no pudo evitar que, en su vegetariano estómago, se produjese una arcada de repulsión; tuvo que apartar la mirada. Tampoco fue plato de buen gusto para Man-Yurý, quien contuvo la respiración a causa del asco producido por aquella visión. Solamente una figura entre las sombras, que había pasado inadvertida hasta ese momento, llegó a sonreír divertido al contemplar tal abominación.

El parlanchín wyrm se dirigió al sonriente cónsul lunar, motivado por la plática en aquel idioma extranjero que lo divertía:

—*Lo hace a menudo* —dijo la sierpe alada—, *si no le gussstan las nuevasss,*

se come al interlocutor. He de decir que no tiene mal gusto; sabrosasss son las ancasss de tritónido.

No se movió ni un alma a excepción de las mandíbulas del imprevisible Lord Príncipe que de una segunda dentellada acabó por completo con el cuerpo del malogrado tritónido. Degustó en silencio tan sabroso bocado, deglutió después. Se podía percibir como el anfibio bajaba a través del largo y delgado cuello. Los extranjeros aguardaban en silencio. El Lord entregó la cadena de oro que otorgaba la condición de esclavo a uno de los dragonuts guerreros. Éste desapareció de la estancia presuroso, seguramente en busca de algún otro anfibio al que

«premiar» con su nueva condición de esclavo.

El Lord Príncipe volvió a hablar. Del grupo de dragonuts que lo había escoltado se adelantó uno de los guerreros, uno de los más grandes. Sin duda sobrepasaba los dos metros y medio de altura y con una voz metálica cargada de sonoridad, como si ella misma provocase más reverberación que la nave central de una basílica de piedra, comenzó a traducir con algo de dificultad las palabras del gobernante dragonut. Parecía llevar mucho tiempo sin hacerlo y se atrancaba al pronunciar determinados fonemas como los correspondientes a los sonidos de eses y erres.

Los allí presentes, que oían por primera vez la rocosa voz de un dragonut hablando idioma comercial, pensaron que el interior de la boca estaría formado por metal, quizá su lengua, su paladar, o quizá ambos. No habían escuchado jamás semejante sonoridad. A pesar de las dificultades fonéticas y del extraño acento, el dragonut se expresaba sin errores gramaticales. En el cuello asomaban varias cicatrices y desiguales cortes que no parecían casuales.

El Lord Príncipe de las Siete Joyas explicó, por medio de su nuevo traductor, la importancia de los Soles en la lucha contra el Caos y su papel como sello para mantener el Pacto Divino.

Desde que se usaron por primera vez en batalla y hasta hoy, habían estado perdidos, escondidos de manos interesadas; por eso la ubicación que el Emperador del Oriente daba por primera vez en muchos siglos era una pista que no podía caer en manos equivocadas. Como en el principio de los tiempos, fue un dragón, entonces otro antiguo emperador de Kralorela, quien había sido el primero en mostrar a sus aliados de occidente dónde encontrar los Tres Soles.

Cráteros quiso recordar que la leyenda los describía como tres orbes dorados, foco de un enorme poder mágico, magia en estado puro.

—El Caos no debe apoderarse de los Soles —tradujo el guerrero dragonut las palabras de su señor con grave preocupación. Si habían intentado sabotear el concilio de los Tres Soles quería decir que el enemigo ya se había puesto silenciosamente en marcha. No había tiempo que perder. Quienes allí estaban saldrían en búsqueda del paradero de las antiguas reliquias sin más dilación, ¡debían partir inmediatamente!

El Lord Príncipeaseguró que mandaría emisarios dragonuts hacia el Condado de la Cúpula Solar y al Consejo del Bosque de Arstola, originario de Shen, para informar sobre la empresa que se disponían a afrontar. No esperarían

refuerzos de sus tierras; esperar era demasiado peligroso si el enemigo había comenzado ya a rastrear la pista de los Soles. Ordenó que partieran de inmediato. Marcharían como en la antigüedad: humanos y elfos junto a dragonuts, los dragones nonatos.

Nadie quiso interrumpir la elocución del excelentísimo Lord. Cuando ésta concluyó, coordinados y perfectamente alineados, los dragonuts condujeron a los invitados a un rincón de la cámara donde fueron sentados alrededor de una amplia mesa de hueso. Tanto ésta como los asientos estaban tallados adoptando complicadas formas dragontinas, colmadas de pinchos y espinas, revestidas y adornadas con escamas; sin

embargo, resultaban cómodas para sentarse, aunque duras para sus blandos traseros.

—Su Grandeza, Lord Príncipe de las Siete Joyas, quiere obsequiar a sus invitados con este banquete compuesto por deliciosas ancas de tritónido salteadas con crema de hongos voralanos. Los escribas traerán de vuelta el mensaje de Su Majestad Imperial del Oriente con la ubicación exacta de los Soles. Hay una carta de navegación cifrada que se debe reconstruir.

Shen miraba con asco la comida. Estaba hambrienta pero jamás hincaría el diente en un anca de tritónido. Tampoco se

atrevía con los hongos. Había oído que eran voralanos pero, ¿y si habían pasado por manos trolls? ¡Qué repugnante! Cráteros no probó tampoco ningún hongo pero engulló toda la carne. Estaba convencido que, al contrario que los hongos voralanos, los dragonuts no la habrían obtenido del comercio con trolls. Man-Yurý se hizo el remolón obviando la comida, no podía quitar ojo de su misteriosa y bella compatriota. Jugeteaba haciendo gala de una entrenadísima destreza con los dos palillos tallados que usaba para comer. Notaba que su obsesión por la joven había crecido conforme pasaban los días. Ella no daba ninguna muestra de afecto, ni respondía ante las galanterías

del joven oriental. Mientras comía por debajo de la negra máscara, usando las manos como una vulgar campesina sin modales, él intentaba ver su cara asomando bajo el antifaz. Cuando dio por inútil sus intentos de volver a ver el rostro de la enmascarada, se limitó a catar con desgana algunos bocados. Jan Paolo, que apenas unos días atrás juraba proteger y salvaguardar a una tribu de tritónidos, ahora devoraba con gula las ancas del exquisito bocado e imaginaba los beneficios de un comercio a gran escala con semejante delicia gastronómica. Si conseguía que se pusieran de moda en los centros culinarios del Imperio por los cocineros más vanguardistas, sería un gran

negocio. Sin embargo, a medida que engullía la carne de anfibio casi sin masticar, las heridas de las manos le recordaban el juramento que había realizado y que no había respetado. Estaban más abiertas que nunca, le dolían, supuraban líquido verdoso e incluso, alrededor de la herida, la piel había empezado a formar una pequeña película de escamas. Pensó asustado en una horrenda maldición, ¡y si él terminaba convertido definitivamente en una de esas irrelevantes criaturas! Shen no le quitaba la vista de encima. No le gustaba su arrogancia, ni sus modos, ni el hiriente timbre de su voz, además, ¡esas heridas de las manos apestaban a algo corrupto!

Varios esclavos tritónidos retiraron platos y cubiertos, algunos con restos de sus propios congéneres. Apareció un nuevo dragonut guerrero que portaba de vuelta el mensaje al fin traducido en su totalidad. Con una amplia reverencia lo desplegó sobre la mesa.

Los humanos allí presentes no sabían muy bien cómo, pero la sabiduría dragontina había transcrito los textos redactados por los sabios del Emperador Godunya y firmados por él mismo en persona. Excepto el lugar de la reunión, escrito en idioma kralorí para los emisarios, todos los datos importantes de la misiva habían sido redactados en un dialecto casi olvidado del antiguo wýrmico, el idioma de los

dragones. Ahora cubrían el pergamino coordenadas topográficas y datos sobre emplazamientos de remotos lugares formando un mapa más o menos preciso. Acompañado por los textos originales encontrados por Godunya para localizar las reliquias de la antigua alianza, el recién reconstruido mapa señalaba algunos lugares con la inscripción «*AQUÍ*» entre otros textos curiosos. No podían saber cuál de todos los «*aquís*» sería el correcto, ni siquiera si tales «*aquís*» hacían referencia a los Soles, pero ya tenían algo por dónde empezar la búsqueda. Y el mayor de todos ellos señalaba una isla desconocida en un inmenso mar al este de Kralorela, una isla marcada con lugares exóticos y

extraños. La anónima ínsula era un lugar ignoto para todos, pero una pesimista desazón se hizo patente en el rostro de Man-Yurý. Una oleada de temor, afianzado por siglos de leyendas o simplemente por pánico a lo desconocido, se apoderó del ánimo del kralorí al emplazar la isla en el remoto Mar de Kahar... el Mar de la Niebla.

El Mar de Kahar era conocido como Mar de la Niebla por el persistente e impenetrable manto de vapor blanquecino que perpetuamente obstaculizaba la navegación en dicho océano. Los marineros sabían que instrumentos como astrolabios o piedras imantadas enloquecían en sus aguas y orientarse resultaba tarea

imposible. La persistente neblina imposibilitaba guiarse siguiendo el brillo de las estrellas y ni siquiera los rayos del sol eran capaces de atravesar la espesa cortina y dar la mínima pista sobre el rumbo o paradero de las embarcaciones. La leyenda decía además que ese lugar era el hogar de las más terribles criaturas marinas y de los más sanguinarios dioses que un océano hubiese visto nunca. Los marineros de la Tierra del Arroz no se aventuraban jamás en tan temidas aguas y, cuando la necesidad de pesca los obligaba, nunca perdían de vista la costa de su querida tierra; si no, ellos serían quienes se perdiesen para siempre.

Krakens gigantes, hidras colosales, pirañas voladoras -las que provocaban la temida *lluvia carnicera que todo lo asola*- y todo un panteón de las más terribles y oscuras deidades que alguna vez poblaron los mares, pasaron por la mente de Man-Yurý mientras oía discutir sobre la exactitud del paradero de dicha isla, sola, anónima y perdida en tan inmenso océano de locura. Aquel lugar se encontraba en territorios jamás explorados. Ninguno de los presentes había viajado nunca tan al este.

Todas las indicaciones guiaban a los viajeros hacia un destino recóndito. Además de coordenadas marinas y relieves cartográficos, un montón de anotaciones llamaban la atención.

Traducidos estaban los textos con los que los sabios de Godunya habían localizado la ubicación de los ancestrales Tres Soles. Toda la información se basaba en las anotaciones que un cartógrafo había transcrito de una vieja expedición hacia Kahar. El cartógrafo había fechado sus anotaciones dos décadas atrás, por orden del mando de la expedición, una empresa bendecida por el mismo Dragón Solar y que contaba con varios de sus hijos dragonuts como integrantes, junto a humanos y aldryami. Hasta que la expedición llegó a la isla y envió un mapa, ni el mismo Emperador Godunya conocía la ubicación de la isla. Ése era el motivo del retraso de Godunya para

enviar la carta. Una punzada atravesó el pecho de Cráteros cuando reparó en el nombre del principal mando de la misión. Quien la guiaba, y con ella llegó, hasta la isla donde esperaban los Tres Soles era, ni más ni menos, Hiraclís Parthenonas, el padre desaparecido de Cráteros. ¡Su propio padre! Desaparecido en la inmensidad de Kahar tras la pista de los Soles. El fuerte dolor por la pérdida de su progenitor volvió a punzar el corazón del Mariscal, un dolor que creía olvidado.

Siendo adolescente la lanza de un bárbaro orlanthi atravesó su escudo y también perforó el bíceps de su brazo izquierdo. Una enorme cicatriz, que una

runa solar tatuada trataba de disimular, era el único recuerdo que le quedaba de aquel acontecimiento. Si no hubiese sido por su padre, Cráteros no hubiese sobrevivido. Primero lo rescató de la emboscada orlanthi y después le hizo recuperar la sensibilidad de su brazo lastimado antes de que lo perdiera para siempre. Tanto su padre como él poseían esa extraña habilidad de curar con las manos tan valorada entre los hombres de armas. Y esa herencia le había permitido sobrevivir en muchas ocasiones. Aquel hecho hoy se le antojaba muy lejano y la pérdida de su progenitor terriblemente dolorosa. Su padre fue el primero que le enseñó a cazar, a montar en caballo, en halcón

gigante, incluso a disparar flechas desde la montura, como ferviente seguidor que era de Arco Dorado, el hermano arquero de Yelmalio. Vagamente recordaba también cómo, siendo niño, su padre se ocupó de él cuando se fracturó las muñecas al caer de un halcón en una de las primeras ocasiones que montaba. En el interior de sus antebrazos notaba con molestia los callos que la magia deja en los huesos fracturados una vez han sido soldados. Su padre le dio fuerzas y ánimos para sobreponerse a la caída. Con el tiempo, Cráteros desarrolló una empatía natural con las aves y se convirtió en un gran jinete aéreo. Con cada cambio de estación le volvían a doler los huesos de las muñecas y la

cicatriz que le atravesaba el bíceps, pero en ambos casos el dolor era más llevadero que el producido por el recuerdo de la pérdida de su padre. Este último dolor era más agudo que ninguno. A la semana siguiente de la reyerta con los bárbaros orlanthis, mientras aún estaba convaleciente del enorme «pinchazo» en el bíceps, su padre marchó para no volver. Cuando creció, el peso de la sombra de su apellido se alojó para siempre sobre sus hombros. De él, como de su padre, siempre se esperaba lo mejor, y la carga de ese apellido era en ocasiones una pesada losa.

El ahora veterano templario yelmalita había tenido que esperar muchos años

para encontrar una pista sobre el paradero de su padre. Este mensaje le había traído un indicio y un doloroso recuerdo. Ahora él se disponía a realizar la misma búsqueda algunos años después. ¿Encontraría a su padre si encontraba los Tres Soles? Su padre nunca volvió de la búsqueda. ¿Por qué?

Los dragonuts no le dieron mucho más tiempo para rememorar aquella época infantil que ahora parecía tan lejana. En pocas horas, la marcha de los dragonuts estaría en disposición de partir rumbo a oriente, rumbo al terrible Mar de Kahar, el Mar de la Niebla.

Las Guerras de los Héroes supondrán un cataclismo sin precedentes en Glorantha

Incluso los eruditos de otras eras épocas, como los Aprendices de Dios de la segunda edad, se habían hecho eco de estas profecías.

Capítulo VI. «Arena en los ojos»

—Que las semillas de Flamal no tarden en germinar —musitó atónita Shen en su propio idioma, boquiabierta, frente al espectacular saurio que se alzaba ante ella.

—Quien no comprende una mirada tampoco comprende una larga explicación —apostilló Man—Yurý contemplándolo perplejo.

Lo cierto es que jamás habían visto un saurio como aquel. Los extranjeros no eran capaces de identificar al tremendo ser como reptil o descendiente de

dragones. Tenía la cabeza picuda, similar a los dragonuts más nobles. Una enorme aureola ósea la rodeaba y provocaba que visto de frente pareciese aún más titánico. Tres puntiagudos cuernos remataban la fortificada testa. La ausencia de colmillos en la dentadura y unas patas imponentes como troncos de palmera pero que no terminaban en afiladas garras sino en pezuñas, más parecidas a las patas de ciertos herbívoros, hacían suponer que el triceratops no era un depredador carnívoro adiestrado para la guerra. Una veintena de esclavos tritónidos terminaban de cargar al saurio con bultos, paquetes de alimentos y otros enseres desconocidos. Un par de

pequeños dragonuts exploradores de cresta sonrosada dirigían el trabajo de los siervos. Cuando todo estuvo equipado sobre las enormes alforjas que cargaba el descomunal animal, los esclavos anfibios continuaron pertrechando nuevos fardos sobre sus propias espaldas.

—Harán falta demasiadas viandas para atravesar las estepas de Prax y el desierto de los Yermos. —La repentina aparición de Llama Flameante, el wyrm parlanchín, sorprendió al obnubilado Jan Paolo quien contemplaba atolondrado a la enorme bestia de tres cuernos—. Los esclavos portean la comida, y si ésta escasea, ellos pasan a ser alimento.

El misionero lunar había encontrado en la serpe alada un entretenido tertuliano. Llama Flameante no sólo hablaba perfectamente uno de los dialectos lunares del Imperio, sino que ofrecía un interesante punto de vista sobre la cotidianidad dragontina. Tenía cierta gracia, a ojos del servidor de la Luna Roja, el pragmatismo que mostraban los modos de actuar dragontinos así como la aceptación sumisa de su propio sino por parte de los anfibios esclavos: eran abrumadoramente prácticos. Al cónsul lunar le gustaba oír tan versada filosofía. Pudiendo facilitar unas relaciones similares, como las mantenidas por dragonuts y tritónidos, la energía que requería el trato con los

testarudos clanes orlanthis del Paso del Dragón le parecía un gasto innecesario.

Apenas terminó el cónclave con el príncipe, los dragonuts se pusieron en marcha rumbo al largo camino que los aguardaba. Inquietos, el grupo de extranjeros observaba cuánto sucedía a su alrededor mientras los eficientes esclavos tritónidos preparaban el equipaje de sus amos. Marcharían hacia el Mar de la Niebla junto a una columna dragonut que les ofrecería la protección necesaria para tan ardua travesía. Siguiendo los caminos ancestrales trazados por dragones, quién sabe bajo qué señales o designios, llegarían a Kralorela con brevedad. Una vez allí se dirigirían a la ciudad portuaria de Lur-

Nop, el único punto desde el cual podrían zarpar en la primera embarcación dispuesta a desaparecer engullida por el temido Mar de Kahar.

Tras un ruidoso tropel de pisadas, entraron en la sala una veintena de guerreros dragonuts montados sobre unas maravillosas bestias que volvieron a dejar estupefactos a los perplejos forasteros. Las monturas no tenían cubierto su cuerpo con verdosas escamas sino con plumas de variopintos colores como aves exóticas. Eran bípedas y se apoyaban sobre unas fuertes patas traseras lo suficientemente grandes como para que un guerrero dragonut, que en ocasiones llegaba a los dos metros y medio, pudiese cabalgar

cómodamente. Realmente su cuerpo se podría asemejar al de grandes avestruces cruzadas con algún tipo de reptil, similar a los velociraptores criados en las granjas dragonuts o a un descendiente común de ambos.

Tras los guerreros dragonuts y sus monturas, una veintena de pequeños exploradores de cresta rosada cerraba la comitiva.

Otros dos guerreros dragonuts habían aparecido sin montura. El primero se encaramó al triceratops asiendo con fuerza sus enormes riendas. El tremendo saurio se contoneó agitando pesadamente la cabeza y a continuación, muy lentamente, elevó una de sus

grandes patas para echar a caminar. El suelo temblaba bajo sus sísmicos pasos. El segundo dragonut se aproximó directamente a Llama Flameante que continuaba dándole plática a Jan Paolo. Tras dirigirse al wyrm usando el idioma de los dragones, el guerrero dragonut montó sobre la alada sierpe quien se despidió del cónsul lunar emplazándolo a otro momento para continuar con su incontenible verborrea. Ahora debía encabezar la marcha junto a su jinete, la vigésimo tercera reencarnación de Guardián del Respeto.

Como los habían informado durante la comida, un sacerdote de cola, Señor Piel Inquebrantable, el marmóreo y taciturno dragonut protegido por un alba

armadura de hueso de dragón, sería el encargado de dirigir la peregrinación de la columna a través de los inhóspitos parajes que cruzarían rumbo a Kralorela. Haciendo gala de su nobiliaria condición apareció en un ribeteado palanquín bien saturado de adornos con formas dragontinas, ornamentado con diferentes tipos de escamas y gemas preciosas, desde donde comprobó, con todos los preparativos ya concluidos, que había llegado el momento de comenzar la marcha hacia el lejano Oriente.

En total, entre dragonuts, saurios y esclavos, un centenar de criaturas formaban la marcha que escoltaría a los cinco atónitos viajeros hasta Kralorela,

concretamente hasta el puerto de Lur–Nop, donde comenzaría la travesía por el océano de Kahar, el temido Mar de la Niebla.

Marchando al paso que marcaba el compás de unos monumentales timbales, la columna llegó hasta un tremendo espejo enmarcado en un pórtico dintelado, esculpido con una inquietante naturalidad de formas wýrmicas y dragontinas. La superficie resplandeciente fluctuaba entre vidrio y plata; *mercurio*, asegurarían los mostali. Junto a la pétrea construcción se podía oír claramente un zumbido familiar, una «Z» molesta y constante que los forasteros habían escuchado por primera vez cuando se dirigieron a la ciudad

dragonut siguiendo sus sendas. No había tiempo para más. La vanguardia de la columna se adelantó al paso de los tambores. El triceratops, el wyrm, los impertérritos dragonuts y sus esclavos tritónidos avanzaron. Sorprendidos una vez más, los viajeros vieron que los dragonuts iban pasando bajo el enorme pórtico de piedra y se desvanecían sumergidos en el enorme espejo. ¡Sus figuras se diluían borrosas en una amalgama de colores fríos! El zumbido creció en intensidad. Los dragones esculpidos en el dintel brillaban al paso de la columna. Los ojos parecían haber cobrado vida. Puntiagudos dientes asomaban en unas fauces a punto de hablar o rugir. ¡Habrían cobrado vida

las tallas o sería sólo una ilusión?

Era turno para los extranjeros. Ante ellos brillaba una superficie acuosa, translúcida, reflectante como plata y frágil como vidrio, pero que no estaba formada por ninguno de esos elementos. Llevados por la naturalidad con la que su dragontina compañía había desaparecido inmersa en aquella puerta de argento vivo, los viajeros dieron un paso al frente, el paso definitivo hacia lo desconocido.

Y la sensación que esperaban al penetrar en la superficie plateada, un destello cegador o una explosión ensordecedora, no se produjo. Siguiendo a la comitiva salieron de la desubicante

urbe dragonut de El Ojo del Dragón tal y como habían entrado: caminando bajo la inquietante efigie de un dragón, dintel de una puerta colosal.

Tras los muros de la urbe llegaron los valles, montes, vaguadas, praderas... Marchaban al paso que marcaban sus guías, siempre siguiendo los caminos dragonuts. Cada cierto tiempo se cruzaban con los mojones de formas serpentinadas esculpidos por manos -o garras- dragonuts y que la sabiduría kralorí de Man-Yurý había traducido como los «lanzadores» de las sendas sagradas dragonuts.

La sensación era extraña y eso se debía precisamente a la falta de sensaciones.

El tiempo parecía haberse estancado, la brisa había dejado de soplar. O el sol se había detenido o su estática indolencia era muestra del «no paso de las horas». Tampoco las nubes se desplazaron por el firmamento mientras que la columna avanzaba compacta, subía colinas, bajaba por valles e incluso cruzó varios arroyos y el vado de un gran río. Si seguían avanzando por caminos dragonuts alcanzarían su meta con una brevedad realmente increíble y lo que era aún más importante, sin ningún contratiempo. Yelm se tomó su tiempo para atravesar el firmamento: varias horas que hubiesen significado varios días por sendas humanas convencionales. Los caminos de los

dragones trascendían la realidad y las leyes físicas convencionales. Sin duda, habían dejado atrás el reino de Sartar y se hallaban inmersos en los áridos secarrales de la indómita tierra conocida como Prax. Los viajeros estaban satisfechos ante la perspectiva de un camino rápido y seguro; sin embargo, antes de que la noche cayera, los dragonuts de vanguardia se detuvieron sin motivo aparente. Parecían haber chocado contra una invisible pared imposible de vislumbrar por el ojo humano. Como un dominó atropellado, la columna se fue parando a medida que llegaba a las posiciones delanteras. Los viajeros apenas sintieron una leve sacudida. No chocaron contra

nada ni nadie y sin embargo ellos también se detenían. No era parar, era más bien la sensación de haber desacelerado.

Un solo instante después se desató la ira de los dragonuts guerreros como si hubieran sido víctimas de una agresión. Los dragonuts picudos rugieron al cielo, encolerizados, blandiendo sus armas y agitándose violentamente en busca de algo invisible e indeterminado que los forasteros no comprendían.

Pero nadie más que la propia columna se encontraba por aquellos pedregosos páramos.

Arbusto bajo y matorral poblaban aisladamente aquellas áridas laderas.

Diseminados grupos de jaras y solitarios pinos desperdigados los rodeaban; pero de lo que había frenado la marcha de la columna no se veía rastro.

Los dragonuts bramaban y hacían ademanes de atacar pero se contenían mientras esperaban que apareciese un enemigo oculto. El grupo de humanos desenvainó a su vez las armas tras unos primeros instantes de confusión, conscientes de que todo cuanto supusiera un peligro para los dragonuts suponía un peligro para ellos.

Sobre su plumífera montura, cruce de ave terrestre y reptil, uno de los guerreros que abría la columna se acercó hasta los expectantes humanos.

No lo reconocieron hasta que intentó hablar. Para hacerlo, estiró el cuello y a la vista quedaron las tremebundas cicatrices que lo atravesaban en todas direcciones. Lacónicamente se dirigió a los humanos como si hablase automatizado con su metálico acento de dragón. Apenas le cambió el hierático gesto de la cara:

—Han destruido los..., —tuvo que hacer una pausa para encontrar la palabra correcta en lengua humana— lanssadores. Los caminos han sido cortados. Hemos de ir a Pavis y buscar más provisiones para cruzar el desierto de los Yermos. Desde aquí estamos a seis jornadas de marcha hasta Pavis.

Quien se había preocupado por inutilizar los hitos dragontinos que señalizaban y mantenían abiertos los mágicos caminos debía estar realmente loco o desesperado por detener la marcha. Los dragonuts jamás olvidaban una afrenta y nunca descansarían, reencarnación tras reencarnación, hasta dar caza al saboteador.

Sin las sendas dragontinas el camino se dilataría varias semanas. Ahora tendrían que llegar en primer lugar a Pavis, última ciudad civilizada de Prax, donde se harían con lo necesario para cruzar el desierto de los Yermos; cazar más adelante resultaría imposible en muchos tramos. El momento más peligroso de tan árido y comprometido camino sería

bordear las fronteras de las Colinas Tuneladas, un territorio hacía tiempo conquistado e infectado por la Mancha del Caos. Después, una vez sorteado este peligro, tendrían que ascender la cordillera de Shan–Shan, la frontera natural que separaba occidente del imperio oriental de Kralorela. Llegarían al puerto de Lur–Nop con muchas semanas de retraso. La perspectiva de un viaje tan largo y peligroso se volvió desalentadora. Prolongarlo no era la mayor preocupación de Cráteros, quien seguía más preocupado por saber quiénes habían intentado hacerse con la misiva del Emperador Dragón del Oriente y asesinar a sus heraldos. El Mariscal aún pensaba en Xvarnak.

Ningún otro percance aconteció durante los primeros tres días de marcha. Muy atrás había quedado el abrupto y montañoso paisaje de Sartar y ahora eran las desérticas estepas de Prax las que los circundaban. Pavis, la capital praxiana, sería la última frontera civilizada antes de adentrarse en las tierras nómadas de los Yermos.

La columna dragonut avanzaba sin encontrar obstáculo alguno. El dragonut acorazado por hueso blanco, noble guía de la marcha, apenas se dejaba ver entre los fastuosos cortinajes de seda que protegían el palanquín en el que viajaba. Los guerreros se ocupaban de todo. Constantemente organizaban a los dragonuts más pequeños en tareas como

alimentar a las monturas, explorar los alrededores, así como del trato con los tritónidos: ningún guerrero se dirigía directamente a un esclavo. La jerarquía estaba claramente estratificada y era la clave de todos los intercambios y relaciones en la columna. Sólo el jinete que montaba al enorme triceratops se encargaba de alimentar a su propia montura, todo lo demás -limpieza y cuidados- eran tareas para los dragonuts más pequeños que a su vez coordinaban las faenas de los esclavos. Todo un ejemplo de gradación piramidal.

Durante estos días Jan Paolo contemplaba con incertidumbre como las heridas de las manos no terminaban de cerrarse y seguían supurando un

líquido hediondo. Rodeando una de ellas, la piel se había endurecido formando una fina película. La costrita verdosa, semejante a las escamas de un anfibio, se rompía con cada movimiento brusco de la mano, pero siempre se volvía a regenerar. ¿Y si estaba realmente maldito? ¿Y si terminaba convirtiéndose en un asqueroso renacuajo verde? El hedor que emanaba de ambas heridas era muy intenso y en varias ocasiones descubrió a la elfa observándolo con recelo. De nuevo, un elfo entrometido con el que habría que tener cuidado. La relación de los aldryami con los yelmalitas siempre había sido buena, pero si conseguía poner al templario en contra de la elfa

todo sería más sencillo.

La veneración y admiración de Man-Yurý por sus dragontinos acompañantes era absoluta. Mientras los hombres de Kralorela se acercaban a la Iluminación Dragontina mediante la meditación y el pensamiento místico, los dragonuts vivían este proceso en sus carnes, en sus almas, en sus vidas. Eran miembros de pleno derecho y con cada día que pasaba se acercaban más al Despertar Dragón. Para consternación del Kralorí, con semejante perspectiva de viaje, al menos tardaría ocho o nueve semanas en volver a Kralorela; demasiado tiempo sin poder meditar sobre los secretos de la Iluminación. Todo cuanto lo alejaba de la única realidad verdadera lo

acercaba a las ilusiones y sueños banales que conformaban el mundo material. Eso lo angustiaba. Su preocupación antes de partir de Kralorela era encontrar momentos para meditar, pero desde lo sucedido en la caverna del troll, otro interés iba ganando una batalla en su cabeza. Quería saber más sobre ella y descubrir quién era la bellísima mujer misteriosa cubierta de ropajes negros. Este desasosiego nublaba su pensamiento ¡Debía controlar sus emociones! Man-Yurý creía notar cierto nerviosismo en los ojos de la kralorí cada vez que cruzaban sus miradas. En determinados momentos creyó percibir cierta comunicación entre ella y Shen, el

espíritu del bosque. Era evidente que por las erróneas ideas de su secta del Sendero Inmanente, la mujer simpatizaba con estas criaturitas animadas, seres que a pesar de poseer una cierta, pero limitada, naturaleza mágica, vivían sin un alma verdadera, atados a ilusiones y quimeras carentes de un verdadero fin. Los espíritus del bosque estaban vacíos de alma y sin posibilidad de trascender. Eran seres poseedores de una vida vacía.

Shen no se fiaba del cónsul Jan Paolo, había algo demasiado avaro y prepotente en el hombre. Para colmo, las heridas que tenía en las manos olían fatal. ¿Cráteros no se daba cuenta de lo vil que era?

Al anochecer, una ligera brisa se levantó con frescura.

Y en el cuarto día de marchar por las cada vez más estériles estepas de Prax, se desató una furiosa tormenta de tierra y arena, azotada por la salvaje fuerza de los vientos del norte. Lo que había empezado a la mañana como una pequeña mota, como un punto oscuro sobre el horizonte, a medio día se alzaba delante de sus narices como una tormenta de arena desencadenada por las fuerzas más violentas de la naturaleza. Esperaban que fuese así y no un producto de malévolas fuerzas mágicas.

Conforme se acercaba la tormenta de

arena, el paso se fue ralentizando como si el viento y el polvo fuesen succionando las energías de caminantes y monturas. En un par de horas el sendero se volvería intransitable. No sólo era difícil avanzar sino que se hacía peligroso. Junto a la arena empezaron a volar piedras, matojos e incluso pequeños troncos de árboles secos levantados por remolinos y pequeños ciclones. El cielo se había obscurecido tornándose un manto castaño. Polvo era lo único que las fosas nasales podrían respirar desde aquel lugar en adelante. Había que buscar una solución hasta que pasara la tormenta, aunque esto significase detener la marcha cuanto fuese necesario.

Semejante tormenta sí que suponía una seria traba. ¿Sería natural o provocada? No era normal un cambio tan brusco en el clima teniendo en cuenta que ya se encontraban en las dos semanas de Tiempo Sagrado, periodo acostumbrado a la estabilidad y a los cielos despejados, preludio del primaveral clima de principios de año. La borrascosa Estación de las Tormentas había quedado atrás.

Toda la columna se detuvo en la ladera de una colina ocre donde la arcilla parecía oxidada. Uno a uno los dragonuts fueron deteniéndose adoptando una recia e hierática postura como si se volvieran estatuas. Aun con los párpados abiertos, una fina

membrana protectora les recubría el globo ocular. Así permanecía abierto pero protegido. Paulatinamente los dragonuts se quedaban rígidos, comenzando un profundo e inexpresivo letargo.

Los humanos vieron que el descomunal guerrero que hacía las veces de traductor e intérprete, y que superaba los dos metros y medio, se acercaba hacia ellos montando su animal mitad ave corredora mitad reptil bípedo. Man-Yurý lo observó atento, como hacía siempre que un dragonut se dirigía a él, sabedor de la oportunidad única de contemplar a quienes serían futuros dragones.

La criatura habló con su silbante voz cavernosa:

—El Señor Piel Inquebrantable desea permanecer en letargo hasta que la tormenta de arena amaine. Y desea que seáis escoltados hasta la población más cercana, donde podáis estar mejor protegidos.

Sin esperar respuesta alguna el imponente futuro dragón comenzó a retroceder volviendo sobre sus pasos.

Apenas un par de leguas atrás habían dejado una aldea orlanthi donde podrían encontrar refugio para la noche.

Cualquier perspectiva resultaba más confortable que pasar otra noche a la intemperie con semejante galerna

avecinándose. «A dormir en un poblado de bárbaros», se lamentó Jan Paolo.

Desandando el camino en sentido contrario a la impenetrable tormenta de arena que había oscurecido el cielo, nublando al propio Yelm, los cinco forasteros siguieron los pasos de la figura reptiloide, quien había dejado su montura al cuidado de los dragonuts pequeños, hacia la aldea. Entorpecidos por el vendaval, los viajeros encontraron las primeras chozas orlanthis cuando la oscuridad casi los había envuelto por completo. Algunos tejados habían perdido parte de la paja que los cubría. La arena apenas permitía abrir los ojos y el fuerte viento los desequilibraba trastabillando cada paso.

Jan Paolo se aseguró de ocultar todos sus abalorios de manufactura lunar como el gran collar que exhibía sobre el pecho. El pelo le había crecido haciendo sombra en su desprotegido cuero cabelludo y la testa ya no lucía completamente rasurada, pero la túnica canela todavía denotaba su origen. No sería bien acogido por los violentos bárbaros, pero el hábito era el hábito y no pensaba renegar de sus vestimentas. Si algún descerebrado ignorante pretendía ofenderlo se metería en un serio problema.

Desde muy joven, Cráteros había tenido que luchar con y contra diferentes clanes orlanthis. Estos pueblos bárbaros habían pagado los servicios mercenarios de los

Templarios de Yelmalio para luchar entre sí por el control de las cosechas de grano, de algún lugar santo, por alguna afrenta personal... Eran clanes siempre en desunión y luchando en guerras fratricidas. El Imperio Lunar había llegado hace años y era quien mejor pagaba. Las discrepancias de los orlanthis favorecían al Imperio en el proceso de «lunarización» de estos territorios conquistados, como era Sartar. Cráteros pensaba que, si los bárbaros se unían, podrían plantar cara a los lunares. Aunque era mercenario, él no tenía tan claro si aceptaría morir en nombre de una Diosa Roja por la que no sentía ni devoción ni aprecio, pero hoy día el Imperio Lunar sostenía

económicamente a los diversos condados de tradición yelmalita y él se debía a la Orden.

Rodeados por las precarias, a ojos del urbanita Jan Paolo, construcciones orlanthis, los viajeros se acercaron a la mayor de todas confiando en que fuera un hospedaje donde encontrar el amparo necesario frente a la tormenta que, inexorable, seguía aproximándose a la villa. Nadie transitaba ya los caminos cercanos.

—¿Por qué no habrá nadie contemplando las estrellas? —preguntó Shen intrigada.

—¿Te parece poco la tormenta que se avecina? —contestó Jan Paolo engréido.

—No es sólo eso. Es por el Tiempo Sagrado —quiso aclarar Cráteros—. A lo largo de todo Prax, las aldeas estarán ocupadas preparando sus ceremonias religiosas.

—Equivocadas y paganas ceremonias, mi querido militar asalariado — apostilló el cónsul lunar con ese tono que tan poco gustaba a Shen.

Equivocadas o no, lo cierto es que no había ni un alma por las calles. Tan solo se oía el rebuzno de un asno asustado por los portazos del viento. No encontraron a nadie hasta que una voz les dio el alto. Desde el alpendre de madera de una de las viviendas colindantes, una figura apareció envuelta

por las sombras que ofrecía la oscuridad de aquellas tardías horas.

—¡Viajeros! —llamó desde su escondrijo con un rudo acento praxiano —. Son horas tardías de llegar a una villa. ¿Qué intenciones traéis?

—Buscamos un techo que nos proteja de la arena y algo caliente que llevarnos al buche —respondió Cráteros con tono resuelto.

De las sombras había surgido un fornido orlanthi. Tenía una barba muy cerrada, de pelo cobrizo y rizado, una espada curvada en la mano y una recia pechera de láminas de metal. Los extenuados viajeros lo identificaron como un Espada de Humakt, un alguacil de los

que velan por el cumplimiento de las leyes orlanthis y mantienen el orden en sus aldeas, como los que aparecieron en el templo de las sanadoras blancas en Pomar cuando el jaleo empezó.

—Pues andaos con ojo —advirtió el bárbaro con rudeza—, no nos gustan los extranjeros que traen problemas.

—Ni a mí esta bienvenida para quienes sólo son cansados peregrinos —contestó bravo el Mariscal cruzando con el orlanthi una mirada desafiante.

—¡Qué falta de educación, por favor! —replicó Jan Paolo llevándose el dorso de su mano derecha a la frente—. Pero cualquier deficiencia cultural tendrá remedio, ya creo que lo tendrá.

—El Dragón cierra los ojos para que no le entre la arena. —La cavernosa y metálica voz del intérprete dragonut, expulsando más aire que sonido, resonó justo en el momento en que el orlanthi se disponía a contestar a los prepotentes extranjeros. Eran tiempos difíciles y entraba dentro de lo cotidiano que un encuentro semejante hubiese terminado a mamporros. La presencia de un dragonut disuadió al orlanthi de seguir con provocaciones. Un solo dragonut era suficiente para imponer respeto a una jauría entera de bárbaros. El alguacil siguió los pasos de los forasteros, sin perderlos de vista, hasta que entraron en la mayor construcción de la villa: la posada.

La poderosa máquina de conquista lunar todavía encontraba resistencia entre los vehementes adoradores de Orlanth.

Subiendo tres pequeños peldaños los extranjeros cambiaron el polvo y la tierra del camino por el calor de la chimenea que presidía la taberna. Si las calles de la villa presentaban un aspecto vacío y desolado, el interior del local no presentaba mejor aspecto. Una larga barra recorría la estancia y tras ella un joven muchacho limpiaba distraído. No parecía tener demasiada demanda de una exigua clientela. Quizá hubiese algunos granjeros, pocos, pero en su mayoría había hombres de armas. Varios mercenarios fieles de Humakt

compartían entre cervezas los últimos coletazos del día. Quienes allí se encontraban no parecían preocupados por la preparación de las ceremonias de Tiempo Sagrado. Superando al exiguo número de hombres, muchas piezas de caza disecadas ocupaban el salón.

Repletas lucían sus paredes con cabezas de animales que todavía parecían vivos. Varios, de cuerpo entero, colgaban del techo tras haber pasado por el taller de algún diestro taxidermista (sólo un pueblo grande contaría con un taller así): zorros, jabalís, hurones, gatos salvajes, perdices y otros animales que dotaban al lugar de una extraña atmósfera recargada y desagradable.

La mirada de los bárbaros se quedó fija

en los forasteros que penetraban en aquel sórdido lugar.

Una figura rechoncha, de pelo ensortijado que clareaba en la coronilla, poblada barba y una rubicunda cara salpicada por multitud de pecas, se plantó de un salto delante de los recién llegados. El sudor perlaba su frente arrugada. Frotándose las manos con un ennegrecido y muchas veces usado delantal, podría decirse que blanco en sus orígenes, los invitó a pasar. Los forasteros se sintieron observados de arriba a abajo.

—Parece que la tormenta de arena que se avecina no permitirá continuar a ningún otro lugar esta noche —dijo el

posadero sin dejar de sonreír—.

¿Desean una habitación para pasar la noche y algo de comida tras un largo día de camino? Nuestro estofado es excelente ¿Ha sido fatigosa la marcha? ¿De dónde vienen? Cada vez que hay tormenta, la arena tarda tres o cuatro días en amainar y...

—Sirve algo de beber —cortó áspero Cráteros al posadero, había algo en él que de entrada no le gustaba—. Y acompáñalo con comida caliente.

—Queremos pasar la noche —continuó Jan Paolo, petulante, como siempre que hablaba con población orlanthi—. Que no estén demasiado mugrientas. No quiero compartir el lecho con pulgas; si

no, iría a las cuadras directamente.

Al rollizo tabernero pareció no importarle la impertinencia del extranjero y con la sonrisa todavía dibujada en el rostro contestó:

—Ahora mismo, señor. Comida, bebida y habitaciones para todos —elevó la voz chascando los dedos sonoramente. Con un dedo indicó una de las numerosas mesas vacías del local—. Síganme si son tan amables. Me decían que... ¿se quedarán mucho por aquí? Si es como la última, esta tormenta de arena durará al menos tres días...

—El tiempo que estemos es sólo asunto nuestro —contestó Cráteros irritado, sin ocultar la antipatía que tan rápidamente

le había provocado el tabernero. Era sólo una intuición pero...

—¡Espero que la bebida sea algo más que agua sucia! —se jactó Jan Paolo antes de mascullar pedante—: La Lunarización empezará por importar cerveza de calidad.

—Caballeros —intervino preocupado Man-Yurý ante la insolente actitud de sus compañeros—, un antiguo proverbio de mi país dice: «al comer retoños de bambú, recuerda al hombre que los plantó».

El camarero desapareció en pos de la tan ansiada cena. Man-Yurý reprendió a sus compañeros por la actitud irrespetuosa que habían mostrado desde

la llegada a la población orlanthi; intentaba hacerles ver que con educación y gratitud estarían más seguros hasta que la tormenta amainase. Cráteros valoraba la valentía y el apego por la libertad de los bárbaros orlanthis, pero él se sabía extranjero para aquellas gentes y enemigo de su pueblo. No debía perder ni un instante la tensión que lo mantenía alerta, preparado. En más de una ocasión la desconfianza le había salvado la vida. En territorio hostil no se podía permitir mostrar un momento de duda o debilidad.

El tabernero regresó con un estofado caliente que aseguró ser de jabalí salvaje adobado con mostaza y alguna especia que los viajeros desconocían.

También entregó las llaves de las dos únicas habitaciones que tenía.

—No me gustan estas gentes —musitó Jan Paolo una vez que el tabernero desapareció— aún tan incivilizadas. Necesitan un líder que los guíe y los salve de su ignorancia.

—Quien no me gusta a mí es el tabernero —concluyó Cráteros llevándose el primer bocado del guiso a la boca.

Se cuidaron de hablar sobre temas embarazosos en un lugar donde se sentían incómodos. El enorme dragonut que los había guiado hasta la aldea engulló la carne con insaciable voracidad, sentado sobre la mesa en

lugar de usar la silla. Era parco en palabras, limitándose a contestar con respuestas escuetas las pocas preguntas que los hombres se atrevieron a formularle, fascinados aún por su presencia, mientras acababa bulímicamente con toda la carne. Las cicatrices que atravesaban su garganta habían sido quirúrgicamente producidas para modificar su aparato fonador y habilitarle en el uso y reproducción de cualquier idioma. Mostró su lengua bífida, también había sido modificada para mejorar estas aptitudes fonéticas. Lo último que transformó fue su nombre: en idioma comercial sonaba «*Susurro en la Bruma*», acorde para el desempeño de sus tareas lingüísticas y

protocolarias con otras razas. Así se preparaba para ascender a su siguiente peldaño más cerca de la Iluminación Dragontina.

Con el estómago henchido y los gaxnates humedecidos por la cerveza, los viajeros subieron las escaleras hacia el piso superior y las habitaciones donde pasarían la noche. El mobiliario era parco, las habitaciones apenas contaban con un catre de paja donde echarse a dormir y una palangana de metal que el hijo del posadero acababa de llenar con agua caliente para el aseo personal. Un solitario escabel servía como reposadero improvisado para el equipaje. De modo natural los dos orientales se dirigieron a la misma

habitación, el resto supuso que por un mismo sentimiento patriótico y no por un magnetismo premeditado. Nadie sabía lo que ocultaba la máscara de Li-Wan ni el corazón de Man-Yurý. Cráteros se dirigió junto a Jan Paolo a la otra estancia. Había estado pensando en el camino a seguir hasta Kralorela y quería contrastar sus ideas con las del ilustrado cónsul lunar. Shen había pasado toda la Estación de las Tormentas hibernando, como deben hacer todos los mrelis; tras pasar dicha estación durmiendo no tenía la necesidad de volver a hacerlo hasta el próximo invierno. Después de tan largo periodo en los oníricos brazos de las deidades que velaban por los sueños, lo que menos apetecía a la recién

revitalizada aldryani era pasar otra noche de indolente inactividad.

Tampoco se encontraba cómoda dentro de una morada construida por hombres, y menos rodeada por violentos orlanthis, prefería mantenerse en una desvelada alerta. «Mi corazón no soporta espacios tan cerrados». Shen quería salir a campo abierto antes de que la tormenta de arena envolviese completamente a la aldea y respirar se convirtiera en un alarde imposible. Se ofreció a pasar la noche vigilante, lo cual fue acogido de buen grado por los demás. Cuando se dispuso a abandonar la posada en plena noche, el dragón nonato encaminó sus pasos tras ella en absoluto silencio. El dragonut tenía órdenes de velar por

ellos; además, sentía curiosidad por lo que hacía una aldryani mientras los humanos dormían.

Durante la noche los pensamientos de Man-Yurý no podían escabullirse de la única visión que una y otra vez regresaba a su mente: la tez de la más bella kralorí que jamás había contemplado, que una y otra vez volvía a ser dueña de todo cuanto deseaba, de todos sus anhelos. Agradecía silenciosamente cada instante que esa noche iba a pasar junto a la misteriosa guerrera que había demostrado luchar cual diestro varón. Incapaz de conciliar el sueño, sentía como su obsesión aumentaba. La noche pasaba y las horas morían. La bella kralorí reposaba

tumbada boca arriba sobre el jergón de paja tendido en el suelo. Tampoco ella hizo ningún ademán por acercarse. El inexorable paso del tiempo provocó que Man-Yurý comenzara a lanzar desmañadas palabras, pero toda su plática sonaba vacua. Incluso, se atrevió con alguna gentileza con la esperanza de que ella la atrapara, pero el intento quedó en mera pantomima insuficiente para sus platónicas pretensiones. Jamás antes había tartamudeado. Se sentía torpe e incapaz de iniciar una conversación, un cortejo. Las impacientes mariposas que revoloteaban en su estómago, no sabía si por nervios o por lo vasto de la cena, se transformaron en un punzante dolor que

aguijoneaba su vientre. Ella no lo evitaba explícitamente pero había algo extraño en su mirada, una barrera infranqueable que no debía ser traspasada. No estaba cómoda en su presencia pero tampoco lo rechazaba. La enmascarada tenía también algo en su interior que la inquietaba. Tumbada en el lecho sólo dijo una frase usando su milenario idioma, una sola frase que resonaría en la cabeza de Man-Yurý durante el resto de aquella noche y en muchas posteriores: «Hay algo muy importante que quiero decirte pero no sé cómo hacerlo, dame tiempo».

En la alcoba situada justo al lado, la conversación era mucho más fluida. Cráteros había extendido sobre el suelo

el mapa de la antigua expedición de su padre. El Mariscal sentía la responsabilidad de terminar con la tarea que su progenitor había empezado varios años atrás. Aquel legado cartográfico era la única guía con la que contaba para lograr la tarea que, sin haberlo premeditado, había heredado. El mando de su padre había caído sobre sus hombros como sobre los de Yelmalio cayó el mundo cuando su padre Yelm, descendió al Inframundo por primera vez.

Ningún viajero era capaz aún de comprender la magnitud de la tarea que les estaba siendo legada.

Cráteros sentía el deber de guiar la

búsqueda hasta su conclusión por estar los Tres Soles estrechamente ligados a Yelmalio y a su lucha contra el Caos durante La Gran Oscuridad. Llamó a Jan Paolo a su lado. Más allá de la relación diplomática entre mercenarios yelmalitas y contratistas del Imperio de la Luna Roja, había desarrollado hacia el cónsul un sincero sentimiento de amistad. Ahora que definitivamente habían perdido la posibilidad de viajar hasta Kralorela siguiendo los rápidos y seguros caminos dragonuts, la parte del viaje que más le angustiaba era el desierto de los Yermos. En unos días habrían superado la metrópolis de Pavis y se internarían en el más árido de los desiertos conocidos. Cráteros proponía

hacer buen acopio de víveres y atravesar el desierto sin rodeos. Jan Paolo mostraba su desacuerdo con el Mariscal. «Del tramo conocido como las Arenas de Cobre nadie sale con vida y es evitado hasta por las más temerarias caravanas de beduinos. Ninguna de las tribus nómadas del desierto se interna en tan inhóspitos territorios». Jan Paolo había leído que sólo los más ávidos e intrépidos mercaderes establecían peligrosas rutas a través del desierto, siguiendo las sendas marcadas por oasis invisibles a ojos de quienes desconocían los secretos de las arenas. Hasta los seres caóticos evitaban las Arenas de Cobre. La alternativa que planteaba el

diplomático lunar desviaba la marcha varias millas al norte. Con la escolta dragonut podrían atravesar un pantano conocido con el nombre de Krjalki, un cultivo de horrendas bestias caóticas descastadas y temibles. Sin duda, aunque hubiese que atravesarlo por la fuerza, la perspectiva era más halagüeña que el mar de dunas de fina arena donde morirían de inanición. Si en el pantano había monstruosas criaturas también habría agua y comida. Como el Imperio Lunar, Jan Paolo tampoco temía al Caos. Sobre este tema y algún otro discutieron largamente los dos contertulios antes de caer rendidos. Aquella noche no llegaron a ningún acuerdo, mas aún quedaba camino hasta llegar a Pavis y

tener que tomar la difícil decisión.

¿Desierto o pantano? Antes tenían que esperar a que esa maldita tormenta amainase. ¿Cuánto duraría aún?

El viento de la noche arrastraba ya muchísimas partículas de polvo y arena. Las calles de la aldea seguían completamente vacías. Ya no se oían los rebuznos de ningún asno asustado. Los orlanthis habían desaparecido de la taberna y las luces de sus granjas permanecían apagadas. ¿Serían tan supersticiosos que no querrían llamar la atención de los espíritus que rondan errantes por las noches? La temperatura había bajado considerablemente como si los fríos invernales de la Estación de las Tormentas quisieran alargarse más de lo

normal. Shen había abandonado la posada con el pretexto de tomar algo de aire fresco y el dragonut la había seguido con curiosidad. La pequeña sentía necesidad de salir de ese ambiente cerrado; los humanos eran portadores de violencia y su proximidad intimidaba a la aldryani.

Ambos vagaban por la desolada villa, donde apenas se podía ya respirar, cuando de una cabaña vieron surgir una pequeña niña. Era la primera cría de humano que veían desde que llegaron. Dejando la puerta entreabierta la pequeña hizo un gesto con ambas manos y sin esperar respuesta volvió a entrar. La curiosidad de la aldryani por la cachorra humana fue mayor que su

prudencia. Sin más dilación, Shen se introdujo en el cobertizo seguida de Susurro en la Bruma.

El interior estaba oscuro. Sólo titilaba la luz de una tea que ardía al fondo, tras una tela que hacía las veces de cortina. Shen avanzó hacia la luz con pasos lentos y cortos. Descorrió la cortina. A su lado apareció la niña. De cerca se veía más menuda y andrajosa. Tenía el pelo como el fuego y los ojos como el mar. Con un gesto angustiado, llevándose el dedo índice a los labios, indicó silencio. Frente a ellas había una anciana sentada en un taburete. Un sayo oscuro le cubría hasta los pies.

—No hagáis ruido o vendrán por

nosotras —susurró la vieja.

Un pañuelo de colores, en contraste con el sayo, tapaba su canoso pelo. Su vidriosa mirada, nublado por las cataratas, permanecía inquietante sobre una perfecta bola de cristal que sobaba con manos arrugadas y artríticas. Nada ni nadie más parecía encontrarse en aquel cuchitril. Los dos forasteros, elfa y dragonut, se acercaron sin dudarlo.

La anciana relató que el día anterior habían llegado hombres armados y ni los alguaciles pudieron proteger la aldea. Mientras seguía el relato, la niña sirvió un brebaje de color rojizo. Tras un sonoro sorbo, la vieja continuó narrando cómo los extranjeros armados habían

ocupado la villa secuestrando a la mayoría de los Espadas de Humakt y a varias muchachas vírgenes. Habían tomado el cabildo, el altar de Humakt y la posada. A las vírgenes las llevaron a las antiguas ruinas de una ermita al oeste de la villa, destruida siglos atrás y de la que sólo quedaban algunas piedras en pie. Ella era sólo una anciana que contaba nada más con el apoyo de una pobre niña lazarilla huérfana de padre y madre. Shen, que muy atenta escuchaba los pesares de la anciana, saltó del taburete al escucharla asegurar que ese tipo de tormentas de arena no eran comunes en aquella época del año. «Pero el posadero ha dicho que eran muy habituales», contestó Shen. La vieja

afirmó que el posadero era un impostor y que semejante tormenta, con tal furia y magnitud, no era un hecho natural sino el fruto de brujería.

Prometiéndole que haría todo lo que estuviese en su mano por ayudar a los aldeanos, la aldryani salió del cobertizo en dirección a la posada como una exhalación. El enorme dragonut trató de seguir sus pasos pero sus movimientos se hacían toscos y pesados al lado de la grácil aldryani. El sol asomó amortiguado sobre las colinas del este. El fuerte viento hacía que la singular pareja se perdiera una y otra vez, apenas podían abrir los ojos y eran empujados con enorme virulencia cuando avistaron de nuevo la taberna.

Algo no andaba bien, pues el edificio de la taberna parecía cerrado.

Susurro en la Bruma decidió derribar la puerta mientras Shen se colaba saltando por una de las ventanas del piso inferior.

Dentro no se movía ni un solo alma.

Buscaron, llamaron, pero no había nadie, ni el rechoncho posadero, ni el joven camarero... Nadie. A grandes zancadas subieron las escaleras hacia el piso superior y se dirigieron a las habitaciones de sus compañeros.

Abiertas encontraron las puertas de par en par, dentro tampoco había rastro alguno. Ninguna señal. ¿Cómo era posible que todo el mundo hubiese desaparecido?

—Busquemos en la capilla de los alguaciles, en el altar a su dios de la guerra —dijo Shen con la respiración entrecortada.

—¡Ya está el matorral molestando de nuevo! —gruñía Jan Paolo somnoliento mientras despertaba perezosamente. Un golpe en la puerta de la habitación lo había arrancado de sus más profundos sueños. No había dormido bien tras la charla con Cráteros en la que discutieron sobre el rumbo para cruzar los Yermos. Continuamente se había estado despertando por un fuerte dolor de barriga. Ahora, al amanecer, el dolor era muy intenso. «Demasiada carne en la cena, glotón», se dijo arrepentido por todo lo engullido la noche anterior.

Se llevó un sobresalto, varios hombres ataviados como mercenarios orlanthis habían irrumpido en la habitación. Portaban la insignia de la Espada de Humakt, distintivo de los alguaciles bárbaros. Otra vez esos rudos modales. Ya los civilizaría a su tiempo.

—¿Dónde está la elfa? —preguntó el más vetusto de los mercenarios, uno cuya espesa barba blanca le tapaba casi por completo un rostro marcado por la viruela.

—¿Has probado a buscarla en el huerto? —contestó molesto el adorador lunar—. ¿Y en la era? Tal vez se haya fugado con un tomate. O si los cerdos la han confundido con una berza a lo mejor se

la han comido...

Un golpe en el estómago con la empuñadura de la espada hizo callar al cónsul.

—¡Lo vais a pagar con vuestras vidas, cerdos! —gritó Cráteros intentando zafarse de los cinco orlanthis que forcejeaban con él. Tenían reducido al Mariscal, tendido boca abajo en el suelo de la habitación.

A trompicones lo sacaron de la habitación mientras otro par de mercenarios orlanthis requisaban todas sus pertenencias. Entre graznidos, Dana fue arrojada dentro de una saca de cuero que ataron con un nudo. Fuera, en el pasillo, otros tantos mercenarios tenían

apresados a los orientales. Uno de los bárbaros presentaba el labio partido y otro sujetaba un brazo en cabestrillo. Los viajeros fueron conducidos fuera de la taberna, allí esperaba otro par de bárbaros montados a caballo con la misma insignia, la Espada de Humakt, llamada también Muerte, por ser el arma que Orlanth usó para matar a Yelm según la mitología de estos bárbaros. Los sorprendidos viajeros compartían una intensa punzada abdominal cada vez que la cena de la noche anterior volvía a ocupar sus mentes. Jan Paolo tuvo que detenerse y vomitar parte de aquel estofado mientras era conducido por las desiertas calles de la villa. A su espalda, un nuevo día amanecía por

oriente.

—Sabía que el ventero era un cerdo —gruñó el Mariscal escupiendo al suelo con asco—, un cerdo bárbaro que envenenó nuestra cena.

—¿Qué llevaba la carne? —Jan Paolo palpaba su dolorida tripa—. Con todo lo que comió el dragonut, debe estar retorciéndose de dolor.

—No existe bebedizo, honorable señor que dañe la inquebrantable voluntad de un futuro dragón. —Man—Yurý había conseguido, mediante la concentración, que su cuerpo obviase los dolores del veneno.

Susurro en la Brumasólo sentía una digestión algo pesada. Su verdadero

problema era seguir los ágiles pasos de la aldryani mientras atravesaban las desérticas calles de la aldea. Las palabras escuchadas de labios de la anciana parecían ciertas, ni una sola huerta, ni una era, ni una granja era atendida en aquella mañana. Un pueblo abandonado. ¿Estarían las mujeres y los niños asustados y encerrados en sus casas? Eso no les incumbía en absoluto. Ellos debían apresurarse y encontrar al resto de la compañía para continuar con el viaje.

Vagaron largo rato por la villa orlanthi buscando la casa cuartel de los fieles mercenarios de Humakt. Cruzaron un puente de madera sobre un riachuelo, la forja cerrada de un herrero, el taller de

un taxidermista, el de un mimbrero y otro de un curtidor de pieles antes de llegar al hospicio de los humaktis. El edificio estaba construido en madera y no sólo servía como lugar de culto, también hacía las veces de espacio para el adiestramiento de mercenarios e incluso de hogar para los alguaciles, los llamados Espadas de Humakt.

Desarmados y con las manos atadas a la espalda poco podían fajar los capturados mientras eran conducidos a empellones hacia el cuartel de los Espadas de Humakt. Habían introducido un trapo en la boca del molesto misionero lunar quien no paraba de desafiar a sus captores, de insultarlos y retarlos asegurando que serían

castigados por la Diosa de la Luna Roja, su Murciélago Carmesí o por el mismísimo Yannafal Tarnils (haciendo caso a la mitología lunar fue quien había derrotado en lucha singular al propio Humakt mandándolo al infierno). La mirada de Cráteros hablaba por sí sola, era incluso más desafiante que las palabras de su insistente compañero.

A trompicones fueron introducidos en uno de los barracones que rodeaban el edificio principal del cuartel, bajados a un sótano y a base de empujones y algún que otro puntapié, introducidos en celdas. Dos guardias quedaron vigilando a los nuevos reclusos. Desde el barracón superior se oyó una voz apremiante entre el trajín de soldados

—: «La ceremonia será esta noche, llevad las túnicas encima». Era una voz familiar que los viajeros ya habían escuchado con anterioridad, ¿pero dónde? ¿En qué lugar? ¡En la taberna! ¡Era la voz del sucio tabernero! ¿Qué hacía él entre Espadas de Humakt? La voz continuó diciendo algo más inquietante sin percatarse de la proximidad de oídos curiosos

—:«Xvarnak y Horacé quieren vivos a los kralorís y esta noche vendrán a por ellos. Tras la ceremonia se los entregaremos».

¡De nuevo ese nombre! ¡Xvarnak!
¿Cómo lo conocía el posadero? ¿Los habían seguido finalmente desde Pomar? Había algo que no encajaba en todo

esto...

Desde el escondite que ofrecía aquel recodo, Shen vio a una docena de mercenarios orlanthis, más un par montados a caballo, abandonando la empalizada que rodeaba el cuartel. El polvo levantado por la tormenta ofrecía suficiente cobertura para la sigilosa aldryani. Puesto que su compañero dragonut no había podido seguir sus diestros pasos con tanta rapidez, Shen decidió introducirse en el cuartel en solitario. Estaba resuelta a no esperar al dragón nonato.

Sigilosamente pasó sobre la empalizada que resguardaba los edificios. Una vez superado el primer obstáculo se

encontró con los establos, con una armería y finalmente con el barracón donde estaban las celdas, sospechosamente vacías. ¿Dónde estaban los nuevos prisioneros? No tardó en encontrar una trampilla en el suelo desde la que una escalera descendía empinada hacia un oscuro sótano.

La valiente aldryani se deslizó furtivamente fundiéndose con las sombras de cada recodo, haciéndose invisible en la oscuridad de cada esquina. Era ligera, sus pisadas no hacían mayor ruido que los latidos de su corazón. Más celdas vacías. De pronto se detuvo, se escuchaban las voces de, al menos, una pareja de humanos. Se

asomó extremando la cautela y allí los vio.

Primero, un par de guardias orlantis de los de la Marca de la Espada; detrás, atados y amordazados en cuatro calabozos, los viajeros con los que compartía su prueba de iniciación. Shen sintió miedo, pero debía acabar con los guardias ella sola.

Fuera de la protección del bosque, entre seres fanáticos que no tienen una Madre de los Árboles que vele por ellos, todas las criaturas andan sin rumbo, perdidas. Impetuosos son los humanos generadores de violencia desmedida, y con la misma violencia hay que responderles.

Desde su escondite, Shen sacó una flecha de la aljaba y la colocó delicadamente sobre su arco. Lo acarició con sutileza y le susurró unas palabras. Sentía el arco como parte de ella; eran ramas de una misma planta. La aldryani tensó la cuerda, contuvo la respiración y giró la esquina. Los sorprendidos orlanthis no tuvieron tiempo de reaccionar antes de que la flecha de Shen perforase con precisión el torso del primero, que cayó al suelo con la saeta encajada entre los dos omóplatos. Probablemente había hecho blanco en la espina dorsal quebrando alguna de las vértebras cervicales. El otro guardia alzó la vista y chilló enarbolando su espada por encima de la

cabeza. Corrió hacia la elfa con el gesto compungido. Shen disparó otro proyectil más, pero esta vez sin tiempo de caricias ni palabras de aliento para la saeta. La celeridad del tiro impidió que hiciese blanco con tan mortífera precisión. La flecha voló hacia el muslo del guardia hundiéndose en el cuádriceps, justo encima de la rodilla. Incluso herido, el guardia se abalanzó sobre la elfa empujado por la fuerza de su propia inercia. Ella fintó evitando la embestida del torpe soldado y a la carrera comenzó a subir las escaleras. Si conseguía alejarse podría volver a disparar. No llegó muy lejos. Apenas había subido una docena de escalones cuando topó de bruces con un muro que

la detuvo en seco. Elevó la vista asustada. ¡Había chocado contra Susurro en la Bruma! ¡El guerrero dragonut había llegado! El orlanthi se detuvo de sopetón tras plantar un pie sobre el primero de los escalones; ninguna elfa estaba en las escaleras sino un enorme dragonut. Fue lo último que el desafortunado guardián contempló en vida. Un golpe seco del recio dragontino y el cuerpo endeble del guardián cayó como una marioneta sobre el húmedo suelo de aquel sótano.

Shen abrió los grilletes que mantenían presos a los cautivos tras encontrar las llaves en el cadáver del guardia atravesado por su saeta.

—¡No debimos fiarnos de ese traicionero posadero! —clamaba Cráteros lleno de rabia al ser liberado, enfadado por haber caído presa de tan sencilla trampa.

—Suplicarán por su vida cuando vean como aniquilo a toda su descendencia

—Jan Paolo, vislumbrando una futura venganza, se frotaba las manos con energía. Los ojos le brillaban con un aire demente, casi parecían saltar fuera de sus órbitas.

—Escuchadme, tengo algo importante que decir. —Shen había elevado el tono de su voz para hacerse oír entre juramentos y gruñidos—. Quienes os atraparon no eran verdaderos Espadas

de Humakt. Alguien esperaba nuestra llegada y suplantó a los alguaciles de la aldea para capturarnos.

—El posadero se comerá su pantomima de anoche —aseguró Cráteros.

Mientras Shen los guiaba hacia la armería, donde había localizado todo el material sustraído a sus compañeros, relató escuetamente el encuentro nocturno con la anciana ciega. Los auténticos alguaciles habían desaparecido a manos de unos mercenarios extranjeros que habían invadido el pueblo. Los verdaderos Espadas habían sido conducidos junto a varias muchachas vírgenes a una ermita abandonada a las afueras de la aldea.

Shen no descartaba que fueran a ser víctimas de algún horrible ritual. Era ése el motivo de la ausencia de niños, mujeres o ancianos por las calles. Discutió entonces con Jan Paolo sobre el devenir que los dioses hubiesen reservado para aquellas gentes; no era un asunto de la incumbencia del cónsul. «Plantita, sus vidas no me interesan; así de cruda es la vida del incivilizado», afirmó. Pero Cráteros se unió a la discusión esgrimiendo varias razones para inmiscuirse—: «El tabernero mencionó a Xvarnak, dijo que lo estaban esperando. Y si la tormenta es una treta para retenernos en la aldea, como lo eran los falsos Espadas, debemos intervenir para eliminarla».

Siguiendo las indicaciones de la vieja, Shen guio al resto de sus compañeros en dirección al oeste de la villa.

Atravesaron con dificultad caminos y granjas, vapuleados por un fuerte viento que apenas permitía escuchar sus propios pasos. No se cruzaron con nadie, ni una sola alma deambulaba. Sólo los ojos de Shen fueron capaces de capturar la imagen de un par de niños asustados que desde el interior de una casa observaban escondidos tras las cortinas. Ambos niños los miraron con suspicacia, con curiosidad, con miedo... Su madre los apartó rápidamente de la ventana, no fuesen estos extranjeros tan violentos como los que el día anterior se habían llevado a los alguaciles y a las

niñas de la aldea. Sabía que Glorantha era un gran depredador para sus retoños, era un mundo cruel en el que no tendrían una segunda oportunidad.

Cruzaron las últimas cabañas orlanthis. Se internaron por una acequia tras la que se encontraba el sendero que conducía a la ermita abandonada. Cubriéndose la cara con manos y telas trataban de evitar que el polvo les entrase por la nariz y los ojos. Ya no era tarea fácil respirar sin tragar la arena levantada por la fuerza del viento. Con dificultad dejaron la acequia tras de sí anadeando por un serpenteante sendero. La arena picaba en la cara, en las manos, en cualquier parte del cuerpo que estuviese expuesta a la furia del vendaval. Los más

menudos, la bella Shen y el singular Jan Paolo, tenían serias dificultades para mantener la verticalidad y desplazarse donde sus pies trataban de guiarlos; cada paso era una odisea. Precisamente por las dificultades que ambos tenían para caminar, continuamente quedaban rezagados. Encontrarse a solas con alguien en quien no confiabas, ya fuese lunar o aldryani, no resultaba grato en absoluto. Shen recelaba enormemente del humano, era demasiado avaro e individualista, seguro que vendería a sus compañeros por un puñado de... ¡de lo que fuera! Además, esas heridas que tenía en las manos ¡qué mal olían! Pero para Jan Paolo las heridas eran un verdadero suplicio. No conocía forma

científica o mágica de curarlas y seguían exudando un líquido marrón-verdoso que olía a rata despellejada. Una se estaba cerrando pero no como cualquier herida, sino cubierta por unas suaves durezas verdes semejantes a ¿escamas? Nadie más se había dado cuenta pero él sabía que Shen lo miraba con algo más que suspicacia. No la soportaba. Los elfos no eran de fiar, tan asilvestrados e indómitos. Absurdas creencias guiaban sus actos y la entrometida Shen resultaba especialmente molesta.

Con semejante viento Dana buscó resguardo en el costado de su amo. Después de abandonar las celdas de los falsos Espadas de Humakt, entre semejantes turbulencias, a la rapaz le

resultaba imposible remontar el vuelo; sin embargo, en alguno de los intentos de despegue y gracias a la agudísima vista que Yelmalio le concedió, el ave había situado la espadaña de la vieja ermita asomando por encima de una loma cercana. Esto hizo que Cráteros tomase de nuevo el mando para guiar a sus compañeros.

Atardecía paulatinamente, los días eran aún demasiado cortos.

Un grave canto melismático quedaba prácticamente eclipsado por el atronador estruendo de la fuerza del viento. Paulatinamente y al unísono, el coro monacal iba subiendo de fuerza e intensidad conforme los viajeros se

acercaban. El cántico recordaba al de una coral religiosa en plena ceremonia de fe. Al principio era sólo un murmullo en lontananza del que nadie reconoció su procedencia. Lentamente el murmullo fue subiendo de volumen y para cuando se transformó en un sonoro himno, la compañía se hallaba frente a las derruidas ruinas de un antiguo templo.

El esplendor de tan arcaica construcción hacía años que había desaparecido.

Bajo la exigente intemperie de aquella región conocida como Prax, todo cuanto quedaba del templo se encontraba sucio y abandonado. Enredaderas, mugre y malas hierbas cubrían las paredes desconchadas que aún resistían en pie al inexorable paso del tiempo. La totalidad

de la techumbre se había derruido tras años de abandono; tan solo alguna arcada era sostenida entre columnas y pilares enmohecidos que en su mayoría yacían desplomados por un suelo de ennegrecidas baldosas. Pocas columnas se mantenían aún verticales.

Aquella tarde, el pretérito santuario presentaba una inusitada actividad.

Guarnecidos por la impenetrable cortina de arena, polvo y otras sustancias que el aire levantaba, los extranjeros se acercaron a la construcción. Las columnas que aún se encontraban en pie y los restos de algunas otras, de las que sólo quedaba la base, formaban un amplio óvalo. Los estriados fustes

tiempo ha que desaparecieron mordidos y alisados por la erosión. Los pocos capiteles que habían aguantado exhibían una espantosa colección de escenas protagonizadas por seres infernales de naturaleza demoniaca marcados por la Mancha del Caos; tallas que harían estremecerse a los corazones más nobles y a las almas más benévolas. Las ruinas de este antiquísimo templo no parecían el lugar más idóneo para la oración de auténticos fieles de Humakt.

Los viajeros se asomaron cautelosamente entre dos de los robustos pilares con la intención de contemplar qué ocurría en el interior. Los dos pilares estaban coronados por sendos capiteles donde lobos con garras como

cuchillos y púas en el dorso, y pájaros con dentadura aserrada y plumas de fuego, descuartizaban y mutilaban a desvalidos ancianos y a niñas inocentes. Los grabados, desgastados por la erosión, guardaban todavía la esencia macabra con la que fueron esculpidos y aún provocaban una mezcla de angustia y animadversión a quienes los contemplaban. La Runa del Caos, conocida como «*La cabeza de broo*», aparecía grabada en cada piedra.

Una sensación angustiosa invadió sus corazones.

Cráteros fue el primero en descolgar su escudo de la espalda y ajustarlo a su brazo izquierdo. La espada era mejor

arma para una situación de escasa visibilidad. Los restos pétreos esparcidos por doquier podían ocultar enemigos emboscados. No era lo mismo que detener una carga enemiga, apostado tras un muro de escudos y afianzando su enorme pica al suelo, viendo llegar al adversario; además, su jabalina tenía la punta doblada. Man-Yurý desenvainó su espada, su «*katana*», como él decía, empuñándola con ambas manos mientras por el rabillo del ojo no dejaba de observar a Li-Wan; sentía realmente miedo y preocupación por lo que pudiera ocurrirle a la mujer misteriosa. Ella cruzó su mirada con la de Man-Yurý. Ambos se quedaron un segundo paralizados. La *kralorí* se escabulló

sigilosamente dirigiendo sus pasos hacia el lateral de la columnata. Se desvaneció entre las sombras mimetizada con su negra vestimenta. Shen había colocado una de sus últimas saetas sobre su inseparable arco. Tensaba la cuerda poco a poco mientras susurraba una oración y escudriñaba las tinieblas con atención. Jan Paolo permanecía en la retaguardia. Tosió, se sacudió el polvo de la túnica e inició una ininteligible proclama recitando varios versos en un idioma por completo desconocido. Aderezaba su sortilegio con lentos movimientos acompasados y ondulantes de ambas manos como si moldease una esfera de aire. Man-Yurý volvió a percibir ese olor fétido que

apestaba a brujería.

—A ver si conseguimos ver su magia de una vez por todas —había susurrado el oriental a Li-Wan antes de que desapareciera.

Cráteros, a su vez, murmuraba un suave cántico que lo abstraigo unos instantes. El sortilegio fue calentando el filo de *Colmillo Dorado* mientras el Mariscal deslizaba la yema de sus dedos por el impoluto metal grabado con runas; precisamente las que simbolizaban el fuego fueron las primeras en tornarse rojizas, como si estuviesen dentro de un horno, para acabar ardiendo envueltas en una flameante llama que recubrió todo el filo del arma.

—Señor Cráteros, permítame hacer una sugerencia con todos mis respetos. Lo he estado observando —susurró Man-Yurý—. Es de loable espadachín no apoyarse sobre su pierna trasera para detener un ataque. He visto como defiende y creo que es un error esperar el golpe apoyado atrás. Al bloquear, debería echar su cuerpo hacia adelante para aumentar la resistencia con su propio movimiento.

Cráteros sonrió y guiñó un ojo. Un chillido estremecedor arañó el cielo.

Yelmalita y kralorí se asomaron presurosos entre las dos columnas. Dentro del óvalo una coral de monjes encapuchados continuaba con su liturgia musical. Se podía escuchar con claridad

como el eco de sus voces retumbaba entre las piedras semiderruidas. El coro formaba otro óvalo en cuyo centro había un pedestal. A sus pies había un yugo de madera ensangrentado y, atrapado en él, el cuerpo atado de una pecosa muchacha pelirroja. Con los cabellos encrespados y la mirada perdida por el horror, la chica chillaba desesperada e intentaba revolverse sin éxito. Sobre el púlpito de piedra un sacerdote enarbolaba al cielo el filo de una retorcida y escamada daga... y acercándose al pedestal los viajeros vieron a Susurro en la Bruma. El dragonut, impaciente y sin temer lo que hubiese dentro de la sórdida columnata, había iniciado el asalto en solitario.

Man–Yurý quiso seguir sus pasos a través de las columnas, para mostrar su valía y su cercanía al dragón, pero Cráteros lo detuvo cogiéndolo por el brazo. ¿Por qué? El círculo de monjes, inmerso en su trance, aún no había reparado en la presencia del dragonut. ¡Debían atacar por sorpresa! Man–Yurý frunció el ceño escrutando en la expresión pensativa de Cráteros. El occidental, en lugar de responder con palabras, cerró levemente los párpados e inició otra suave oración.

—*Psefdezísis Optikós Yelmalión fos* —
recitó el Mariscal. Tras un instante en el que nada parecía ocurrir, exceptuando el cántico de los monjes y los alaridos de la joven pelirroja, sobre el monje que se

encontraba en el púlpito de piedra se formó una esfera dorada: un punto luminoso, como una estrella del firmamento, que en pocos segundos medró hasta pasar del tamaño de un melocotón al de una sandía. La melodía cesó. El resplandor había atraído la atención de los monjes que observaban extrañados sin comprender cuál era el origen de la esfera de luz. Era un sol en miniatura ¡que estalló con una luz cegadora!

—¡Ahora, Man-Yurý! ¡La luz de Yelmalio ha abrasado sus ojos! —clamó excitado Cráteros empujando a su compañero kralorí hacía el interior de la columnata.

Fue un momento de gran confusión. Los monjes cegados por el resplandeciente fogonazo de la esfera luminosa no habían reparado en la presencia de los intrusos. Por encima del jaleo se escuchó una llamada a las armas. Los viajeros oyeron claramente la voz del sacerdote que empuñaba la daga plateada. ¿Dónde habían escuchado ese timbre antes? Era tan familiar, resultaba demasiado... ¡Otra vez la voz del maldito posadero!

—¡Atrapadlos a todos! —gritó bajo su hábito de monje—. ¡El Patrón sólo quiere vivos a los orientales!

El tabernero saltó junto al yugo donde lloriqueaba desesperada la joven virgen

de pelo rojizo.

—¡Yo mataré a la infiel para completar el rito! ¡A ella no la quiere para nada!

¿Qué oscuro mal invocaría con la muerte de la joven orlanthi? ¿Qué fuerzas del averno trataba de exhortar?

Los monjes que se encontraban junto al dragonut fueron los primeros en saborear su propia sangre, cayendo sin vida por los topetazos propinados por el arma de hueso y piedra que el fortísimo guerrero blandía en su mano izquierda.

Cubierto tras una gran columna, los cánticos del sortilegio de Jan Paolo se hicieron débilmente audibles. Llevaba todo este tiempo gesticulando con esa manera suya tan peculiar.

—¡*Gurúni pórko-antropomorfus transfigórum!* —gritó agitando ambos brazos con amplios aspavientos. Chascó los dedos e inmediatamente se quedó con una expresión de satisfacción en el rostro: sabía que había conjurado correctamente sus artes arcanas.

El posadero alzó la daga sobre la cabeza de la joven, había que mantener el vendaval y terminar la invocación como le había sido ordenado por su patrón. Para su incredulidad, de la garganta de la joven no salió un grito de terror sino un ronquido áspero, similar al «oink» de un cerdo. ¿Qué ocurría? Observó perplejo cómo el rostro de la chica mutaba en hocico, y las manos en las pezuñas, mientras la oía gritar igual

que un cochino de granja. Ante la mirada atónita del farsante posadero, el pequeño puerquito quedó libre de los grilletes que lo mantenían preso. El cerdito se escabulló bajo los faldones de los monjes, desapareciendo entre la masa. Con los ojos cargados de ira, el posadero levantó la vista en busca de quien había liberado a su presa y estropeado la posibilidad de concluir su invocación. Por encima de todas las cabezas, desde el pedestal de piedra, sus rabiosos ojos se encontraron con los del satisfecho Jan Paolo. Sus miradas se cruzaron crudas. Entonces, el falso posadero empezó un salmo de oscuros versos, una arcaica invocación, que conjuraría sus poderes más temibles

contra aquel hombre que se había burlado de él con tamaña afrenta.

El viento comenzó a soplar con más fuerza a sus espaldas. Un remolino comenzó a girar tras él.

Desde la cobertura que ofrecían las monumentales columnas Shen había empezado su particular lluvia de saetas. Sea o no cierto el rumor sobre la empatía de los aldryami y sus arcos, la joven arquera no erraba un solo disparo.

Man-Yurý marchaba delante de Cráteros. Sujetaba firmemente su katana con ambas manos, tal y como le había enseñado el más grande de los albaceas reales del propio Emperador Dragón de Kralorela, su ilustrísimo padre. Su

primer tajo fue preciso. Un clérigo intentaba desenvainar la espada curvada que guardaba bajo su túnica. La estocada del kralorí fue directa a la altura del codo. Cortó los tendones y cartílagos de la articulación. El antebrazo quedó seccionado. Entonces pudo reconocer el emblema de la espada que caía al suelo. ¡Sin duda eran armas robadas a los Espadas de Humakt!

Cráteros seguía sus pasos. Su cuchilla ígnea fue lo último que contemplaron los ojos de otro desafortunado y falso fraile. Comprobó que bajo la túnica vestía una cota de malla con emblemas propios de los Espadas de Humakt. Efectivamente, aquellos impostores estaban suplantando a los orlanthis. ¿Sólo para engañarlos a

ellos?

Todavía abstraído entre ensoñaciones, quién sabe si por su «exitoso» sortilegio, Jan Paolo volvió a la realidad en medio del fragor de la lucha que se desencadenaba junto a él.

Reconoció de inmediato los gestos y cantos de invocación que realizaba el supuesto posadero y líder de la ceremonia. Pensó un instante y girando los brazos con energía empezó a recitar un nuevo conjuro arcano: «*Na petás sto aéras xorís...*»

Oculto entre las sombras apareció Li-Wan de manera inesperada. Enarbolando su sable fue directa a por el más grande de los monjes, uno que si

bien no llegaba a la altura de un dragonut, sacaría más de media cabeza a Cráteros. Su estocada fue tan precisa como en otras ocasiones. Atravesó con su filo el vientre del enorme contrincante pero el filo quedó empalado, ¡no podía sacarlo! El monje cayó. La oriental estaba desarmada e indefensa a merced del resto de monjes mientras trataba de sacar su arma del cadáver. Esquivó con agilidad las primeras estocadas mientras buscaba, bajo su negro kimono, algo con lo que defenderse de los golpes de los frailes. Cráteros siguió al dragonut en pos del falso posadero, quien parecía dirimir las voluntades de la congregación.

Man-Yurý no lo siguió, desvió su mirada por una intuición, por un soplo de aire, y dio gracias al Dragón Cósmico cuando la vio. Sabía que algo fuerte lo unía a la bellísima y misteriosa guerrera encapuchada. Se estremeció al observar que ella había perdido su espada y buscaba afanosa bajo su kimono mientras esquivaba las acometidas de varios monjes con gráciles fintas y piruetas. El kralorí sintió un pánico desconocido hasta entonces y dirigió sus pasos en ayuda de la enmascarada.

Alaridos endemoniados, pronunciados en algún idioma desconocido, surgieron de la garganta del descubierto como falso posadero. Terminó de pronunciar

los mandatos de su invocación y una expresión desencajadamente perturbada, a la par que satisfecha, se apoderó de su rostro. Los vientos azotaban las columnas del santuario desde los cuatro puntos cardinales como si éste fuese el ojo de un gran tornado. El tiempo se detuvo por un instante. Un negro tornado de oscuridad impenetrable se había formado tras el líder de los monjes. El ciclón giraba convulso. En el interior del cono, dos puntos rojos surgieron desde el mismo vórtice. Después llegó el enorme bramido, un rugido ensordecedor que resonó por encima de cualquier trueno. Entonces apareció un enorme hocico, una mandíbula abierta que babeaba saliva espesa entre varias

filas de dientes puntiagudos y dos enormes colmillos del tamaño de hoces. La criatura saltó desde la oscuridad del torbellino a la cúspide del pedestal de roca. Allí permaneció un instante apoyada sobre sus cuatro patas. Era similar a un gato, un gato grande de ojos brillantes, tan grande como los seiscientos kilos que debía pesar. Allí paró un instante y se relamió una de sus afiladísimas garras capaces de arrancar la cabeza de un hombre con un solo zarpazo. Su cuerpo, huesudo y tiñoso, provocaba náuseas. Era una repulsiva criatura que causaba pavor en la misma medida que asco. De un salto se abalanzó hacia delante justo cuando Susurro en la Bruma y Cráteros llegaban

al altar. Para terminar con semejante locura, los viajeros tendrían que acabar con la bestia surgida del averno.

En un lateral del templo, junto a la columnata, Man-Yurý apareció al auxilio de su «amada». Golpeó al primero de los atacantes que la acorralaban contra una columna semiderruida. No tuvo tiempo para girarse en busca de más. Antes de que el monje atravesado por su katana llegase siquiera a tocar el suelo, el cuerpo estalló con una atronadora explosión, como si maldijese en su última voluntad a quien le daba muerte. El cuerpo reventó con un espectacular fogonazo volando en mil pedazos. La onda expansiva derribó a los kralorís. Man-

Yurý sintió abrasada la cara y las manos. La máscara de Li–Wan la había protegido de la llamarada; sólo sus larguísimas pestañas habían desaparecido, calcinadas. La superficie de la onda expansiva fue tan amplia que derribó incluso a Jan Paolo en el preciso instante en el que concluía su nuevo sortilegio:

—*Na petás sto aéraaaaa...* —Sin terminar de recitar sus pasajes arcanos, el diplomático lunar cayó desequilibrado por la potencia de la explosión. El golpe hizo que perdiese la concentración en el mismo instante en el que un brillo resplandeciente se desvanecía de entre sus dedos, un brillo del mismo color de la magia. Mientras

caía al suelo, el cónsul estaba seguro de que, esta vez, algo había salido mal. No imaginaba lo que sucedería con su sortilegio interrumpido.

El gato infernal saltó por encima del falso posadero y se interpuso entre éste y Susurro en la Bruma. Tensando los músculos de su brazo izquierdo el guerrero dragonut agarró con fuerza su *klanth*, su arma ritual de hueso con afilados cantos de pedernal engastados a lo largo del mango. No existía fuerza en la naturaleza que hiciese retroceder a un futuro dragón. No había miedo en sus ojos. Elevó su arma con la intención de quitarse del medio a aquel demonio. De pronto sintió como si una mágica fuerza lo sostuviese de los hombros y lo

elevase en el aire. ¡Algo invisible lo sujetaba levantándolo por los aires! Contra su voluntad, el dragonut empezó a flotar como una pompa de jabón, lo que le provocó errar el golpe. El felino contraatacó, ávido y oportunista, arañando al asombrado dragonut que ya levantaba medio metro sobre la piedra del ara. El animal lanzó una dentellada intentado apresarlo con sus enormes colmillos. Mordió algo duro, Susurro en la Bruma encajó su preciado *klanth* entre las fauces del felino. El arma hizo tope e impidió que le propinara una mortífera dentellada. Los dos forcejearon por quedarse con el *klanth*. Si el dragonut perdía su arma, sus posibilidades de vencer se verían severamente mermadas.

Desde la retaguardia apareció Cráteros, inesperadamente, como un rayo fulgurante, portando en su hoja incandescente nuevas esperanzas de victoria. El tajo sobre las garras del tiñoso gato fue tan profundo que, abriendo las fauces de dolor, el demonio dejó escapar el arma cautiva del dragonut.

El abrasado Man–Yurý buscaba ansiosamente su katana, la cual había salido despedida tras la fogosa explosión del monje. Los falsos Espadas de Humakt supervivientes se estaban reagrupando. Aquel intervalo de tiempo fue suficiente para que la siempre imprevisible y misteriosa encapuchada sacase de entre los pliegues de su

kimono una extraña herramienta, propia de los campesinos y los *dojos* de baja alcurnia, consistente en dos recias varas de madera. Dos palos de unas trece pulgadas unidos por una cadenita corta de metal. De nuevo era el momento de proteger a Man-Yurý. Se acercó a los monjes con una de las varas bajo la axila y la otra en la mano. Las hizo girar bruscamente, cual molinillos, pasándolas por su espalda. Girándolas de una mano a otra golpeaba a ritmo de torbellino las cabezas de sus oponentes. El falso posadero volvió a entonar otra rimbombante letanía, protegido tras su fiero felino. El dragonut seguía elevándose sin control; el suelo se encontraba ya a dos metros de distancia.

Li-Wan se había abierto paso entre los monjes a golpe de «*nunchakus*». Había llegado hasta el felino sin saber cómo, pero no dudó en golpearlo con todas sus fuerzas. Tras sacudirlo con fuerza, comprendió que aquello era infructuoso y, convencida de que su sable «*ninjato*» era mejor opción que los «*nunchakus*», se escabulló a buscarlo sumergiéndose entre las sombras; lo necesitaba para atravesar la recia piel del felino. Por entre las columnas volvió a aparecer Jan Paolo. Con energía recogió la espada curva, el alfanje, de uno de los cadáveres tendido a sus pies y se dirigió enarbolando el arma robada hacia el centro del óvalo. El demonio seguía intentando morder al «flotante» dragonut

sin haberse inmutado por los golpes de la kralorí. La cuchilla incandescente de Cráteros sí se hundió en una pata del desprevenido felino. El gato infernal se estremeció ante la quemazón del impacto. Susurro en la Bruma seguía elevándose sin ningún control.

Cierto es que los dragonuts, en la búsqueda de su auténtica forma de dragón con la que un día despertarán, rehúsan utilizar cualquier tipo de «magia» al considerarla una falsa ilusión, un elemento que los ata al «mundo de los espejismos» y los aleja del «verdadero camino hacia la Iluminación Dragontina». Incluso la propia magia de los dragones perpetúa al dragonut que la utiliza al

estancamiento espiritual.

No obstante, lo delicado de la situación requería de medidas drásticas. Mientras flotaba evitando las dentelladas del felino, del dorso del dragonut se desplegaron dos enormes alas de membranas como las que lucían los auténticos dragones. Semejante envergadura le dio un aspecto aún más temible. Batiendo los recién aparecidos apéndices podía controlar el vuelo y desplazarse a voluntad por el aire. Sujetando con fuerza el *klanth*, descendió en picado. Susurro en la Bruma debía encontrarse cerca de su siguiente estadio hacia la Iluminación Dragontina para disponer de semejantes poderes.

El ser infernal, herido en la garra por la estocada de Cráteros, tomó al humano como presa ya que el dragonut flotaba fuera de su alcance. El diestro militar yelmalita intentó detener el tremendo zarpazo con su gladius flamígero, pero la espada salió despedida chocando estrepitosamente contra una de las pocas columnas que se mantenían en pie. Lo peor fue escuchar el crujido de sus propios huesos: cúbito y radio del brazo derecho se quebraban. El Mariscal cerró los ojos con una mueca de dolor insoportable.

De entre la oscura cortina de tierra y polvo aparecieron simultáneamente los dos kralorís. Habían recuperado sus espadas. Rodearon al felino y con

rápidos movimientos hundieron sus filos en los flancos del animal. La misteriosa enmascarada enterró su espada hasta la empuñadura mientras golpeaba en la cabeza a un monje, resistente y testarudo, empleando sus *nunchakus* con la otra mano. Gracias al milenario «*jutsu del ciempiés*», la endiablada velocidad de Man-Yurý desdibujaba el filo de su katana al hender la piel de la bestia. Entre una estocada y otra, por el rabillo del ojo reparó en que la misteriosa kralorí buscaba su mirada. Y en uno de esos cruces, él hizo un guiño con picardía.

Con un aullido de dolor el gran felino intentó recular revolviéndose contra los nuevos atacantes. Los orientales

danzaron a su alrededor. Cráteros reaccionó rápidamente y, aun con el brazo fracturado, sacó fuerzas de flaqueza y la suficiente lucidez para pensar. Girando el torso de su cuerpo cual discóbolo, estampó su escudo -el escudo de la cabeza del halcón- contra el morro babeante del animal en un desesperado intento por atraerlo hacia sí.

—¡Ven a por mí! —gritó el Mariscal agitando el escudo en su brazo sano. «Si llamo su atención lo suficiente, daré tiempo a los demás a atacarlo desprevenido», pensó—. Eso es, a mí... Aquí estoy... ¡Aquí te espero!

El animal bufó de nuevo hacia Cráteros.

Ambos kralorís volvieron a clavar sus hojas de metal en los lomos del animal hundiéndolas entre las costillas, pero la bestia se mantenía aún en pie.

El golpe de gracia vino caído del cielo. El pesado dragonut aterrizó sobre la cabeza del ser estampando su sagrado *klanth* de hueso de dragón contra la nuca.

Una pulpa viscosa de encéfalo y pedazos de huesos cervicales se esparcieron a varios metros de distancia. Con ambas katanas atravesando su costado y el gran dragonut montado en su lomo, el felino cayó desplomado, sin aliento, frente a un dolorido Cráteros quien, a un palmo del

morro, pudo oler su último y pútrido hálito de vida. El yelmalita estampó el escudo con rabia contra las fauces de la bestia. En ese instante apareció Jan Paolo blandiendo la espada que había sustraído al cadáver de uno de los monjes muertos. Cuando llegó junto a los demás, el cónsul lunar encontró la mirada reprobatoria del dragonut y un reproche de su silbante voz metálica, carente al parecer de ninguna otra emoción:

—La magia es una ilusión difícil de dominar para un alma vacía.

Jan Paolo lo miró perplejo.

Algunos monjes aún agonizaban en el suelo. Sobre el pedestal contemplaron

los cadáveres de varias muchachas, casi niñas, vestidas al uso como labriegas orlantis. Habían sido degolladas y sus cuerpos se apilaban sobre la piedra. Ése era el destino que hubiese esperado a la última de las vírgenes, aquella muchacha pelirroja que... ¡que estaba convertida en cerdo! ¿Dónde se hallaba ahora? Se pusieron manos a la obra a rebuscar entre cadáveres y piedras. ¿Dónde estaría el sonrosado cochinito? El posadero yacía a los pies del pedestal junto al yugo ensangrentado. Jan Paolo se aproximó disimuladamente, pero de una larga zancada Man-Yurý se adelantó al diplomático lunar. El oriental seguía «oliendo algo fétido» en la magia del cónsul.

—La próxima vez que intente jugar con un panal lleno de miel, asegúrese de que han salido todas las abejas.

—Métete en tus asuntos, filósofo *cuentaestrellas*.

El cónsul inspeccionó la túnica y la armadura robada a los Espadas de Humakt, siempre con la mirada de Man-Yurý sobre su cogote. No había nada, ni una sola pista de su relación con Xvarnak.

—¡La encontré! —gritó Shen—. ¡Está aquí!

De entre los cadáveres de dos monjes la aldryani recogió en brazos el cuerpo del pequeño marrano de piel rosada. Lo depositó delicadamente sobre el

pedestal. Todos se acercaron mientras Cráteros empleaba magia blanca de Eriisa para recomponer su maltrecho brazo; con una doble fractura, la magia funcionaba mucho mejor y más rápida que las cataplasmas. El nervioso cerdo fue recuperando su tamaño original, perdió las pezuñas, el hocico... y en pocos minutos volvió a ser una muchacha de rizada melena pelirroja, muy joven ahora que la veían de cerca.

Un búho blanco observaba desde el capitel de una columna.

—Debiste escuchar mi consejo —se dirigió Man-Yurý a Cráteros—. Nunca detengas un ataque apoyado sobre tu pierna trasera. Fue lo primero que

aprendí de mi maestro.

A la vez que el Mariscal sanaba su fractura, el resto escuchaba a la joven orlanthi mientras recuperaba el resuello, pues no todos los días una se veía transformada en cerdo. La muchacha lloraba amargamente. Entre sollozos explicó que los mercenarios extranjeros habían encerrado a los auténticos Espadas de Humakt, los alguaciles que velan por la ley y la justicia en la región, en la cripta de aquella ermita. Aún debían estar presos y moribundos. «¡Tenéis que salvarlos!» vociferó. Ella había sido raptada junto a otras muchachas. Entonces empezaron con los rituales y al mismo tiempo vino la tormenta de arena.

Jan Paolo se había alejado del grupo, había localizado entre los escombros una escalera de piedra que descendía por un pasadizo escarbado en la roca. Shen no lo perdía de vista y observó como el lunar comenzaba una serie de movimientos arcanos con las manos. Afinó el oído y entonces creyó distinguir una melódica letanía.

—*Petra Patronum Dominæ* —entonaba ensimismado el cónsul lunar. Se escuchó un chasquido. Una de las ciclópeas columnas que resistía erguida el paso de los años se precipitó sobre la entrada de la cripta levantando tanto polvo que el propio diplomático vio su túnica teñida de gris. Todos enmudecieron, la entrada al subsuelo había quedado

completamente obstruida por toneladas de granito.

La muchacha orlanthi miró horrorizada.

—¡Asesino! —gritó histérica—. ¡Los hombres de mi pueblo se hallan ahí abajo! ¡Los has sepultado!

—¡He sepultado a las decenas de seres que devoran sus cuerpos! —replicó el cónsul con sobriedad—. ¿Tú sabes qué criaturas se ocultan en las profundidades de ese pozo? Tus parientes eran ya parte de su menú. ¡He impedido que los monstruos resurjan desde los avernos en hordas infernales para acabar con tu pueblo! ¡He enterrado a los muertos y he salvado a los vivos! ¡Tu gente me debe la vida!

Todos miraron con escepticismo al obstinado Jan Paolo. La muchacha buscó el apoyo en los almendrados ojos de Cráteros.

—Tiene razón —afirmó para su decepción el veterano yelmalita—, los tuyos ya deben estar muertos. Ha protegido a los que aún estamos vivos y a todo tu pueblo.

La muchacha calló decepcionada.

Con una noche tan cerrada y la tormenta dando sus últimos coletazos, el camino de vuelta no resultaba un trayecto muy seguro. Decidieron acampar a la vera del templo y regresar al pueblo a la mañana siguiente; si era cierto que los falsos orlanthis esperaban a Xvarnak, a

su espera se quedarían toda la noche por si aquel misterioso enemigo asomaba su desconocido hocico.

A pesar de la gran victoria Shen no se sentía feliz. Algo en su interior hacía que se sintiera tremendamente disconforme y alterada: la presencia del engreído Jan Paolo. ¿Por qué el templario yelmalita, siempre protector, no había evitado que derribase la columna? ¿No se daba cuenta de la maldad de aquel hombre? A ella tampoco le gustaban los violentos orlanthis pero, ¿qué derecho tenía Jan Paolo a sepultarlos? Sin la necesidad imperiosa del sueño, Shen quedó vigilante e intranquila. No podía fiarse del humano.

Esa noche nadie durmió bien.

Man-Yurý se acercó a la bella enmascarada mientras ésta se echaba a los pies de un arbusto. Moría de ganas por acurrucarse junto a ella, por conocer cuánto ocultaba bajo su velo negro. Se encontraba eufórico. Habían luchado juntos, codo con codo, y se habían protegido con celo, se habían demostrado algo más que respeto de compañeros. El kralorí pensaba que, quizá, hubiese un sentimiento más fuerte por parte de la chica.

—Hemos combatido como dos garzas sa-sagradas. Ju-ju-juntos hacemos una buena pareja, una buena pareja de guerreros —tartamudeó nerviosamente

el joven oriental utilizando su milenaria lengua. Ella lo miró apesadumbrada.

—Man—Yurý, yo también estoy nerviosa —contestó para el asombro del enamorado kralorí. Suspiró. —Hay algo que debo decirte, pero no todavía.

El Mariscal no tuvo un sueño placentero y mucho menos reparador. La fractura en su maltrecho brazo le produjo fiebre y aunque mejoraba gracias a los benévolos sortilegios que soldaron los fracturados huesos en pocos minutos, algo le rondaba la cabeza entre ensoñaciones. Por un lado, el nombre de Xvarnak había vuelto a aparecer cuando pensaban que lo habían dejado atrás; su identidad era una incógnita. Por otro

lado, en su corazón sentía una aflicción que lo entristecía desde tiempo atrás. Tanto esfuerzo dedicado a la Orden, a la guerra... ¿merecía la pena? En ocasiones echaba en falta una mujer. El apetito de la carne podía paliarlo con prostitutas y fieles seguidoras de Uleria, diosa del amor, pero en su interior anhelaba la compañía de una mujer con quien madurar y con quien formar una familia y tener hijos. Eran tantos los años desde que juró su voto de castidad, la promesa que realizó cuando su orden templaria lo nombró Hijo de la Luz. No existían mujeres en la Orden de Yelmalio y los templarios de la región de Sartar que no votaban celibato solían contraer nupcias, o al menos calentar su cama,

con bárbaras orlanthis cautivas como botín de guerra. En aquella casi primaveral época del año Cráteros siempre se sentía incómodo en compañía de féminas.

A pesar de su voto, movido por un impulso interior, el yelmalita intentó aproximarse a la joven pelirroja. Fantaseaba con su cuerpo caliente, con pasar una mejor noche, la deseaba, pero sólo encontró hostilidad y rechazo. Ella nunca perdonaría la indolencia y conformidad del yelmalita ante la arrogante actitud del cónsul lunar.

Cráteros pasó más vergüenza que frío aquella noche.

Si Susurro en la Bruma se había visto

empujado a usar sus mágicas alas (para las verdaderas ya estaría preparado cuando alcanzase su auténtica forma de dragón), una fortísima causa debía ser el motivo; algo verdaderamente trascendente debía haber hecho que su doctrina se tambaleara.

El camino que debe seguir un dragonut hasta que un día despierta convertido en un auténtico dragón es largo y tedioso, trabado y lleno de continuas reencarnaciones. En los siglos que este proceso dura, el dragonut debe reflexionar sobre las verdades dragontinas que rigen el universo. Tiene que despejar su mente de quimeras ficticias y del onírico sueño material que es vivir físicamente en

Glorantha. Despegarse de cuantas banalidades lo unen a ilusiones falsas y momentáneas. La realidad no es transitoria sino eterna. La magia es ilusionismo, incluso la dracónica. La magia no es realidad sino cadenas que impiden avanzar hacia la auténtica Iluminación Dragontina, hacia la pura esencia exenta de artificios.

Imprevisibles en sus conductas, las pautas dragontinas de comportamiento eran siempre sorprendidas para los humanos.

A la mañana siguiente, Yelm amaneció brillante y resplandeciente. No quedaban rastros de tormentas de arena. Se podía respirar tranquilamente sin que las fosas nasales fuesen invadidas por

miles de diminutas partículas u otear el horizonte sin que los ojos se viesen empujados a llorar por la cantidad de polvo acumulado en el aire. El Tiempo Sagrado terminaba. El clima mejoraría en ciernes de la incipiente estación primaveral que se aproximaba.

No tardaron en alcanzar los límites del pueblo. Las calles de la villa no presentaban aquel aspecto triste y solitario con el que los viajeros fueron recibidos por primera vez. Un puñado de niños corría, los observaban desde lejos y huían conforme se acercaban. Las madres vigilaban desde las ventanas de sus casas, ahora abiertas de par en par. Al penetrar por la calle principal, un pelirrojo orlanthi algo mayor que

Cráteros se adelantó. Portaba el bastón de mando típico de un jefe de clan. La joven rescatada corrió a su encuentro. Éste dejó caer el bastón y recibió a la pequeña entre sus brazos sin poder contener el llanto. Estalló en lágrimas. El jefe del clan agradeció a los dioses y a los forasteros que le hubiesen devuelto a su hija. Con la joven entre los brazos sus simpatías u otros afectos estaban de más. Para él y su pueblo lo importante era que los extranjeros habían acabado con los agresores y sus muertos habían sido vengados.

Una multitud de granjeros y hortelanos se fue congregando alrededor de los reencontrados padre e hija. Allí estaba el herrero, el carpintero, el curtidor de

pieles, un albéitar venido de Pavis y un sinfín de curiosos que se aproximaban a comprobar el estado de la niña pelirroja y a informarse sobre el resto de desaparecidos.

Para sorpresa de todos y haciendo gala de unas exquisitas dotes para la oratoria, Jan Paolo se encaramó a una roca tallada en el centro de la plaza y comenzó a relatar a la multitud congregada lo sucedido a sus parientes desaparecidos. Escabrosamente relató cómo yacían sepultados bajo las ruinas del templo, muertos y devorados. Los cuerpos de sus seres queridos eran pasto para las bestias bajo las antiguas ruinas. Cambió entonces el funesto tono del discurso por otro más rimbombante

pidiendo a los congregados que no sufrieran por sus familiares porque él los había vengado. Los asesinos que habían acabado con los verdaderos Espadas de Humakt también reposaban muertos bajo las ruinas. Él, su salvador, había enterrado para siempre bajo toneladas de granito a los monstruos invocados, salvando al resto de la población: «Yannafal Tarnils me ha otorgado el poder de la victoria». Había quien lloraba a sus familiares culpando directamente a la indolencia de Humakt, cuyo nombre empezó a sonar con desprecio entre los allí congregados, lo que hizo más potente el discurso de Jan Paolo. Algunos granjeros pelearon entre sí. Desde la roca sobre la que el jefe del

clan daba sus discursos y bendiciones, el orador lunar convenció a aquellas gentes de que ellos merecían algo mejor. Explicó después que Humakt los había abandonado a merced de los asesinos y su poder no había podido hacer nada para proteger al pueblo; sus Espadas eran guerreros débiles e ineptos. No obstante, existía un dios piadoso que jamás permitiría algo así, que nunca daría la espalda a su pueblo, que era benévolo con los suyos a la par que implacable con sus enemigos. Un dios que ya había combatido y ganado en batalla singular al propio Humakt. Una fuerza más fuerte que la propia Muerte, quien ya había derrotado a su propio maestro. Ese discípulo era Yannafal

Tarnils, *el Conquistador*, uno de las Siete Madres que hicieron ascender a la Luna Roja hasta los cielos, donde gobernarían sobre todas las deidades. Un dios que siempre velaría por su gente y ajusticiaría a sus enemigos.

Salvas y juras entre los orlanthis se oyeron en honor a Yannafal Tarnils. Odio e insultos hacia Humakt, quien los había abandonado como a perros. Ante el beneplácito y la asertiva mirada del jefe del clan, y con la expectación que habían causado sus palabras, el diplomático concluyó así su panegírico:

—Yo, Jan Paolo de Kanravx, os bendigo. ¡Que las Siete Madres se apiaden de vuestro pueblo y traigan la

paz a vuestros hijos! Lo que el inepto Humakt nunca pudo proteger que Yannafal Tarnils lo bendiga. —Cogió el bastón de mando del líder y lo dirigió hacia el omnipresente astro carmesí que dominaba los cielos ante la mirada atónita del gentío congregado y de sus propios compañeros de viaje—. Cogeré este bastón como prenda. Quienes lo traigan de vuelta serán misioneros con la palabra pronunciada de Yannafal Tarnils, quienes vendrán a luchar por la paz y la seguridad de los vuestros, de vuestros hijos. ¡Iluminada vida a la Diosa de la Luna Roja! ¡Que su manto bermejo cubra así, tanto la tierra como los cielos!

Epílogo. De cómo fue el discurso de

Pacificación Lunar declamado en aquel día.

Reproducción más o menos exacta de lo expuesto por Jan Paolo.

«...Y rota cayó Muerte, la espada de Humakt. Quebrada en infinitos pedazos por cuán poderosa y encarnada energía protegía a Yannafal Tarnils. El pupilo había vencido al maestro en duelo singular. El combate había terminado. Humakt no pudo con el ímpetu del Conquistador, el Guerrero Conquistador, quien junto a las otras seis Madres formó el septeto que elevó a la joven Diosa de la Luna Roja hasta los cielos, el lugar que merecía su divinidad.

La Diosa de la Luna Roja arropó todo credo bajo su manto. Sólo el irreverente Orlanth cuestionó su poder y se agitó en el cielo. Hasta los Portadores de la Luz (Chalana Arroy, Lankhor My, Issaries...) asumieron la supremacía de la joven y bermeja divinidad. Desde luego que Humakt, el primer espada de Orlanth, el Dios Tormentoso que trajera la Muerte a Yelm, tuvo que doblegarse al exultante poder del guardián de la Luna Roja, el conocido como Conquistador Rojo, Yannafal Tarnils.

Yannafal Tarnils es la deidad que vuestro pueblo, bravo y guerrero, necesita para protegerse y sentir seguridad en las noches de luna llena,

siempre roja y llena. ¡Ahuyenta a los enemigos y los disuade del suicidio del ataque! Es quien vuestros hijos e hijas necesitan para crecer en un mundo civilizado y en paz.»

¡PAX ROJA! ¡PAX LUNAR!

Jan Paolo de Kanravx Dixit

Capítulo VII «Entre los muros de Pavis. La última frontera»

—El discurso fue magnífico. —Las palabras de Cráteros fueron acogidas como un sincero halago por Jan Paolo, el muy proselitista cónsul y antiguo misionero lunar—. Todo el pueblo quedó prendado de tan elocuentes oraciones.

La columna dragonut se había puesto en marcha después de que la tormenta de arena hubiese desaparecido, el día anterior, de forma tan espontánea como surgiera. Era una mañana cálida y el

cielo estaba despejado. Dana, sobrevolando los alrededores, había localizado una extraña figura que reposaba firme sobre la cumbre de una de las múltiples lomas que inundaban el árido paisaje praxiano. El ave sagrada transmitió a Cráteros que de un dragonut vigilante se trataba. El sacerdote de cola al mando de la columna, Señor Piel Inquebrantable, envió una partida de exploradores a investigar el solitario vigía. Había algo extraño en todo aquello. Muy lejos se encontraban de cualquier territorio de dominio dragonut.

Los exploradores regresaron con una sorpresa mayúscula:

—No es un dragonut —aclaró el

intérprete dragontino a los expectantes humanos.

Otra partida de exploradores fue enviada ipso facto para investigar el origen del extraño vigía. Dos de los viajeros insistieron en unirse: Jan Paolo y Man-Yurý. Finalmente el jerarca dragonut accedió a su petición. Un nutrido grupo de guerreros iría como escolta. Rodearon la colina y se encaramaron hasta su punto más alto. Desde las faldas habían visto la figura y desde luego que parecía un enorme dragonut inmóvil, hierático, como la primera vez que los habían encontrado en los montes de Sartar. Los exploradores de la cresta gallinácea en la cabeza fueron los primeros en

ascender, seguidos por los guerreros picudos que los escoltaban.

Jan Paolo había abandonado a su serpenteante compañero de cháchara, el wyrm Llama Flameante, para investigar la figura. El diplomático se mostraba en todo momento muy interesado por conocer cuántos secretos escondía la sabiduría de los dragones. Una vez arriba, a ojos del lunar sí que parecía un dragonut, de los grandes además. Medía más de dos metros, era muy corpulento y sujetaba un garrote sobre el pecho... ¡pero con la mano derecha! ¡Al revés que los dragones! Además, la figura doblaba los pulgares hacia la palma de la mano, como los humanos.

—No es un dragón, sino un reptil. Es un animal salvaje. Alguna tribu primitiva lo ha momificado como tótem. —Y tras esta explicación, con un descomunal golpe de *klanth*, su arma ritual de hueso y pedernal, el taciturno intérprete de los dragonut estampó la momia contra el suelo.

Man—Yurý había oído hablar de una raza de reptiles bípedos que tradicionalmente momificaban a sus muertos. Reptiles, organizados en primitivas tribus, que poblaban las islas más orientales del levante kralorí. Eran agresivos, devoradores de humanos. ¿Qué hacía uno al oeste? ¿Y en el continente? Los exploradores y guerreros dragonuts volvieron a la columna sin prestar

mayor atención al lagarto momificado. Los dos kralorís, sin embargo, se prestaron afanosamente a levantar la momia de nuevo. La momificación era un arduo y costoso proceso y no entendían como semejante cadáver había ido a parar a las áridas estepas de Prax. Ayudados por Cráteros, los orientales levantaron la momia del reptil. Cuando dejaron el cuerpo tal y como lo habían encontrado antes del topetazo del arisco intérprete de los dragonuts (no fuesen a perturbar a ningún espíritu salvaje) volvieron a marchar junto a la columna.

Un búho blanco se posó sobre la imponente figura mientras descendían la colina.

Habían pasado otras tres noches descansando a la intemperie. El sacerdote de cola dragonut y guía de la marcha, Señor Piel Inquebrantable, anunció que al llegar a Pavis pernoctaría en la antigua Gran Ruina. Un arcaico templo dragonut se encontraba en el interior de las ruinas de lo que fue la ciudad vieja. Allí aprovecharía para resolver algunos asuntos políticos y mágicos antes de marchar hacia los desérticos Yermos. Los viajeros tendrían que pasar la noche en la nueva ciudad de Pavis, donde debían provisionarse con cuanto fuese necesario para sobrevivir a la penosa peregrinación que tendrían por delante. La cita sería al día siguiente en la puerta

norte de la ciudad. Una vez que adquiriesen todos los víveres necesarios, partirían hacia el inhóspito desierto.

Pavis era la última frontera civilizada antes de la desértica nada.

Cráteros mostró interés por entrevistarse con los líderes del destacamento mercenario de lanceros yelmalitas apostados en Pavis, contratados con la plata del Imperio Lunar; Jan Paolo haría lo propio con los gobernadores lunares de la ciudad. Un Man-Yurý ilusionado flotaba de gozo ante la perspectiva de verse toda una tarde a solas con su bella misteriosa. No pudo reprimirse y así se lo hizo saber:

—Dichoso estoy de júbilo con el placer de perderme entre las calles de la ciudad, y afianzar así... —dudó— esta amistad que tan bellamente compartimos.

Ella lo miró a los ojos. Él pudo ver miedo y nerviosismo en los de ella.

Apenas dos días restaban, de acuerdo al calendario theyalano, para saludar al nuevo año nuevo de 1621. Antes de partir, los siervos tritónidos habían preparado las monturas para el último tramo de camino hasta la urbe. Tras atravesar los páramos de la estepa praxiana, bajo el cielo magenta del atardecer, en lontananza localizaron la Gran Ruina de la vieja Pavis. Lo

primero que divisaron fue la increíble muralla que protegía la antiquísima urbe, tantas veces destruida y masacrada, tantas veces conquistada y repoblada. Su visión sobre las planicies praxianas era pasmosa. El conocido Río de las Cunas, la leyenda dice que nombrado así por las cunas de gigantes que en la antigüedad bajaban flotando arrastradas por la corriente, serpenteaba con su tono verdoso desde las lejanas montañas hasta desaparecer bajo las ciclópeas murallas de la antigua Gran Ruina. Estas murallas infranqueables se extendían a lo largo de los veinte kilómetros que medía la vieja Pavis y alcanzaban los treinta metros de altura. La legendaria Gran Ruina de Pavis se

encontraba al resguardo de aquella megalítica barrera de rocas monumentales. Este enclave era la frontera más oriental del Impero de la Luna Roja.

Casi veinte años llevó la ocupación de Prax. Otros tantos la de Sartar. Y tras haber terminado la conquista de las Tierras Heortianas al sur, el Imperio Lunar continuó su expansión hacia el este, buscando nuevos territorios que anexionar. Desde 1619 sólo el bastión orlanthi de Murallas Blancas resistía los embistes imperiales.

La columna dragonut llegó hasta la ciudad limítrofe entre la estéril Prax y el desierto de los Yermos. Junto a los

ciclópeos muros que rodeaban la Gran Ruina, los viajeros contemplaron, al borde de la cavidad por la que el Río de las Cunas desaparecía en el interior de la muralla, la reciente ciudad nueva. Nueva Pavis, muchísimo más pequeña que la colosal Gran Ruina, había sido fundada hacía menos de un siglo. A simple vista, su empalizada no se extendía por más de un kilómetro y apenas se alzaba una cuarta parte de la altura del mastodonte amurallado que era la vieja Gran Ruina. Levantada por un noble de Sartar, ahora proscrito, Nueva Pavis era hogar de granjeros, comerciantes, pescadores... y últimamente de soldados lunares, de muchos soldados lunares.

Los viajeros recorrieron una vía recién pavimentada por el Imperio. Algunos oriundos de la zona pensaban que no se había hecho para mejorar el comercio, sino para mejorar el transporte de sus propias tropas y regimientos militares. Por encima de la muralla de Nueva Pavis asomaban las torres más altas, levantadas con estuco y adobe. Los viajeros no estaban familiarizados con estas anaranjadas construcciones hechas de barro cocido y paja, de ladrillos unidos con cal y arena, recubiertos por azulejos o pintados al fresco. Redondeadas y coloristas cúpulas terminaban en afiladas agujas. Ventanas con forma de ojiva. Arcos de herradura cuyos tímpanos eran adornados con

multitud de escenas religiosas. Las jambas y pilastras lucían policromadas con diversos motivos vegetales o cubiertas de artesanales azulejos y taqueados, como también lo estaban los ladrillos que conformaban las paredes. Los ventanucos adornados con yeserías representaban diferentes formas geométricas inspiradas en la naturaleza.

De una de las torres más altas surgió un canto. Un sacerdote vestido con una blanca chilaba llamaba a la oración.

Fuera de la muralla se abría todo un campo de chabolas y favelas, un poblado de mendigos que junto a las tribus nómadas acampaban a lo largo de la llanura, alrededor de numerosas

fogatas y hogueras.

Según se acercaban podían escuchar cómo crecía el rumor de la ciudad y de su caudaloso río.

Diversos olores se mezclaban. Los campamentos de beduinos y el río destilaban el fuerte aroma, insufrible para pituitarias delicadas, del orín, las heces o el pescado secándose al sol. Además de los habituales animales de granja criados para el comercio y alimento, las cebras y los antílopes de las tribus nómadas estaban acampados en el llano. Sus excrementos se mezclaban con aromas de perfumes de hierbas y especias como el clavo y el cardamomo, junto a otras fragancias no

identificadas. Todas arañaban y se fundían en las cavidades nasales de los recién llegados.

La columna dragonut se detuvo al unísono con marcialidad. Sólo el séquito que acarreaba el palanquín, donde viaja el noble, avanzó en dirección a una puerta diminuta de entrada que se divisaba en la muralla, seguido de cerca por la compañía de los humanos. Se dirigieron al puesto de guardia donde dos legionarios lunares estaban apostados vigilando la entrada. Olía a río, a pescado. Una multitud de mendigos, indigentes, lisiados (tanto viejos como niños) se arremolinaba en torno al grupo de extranjeros mientras el palanquín, con el intérprete dragonut a la

cabeza, entraba en el puesto de guardia lunar; nadie tenía la osadía o la temeridad de acercarse a un palanquín portado por cuatro enormes guerreros dragonuts. Temidos y adorados eran los futuros dragones. Imprevisibles para los hombres.

—¡Una limosna! —suplicaba desesperada la multitud hambrienta.

Decenas de parias con la marca de la viruela o la sarna, con extremidades mutiladas o lisiadas, se arremolinaron malolientes, carentes de cualquier higiene, sobre los agotados viajeros, tocando, suplicando...

—¡Por favor! ¡Os lo ruego!

—¡Alma caritativa! ¡Sed piadosos con

un viejo lisiado!

—¡Igual apestáis que las ratas! —gruñía un asqueado Jan Paolo intentando zafarse de la multitud que se agolpaba a su alrededor—. Buscad la fe y un trozo de pan en el templo de Teelo Norri. ¡Yo tengo tareas de mayor trascendencia...! ¡Y que os den un baño caliente!

—Tengo un mapa de la ciudad, señor —ofrecía un niño un trozo de papiro arrugado—, es auténtico y está completo.

—¿Está señalado el mercado? —preguntó Man-Yurý con su exótico acento.

—Sí, claro, y podrá encontrar lo que necesite: carne, sal...

El oriental le lanzó un lunar de plata.

—¡Que la dicha esté siempre con usted, señor! —Lo bendijo el niño mientras comprobaba con los dientes la autenticidad de la moneda.

—Guapo —se acercó una mujer, oronda y madura, a Cráteros, con una lasciva mueca en la cara—, ¿necesitas que te enseñe la ciudad? ¿O que te haga algo relajante?

—Mujer, sólo dime —contestó éste introduciendo una moneda de plata por el generoso escote de la opulenta dama —, dónde puedo remojar el gznate después de caminar durante todo el día.

—¡Bah! Quizá no eres tan hombre—. Se indignó ésta con un aspaviento a lo que

el Mariscal respondió introduciendo otro lunar por el canalillo—. ¡Tú sí que entiendes a las mujeres! Glimpy's es tu posada; si es que no quieres pasar un rato interesante con una belleza como yo...

Los dragonuts ya se habían puesto en marcha bordeando la muralla de Nueva Pavis en dirección a la Gran Ruina, donde pensaban encontrar el templo dragontino erigido en su interior. En su bosque natal, Shen había escuchado cuentos sobre el inmenso jardín aldryani que florecía en el interior de la Gran Ruina. Albergaba algunas de las plantas más exóticas de toda Glorantha, y con quién mejor que con una columna dragonut para sentirse protegida en el

camino. Le pareció una buena oportunidad de visitarlo. Con delicadeza se dirigió al arisco intérprete dragonut pidiendo dulcemente: «podría acompañaros hacia el interior de la Gran Ruina». La aldryani quería el consejo de los Jardineros de Aldrya sobre la búsqueda. También necesitaba respirar la vegetal compañía de los suyos. ¡El mundo de los humanos es tan irracional y violento! Acostumbrada al aire puro de los bosques aldryami, el hedor de aquel lugar llamado Pavis, donde vivían hacinados por centenas, resultaba repugnante. Antes de abandonar a los hombres y partir con los futuros dragones hacia el interior de la Gran Ruina, volvió a quitar a Cráteros

de la cabeza la idea de concluir allí su prueba de madurez; estaba resuelta a terminar la búsqueda y llegar hasta el final. La leyenda decía que fue Aldrya quien curó a Yelmalio de sus heridas salvándole la vida con uno de los Soles, el segundo de los Tres.

A la mañana se encontrarían de nuevo en La Puerta Norte y, tras aprovisionarse de lo necesario para cruzar el desierto, seguirían camino a oriente.

Era turno de los hombres, quienes se apresuraron a entrar en el puesto de control. Varios legionarios lunares custodiaban la entrada de la ciudad. Pilums de metal, escudos con la imagen de la Diosa de la Luna Roja montada

sobre el terrorífico Murciélago Carmesí, yelmos con protectores de barbilla, brazales y grebas acorazaban a las tropas imperiales apostadas junto al paso de ingreso a la urbe, el lugar donde se concedían, o no, los permisos necesarios para el acceso.

Un curtido legionario con un parche en el ojo derecho, el cual portaba un colgante con forma de circunferencia atravesada por una línea vertical, símbolo rúnico de la Luna Roja, se adelantó a los cuatro extranjeros.

—Señores de buena conducta, bienvenidos a la ciudad libre de Nueva Pavis. No parecen oriundos de la zona, ¿me equivoco?

—Venimos de paso —surgió con vehemencia la voz de Jan Paolo sacando de debajo de su jubón los colgantes de simbología lunar y usando Nuevo Peloriano, idioma oficial del Imperio. Los enormes ojos verdes le brillaban con una luz inquietante.

—Acompañenme por favor al interior de la garita de aduanas para realizar sus trámites de ingreso en la ciudad.

La garita no era más que un modesto cuchitril. El ambiente estaba cargado. Hacía calor. Las paredes de adobe sudaban por la humedad; llevaban expuestas al sol todo el día recociendo el aire de su interior. Dentro sólo había una mesa de madera con varias pilas de

papiros. Un afanoso escriba macilento y enfermizo, tan paliducho como la túnica que vestía, escribía diligente sobre una vitela, usando una blanca pluma de ave que mojaba en un tintero con regularidad. Jan Paolo tomó asiento en el único escabel libre de papeles que había en la diminuta habitación.

—Señores, necesitamos sus nombres, nacionalidades, profesiones y el motivo que los ha traído hasta la ciudad, para cumplimentar los pertinentes formularios de acceso.

Jan Paolo extrajo de un bolsillo interior de su túnica un cobrizo sello imperial que lo acreditaba como funcionario del Imperio de la Luna Roja. Se lo colocó

en el dedo anular. A pesar de vestir ropas de misionero, en ese momento algo ajadas y raídas, hacía tiempo que era procónsul de las Provincias del Sur.

—Mi nombre es Jan Paolo de Kanravx. Soy alto emisario de Su Majestad Lunar, el Emperador Rojo. Estoy en misión diplomática y ésta es mi escolta personal. Necesito hablar con el gobernador de la ciudad. Mis asuntos son sólo míos y tú no necesitas saber más nada.

Las palabras del diplomático acongojaron al veterano guardián. «Emisario del propio Emperador Rojo, ¿he oído con claridad?». Tembloroso tragó saliva y alargó la mano hasta una

pila de papeles depositada sobre la mesa.

—¿Sería tan amable de cumplimentar este formulario, señor? —pidió visiblemente nervioso—. Es puro protocolo. Espero que su estancia en Nueva Pavis resulte de lo más placentera. Sólo permítame recordarle que el uso de la violencia y la magia están prohibi...

—Sé perfectamente las normas de convivencia cívicas por las que los ciudadanos lunares se sienten orgullosos de sus administradores —interrumpió Jan Paolo con brusquedad.

Tras pasar bajo el arco de La Puerta Norte, conocida también como Puerta de

los Leones, cuyas jambas se alternaban con colores rojo y blanco, el cónsul lunar se dirigió directamente hacia el templo de las Siete Madres, indicado dócilmente por el viejo aduanero legionario. Cráteros distinguió la cúpula dorada por encima de los tejados, revestida con pan de oro, representativa de un hogar de culto a Yelmalio. El militar se puso en camino hacia el templo ubicado en el corazón del barrio donde se apostaban los mercenarios yelmalitas contratados por el Imperio Lunar. Los dos orientales se quedaron con el mapa. Aún quedaba tiempo para echar un ojo al mercado. Aun atardeciendo, conservaba abiertos la mayoría de los puestos de venta

ambulante. Al anochecer, todos se dirigirían a la taberna de Glimpy's en el Barrio Viejo.

Bullicio, calles atestadas, gente y más gente. Multitud de guardias lunares patrullaban el mercado. Los impresionados orientales se abrían paso casi a empujones entre los comerciantes que todavía no habían retirado sus puestos de la calle. Una camada de gatitos se cruzó bajo sus pies, ronroneando, hambrientos a la espera de ablandar algún generoso corazón. Multitud de atareados viandantes cruzaban en todas direcciones: altos, bajos, gordos, delgados, de cabellos largos, cortos, con turbantes, mujeres cubiertas con *burkas*, con *saris*, con

fulares y *pasminas*, pulcros señores recién salidos de las termas, porquerizos con olor a estiércol... Agitados vendedores con mucho que ofrecer y compradores desesperados por algo que adquirir. Gritos, voces y chillidos llamaban la atención de los posibles clientes: «¡Jarrones de porcelana kralorí! ¡Los más bellos jarrones traídos de oriente! ¡Cestos de mimbre! ¡Ánforas de cerámica! ¡Bananas de Thesnos! ¡Zumo de jengibre! ¡Zumo fresco de jengibre!

—¡Ohhh! —exclamó Man-Yurý sacando el pie del charco donde había sumergido su sandalia con la suela alta de madera. La «geta», en lengua kralorí, estaba completamente empapada. El suelo de

tierra, aún sin adoquinar, estaba anegado por multitud de charcos. La tierra no había drenado las lluvias torrenciales dejadas por la Estación de las Tormentas recién terminada. El calor y la humedad se mezclaban. Calles de suelo embarrado y guardias deambulando. Un gato negro cruzó frente a los orientales. Todo tipo de personas pasaban ante sus ojos. Sobre algunos carromatos sus dueños habían dispensado mercancías tratando de competir con las tiendas más grandes, las cuales abrían sus escaparates a la calle. Se podía encontrar casi cualquier mercancía. Así respiraba una ciudad fronteriza como Nueva Pavis. Una mezcla de olores indivisibles flotaba en

el ambiente: alimentos, heces, basura... El olor de las especias lo salpicaba todo. A pesar de la preponderancia de la sal -valiosa por su uso como conservante y sazonador de carnes y pescados- se podía oler el clavo, el hinojo, el cardamomo o la cúrcuma. También se encontraban útiles para la siembra, frutas exóticas, semillas, ropa elaborada con diversos tejidos, cuerdas, sillas de montar... y muchos mendigos menesterosos. Tendidos por las calles pedían y bendecían a quien quisiera escucharlos suplicando limosna, hombres y mujeres, viejos y menos viejos... Casi a la par andaban con el número de legionarios lunares patrullando, algunos montados sobre

extraños caballos rayados por trazos verticales blancos y negros; *cebras* los llamarían más tarde en occidente.

Con un rápido movimiento, de esos que resultan imperceptibles para el ojo humano, Man–Yurý quebrantó su estricto código de conducta por primera vez en años. Se sorprendió a sí mismo sustrayendo un bello crisantemo amarillo sin que el vendedor de flores se percatase. Lo hizo movido por un impulso irrefrenable. Ocultó la flor y una vez lejos del puesto se la entregó a su amada como si fuera un tesoro. Ella miró con sorpresa el regalo. El enamorado percibió luz en sus ojos. ¡Le había gustado! La misteriosa guerrera cogió delicadamente el crisantemo y con

cuidado lo guardó bajo su kimono.

Tres gatitos maullaban y se relamían en un pórtico junto a la pareja.

Un encantador de serpientes devolvió a los jóvenes orientales a la realidad. Un anciano desdentado se sentaba sobre una alfombra de anaranjados colores. Sobre su cabeza portaba un gran turbante grisáceo y frente a él, una preciosa cobra bailaba al compás de la hipnótica melodía que el viejo entonaba hábilmente con una flautilla de madera. La cobra de escamas moteadas adornaba el capuchón de su cabeza, tan distintivo de esta raza de ofidios, con dos delicados anteojos de color grana. Li-Wan se detuvo ante otro vendedor.

Observó la mercancía. Un artesano saetero ofrecía un amplio abanico con diferentes modelos de flechas y virotes: distintos pesos, longitudes, puntas elaboradas con diversidad de metales...

—Debería rellenar su carcaj vacío —le recordó la enigmática kralorí.

Siguiendo la cúpula dorada Cráteros no tardó en llegar al asentamiento de los mercenarios yelmalitas. En su corazón halló la basílica solar, lugar de culto y residencia de los Hijos de la Luz y lanceros de Yelmalio a la vez que palestra de adiestramiento para sus gloriosas falanges de hoplitas. En el edificio más singular de la barriada, el adobe y el barro habían sido sustituidos

por mármoles de la zona, como era del gusto de las autoridades solares; la opulencia de la piedra dejaba claro que el Imperio Lunar pagaba bien a sus mercenarios. En los alrededores del templo, Cráteros no sólo encontró fieles de Yelmalio, también había varios edificios tomados por tropas lunares para dar cobertura a sus propios regimientos. ¿Tantos soldados eran necesarios?

Dos gatitos pardos le seguían los pasos.

Dos lanceros abrieron paso al templario recién llegado desde lejanas tierras.

Cráteros quiso saber quién llevaba el mando religioso y militar en la zona.

Dejando a los lanceros en sus puestos de

vigilancia, un Hijo de la Luz lo acompañó a las dependencias interiores donde Karial el Puro lo atendería cuando hubiese concluido con sus obligaciones religiosas; el sacerdote se encontraba oficiando un acto religioso para dar bendición a una de las familias más importantes de la ciudad. El Templo de la Cúpula Solar de Nueva Pavis no era tan grande como el de su hogar, en Sartar. Cráteros cruzó al santuario yelmalita y ofreció un salmo frente a una representación broncea del hijo del Yelm. «Sol Crepuscular, Yelmalio Protector, Hijo del Sol y de la Luz, quien trae calor cuando el invierno hiela, Cegador de trolls y Azote del Caos». Tras cumplir con sus rezos y

ofrecer una donación al cepillo del templo, fue recibido por el sacerdote y máximo responsable religioso, Karial el Puro.

—Que la luz de Yelmalio ilumine tu camino, hijo —lo bendijo el sacerdote.

—Y su fuerza nos dé calor durante la noche, honorable padre —respondió protocolariamente el Mariscal ofreciendo una holgada genuflexión.

—Muy bien, hijo, Yelmalio necesita de tu fe y de los rezos de cuantos más fieles puedan sumarse a este modesto recinto. ¿Has cumplido con tus obligaciones litúrgicas para con *La Luz que nos acoge frente a la oscuridad*, como te es menester?

—Sí, honorable padre —respondió el Mariscal—, pero no es mi deuda lo que vengo a saldar con el Sol Crepuscular, ni a sumar mi lanza a sus fuerzas de combate en Nueva Pavis. Al contrario, me hallo inmerso en un viaje y es vuestra ayuda lo que vengo a solicitar. Estoy siguiendo una empresa que me llevará más allá de los Yermos.

—¡Oh, hijo mío! Creo que sólo Yelmalio puede brindarte la luz que necesitas. Atareados estamos para prestar ayuda fuera de nuestros muros...

—Nuestras fuerzas son modestas en Nueva Pavis. —Otro Hijo de la Luz se dirigió al Mariscal interrumpiendo al sacerdote. El nuevo templario entró con

ímpetu en las dependencias clericales. Era alto, fornido, lucía una rizada barba castaña y una frente amplia y despejada de pelo, el cual le caía en largos mechones por los lados y la parte posterior de la cabeza. Portaba un hermoso yelmo dorado que sujetaba bajo uno de sus brazos. Saludó llevándose un puño al pecho. Cráteros comprobó que no era un simple acólito fiel de Yelmalio. Sus insignias y medallas lo delataban como Capitán Solar de la guardia de lanceros. Era el jefe militar de la zona:

—Ni hablar, en estos momentos no podemos ofrecer cobertura a ningún hermano. Puedes pernoctar en nuestras dependencias, cumplir con tus

obligaciones religiosas en el templo o asearte en las termas y baños si lo deseas, pero no puedo ofrecerte hombres, armas ni víveres para campaña alguna. La situación en Nueva Pavis se está volviendo insostenible. Si las legiones lunares no hubiesen entrado en la ciudad para pacificarla, hace tiempo que tendríamos que haber vuelto al sur, al Valle del Río de las Cunas. Nuestras falanges son a su vez indispensables para el ejército de la Luna Roja. Esta unión es lo que mantiene a raya a los insurgentes. La Gran Ruina de la antigua Pavis está infestada de salvajes. Quieren conquistar la ciudad como hicieron siglos atrás. Quieren expulsar a todos los hombres nobles de Nueva Pavis. El

ataque se prevé inminente. Tenemos que estar muy alerta y luchar al lado de nuestros aliados lunares para repeler al invasor y devolverlo de forma súbita al lugar al que pertenece. Están esperando que llegue una noche oscura para lanzarse sobre nuestros pescuezos y esa noche pudiera ser hoy...

El Mariscal dejó escapar un suspiro velado de entre sus labios.

Tres runas grabadas coronaban el frontón, sobre un friso de triglifos y metopas, del templo consagrado a las Siete Madres. Tres runas con tres significados: Fertilidad, Luna y Muerte. En el frontón, además, estaba retratada a golpe de cincel, en un reciente

bajorrelieve, la barca en forma de cuarto creciente con la que las Siete Madres hicieron que la Diosa Roja ascendiera a los cielos. Las Siete Madres fueron quienes elevaron a la Diosa de la Luna Roja hasta la divinidad. En los días del Imperio, su culto se encargaba de hacer proselitismo y anexionar nuevos fieles, así como de proteger y cerrar las fronteras imperiales a los indeseables; eran la salvaguardia de los buenos ciudadanos.

Con paso decidido y largas zancadas Jan Paolo atravesó la estriada columnata de redondeadas volutas en los capiteles que rodeaban al templo. Cabeza alta y espalda recta, Jan Paolo se introdujo en el templo lunar sin que nadie le diera el

alto. El primer altar que halló fue uno presidido por el busto de una mujer de mediana edad. Una ornamentada peineta y el alto recogido de la melena, algo pasado de moda, adornaban representativamente la efigie de Deezola, una de las Siete Madres.

—Tengo que ver irremisiblemente al gobernador Sor Eel —dijo altivo a un atónito legionario lunar que hacía guardia en la entrada a las dependencias interiores del templo—. Vengo en misión imperial.

Nada pudo hacer el guardia por detener al cónsul. El perplejo soldado no supo qué contestar y antes de que pudiera abrir la boca, Jan Paolo se había colado

hacia los restringidos interiores de la edificación por un umbral enmarcado entre tres bloques de mármol rosado.

—¡Pero qué desacato es éste! —gruñó enfadado por la intrusión del polvoriento Jan Paolo un laborioso sacerdote de Deezola, quien se encontraba limpiando varios útiles quirúrgicos de metal en una jofaina llena de agua limpia. Vestía una túnica blanca muy parecida a la que llevaban las curanderas de la lejana Pomar, salvo por una gran runa lunar enmarcada dentro de un recuadro en el pecho, lo que diferenciaba ambos atuendos.

—Mi nombre es Jan Paolo de Kanravx, Procónsul Lunar de las Provincias del

Sur, destinado en la región de Sartar para el proceso de lunarización de bárbaros extranjeros —dijo mostrando sus abalorios—. Vengo en una misión altamente secreta a las órdenes del propio Emperador Rojo. Es voluntad de Su Excelencia Imperial que esta empresa no salga a la luz. Tengo que ver al gobernador de la ciudad. Es una absoluta prioridad imperial además de ser su *Palabra Pronunciada*. Tú no quieres contravenir los mandatos de nuestro Emperador, ¿verdad? Tengo que comunicar la llegada de tres extranjeros a la ciudad...

—Espere un instante. Uno de los Señores de Hierro de Yannafal Tarnils se encuentra en el templo, voy a

avisarle. En estos momentos se halla en el altar del Guerrero Conquistador. Es comandante de la Falange de Mármol, una de las tres que protege Nueva Pavis de los enemigos del Imperio. Podrá prestarle ayuda mejor que yo.

—¿Yannafal Tarnils dices? Avísale, tengo que hablarle de cierta aldea orlanthi cercana a la ciudad donde necesitan la mano aleccionadora de las Siete Madres.

El sacerdote abandonó la sala. Jan Paolo esperaba impaciente mordiéndose las uñas de las manos. El sacerdote regresó con varios soldados férreamente pertrechados a su comandante. El diplomático volvió a explicar su misión

insistiendo con más rotundidad y dando mayor énfasis a sus palabras. El comandante de Yannafal Tarnils sólo pudo responder perplejo:

—¡Que la luna no me ciegue! No hemos sido avisados de su llegada... de cualquier modo, acompáñeme. Este asunto debe ser tratado por Sor-Eel, conde de Prax y gobernador de Nueva Pavis.

—El mismo Emperador Rojo —repitió Jan Paolo— está muy interesado en tres extranjeros que han entrado esta tarde entre los muros de Pavis. Se alojan en la posada de Glimpy's, en el Barrio Viejo. Su Excelencia Imperial quiere que al...

Los kralorís habían sido los primeros en

llegar a la taberna. Man-Yurý había renovado su carcaj que ahora lucía lleno de nuevas y estilizadas saetas. El fuego ardía en la chimenea. El rumor de las bulliciosas conversaciones corría de boca en boca, también la cerveza lo hacía entre jarras y cuernos. El ambiente era festivo, casi celebrando el próximo año nuevo. Los orientales se hicieron hueco en una mesa junto a la puerta de entrada mientras esperaban que sus compañeros apareciesen. Ella tranquila y paciente, él nervioso e intranquilo, alejado del sereno místico que antaño buscaba la armonía en el cosmos. Bebía compulsivamente algún tipo de fortísimo aguardiente que el camarero solía endosar a los ignorantes extranjeros.

Media botella después, Jan Paolo apareció y, sin reparar en los orientales, se dirigió a la barra. Man-Yurý continuó bebiendo.

—Todavía queda luz antes del toque de queda —se dijo Cráteros.

Había abandonado decepcionado el templo de La Cúpula Solar y se dirigía al extremo sur de la ciudad en busca de una nueva punta para su jabalina, antes de encontrarse en la taberna de Glimpy's con el resto de compañeros. Un gran edificio lo hizo detenerse. Dubitativo se aproximó a la entrada.

Frente a él se erguía un templo dedicado a Uleria, diosa del amor. Era demasiado tentador; sus concubinas le harían

olvidar la dureza de la marcha y aliviarían por un rato el peso que Yelmalio había depositado sobre sus hombros. Terminaba el Tiempo Sagrado, buen momento para visitar tan sacro lupanar; pero, sin embargo, el Mariscal no podía olvidar que tenía un compromiso con Yelmalio, que tenía un celibato sagrado. Este voto de castidad era su gran martirio. En realidad, en su interior anhelaba encontrar una madre, una Dendara -*la esposa de Yelm-* con quien formar su propia familia y olvidar su obligación. Su voto no lo permitiría, sus compromisos religiosos se lo impedían.

Un gato flacucho y blanquecino jugueteaba en la puerta del edificio con

un trozo de tela. El minino intentaba desgarrarla inútilmente. Normalmente, Uleria no contaba con locales de semejante tamaño pero, teniendo en cuenta la cantidad de soldados destacados en aquella remota ciudad fronteriza, la labor de sus sacerdotisas era una cuestión de orden social y salud mental. Unas tenues velas iluminaban la entrada. No tenía puerta, bastaba con traspasar una fina cortina teñida con varios tonos de verde y rojo para transportarse a otra realidad. Cráteros dudó en el momento de pasar, hacerlo lo convertía en pecador. Atravesar la cortina fue para el Mariscal como cambiar de plano de existencia. Dentro, lamparitas cubiertas con telas rojas

reflejaban destellos en paredes forradas con terciopelo del mismo color. Los tapices mostraban escenas que ruborizarían a todo aquel que, aun con disimulo, los observara discretamente. Mostraban actos sexuales conjugados con auténticas acrobacias atléticas, mujeres exóticas y hombres con descomunales miembros entregados a los placeres de la carne y sus perversiones. Pero esa noche el Mariscal no encontró lo que esperaba... No fue el sirviente durulz (hombre-pato) que con su mandil y su peculiar acento de ánade le preguntó: «*¿Puedo ofgeceje algún vino en especial, señoj?*», lo que sorprendió al Mariscal, sino varias mujeres que entraron a la carrera

atropellándolo sin miramientos.

Cráteros las observó molesto. «¡Me han empujado!». A la entrada en carnes y en años madame de Uleria, que regentaba el lugar, se acercaron las tres mujeres jóvenes pidiendo socorro entre jadeos.

—¡Cobijo para mujeres en apuro! — solicitó frenética la más alta—. ¡Nos persigue la guardia! ¡Amparo para tres mujeres acosadas!

Cráteros se quedó atónito por las muchachas. ¡No eran fieles de Uleria sino guerreras solares! Eran adoradoras de Yelorna, la hermana guerrera de Yelmalio, *La Jinete de los unicornios*. ¿Qué hacían entrando en un lupanar? ¿De qué huían? ¿Por qué pedían

socorro? El interés primigenio de Cráteros cambió radicalmente. Cortésmente se acercó a ellas, intrigado, y saludó. Las muchachas se sorprendieron por el acento extranjero del viajero. El hombre no parecía otro de esos «hermanos» despóticos y prepotentes que gobernaban la Cúpula Solar del Valle de las Cunas. A las mujeres les había bastado con escuchar el saludo del forastero para darse cuenta de su lejana procedencia. Las ropas sucias del camino y el peinado, más corto y recogido en varias trenzas, eran diferentes a los de moda entre los yelmalitas de aquella urbe fronteriza. El extranjero brindó otra reverencia y pidió algo de beber al camarero pato y un

lugar cobijado a la madame. La meretriz ofreció presurosa una salita donde las muchachas podrían ocultarse, no fuesen a llegar los legionarios lunares que trataban de capturarlas... u otros hombres fuera de servicio. Sólo tras estar completamente seguras de la buena fe del extranjero, y con una copa de vino en la mano, accedieron a hablar con él. Cráteros era un caso singular, siempre ofrecía confianza y seguridad a su interlocutor.

Las tropas del Imperio las perseguían como a delincuentes pues eran acusadas de anti-imperialistas. Yelorna tenía un templo consagrado al otro lado del muro, en la Gran Ruina de la Vieja Pavis. Las autoridades lunares no les

permitían acceder a este lado del muro y sus «hermanos» lo secundaban. En la Gran Ruina tenían que resistir sin ayuda de sus hermanos yelmalitas frente a trolls, ogros, broos y otras criaturas. Cráteros cabeceó dejando entrever su falta de sinfonía con los edictos lunares. La charla fue subiendo de volumen, airadamente las yelornas protestaban contra la tradición solar que obligaba a las mujeres a trabajar la tierra y quedarse en casa cuidando de los hijos. ¿Por qué los hombres no aceptaban que una mujer pudiese luchar como la diosa Yelorna? Estaban seguras, además, de que a sus hermanos no les importaría si las tropas lunares las apresaban. Ellas consideraban a los yelmalitas de Nueva

Pavis unos «colaboracionistas». Cráteros se volvió a mostrar en desacuerdo, no sólo con determinados comportamientos del Imperio, sino también con el trato que su propia gente brindaba a las bravas guerreras. Las mujeres le explicaron también cómo fueron sorprendidas a este lado del muro vetado para ellas por un grupo de vigilancia lunar. «Patrullas que hacen usando trollkins como perros falderos», afirmaron beligerantes.

—¿Trollkins al servicio lunar? — exclamó el Mariscal torciendo el gesto con una mueca de asco. Las alianzas del Imperio Lunar eran cada vez más escabrosas.

Las yelornas habían venido a este lado del muro para pedir ayuda en el templo de Yelmalio al Capitán de los Hijos de la Luz y, como le sucediera al Mariscal, a ellas también habían negado su colaboración.

La indignación de Cráteros crecía por momentos.

Estaban seguras que un famoso ladrón, líder de una poderosa organización criminal que operaba tanto en la Gran Ruina como en Nueva Pavis, había sido el causante de la desaparición de una reliquia sagrada que guardaban en el templo. Los hombres nunca habían tomado en serio semejante tesoro y en adelante tendrían que lamentar su

pérdida. El Rata, como se llamaba el ladrón, se había llevado del templo de Yelorna una reliquia que perteneciera al propio Yelmalio; Cráteros se quedó boquiabierto, no podía creer lo que oía. Las chicas querían ayuda para atrapar al Rata por si se encontraba a este lado del muro, vetado para ellas. Un Hijo de la Luz extranjero había donado dicha reliquia al templo veinte años atrás, un Hijo de la Luz que había llegado de occidente portando a Solárium, la armadura que vistiera el propio Yelmalio cuando ascendió a la *Cima del Mundo*. Hacía dos décadas del paso del extranjero. El paso del tiempo había borrado el nombre de aquel guerrero. Sólo sabían que llegó de occidente y

partió hacia oriente, rumbo al Mar de la Niebla, donde buscaba otras reliquias aún más poderosas. Cráteros estaba seguro de la identidad del anónimo yelmalita. Su padre no regresó nunca de la búsqueda en Oriente. Su padre vestía la armadura de un dios y empuñaba sus armas sagradas, y aun así, no fue capaz de conseguirlo. ¿Cómo lo lograría él? Cráteros luchó contra el impulso de unirse a la persecución del ladrón pero la búsqueda de los Tres Soles era algo más importante que la de cualquier reliquia local. Con buenos deseos hacia las guerreras, Cráteros dejó el lupanar con una única obsesión en la cabeza: seguir la búsqueda de su padre.

El casto camino de Yelmalio lo condujo

hasta la posada sin tocar piel de mujer.

La voz de Nenia Arket inundaba aquella noche el salón de Glimpy's. Su cuerpo hacía lo propio con el escenario y con las fantasías de los presentes. La planta baja de la posada era compartida por la cantina y una pequeña tarima para las actuaciones de juglares y artistas. Los aposentos y demás estancias quedaban a salvaguarda en el piso superior. Esa noche el escenario estaba reservado para las curvilíneas caderas de la exuberante Nenia. El público, entregado y numeroso, estaba más atento de sus exóticos contoneos que de su propuesta musical. Las miradas del respetable se perdían con estupor entre su generosísimo escote, su vientre liso -que

con sensuales contoneos agitaba espasmódicamente- y sus dos larguísimas piernas. Su voz potente y sus melodías melancólicas pasaban más desapercibidas para la audiencia. Sin embargo, los mayores aplausos los conseguía al acabar cada canción: cuando sacaba a los allí presentes del hipnótico balanceo de sus caderas con estridentes aullidos. Sus remarcados y agudos gorgoritos eran siempre tomados con mofa y provocaban una explosión de aplausos. Sus actuaciones eran jaleadas animosamente por los presentes, varones en su mayoría, mientras cantaban, reían y conversaban.

Estrépito, jolgorio y cuernos de cerveza se mezclaban por doquier. El tabernero

servía licores y vino a la numerosa concurrencia imantada por la magnética presencia de la soprano. Su reclamo era más fuerte que la brujería y sus actuaciones rebosaban de público.

Atrincherados en la oscuridad de una esquina, un grupo de hombres y varios trolls, que portaban insignias con simbología militar uz, buscaban algo de intimidad a su conversación. En la esquina opuesta, aún más protegidos de miradas curiosas e inoportunas, los dos forasteros orientales esperaban la llegada de Cráteros. La misteriosa kralorí atendía con curiosidad las evoluciones musicales del espectáculo de Nenia Arket. Man-Yurý seguía bebiendo sin prestar atención al

espectáculo; él sólo tenía ojos para su misteriosa amada.

En primera fila, y aplaudiendo como un loco, un hombre de mediana edad, pelo ralo y anaranjado, ataviado con el uniforme de la guardia de la ciudad y galones de comisario, era rodeado por una veintena de trollkins vestidos como Vigilantes Nocturnos de Nueva Pavis:

—Roja sea la Luna y bienaventurado el ciudadano —se dirigió respetuosamente Jan Paolo mostrando todos sus abalorios de simbología lunar y ofreciendo un vaso de madera con un vino tinto especiado—. Con semejante guardia protegiéndonos podemos estar tranquilos y disfrutar del espectáculo,

¿cierto?

—Buena luna, conciudadano. Así es el tiempo que nos ha tocado vivir, pero más seguros estaremos con la llegada del Gran Murciélago —contestó sin quitar la vista de los bailes con los que Nenia agitaba el escenario.

—¿No ha traído nuestro rojo astro la paz a estos lugares? —Jan Paolo bebió.

—Es obvio que aún quedan cosas por hacer. Enemigos del Imperio se reúnen con pérfidas intenciones para arrebatarnos el mando de la ciudad. Si no fuera por la fuerza de nuestra guardia troll, ¡no habría tiempo para recrearnos con tan bellos espectáculos!

Y así, sin pestañear ni quitar la vista de

todo cuanto sucedía sobre el escenario de Glimpy's, Jorjar, comisario de la guardia de Nueva Pavis y responsable de las brigadas trollkins de vigilancia nocturna, conversó con el recién llegado cónsul Jan Paolo sin prestar mucho interés a la tertulia. El antiguo misionero trató de indagar sobre la tensión latente que había percibido en la urbe con las calles llenas de patrullas de legionarios, «demasiados, incluso para una región fronteriza». Jorjar, entre silbidos y aplausos, corroboró sus sospechas, todo era debido al creciente número de vandalismo contra los intereses de la Luna Roja. Había un alto nivel de paranoia e incomodidad en las autoridades imperiales. Las tropas

sufrían ataques y los agresores quedaban impunes, resguardados entre los ciclópeos muros de la Gran Ruina de la antigua Pavis.

En aquel momento, un polvoriento hombretón de manos grandes y nariz aguileña irrumpió apresurado en el salón. Sin detenerse, ni siquiera a mirar el escenario donde Nenia seguía haciendo alarde de sus serpenteantes contoneos que encandilaban al respetable, se dirigió rápido al tabernero. Cogió una llave y salió veloz por la puerta lateral que llevaba a otras estancias de la planta baja. No fue preciso preguntar a Jorjar sobre la identidad del apresurado individuo, el guardia empezó a hablar sin más:

—Maldito Krogar —masculló con aspereza exhibiendo una mirada desafiante y escupiendo al suelo—. Pensamos que es uno de los instigadores anti-imperialistas. De lo que tenemos total certeza es que pasa de un lado a otro del muro sin permiso del gobernador. Pondría la mano en el fuego, seguro que es uno de los responsables de los ataques a nuestras fuerzas.

—No me digas —se interesó Jan Paolo intrigado por el extraño. Un brillo perturbador apareció en sus ojos—. Bueno, pues tal vez sea el momento de... Se levantó de su asiento mientras Jorjar volvía a aplaudir con intensidad la

última canción recitada por la exuberante Nenia Arket. Jan Paolo se atusó la ropa y desapareció tras la puerta por donde previamente se había esfumado el anti-imperialista.

De lo que allí pasó no se tiene verdadera certeza. El resplandor de la Luna Roja deslumbra en ocasiones cuantas acciones cometen sus vástagos a ojos de este cegado narrador. Se sabe que transcurrido un tiempo Jan Paolo volvió a entrar en la posada por la misma puerta por la que anteriormente la abandonara, se dirigió directo a la barra y pidió al tullido camarero con una pata de palo, como los tres que atendían la cantina de Glimpy's, una de sus cervezas de trigo más fuertes.

Man-Yurý sorbió con disimulo otro trago. Había encontrado afinidad entre ese licor destilado de alguna planta aromática que crecía en la ribera del Río de las Cunas y su añorado *sake*, licor de hierbas kralorís. Visiblemente embriagado trataba de reunir la fuerza suficiente para entablar conversación con su bella misteriosa.

—¡Señol posadelo! —pidió en idioma comercial con su acento más marcado debido al alcohol—, póngame otlo botella de licol.

El oriental cada vez se sentía más ruborizado por la compañía femenina y, a pesar de la incipiente melopea, trataba de mantener el tipo.

—Cuando plantas un cerezo —empezó a filosofar en su lengua materna— no puedes obtener otros frutos que no sean cerezas; por ende, cuando inicias el Sendero del Dragón, no puedes alterar la senda, debes iluminarla con sabiduría. ¿Qué trata de lograr tu Sendero Inmanente? No puedes arrebatarse su poder a un dragón ni adelantarte a su camino para obtenerlo.

—La chica lo miró con interés—. Debes despertar cuando estés preparado. El cerezo siempre dará cerezas en la misma época del año. Si te adelantas a las estaciones, te perderás los frutos que da la naturaleza.

—Pero tú eliges si plantas un cerezo —contestó ella con cierta incomodidad en

el tono—, y decides si recoges sus frutos cuando estén maduros.

—¿Conoces la fábula de la serpiente y el melocotonero? —preguntó él—. La moraleja dice: si no tienes brazos no puedes coger la fruta.

—¿Conoces tú el proverbio que dice: la serpiente nunca necesita manos pues le sobra con la astucia?

—Si te adelantas a la vendimia, el fruto no estará maduro —replicó el místico claramente beodo. Man-Yurý no entendía muy bien las contestaciones de la bella kralorí y lo que le provocaba más dudas y ansiedad. Él intentaba hablar de amor y filosofía ¿y ella? ¿Estarían hablando de lo mismo? ¿A qué

se referiría con lo de elegir cuando recoges el fruto?

—Mi señora —acercó el enamorado levemente su rostro al de la joven—, habrá notado que... —dio un trago más de su licor buscando fuerzas—. Bueno...

—Man-Yurý se encontraba a un solo palmo de distancia del velo que cubría el rostro de la joven. Suavemente la sujetó por la barbilla, después puso una mano en su nuca. Sorprendida, ella no reaccionó. Con una mano temblorosa, el embriagado oriental fue deslizando el antifaz que enmascaraba las bellas facciones de la muchacha, las facciones que lo habían enamorado en aquella cueva ahora tan lejana. Protegidos por la oscuridad de la taberna, ninguna mirada

se fijó en aquella escena; ni siquiera la de Jan Paolo, que seguía conversando con el agente de vigilancia urbana. El corazón aceleró su pulso bombeando con mayor rapidez. Ella se quedó inmóvil. Bajo la máscara se volvió a ver su blanco cuello, su fino mentón, sus labios tersos y rosados. Man—Yurý cerró los ojos. El momento que tanto había anhelado. Se inclinó hacia ella con intención de besarla... pero encontró una fuerte resistencia. Las dos manos de la chica se plantaron firmes sobre sus hombros deteniendo el avance del entregado al amor. Antes de que sus labios pudieran tocarse, ella reclinó hacia atrás su cabeza con un movimiento similar al baile de la cobra que vieron

en el mercado. A continuación dijo una sola frase, una sentencia, que lapidó los ánimos del heraldo y que resonaría en su memoria durante largas noches:

—Soy tu hermana. Min—Tao Man—Yurý, mi nombre es Min—Tao Jen—Ku.

Petrificado. Aplastado por una enorme losa de piedra quedó el corazón del guerrero. Li—Wan era en realidad Jen—Ku, su perdida hermana pequeña. La incredulidad sólo formó parte de su rostro durante un instante. La furia y la cólera, la deshonra más indecorosa, se apoderaron al momento siguiente de sus facciones. No quiso mirar el rostro ya desenmascarado. Se sintió humillado. La niña que despreciara sus apellidos, el

honor de su casa, la que mancilló la voluntad de su honorable padre, ahora se encontraba ante él. Quien nació para ser una cortesana imperial ahora era una sierva del desprestigiado Sendero Inmanente, como si hubiera nacido aldeana, sin linaje ni estirpe, llenando de vergüenza su casa, su familia, su apellido...

El ultrajado heraldo se levantó como un resorte, confuso y enfadado consigo mismo por no haber reconocido a la niña descastada de la que muy poco quedaba ya. Como una exhalación abandonó la cantina en dirección a las habitaciones. Aquella noche dormiría en el suelo, contra la pared, alejado de los jergones como si así pudiese escapar

del pesar que lo atormentaría. Una y otra vez las palabras de la enmascarada volverían a su cabeza durante aquella noche, una y otra vez...

Subió hacia los pisos superiores, pasando junto a la salida, sin saludar a Cráteros, quien entraba en el local en ese mismo instante. El Mariscal lo miró extrañado. «¿Qué diablos ha pasado?». Después se dirigió junto a Jan Paolo quien seguía en la barra:

—¿Qué le ocurre a Man-Yurý ? Parece que vio un fantasma.

—¿Un fantasma? —El antiguo misionero lunar bebió otro sorbo clavando su mirada en Li-Wan, ya enmascarada—. Sí, un fantasma aparecido desde su

pasado.

El Mariscal venía de vagar por las calles del Barrio Viejo antes de encontrar la taberna de Glimpy's. Las calles estaban llenas de patrullas lunares que vigilaban celosamente la salvaguardia y el orden en la ciudad. En su caminar se había cruzado con multitud de patrullas trollkins ataviados como vigilantes. Procuró llegar a la taberna antes del toque de queda, no fuese a cruzar más que palabras con los despreciables engendros de trolls y la situación acabase malparada. Durante el recorrido por algunas calles, adoquinadas recientemente, el recuerdo de su omnipresente padre, Hiraclís Parthenonas, se apoderó de su mente.

Su progenitor, también en busca de los Tres Soles, cruzó Pavis con la armadura Solárium y dejó legada una reliquia en el templo de Yelorna, ¿pero por qué? Y, ¿cómo había encontrado su padre a Solárium, la armadura que Yelmalio portaba en la Cima del Mundo? Tenía una auténtica odisea ante él, rumbo al Océano de Kahar. Compartía con su padre algo más que la prioridad por encontrar los Tres Soles. No podía fracasar en esta misión, se lo debía a su dios, a su padre, a él mismo... El Mariscal, como Yelmalio, se sentía a la vez hijo y hermano.

—Hay trollkins por todas partes —
masculló Cráteros con desprecio al
terminar un cuerno de cerveza en la

barra de la cantina junto a Jan Paolo—. ¡También aquí dentro! Forman patrullas junto a hombres. Parece que la ciudad fuese suya.

—Relájate, el Imperio los utiliza como al ganado. ¿Qué hay de malo en ello? —contestó Jan Paolo—. Los trollkins pueden ser utilizados para tareas de acarreo o vigilancia. De noche pueden ver mejor que nosotros, según he oído.

—¡Los Trollkins no deberían convivir en una ciudad con personas! —clamó excitado el Mariscal atrayendo las miradas de muchos de los allí presentes. El yelmalita tuvo que morderse la lengua para evitar una bronca segura con la clientela pro-troll del local. Continuó en

voz baja—: No deberían pisar el mismo suelo que nosotros. Son seres despreciables, siervos de la oscuridad, deplorables y traicioneros.

—Veo que no compartes la visión imperial sobre los modos de cooperación y apertura de la ciudadanía a nuevos pueblos y razas. Es mejor tener a los trolls como aliados que tenerlos como enemigos.

—Deberían ser eliminados y devueltos a las tinieblas. Son infieles asesinos que os arrebatarán el mando de la ciudad en cuanto tengan la ocasión. Ya veo el rasero del Imperio de la Luna Roja para pactar alianzas.

—Como lancero yelmalita que eres,

Hijo de la Luz, y por tanto asalariado armado del Imperio, no deberías cuestionar nuestros criterios de alianza sino combatir a nuestros enemigos, que para eso pagamos vuestras falanges de hoplitas... Y aquí, los trolls no son el enemigo. Ahora deberíamos hablar sobre el camino a seguir por la mañana. Al amanecer abandonaremos Nueva Pavis rumbo a las desoladas estepas de los Yermos. ¿Aún contemplas la posibilidad de atravesar las desérticas Arenas de Cobre? Sigo pensando que el Pantano de Krjalki es una medida mucho más sensata. Por lo menos encontraríamos comida y agua, y no moriríamos de inanición.

—Pero ese pantano es un territorio

maldito infestado por el Caos.

—El Caos, mi querido Mariscal, forma parte del mundo en el que vivimos. El Imperio ha sabido entenderlo y dominarlo. Al igual que con los trolls, hemos conseguido un poderoso aliado. Controlando a ambos somos mucho más fuertes. Sigo pensando que atravesar el pantano nos da una oportunidad; el desierto, ninguna.

Esa noche la discusión continuó intensa y acalorada en los aposentos de los viajeros.

—Podríamos intentar encontrar alguno de los mercaderes beduinos que han conseguido atravesar el desierto para que nos guiara —propuso Cráteros al

despertar por la mañana. Había estado dando vueltas toda la noche, intranquilo, mientras el antiguo misionero lunar roncaba plácidamente—. De cualquier modo, tenemos que partir ya, los dragonuts deben estar esperándonos en la Puerta Norte y aún no hemos comprado víveres para atravesar el desierto.

—No creo que fiar nuestras vidas a la guía de un beduino sea lo más conveniente. No lo recomiendo, una vez conocí a uno de esos hombres con cabeza de chacal que cruzan el desierto. Se llamaba Mahir creo recordar. Era un asesino.

Taciturno y algo ausente encontraron esa

mañana a Man-Yurý. Apenas cruzó un escueto saludo. Parecía otra persona. El oriental fue el primero en abandonar apresurado la posada.

Los viajeros subían por la calle de la Sal, la principal arteria que atravesaba el Barrio Viejo de Nueva Pavis. Una multitud transitaba aquella zona acarreando sacas con especias y aceites, y muchísimas patrullas de legionarios lunares custodiando. No era normal ver a Man-Yurý caminando tan adelantado y alejado del resto. No cruzó ni una palabra, ni un gesto, ni una mirada... ni con sus acompañantes de occidente ni con su enmascarado compatriota. Algo sucedía. Los orientales habían sido uña y carne desde que llegaron a Sartar.

Man—Yurý era la voz de ambos. ¿Qué ocurriría entre ambos? Si Jan Paolo había visto algo en la taberna, no le dijo nada a Cráteros.

De pronto, un grupo tumultuoso de niños se acercó corriendo junto al albacea kralorí. Lo rodearon pidiendo una moneda. Eran al menos una decena. El oriental no se detuvo y los apartó de su camino con una brusquedad impropia en él. Con la puntera del pie hizo lo mismo con un gatito marrón que le arrullaba buscando comida. Cráteros vio como uno de los niños, un raterillo de apenas once o doce años, estaba intentando sustraer la bolsa de monedas que el oriental tenía pendida del cinto mientras los otros no dejaban de molestar. No fue

necesario el aviso, Man-Yurý también se percató de la treta y, como si esto fuese suficiente para expulsar toda la rabia y la ira que ocultaba sumisa en su interior, la emprendió a golpes con los pequeños. Saltándose los códigos de honor de las artes marciales utilizó su milenario «jutsu del ciempiés» contra los muchachos y empezó a golpearlos con una velocidad endiablada. Aquello duró lo que dura un suspiro, y la docena de chiquillos comenzó a retorcerse de dolor tirados por el suelo de la calle. Varios de ellos sangraban por la boca y la nariz, varios dientes habían volado por los aires; al menos, un par de tabiques crujieron fracturados; al día siguiente, algunos ojos se hincharían

amoratados.

Li-Wan se quedó paralizada contemplando la violencia desatada por Man-Yurý. Cráteros se acercó, apartando gente, con intención de parar la furia del oriental. Man-Yurý resoplaba como un toro embravecido sin responder al Mariscal. Por encima de los lastimosos quejidos de los niños se oyó el traquetear de las láminas que recubrían las armaduras de varios legionarios lunares que se acercaban a poner paz en el tumulto.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —exigió saber un guardia—. La ley cívica lunar prohíbe el uso de la violencia en territorio del Imperio.

—¡Nos ha pegado! —Uno de los niños lloriqueaba desde el suelo—. ¡No hemos hecho nada! ¡Nos ha dado una paliza! ¡Y ha utilizado magia!

Man-Yurý no movió ni un solo músculo mientras Cráteros intentaba poner paz con los legionarios:

—Eso no es cierto —dijo conciliador—, intentaban robar la saca de mi compañero.

—Muéstrenme sus permisos de ingreso en la ciudad y su formulario de estancia —pidió el legionario de más alto rango.

—Oficial, estos hombres son mi guardia personal. —La voz de Jan Paolo se escuchó apartada del tumulto—. Yo declararé en su nombre. Me hago

responsable.

—Pues acompañenme todos, vosotros también raterillos de poca monta. Vamos al cuartel de la guardia, vais a explicar al pretor como ha sido el altercado.

El Tiempo Sagrado había terminado. El año 1621 entraría a media noche y con él lo haría la primavera la Estación del Mar. Con todos los festejos, liturgias, rituales y ceremonias, los arrestados tendrían que esperar encerrados en aquellos sucios y húmedos cuchitriles hasta celebrar su vista; y eso que la justicia caminaba deprisa, tanto como las hachas de los verdugos. Una hogaza de pan duro y un cuenco con agua de borraja fueron todas las atenciones de

las que gozaron. Jan Paolo intentaba tranquilizar los ánimos cada vez más irascibles. Cráteros deambulaba por la celda rugiendo cual león enjaulado. Man-Yurý trataba de hacer ver a los guardias el atropello que cometían. En dos ocasiones, los centuriones habían bajado a las mugrientas celdas y se habían llevado al cónsul lunar. Éste aseguró a sus compañeros de viaje que no se preocuparan, que todo estaba bajo control. «Meros trámites administrativos, rápidamente estaremos rumbo de nuevo a Oriente», les aseguró. Confiaron en su palabra y Cráteros dejó de clamar por justicia y Man-Yurý de explicar a los carceleros el grave error cometido. Esta vez, ni Shen ni Susurro

en la Bruma, el intérprete de los dragonut, los rescatarían tan fácilmente como lo habían hecho días atrás en aquella remota aldea cuando fueron apresados por falsos Espadas de Humakt.

—Se abre la sesión. El pueblo de Nueva Pavis contra la escolta del ciudadano Jan Paolo de Kanravx. Presiden los honorables Zibet Nerme, administrador lunar de la ciudad de Nueva Pavis; Gavial Lateesh, sabio del Consejo de Ancianos y sacerdote de Lhankor Mhy. Por último, Fleeter Nemm, sacerdote de la Corte Local de Pavis.

Así se inició el juicio. Una guardia de Espadas de Humakt oriundos de la

ciudad se sentaba junto a los cuatro prisioneros. El proceso de lunarización se iba instalando poco a poco en actos oficiales, suplantando paulatinamente y de forma soterrada las tradiciones locales; de ahí que, en muchos lugares del reino de Prax, la custodia de prisioneros fuese aún realizada por Espadas de Humakt como era tradición antes de la llegada del Imperio Lunar.

Jan Paolo reparó en una figura con grandes mofletes al final de la sala. Era el comandante de Yannafal Tarnils que había conocido en el templo de las Siete Madres. En las dos ocasiones que los guardias sacaron a Jan Paolo de la celda había tratado con él varios acuerdos. El cónsul le había entregado el bastón de

mando del que se apropió en aquella, ahora lejana, aldea de Prax por cuya *espléndida conversión a la fe lunar* fue felicitado -misioneros imperiales serían enviados a dicho lugar para evangelizarlo con la palabra de la Luna Roja y las Siete Madres-; a cambio, había conseguido manipular a su antojo el castigo antes de que el juicio tuviera lugar y ajustar la condena a su gusto y conveniencia.

Aparte del tribunal que los juzgaría por *desorden público con violencia explícita y uso de magia ofensiva*, los guardias que los custodiaban y la recua de vándalos pueriles y futuros delincuentes, no había nadie más en La Sala de la Corte. «¡Qué extraño!», pensó

Jan Paolo; durante sus tratos, el cónsul había requerido la presencia de las autoridades yelmalitas. Era un modo de asegurar que Cráteros aceptaría de mejor grado el castigo. Un modo de evitar problemas mayores ante la irascibilidad del militar yelmalita.

El Salón de Justicia de Nueva Pavis se encontraba en el interior del zigurat que presidía el centro de la urbe. Era un lugar solemne trazado sobre líneas rectas y equilibradas, construido en mármol rosa traído de tierras lejanas. Un lugar tan magnífico no podía haber sido cimentado con barro y adobe, como la casa de un vulgar pescador. La luz del día entraba por los ventanales rectangulares situados detrás del

tribunal. Cientos de lámparas de aceite aumentaban la iluminación del resto de la estancia.

—Antes de empezar —comenzó el sacerdote de Lankhor Mhy, dios de la sabiduría y el conocimiento—, los acusados deben saber que esta corte está bajo una ceremonia de *veredicto inequívoco y detección de la mentira*. Cualquier falacia será automáticamente advertida. El coste de mantenimiento del sortilegio corre a cargo de los culpables. Ahora, jóvenes, pueden narrar qué acaeció en la calle de la Sal en la mañana de... —y así empezó el turno de preguntas—. ¿Está usted seguro que vio a ese chico intentando sustraer su bolsa? —El sacerdote continuó

haciendo más averiguaciones, indagando qué era verdad y qué mentira, sobre quién decía la verdad y quién engañaba —. Piénselo bien antes de responder.

¿Seguro que fue este chico? ¿Seguro que usted no miente? ¿No había más muchachos? ¿Usted lo vio, o sólo supone que era él?

Después fue el turno de Nemn, el religioso juez de la Corte de Pavis:

—Ésta es una ciudad pacífica y honesta, no un campo de batalla. ¿Por qué arremetió usted con tanta violencia? Sólo son niños. —Parecía más preocupado por el uso desmedido de la violencia que sobre quién contestaba con verdades o mentiras—. Y romper la

nariz de un niño a puñetazos no es un acto demasiado decoroso.

El Administrador del Imperio Lunar de la urbe insistió entonces sobre la importancia de las normas cívicas imperiales. «De otro modo seríamos como los salvajes nómadas de Pent. La Ley Lunar no permite que...», repetía una y otra vez. «Ustedes han quebrantado las leyes usando la violencia».

—Los chicos nos asaltaron en medio de la calle. —Las excusas sonaban airadas.

—Existe una Ley Lunar que ustedes no respetaron. —El administrador del Imperio insistía en las leyes—. Tenemos mecanismos civilizados y recursos legales para afrontar tales situaciones.

Tanto Man–Yurý como Cráteros alegaron «autodefensa» ante el intento de robo de los jóvenes camorristas. Aclarado quedó que no se usó magia en la pelea, pero el jurado no quedó convencido sobre las «técnicas milenarias» empleadas por el oriental. El tribunal volvió a las acusaciones por el desmedido uso de la violencia como respuesta al pequeño hurto. La sangre empezó a hervir en las venas de Cráteros. «¿Qué se puede esperar de estos burócratas?». El tribunal no parecía dejar lugar para las justificaciones. Man–Yurý tampoco se mostraba tan sereno como en otras ocasiones. El cordial extranjero, que buscaba el equilibrio y resolvía los

conflictos mediante la palabra, estaba irascible y desconcentrado. Había perdido su armonía y paz interior por algo que rondaba su cabeza... algo que los demás desconocían. Los extranjeros se enzarzaron en un cruce de acusaciones contra él, injusto en su opinión, tribunal de la Corte de Nueva Pavis. Mientras tanto, Jan Paolo y Li-Wan permanecían en silencio, expectantes ante el desarrollo del juicio.

—¡Es una injusticia clamorosa! — alzaba la voz Man-Yurý—. Tenía no menos de diez muchachos a mi alrededor intentando hurtarme la bolsa.

—¿Y dónde estaba su guardia para defendernos? —Cráteros clamaba

irritado—. ¡No había un solo guardia!
¿Qué se supone que debíamos hacer?
¿Dejarnos robar?

Los indignados extranjeros acusaron al tribunal de no ser justo ni coherente, de no juzgar a todas las personas bajo el mismo rasero. «¡Nos estaban robando!» «¡No me hablen de justicia cuando no nos podemos defender!». Sobre el estrado, Man-Yurý planteó incluso el posible conflicto diplomático que se generaría con la lejana nación de Kralorela. Al final, los acusados cuestionaron la validez del sistema jurídico de la ciudad y sus regulaciones.

—El veredicto es inequívocamente de culpabilidad. No hay sitio para la

mentira. — Hizo un gesto a los extranjeros el sacerdote de Lankhor Mhy —. Las tasas del juicio ascienden a quinientos lunares de plata que deberán abonar en el acto.

—Culpables por violación de no una, sino de varias leyes ciudadanas — apostilló el administrador lunar—. Pero son inocentes del uso de la magia. La condena será de siete semanas a trabajos forzados en las minas de sal del Río de las Cunas.

¡Siete semanas! ¡No podían perder tanto tiempo!

Entonces ocurrió algo inesperado. La puerta del Salón de la corte de Nueva Pavis se abrió de improviso. Por el

umbral apareció, a contraluz, un ornamentado palanquín con motivos serpentinos acarreado por un cuarteto de impresionantes dragonuts que lo porteaba con parsimonia. Tras él, una pequeña elfa de ojos plateados caminaba junto a otro grandísimo dragonut cuya garganta acuñaba varias cicatrices terroríficas. Este último se adelantó al palanquín y se dirigió al tribunal:

—El Señor Piel Inquebrantable del Ojo del Dragón llega de negociar con el gobernador Sor Eel por la liberación de estos cuatro prisioneros. A cambio traemos un presente para la ciudad de Nueva Pavis. El tribunal de justicia lo verá con agrado.

Una de las cortinillas de seda del palanquín, engalanado con ribetes dorados y lentejuelas brillantes, se descorrió pausadamente. De su interior surgió la blancuzca armadura de hueso del sacerdote de cola dragonut, Señor Piel Inquebrantable. Se acercó al tribunal y comenzó una oración en su ininteligible idioma. Toda la sala se inundó del peculiar aroma que desprendían los dragonuts al parlamentar en su milenaria lengua. El intérprete dragontino comenzó a traducir a su superior:

—El Señor Piel Inquebrantable pone a disposición de la ciudad la más valiosa de cuantas posesiones portamos en la columna. Su gobernador ha valorado de

buen grado el obsequio y pide que la condena sea replanteada con benevolencia.

Intrigados por el ofrecimiento, en la sala se condensó una nube de tensa espera. ¿De qué hablaba el dragonut? ¿Qué sería eso tan valioso? ¿Cuál sería el canje?

Jan Paolo, intrigado, clavó su mirada en los ojos expectantes del comandante lunar de Yannafal Tarnils quien, con el gesto vacilante, buscaba respuestas entre los miembros del tribunal. Nadie estaba seguro de a qué se refería el dragonut.

—El Señor Piel Inquebrantable espera que se tome como muestra de buena voluntad el obsequio de un *badu de tres cuernos*, una bestia del trueno.

¿Cómo?! ¡Los dragonuts iban a desprenderse del triceratops a cambio de una condena más favorable! ¿Cómo portearían todos los víveres necesarios para atravesar las Arenas de Cobre y los Yermos? ¿Cómo enfrentarse después a los peligros de las Colinas Tuneladas? La potencia del saurio era indispensable para atravesar por la fuerza el horrendo reino caótico.

—Interesante ofrenda —contestó el administrador lunar—, nos retiraremos unos instantes para deliberar acerca de una rebaja en la condena.

—Permítanme recordar —interrumpió Jan Paolo— mi veneración absoluta al Emperador y mis aportaciones al bien

imperial... Y la aldea pendiente de lunarización.

El administrador lunar fue el primero que volvió a aparecer sobre el estrado.

—Después de mucho meditar hemos decidido reducir la condena a una sola y única tarea. Escúchenme bien pues es nuestra voluntad y tras ella podrán abandonar la ciudad con la mayor brevedad. El recién construido templo de las Siete Madres fue asaltado hace pocas noches por bandidos terroristas, quienes se enriquecen perjudicando el bien común de la ciudad. Se llevaron una preciosa joya de uno de los altares. Robaron la peineta de plata de una de las imágenes de La Madre Deezola.

Estos ácratas se refugian en la Gran Ruina para escapar de nuestras fuerzas del orden. Seguro que me entienden. ¿No es así?

Aceptaron. Esa misma tarde entrarían en La Gran Ruina para encontrar la joya y saldar así su cuenta con la justicia lunar. Los dragonuts esperarían a su regreso fuera de la ciudad.

Custodiados por varios legionarios lunares, los cuatro reos caminaron durante más de dos horas, siguiendo la monstruosa pared que envolvía la Gran Ruina, hasta llegar a la llamada Puerta de los Hipogrifos. Por aquel inmenso umbral se accedía al interior de la Gran Ruina. Allí empezaría la búsqueda del

objeto sagrado. Dana sobrevolaba un reseo olivar próximo a la puerta. Una vez delante de la colosal entrada, los guardias quitaron los grilletes y devolvieron sus armas a los inculpados pues dentro les harían falta, mucha falta.

Recogieron todo su equipo. Man–Yurý se hizo con su katana; Cráteros recuperó su pica yelmalita y su *Colmillo Dorado*; Li–Wan su sable ninjato, e incluso Jan Paolo, al que le habían custodiado el alfanje. Al cónsul le hacía gracia la manera con la que había conseguido dicha arma: sustraída a unos ficticios Espadas de Humakt.

La guardia lunar se disponía a la apertura de la monumental puerta cuando

los cuatro extranjeros se revolviéron sin previo aviso esgrimiendo sus recién recuperadas armas. Las dirigieron contra las nuca y garganta de los sorprendidos soldados lunares. Las armas se detuvieron a escasos centímetros sin que los sorprendidos guardias pudieran siquiera pensar en defenderse. Shen apareció de su escondrijo tras el tronco de un viejo olivo. Una saeta amenazaba con atravesar la sien del sorprendido oficial de mayor rango. La aldryani los había seguido a través de los árboles sin que nadie pudiera verla.

—¿No pensaríais que íbamos a entrar por las buenas? —Cráteros apretó la punta de su espada contra el gaznate de

un legionario. Alzó la vista buscando en
lontananza, nadie circulaba por allá—.
Atadlos a esos árboles —ordenó
refiriéndose a los nudosos olivos que
crecían junto al muro—. Rápido, hay
que marcharse de aquí cuanto antes.

—¿Yo? ¡Siendo un fugitivo de las leyes
imperiales! —se escandalizó Jan Paolo
por cuanto estaba ocurriendo—. ¡Que
Danfive Xaron, pastor de descarriados,
sea capaz de perdonarme y no me lleve
prematureo hacia el otro lado! ¿Qué estoy
haciendo? ¿No era mejor mi plan?

—¿Cuál? —espetó Man-Yurý con prisa
—. ¿Sembrar barullo dentro de los
templos locales para que se revolvieran
contra las tropas imperiales y huir con el

tumulto?

—Al menos podíais haber probado a vestiros con los uniformes de legionario —intentó convencerlo Jan Paolo alzando la vista al cielo.

—Lo siento, honorable pensador —se disculpó Man—Yurý sin apartar la mirada—. No creo que ni vestidos con uniformes nos tomasen por auténticos legionarios lunares. Será mejor escapar lo antes posible y de modo más silencioso.

—Nunca hubiésemos pasado por legionarios lunares —concluyó Cráteros la discusión.

El yelmalita sabía que en realidad, Jan Paolo deseaba provocar esa revuelta

para que las tropas imperiales, como represalia, aplastaran a los bárbaros insubordinados y quitarse de paso a unos cuantos antimperialistas. Al templario no le importaba lo que sucediese a las gentes de ese lugar; sin embargo, se temía que pudieran quedar atrapados por los disturbios en la ciudad. Sin más demora ataron a los atónitos guardias a los olivos. Los reos no volverían a Pavis. Usaron las mismas cuerdas y ataderos que los habían conducido hasta allí. Estaban bastante lejos de las puertas de Nueva Pavis. Varias millas de distancia los separaban siguiendo el muro de La Gran Ruina. No había nadie en los alrededores y tardarían horas en ser localizados.

—Dana, vuela y avisa a los dragonuts, guíalos hasta nosotros, ¡rápido! —ordenó Cráteros a su fiel compañera—. No hay tiempo que perder, hay que marcharse de aquí.

Dana abrió las alas, elevó su vuelo majestuoso y se dirigió a la Puerta Norte de la ciudad en busca de los dragonuts. No los podían esperar. Desde aquel lugar, sin víveres ni sustento, tendrían que iniciar el viaje a través de los Yermos. Dependerían por entero de la columna dragonut para atravesar tan desolado territorio. No había tiempo que perder. Cuando alguna patrulla descubriese a los legionarios atados y amordazados, se pondría en marcha toda la maquinaria de persecución lunar para

atrapar a los infractores. Y no sólo por esta agresión, sino por la deuda que aún debían pagar a las autoridades de Nueva Pavis, pondrían precio a sus cabezas como personas non gratas y cazadores de recompensas saldrían en su busca. Ya no era un simple altercado, era una ofensa en toda regla contra el Imperio y sus leyes. Eso se pagaba con la *crucifixión*. Crucificados, clavados de pies y manos hasta perecer en la cruz, la señal que representaba la Runa de la Muerte.

Capítulo VIII «Dura es la infancia en la Tierra del Arroz»

—¡Es un varón! —anunció la matrona llena de júbilo, consciente de la buena nueva que portaba. Tanta alegría hizo que un manto de lágrimas cubriera los vidriosos ojos de Min-Tao Chao-Won, letrado y gobernador mandarín, albacea oficial del archiexarca en la región de Boshan. Tal fue su dicha que anunció una semana de festejos y regaló, al inicio de la misma, un saco de arroz para cada familia a su cargo y fuegos artificiales durante cada una de sus

noches.

El albacea no era sólo encargado de confeccionar las más bellas y letales katanas. Las diseñaba desde el filo a la empuñadura, las confeccionaba como un artesano, las testaba con cadáveres y cuerpos vivos. Una vez terminadas, su labor consistía en mantenerlas en perfecto estado cubriéndolas con generosos baños de aceite y afilándolas con la áspera piel de los sapos *mi-han*.

Estaba feliz. Desde el inicio del embarazo Min-Tao Chao-Won suplicaba a los cielos para que su primogénito, el vástago que debía heredar su profesión, fuese un varón. Ése era el único modo de transmitir el

título de albacea a otra generación más de la estirpe Min–Tao. El linaje de su familia había estado durante generaciones apegado a la elaboración y testa de espadas. En aquel momento, Chao–Won no sabía aún que el recién nacido, Man–Yurý, llegaría mucho más lejos.

Para el agradecido Min–Tao Chao–Won, que su hijo ejerciera la profesión familiar cuando él no estuviese era el más grande de los honores y esperaba que la ejerciese como un auténtico Min–Tao. Se entregó por completo a la educación de su varón primogénito a quien reveló todos los secretos del arte de la espada, de la esgrima, del *kenjutsu* y el *Iaijutsu*... El pequeño fue

aprendiendo no sólo el uso de la katana sino también su forja y su diseño, desde la curvatura al grosor del filo, la aleación de los metales, cómo conseguir acero, cómo conservarlo y mantenerlo. En los pocos ratos libres que entre forja y testa disponía, el agradecido Chao-Won también enseñó a su hijo, todavía un niño, dónde encontrar y cómo atrapar los sapos con cuya áspera piel se afilaban las hojas de los sables. Min-Tao Man-Yurý lo aprendió todo sobre la katana: combinación de metales para la forja; temperatura de enfriado con aceite; la curvatura idónea del filo respecto a la altura del espadachín... También aprendió todo sobre la esgrima. El *kenjutsu* lo adiestró en su

uso: presión y ángulo en los tajos; distancia y guardia; uso a una y dos manos... Con doce años cortaba huesos y troncos, sobre todo de bambú y eucaliptos, con la misma facilidad con la que untaba y extendía manteca sobre una rebanada de pan de arroz.

La katana era un arma noble como lo era el apellido Min-Tao.

Con dieciséis años el aprendiz oficial del albacea pulía y preparaba con la más letal de las eficiencias las nobles hojas que eran encargadas a la familia. Su padre lo miraba con orgullo. Los sables eran testados sobre todo tipo de superficies y bajo cualquier circunstancia; como la lluvia, cuando la

piel mojada es más resbaladiza y difícil de hendir. Con la mínima mella una hoja era desechada. «La eficacia de una katana estriba en la pulcritud de su filo. Toda la superficie de corte debe entrar en contacto con el cuerpo sobre el que se quiere producir el tajo. A mayor presión, más facilidad de traspasar armaduras; una muesca o una mella restan eficiencia al corte y la katana debe ser excluida». También se debían testar los filos sobre personas; ese era su objetivo último. En cuerpos muertos, los músculos se habían endurecido y la piel reseca; sobre cuerpos vivos con pieles tersas y escurridizas, los tajos debía ser más precisos. Incluso untaba la piel con manteca de puerco para

hacerla resbaladiza y dificultar el corte. Era el modo de comprobar su calidad.

Chao–Won empleaba reos para testar los filos sobre cuerpos vivos. Convictos que, habiendo trabajado largos años en las faraónicas obras de canalización de ríos y pantanos del Emperador, seguían siendo considerados desleales.

Las obras en embalses y marismas permitían a Su Majestad Dragón controlar la hidrografía de los territorios agrícolas, otorgándole poder absoluto sobre los suministros de agua indispensables para los campos de arroz, el cultivo mayoritario y prácticamente exclusivo de los campesinos kralorís. A lo largo y ancho

de Kralorela, los arrozales eran controlados mediante presas y otras obras de ingeniería. El cultivo era gestionado desde los órganos de gobierno de Su Majestad Dragón Emperador.

Los filos de las nuevas espadas eran testadas sobre los condenados. Chao—Won siempre pedía a los insubordinados de La Mano Negra, como antaño fueron conocidos aquellos sublevados «*de los que no se debe hablar*», quienes cometieron diversos atentados contra la hacienda pública con la absurda intención de minar el poder absoluto del Dragón Emperador. Gracias a las fuerzas del orden, la coherencia se restableció en los territorios levantados.

Man-Yurý fue más allá de lo que su propio padre pudiera esperar. Siguió a pies juntilla el legado dinástico de su estirpe y se hizo experto en la forja y la testa de sables. También en esgrima y *kenjutsu*. Como noble mandarín estudió arte y poesía, la espada y la pluma eran dos herramientas que un mandarín debía blandir con habilidad: la caligrafía y el *shi*; el arte del *Cha-no-yu* o ceremonia del té; el *teienjutsu* o diseño de jardines y bonsáis en miniatura; e incluso aprendió el arte de la música interpretando con maestría el noble instrumento del *taiko*. Viajó en repetidas ocasiones al sur del imperio, a la tierra conocida como Thesnos, en peregrinaciones tanto diplomáticas

como comerciales, como emisario y tratante, y así aprendió varios idiomas extranjeros como el utilizado para el comercio con las tierras de occidente que tan útil le resultaría en futuras empresas.

Único en Kralorela fue el joven Man-Yurý. Empleó varios años de su juventud perfeccionando una nueva técnica de lucha. Superó a su maestro en el dominio del *jutsu* conocido como *ciempiés*. «Si el alumno no supera al maestro, ni el alumno es bueno ni el maestro tampoco», decía su *sensei* Wen-Po. Años de trabajo y armonía, de sacrificio y meditación, hicieron posible el dominio de esta técnica de lucha.

Para el guerrero que domina el *ciempiés*, es el entorno quien reacciona lentamente y no él quien acelera la velocidad de sus golpes. Sus oponentes se desplazan lentos, pesados y adormecidos. «Tus golpes deben ser como el sonido, deben sentirse antes de verse». Así, cualquier luchador que dominase el *ciempiés* sería capaz de anticiparse a los golpes de su oponente. Lo insólito del joven Min-Tao fue cómo aplicó esta milenaria técnica de lucha al uso de la espada. Su esgrima se antojó imposible de batir en duelo. Todo su aprendizaje lo llevó a dominar su cuerpo, su mente y su entorno. La meditación era su estado natural y, sin embargo, algo en su interior le impedía

transcender por encima de su carne y abandonar sus necesidades materiales, iluminar el dragón que llevaba dentro y dejarlo salir para servir al Emperador en su guardia privada. Un recuerdo de su infancia lo angustiaba.

Llegó un día en el que el exarca de la provincia de Boshan requirió los servicios de los guerreros más valientes en nombre del propio Emperador Dragón. Cada casa envió a su campeón. Man-Yurý lució orgulloso el estandarte de la casa Min-Tao. Los guerreros embarcaron rumbo a un lugar llamado Sartar, en occidente, lejos de las inexpugnables fronteras imperiales, más allá de los Dragones de Piedra que amurallaban Kralorela, un lugar donde

ningún soldado del Emperador Dragón había viajado nunca. Pero eso es parte de otra historia.

Mucho antes de aquel viaje, cuando el niño Man-Yurý cumplía su quinta primavera, otro vástago no deseado por su familia trajo la desdicha a la casa Min-Tao. Pocos sabían entonces con cuanta humillación.

El corazón de Man-Yurý jamás pudo descansar en paz.

Dichosa es la infancia en la Tierra del Arroz.

—¡Ha sido una hembra! —La voz de la matrona no brillaba con la misma alegría que en el anterior parto, cuando dirigió el alumbramiento del

primogénito de la casa Min–Tao. La niña, cinco años menor, había tenido suerte de nacer en casa noble. Sería una Min–Tao de cuna honorable y pudiente; no necesitaría de sus manos en los campos de arroz o de vender su cuerpo y alma a una casa de meretrices. De haber nacido campesina su familia se hubiese visto obligada a todo aquello o quizás a algo peor: a sacrificar al bebé. Otra boca que alimentar era un acarreo demasiado costoso que una casa de origen humilde no se podía permitir. Un segundo hijo era un lastre antes de que fuera lo suficientemente fuerte como para contribuir a la economía familiar en los campos de arroz. El linaje Min–Tao , como la niña, también podía

considerarse afortunado en su justa medida. El legado familiar pasaría del padre al hijo primogénito varón, de Chao–Won a Man–Yurý, quien sería el próximo albacea real de la provincia de Boshan. Si el primer descendiente hubiese sido la niña, su posición se hubiese perdido en favor de otra casa noble de mandarines cuyo primer vástago hubiera sido varón.

El primer hijo varón heredaba los títulos de su padre. Los sucesivos engrosaban las filas del ejército imperial como soldados al servicio y salvaguarda del exarca de la provincia; sólo los más afortunados, quienes *iluminaban* a su dragón interno, formaban la escolta del propio Emperador. Las mujeres eran

aleccionadas como cortesanas y geishas en el arte de hacer felices a los hombres y, con pactados matrimonios, afianzaban lazos y amistades entre casas nobles y familias interesadas.

En la casa Min-Tao , la pequeña recién nacida se llamó Jen-Ku en honor, por supuesto, a su hermano primogénito, quien había traído la dicha y la fortuna a la casa. Min-Tao Jen-Ku, o *Carpa Bailarina*, como sonaría en el idioma comercial de occidente.

—¡Señorita Jen-Ku! ¡Deje eso y salga de ahí inmediatamente! —La nodriza encargada de la educación de la pequeña de lisos y negros cabellos tenía que reñirle cada vez que se colaba en la

fragua de la armería o en el dojo de artes marciales. También era objeto de regañinas su obsesiva manía por trepar a los tejados del palacio familiar o de encaramarse a los cerezos del jardín.

A la pequeña no le gustaba su institutriz. Las lecciones obligatorias, como el *ryori* o arte de la cocina, no eran de su interés. Aquellas horas interminables eran una verdadera tortura. La tutora encargada de su formación llegó a pensar que la niña nunca lograría ser la dama que de ella se esperaba. Años desperdiciados tratando que aprendiese el arte del placer y el acompañamiento. Nunca hizo caso a semejantes menesteres. Su verdadero interés estaba en el lugar en el que se encontraba su

hermano: el dojo de artes marciales. Ni los grandes castigos, como días enteros encerrada sin comer, pudieron quebrar el interés que sentía por cuantas tareas tenía su hermano. Ella también quería aprender artes marciales. Nada pudo cambiar su pensamiento desde el día en el que vio al maestro Wen–Po mostrando sus técnicas de combate sobre la superficie de un estanque, sin hundirse en el agua, apoyándose grácilmente con la punta de los pies sobre los nenúfares y las flores de loto que flotaban.

Cada vez que la cogían de esa guisa era castigada severamente.

Muchos fueron los días en los que la

pequeña Jen-Ku, o Carpa Bailarina, se refugiaba en los tejados de la pagoda familiar y desfogaba su energía, la que su hermano empleaba aprendiendo artes marciales, encaramándose a paredes y techumbres, saltando muretes y trepando por donde hubiese una superficie vertical o incluso desplomada. Era allí arriba donde la pequeña de amplia sonrisa y ojos negros se sentía más segura, allí arriba fue donde empezó a escabullirse de las clases y lecciones destinadas a hacer de ella una dama palaciega.

Empezó como un juego. «Hoy me salto la tapia de casa». Pero los castigos se hicieron insufribles. ¿Por qué ella no podía aprender artes marciales como su

hermano? A los ocho años de edad saltó la tapia por última vez. «Mi padre me odia y nunca me dejará aprender el arte de la lucha», se repetía a sí misma. La niña de mirada tierna y pelo lacio acabó sola y perdida vagando como una pequeña mendiga. Primero se ocultó en una aldea próxima, tenía que alejarse de allí pues su padre estaría buscándola enfadadísimo y el castigo sería terrible. Buscó comida entre la basura, restos de arroz y fideos, lo suficiente para no volver a casa. Sólo lo sentía por su hermano al que echaba enormemente de menos. Aquellos primeros días durmió encaramada a las ramas de un olmo. No tardó en llegar a la ciudad, en llegar a Sha-Ming.

Su padre estaría enfurecido, pero ella le demostraría que se equivocaba. Como su hermano, ella también podía seguir *el camino del guerrero* y aprender las artes que armonizaban la relación natural entre el cuerpo, la mente y el universo. Buscó refugio vagando fascinada entre las calles de la inmensa urbe. Y entonces, un viejo de frente arrugada la encontró durmiendo entre cartones y la llevó a un dojo. La niña con apariencia de pequeña mendiga fue acogida en esta escuela de artes marciales que sacaba a los niños abandonados de la calle.

—Ve por agua al pozo y no olvides dar de comer a los animales. —Cada mañana el maestro Konuke recordaba la

misma rutina a la pequeña Jen-Ku. Había vuelto a tener suerte, la niñita encantadora había cautivado al viejo maestro de artes marciales que la había acogido bajo su tutela. A diario limpiaba la escuela, recogía leña, hervía el arroz y lo servía en cuencos de madera... Todas las mañanas lo mismo. Así fue cumpliendo años: nueve, diez, once, doce...

—¿Fregado los cuencos de arroz has?

—Sí maestro —contestaba ansiosa por la aprobación de su mentor.

—Pues dar de comer a los animales debes y barrer el tatami después. Debe estar listo para la lección: en agua sucia no nadan peces.

—Pero maestro... —se contrariaba la niña impaciente por aprender los secretos de las artes marciales.

—Ningún pero puede perturbar tu calma. Necesitas una mente despejada de ansiedades para la lección. Y también unos brazos fuertes.

—Pero maestro, yo...

—Aprender más del anciano que del ilustrado debes. No te ofusques por la lucha pues las artes marciales son proporción y armonía. No son grandeza ni fuerza, sino equilibrio. El guerrero obtiene su victoria por diversos caminos. Un solo camino demuestra debilidad y falta de ingenio. ¡Ah! No olvides dar cera al bambú de la tarima...

y púlela después.

—Sí maestro Konuke, como usted diga.
¿Desea alguna otra cosa?

—Ahora que lo dices... Sí. Trénzate bien esa melena. Sólo los salvajes del norte luchan con el pelo suelto.

La niña se había convertido en una jovencita bellísima y encantadora, a la par que extremadamente disciplinada con su entrenamiento. El trabajo era muy duro pero todo lo compensaba el tiempo que, el maestro Konuke, le dedicaba a la enseñanza de artes marciales junto a otros niños pobres de la ciudad, quienes tampoco disponían de recursos para pagar una de las Cinco Grandes Escuelas.

En el dojo del maestro Konuke aprendían técnicas milenarias los hijos de campesinos, recolectores, cocineros... Quienes no podían permitirse el acceso a una de las escuelas privadas de artes marciales, como la de La Grulla Imperial o El Tigre Blanco y Negro. Como en todas las escuelas sustentadas por la caridad, allí se aprendía el estilo del Dragón. Los alumnos más aventajados pasarían a engrosar, como agradecimiento por la formación, las filas de soldados del ejército imperial, una digna alternativa a los campos de arroz. El Sendero Inmanente se encargaba de gestionar estas escuelas para los hijos de los no-pudientes. Una organización benéfica

según algunos; una secta para otros, denostada y compadecida por las escuelas más nobles y las familias de mayor abolengo.

—No digas que es imposible, di que no lo has intentado lo suficiente. Solamente si crees que es imposible será imposible —apuntó el maestro Konuke a la joven, completamente doblada en un ejercicio contorsionista—. Flexibilidad, eso es, flexibilidad como un junco. Vuelve a recuperar la postura inicial, con fuerza, cuando el enemigo no te espere. La confianza del enemigo es tu fuerza y tu sorpresa es su debilidad. Su debilidad es tu victoria.

—¿Cómo puedo averiguar esa

debilidad, maestro? —preguntó la bellísima jovencita haciendo un esfuerzo sobrehumano a causa de la postura que prácticamente le impedía respirar.

—El agua, Carpa Bailarina, el agua —musitaba el anciano paseando a su alrededor. Arrastraba los pies apoyándose en un retorcido bastón—. Sólo el agua transformarse en su enemigo puede. Viértela en un cuenco y será el cuenco, viértela en una taza y será la taza. Pero si dejas una mínima hendidura, se escapará de entre tus dedos.

En el dojo, la muchacha había encontrado su hogar, su lugar en el mundo, como antes lo fueron los techos

sobre los que seguía encaramándose con felina facilidad. Esa fabulosa habilidad para trepar y su disciplina fueron determinantes para su ingreso en el Círculo Interno del Clan. Sólo los elegidos por un miembro del Clan podían acceder al Círculo Interno. Cuando Jen–Ku pasó a formar parte del Sendero Inmanente tuvo que cambiar de nombre. Todas las identidades del Círculo Interno eran secretas incluso para sus miembros. Min–Tao Jen–Ku, Carpa Bailarina, se transformó así en Li–Wan, *El leopardo que trepa al tejado*. Como pago por la educación recibida esos años, Jen–Ku realizaría «trabajos» para el exarca y para el propio Emperador Dragón. Konuke

Sama aleccionó convenientemente al nuevo miembro del que sólo él conocía su verdadera identidad. La vida era demasiado corta para pasarla meditando o buscando los secretos de la Iluminación Dragontina como hacían los estudiosos místicos de las adineradas familias mandarinas. El poder estaba en la tierra, en la naturaleza, en el cuerpo, y sólo había que estirar la mano para prenderlo. Ahora Jen—Ku se debía al clan que la había formado como persona y le había dado un objetivo en la vida, a las enseñanzas del maestro Konuke, al beneplácito y la generosidad de los exarcas y de Su Majestad Divina Dragón Emperador.

—Maestro, ¿Por qué me habéis

seleccionado como pupilo? Hay otros que luchan mejor que yo.

—Carpa Bailarina, nunca he encontrado un pupilo del que yo no haya aprendido algo. La victoria nunca te será fácil, pero tú sabes ver. Se aprende a ser cocinero, pero se nace catador. Busca tu oportunidad en las debilidades del enemigo. —El maestro Konuke se había quedado señalando al firmamento con su dedo índice. Jen—Ku buscó en el cielo lo que trataba de señalar. De pronto, el anciano le propinó un fuerte pescozón en la cabeza—. Y nunca debes perder de vista a quien dolor pueda causarte. ¡Ni saludando apartes la mirada de tu adversario! ¡No busques donde nada puedes alcanzar!

Jen—Ku perfeccionó rápidamente sus conocimientos sobre artes marciales. Destacaba en el uso del *ninjato*, una versión acortada y recta de la katana usada por los mandarines, mucho más manejable y fácil de ocultar. También se convirtió en una excelente acróbata y escaladora. A veces, las menos, usaba cuerdas y una cadena de delgados eslabones para subir por los muros más resbaladizos de los templos y palacios. Normalmente era capaz de subir donde el «trabajo» requiriese utilizando únicamente la pericia de sus extremidades como un auténtico leopardo, el leopardo que trepa al árbol. El Clan era su nueva familia, la niña que hacía ocho años se había escapado de

casa huyendo de una vida que no quería, era toda una mujer. El maestro Konuke era su único y verdadero padre, sin embargo, la niña que llevaba en su interior seguía acordándose de su «héroe» de la infancia: su hermano. En el Clan conoció nuevos hermanos. Jóvenes como ella, sin familia, o segundos hijos que fueron abandonados; sin edad para trabajar en los arrozales, los niños eran dejados a su suerte. Muy pocos, los más afortunados, eran acogidos por la caridad del Emperador e instruidos por el Sendero Inmanente, quienes se encargarían de mostrarles las artes marciales. Ya tendrían tiempo de devolver el favor al Emperador y a los exarcas ingresando en las filas del

Ejército Imperial. Muy pocos pasarían a formar parte del Clan, el Círculo Interno del Sendero Inmanente.

Entre esos jóvenes Li–Wan conoció a Kai–Lung. No estaban seguros de cuántas veces se habrían visto con anterioridad. En los trabajos del Clan primaba la discreción, el sigilo, la cautela... Siempre se llevaban a cabo con la cara encubierta. Pasaron una única noche juntos. Una noche estival fue suficiente para que la semilla del amor germinara en el vientre de la joven. Fue suficiente. Si no hubiera sido por el maestro Konuke el castigo podría haber resultado infinitamente mayor. De igual modo que había hecho con la pequeña Carpa Bailarina, el maestro se

ocuparía de la educación del fruto nacido de aquella efímera unión mientras la nueva y joven madre continuaba desempeñando trabajos para el Círculo Interno del Clan.

Entonces, cinco años después del nacimiento de su hija, un fantasma de su más remoto pasado volvió a cruzarse en la vida de Jen—Ku.

Desde luego el trabajo que el mismísimo Emperador Dragón había solicitado al Clan se salía de lo normal, del habitual espionaje, del sabotaje o del mero ajuste de cuentas. Para ser exactos, se salía físicamente de los límites fronterizos del gigante imperio oriental. El propio archiexarca imperial había requerido

miembros del Círculo Interno para una travesía en barco a occidente. De la escuela del Dragón de Sha–Ming el maestro Konuke no tuvo ninguna duda de quién sería su enviado... o enviada. El anciano pidió a la joven discreción y cautela. Tendría que hacerse pasar por hombre. Ella honraría a la escuela de su maestro y al nombre secreto de su Clan. La misión la llevaba a viajar como polizón en las fragatas de la marina imperial. Junto a otros miembros del Clan, debía seguir clandestinamente a varios grupos de soldados y diplomáticos imperiales.

Su comando en concreto seguiría a uno de estos grupos a un lugar llamado «Sartar». Los oráculos habían anunciado

que un enemigo esperaba a las comitivas llegadas de oriente y que la atacaría violentamente. Los heraldos imperiales no sabían que en realidad su papel era el de señuelo. Una vez que el ataque se produjera, los miembros del Clan enviados en secreto debían dejar morir a los heraldos para que los agresores pensaran que se habían hecho con un falso correo que portaban. Los miembros del Clan seguirían ocultos hasta entregar la verdadera misiva redactada por el propio Emperador Dragón, mientras el señuelo era sacrificado.

Algo trastocó los planes elaborados por los sabios mandarines y exarcas del Emperador Dragón.

Estupefacta, boquiabierta, sus ojos no podían creerlo. Tal fue la reacción que sufrió la joven cuando lo encontró en las galeras de la flota imperial. Era parte del señuelo de soldados y emisarios que serían sacrificados. No había cambiado tanto, su cara fina y angulosa, sus ojos oscuros, su recta nariz..., y sus dientes, que seguían algo separados como cuando era sólo un niño. Si sus cálculos salían bien, su hermano debía tener muchos más de veinte años, Man-Yurý Min-Tao debía tener veintiséis años. Uno de los soldados enviados para morir como señuelo era su propio hermano, su «héroe» de la infancia.

Durante el tiempo que duró la travesía marítima, y desde la clandestinidad del

subterfugio y el espionaje, la muchacha quiso cerciorarse que efectivamente aquel joven era su querido hermano. Lo observaba desde cualquier sombra que el navío ofreciera. El joven pasaba las horas meditando y aprovechaba algunos ratos para entrenar en cubierta el arte del *kenjutsu* o recitar bellas poesías que escribía sobre papel de arroz. Dominaba con igual destreza el arte de la espada y de la pluma. Era él, era su hermano.

Li-Wan siempre pensó que el sol se ocultaba en algún lugar tras las montañas del oeste, Shan-Shan, para volver a salir al día siguiente por el Mar de Kahar; pero el mundo resultó ser más inmenso de lo que pensaba. Muchas semanas después de su partida, una vez

en tierra, los polizones emprendieron camino siguiendo a escondidas a las comitivas de diplomáticos y soldados del Emperador: los señuelos destinados a morir entre los que se encontraba su hermano. Siguieron rumbo norte atravesando agrestes e indómitos parajes nunca vistos por los ojos de una kralorí. Y como vaticinaron los sabios, un violento enemigo estaba esperando para recibir a los viajeros con una calurosa bienvenida. La comitiva-señuelo de diplomáticos y soldados fue atacada por una horda de monstruos salvajes, más numerosa que la de los sorprendidos viajeros que nada sabían de su predeterminado papel en aquel viaje. Y aquí sucedió el imprevisto,

Carpa Bailarina (ahora Li-Wan) no resistió la imagen de su hermano cayendo inconsciente al suelo entre las fauces de una descomunal bestia. En lugar de continuar, y dejar que el señuelo fuese sacrificado como era su deber, la joven entró sin pensarlo en la batalla arrastrando al resto de su comando invisible a la lucha, contraviniendo las órdenes. No lo dejaría allí. Su hermano había aparecido desde su lejana infancia, desde que abandonó su casa, su linaje, su familia... No dejaría que sucumbiera sin más y desapareciera por segunda vez de su vida.

La voracidad letal de los agresores había cogido estupefactos a los

desprevenidos diplomáticos orientales y a sus escoltas. Era el momento de Li-Wan para demostrar al mundo, a su padre y su hermano, que podía ser tan buena guerrera como un hombre. Lo cierto es que tuvo suerte de rescatar al joven herido de entre el tumulto. Los enemigos se contaban por decenas. Los orientales caían como las hojas amarillentas de un árbol en otoño. De nuevo fue afortunada, escaparon del combate sin que ningún monstruo se percatara. Tenía que llevar a su hermano a un lugar seguro, quedarse allí hubiera sido morir. Más fortuna tuvieron los dos hermanos moribundos cuando varios días después encontraron la granja y el altar donde las curanderas blancas los

recogieron.

El herido volvió en sí gracias a las artes curativas de las atentas damas de las túnicas blancas. Inmediatamente, Jen-Ku percibió recelo en la mirada de su hermano y hostilidad en sus palabras. El heraldo estaba cegado por el linaje familiar y sus costumbres ancestrales. Los peores presagios de la muchacha se cumplían respecto al código de honor de su hermano. Le recordaba en demasía a su padre, el recuerdo más desagradable de su infancia. Así que decidió no descubrirse, temerosa de la reacción del joven. El chico se mostró contrariado, nada agradecido, con quien había salvado su vida. Estaba obstinado por la idea de morir con gloria en el campo de

batalla al lado de sus compañeros. Le resultaba una afrenta, un hecho indecoroso, que contra su voluntad otro guerrero lo hubiese «sacado del infierno» dejando morir a sus camaradas. Jen-Ku ocultó su voz de mujer y se hizo pasar de nuevo por un hombre. Hubiera sido peor si el obcecado emisario hubiera descubierto que no había sido un guerrero, sino una guerrera, quien lo había salvado. Mucho peor si descubría que esa guerrera era su propia hermana. El emisario tragó la farsa como un niño que ve un espectáculo de marionetas. Jen-Ku decidió no darse a conocer hasta que se hubiese ganado el respeto del varón, entonces, sería el momento de desvelar

su verdadera identidad. Si se descubría como mujer, el dolor de la espina clavada en el honor de Man-Yurý sería insoportable. Si el muchacho descubría que, además de mujer, era su hermana pequeña, su reacción sería imprevisible. Jen-Ku entendió que su hermano no soportaría haber sido salvado por quien había mancillado el apellido de la familia, por quien había renunciado a una vida cortesana para convertirse en miembro de uno de los clanes afines al Sendero del Dominio Inmanente. Él menospreciaba todo cuanto no fuesen las «únicas y verdaderas» enseñanzas del Dragón. Él detestaba cualquier otra manifestación de acercamiento a la Iluminación que no fuese la oficial.

Por el momento, ocultaría su auténtica identidad. Sería como el agua que fluye hasta comprobar la forma del recipiente, así podría adoptar esa forma o escapar por entre los dedos. Debía ser flexible, como el junco que se dobla para volver a erguirse con más fuerza, como un resorte inesperado.

El niño que Carpa Bailarina tanto había amado ya no era tal niño. Se había convertido en un mandarín de vida nobiliaria, de esos que creían conocer el verdadero sentido de la existencia y que sólo aceptaban su visión como verdadera, de esos que disponían de todo su tiempo para meditar sobre la Iluminación y reflexionar sobre la «única y genuina» Senda Dragontina.

Todo lo que su hermano creía era contrario a lo que ella había aprendido. «La vida es muy corta para quien no vive en palacios, para quien no dispone de séquito ni servidumbre o quien recoge arroz en los campos de cultivo. No hay tiempo para esperar sentado a la Iluminación. No se puede tratar de entender los secretos de la vida si tienes que bregar con la cotidianidad. El poder está en la armonía del todo con el cosmos y del mundo con sus habitantes, sólo hay que estirar la mano y tomarlo». Si Kralorela era un lugar peligroso para una mujer, el riesgo era millones de veces más elevado fuera de sus fronteras. Resultaría difícil ganarse el respeto del obstinado Man-Yurý, pero

ella iba a lograrlo; sólo entonces se destaparía frente a su hermano, quien ya no podría recriminarle nada. «Cuando las nubes lleguen a oídos de mi padre me gustaría verlas llover».

La cosa fue a peor en la caverna de los trolls. Allí recuperaron la verdadera epístola del Emperador Dragón que ella había perdido en la brega por inmiscuir a su grupo en el asalto de los trolls. Cuando rescató a su hermano de la emboscada, el mensaje imperial cayó en manos de las bestias. En aquella pelea había cometido su primer fallo: indisciplina. En la cueva de los trolls recuperó la carta pero cometió su segundo error: torpeza. La máscara que tapaba su rostro y reservaba su

identidad cayó en el charco de un riachuelo embarrado. Llegó a pensar que su incógnito se había perdido, que su hermano descubriría quien era; sin embargo, no ocurrió nada de eso. A causa de la oscuridad, de la tensión o quién sabe por qué motivos, el heraldo no la reconoció. Es más, el ingenuo quiso guardar el secreto sobre la feminidad del enmascarado del antifaz por alguna causa que ella desconocía.

Físicamente Jen—Ku estaba muy cambiada, mucho más que su hermano. Era toda una mujer y los años habían embellecido caprichosamente sus rasgos, convirtiéndola en una hermosa joven. Tras el estupor inicial por el descubrimiento de la cueva y durante el

resto de camino que los había llevado hasta Nueva Pavis, el emisario había empezado a tratarla con especial cortesía. Había desaparecido la aspereza y su trato era realmente considerado, demasiado entre soldados... ¿Se había enamorado de ella?

El resto de la historia y de cómo se desarrollaron tales acontecimientos es bien conocida por todos..., o por casi todos.

Dura es la infancia de una mujer guerrera en la resplandeciente *Tierra del Arroz*.

Epílogo del capítulo VIII. «El camino de Jen—Ku»

Un gorjeo en el interior de su estómago le recordó el tiempo que llevaba fuera de casa, sin comer. Desde que se había escapado, la pequeña Jen-Ku vagaba sin rumbo entre campos de arroz. Ningún campesino había prestado atención a su figura esquiva, demasiado atareados en la recogida del cereal. No podía volver a casa, su padre estaría furioso. La tercera noche pasó mucha hambre. La niña fugada había dormido sobre la copa de un árbol, alejada de la humedad de los arrozales. La cuarta y la quinta fueron aún peores. Trató de colarse en una aldea con la esperanza de conseguir algo succulento que llevarse a la boca, pero se conformó con robar los frutos de un cerezo antes de salir corriendo; si la

atrapaban, la llevarían a casa con su padre. A la mañana del séptimo día, un carro cargado con sacos de arroz pasó traqueteando bajo el árbol donde había dormido. Dos poderosos bueyes tiraban de él. Jen-Ku no lo pensó y se dejó caer sobre la carga. Pensó pedir algo de comida a los conductores del carro en cuanto lo vio; quizá, y con la mugre que llevaba encima, la confundieran con una niña mendiga y no la llevaran con su padre. ¿Y si se dirigían a la ciudad? Escondarse entre los sacos le pareció mejor opción. El arroz disimuló la caída, no la habían visto. Sin embargo, los conductores hicieron parar a los bueyes. Jen-Ku oyó sus voces.

—¿Qué ha sido eso? Ve atrás y

comprueba la carga.

Jen-Ku escuchó unos pasos acercándose a la parte trasera del remolque. La pequeña se escabulló bajo los bultos. La compuerta que cerraba el carro se abrió. Un recaudador de arroz, ataviado con los emblemas imperiales de Su Majestad Divino Dragón, echó una rápida ojeada frunciendo ligeramente el ceño, toqueteando algunos de los sacos de arroz, y cerrando la compuerta tras comprobar que todo estaba en orden. Cuando el recaudador se sentó en la parte delantera del carro, junto al conductor, éste le guiñó un ojo.

Jen-Ku respiraba entrecortada, nerviosa. Si aquellos hombres la cogían

allí, la llevarían junto a su padre y el castigo sería aún peor. El carro siguió su camino. Tras varias horas de camino volvió a detenerse. Jen-Ku oyó mucho bullicio y se atrevió a asomarse entre la rendija que dejaban dos sacos de arroz. Con sorpresa comprobó lo lejos que había llegado. Estaba en Sha-Ming, la capital de su provincia, había llegado a la ciudad. El carro había parado y los conductores hablaban con la guardia imperial encargada de la aduana y el paso a la urbe. Una fila de campesinos esperaba su turno con sus propios sacos de arroz. La niña deslizaba la mirada, viendo las carretillas rebosantes de cereal, cuando sus ojos fueron a posarse sobre un tablón erguido junto a la

entrada. Jen—Ku se quedó sin respiración cuando vio su propia cara retratada en él. El comisario de la ciudad firmaba la nota que anunciaba una recompensa para quien encontrara a la hija fugada del albacea oficial de la provincia, el maestro Min—Tao. Su padre estaría furioso. La niña se quedó paralizada bajo los sacos de arroz. ¿Y si la descubrían?

El carro continuó su camino. Cuando Jen—Ku recuperó el aliento se asomó de nuevo y vio cómo se acercaba a un palacio, sobre una colina, que gobernaba la ciudad desde la altura. Los arrabales y las casas de la gente humilde se desplegaban a sus pies. Jan—Ku reconoció el palacio del comisario

imperial, aquella carga de arroz eran impuestos. Sigilosa como una sombra la pequeña saltó del carro cuando atravesaban los frondosos jardines del palacio. Su rastro se perdió entre los juncos. Asustada, y sin saber dónde ir, se precipitó en una alocada carrera colina abajo, hasta llegar y perderse entre los callejones de los barrios más humildes de la urbe kralorí. Seguía teniendo hambre, estaba asustada. Aquella primera noche en Sha-Ming fue horrible. Se arrinconó al final de un callejón oscuro, las ratas de la ciudad eran más espantosas que las ratas de campo. A la semana siguiente, ya conocía a todas las ratas con las que compartía el callejón. Ya no podía

volver a casa, su padre estaría realmente enfadado.

Intentaba mendigar pero no era fácil. Había otros niños, y no tenían ningún reparo en dejar claro que aquella calle no era «su sitio». La solían echar a patadas. La guardia de la ciudad quizá la habría ayudado, pero trataba de evitarla por si la reconocían y la devolvían a casa. Sus ropas no eran las de una mendiga, estaban ajadas y sucias, sí, pero eran prendas que pertenecían a la nobleza, su padre era un mandarín, un oficial del Imperio. Su cara podía estar sucia y su pelo revuelto, pero si la reconocían y la enviaban a casa...

Sha-Ming no era como la recordaba.

Sólo había estado una vez, hacía dos años. Su padre había sido invitado por otros nobles mandarines a pasar la noche de año nuevo. Todo eran adornos y guirnaldas, cometas y flores de fuego coloreando el cielo, pero lo que ahora veía a su alrededor era pobreza y miseria. ¿Quizá no estaba en las mismas calles que la noche de año nuevo? Tenía mucha hambre. Pasó junto a un puesto ambulante. Había llegado a una calle donde había muchos carros que vendían cuencos de arroz hervido a los caminantes. Otros, menos, vendían frutas. Sólo uno vendía empanada. Sin pensarlo se dirigió a este último. Primero merodeó alrededor, observando tanto a la clientela como a la vendedora.

Se acercó. La empanada olía de maravilla. No tenía dinero y sí la boca llena de saliva. Se acercó más. La vendedora, con una inmensa nariz aguileña, entregó otro trozo de empanada a un hambriento comprador. La niña estaba al otro lado del carro y deslizó una mano, por detrás, con disimulo. De pronto, un fuerte golpe hizo que la retirara. Quiso darse la vuelta para correr pero alguien la sujeto con fuerza por el brazo.

—Ese kimono no es de un nacido en la calle. Si hambre estás pasando es que debes ser poeta.

El anciano que la sujetaba tenía una larguísima barba blanca que le llegaba

por debajo de la cintura y dos pequeños ojos que apenas podía abrir. Si con una mano sujetaba fuerte la muñeca de Jen—Ku, con la otra movía elegantemente un ondulante abanico de tela verde. Pero lo que más llamó la atención de la niña fue el kimono que vestía. Era viejo, parecía muy usado, nunca había visto uno igual, pero sin duda aquella prenda pertenecía a un maestro de artes marciales.

—Pero si un cuenco de arroz quieres, en mi escuela te lo cambiaré por alguna de tus poesías.

Nada deseaba más que asistir a la Escuela de la Grulla Imperial. Pero el maestro de su hermano, quien le daba las lecciones en su propia casa, la

reconocería nada más verla, sabría quién era. La había visto muchas veces cuando iba a impartir las lecciones a su hermano y ella los espiaba sin mucha maña. Pero aquel otro anciano, con su kimono raído y polvoriento, no pertenecía a dicha escuela, ¿podría enseñarle artes marciales? ¿Qué escuela sería aquella?

Entró en el recinto, junto al anciano, muchos de los niños que allí había se detuvieron un instante a observarla. Jen-Ku pensó que la mirarían como a una pordiosera, como a una mendiga; sin embargo, los niños no mostraron en su mirada nada de eso, sino un profundo respeto. La niña también se fijó en los pendones que ondeaban con el emblema

de la Escuela Dragón: era el lugar donde iban a estudiar los niños sin recursos y de familias humildes. El anciano maestro la condujo hasta una pequeña habitación, vacía, con un ventanuco que daba a un cuidado jardín.

—Para ganarte un cuenco de arroz debes recitar una de tus poesías. —El maestro hablaba con las manos entrelazadas y ocultas bajo las pomposas mangas de su kimono.

—No soy poeta. He venido para aprender artes marciales —dijo resuelta la niña. Jen—Ku era consciente de que sin el apoyo de su padre, jamás estudiaría en otra escuela que no fuera la del Dragón.

—Tienes hambre pero me pides aprender artes marciales. Debe ser importante para ti, niña rica. Esperar será tu primera clase, la paciencia es la primera lección.

El maestro se marchó. Jen—Ku se quedó sola, nerviosa, esperando. No tardó en aparecer otra niña, algo mayor que ella, portando un cuenco lleno de arroz. Jen—Ku cogió el arroz y con voz airada ordenó:

—Dile al maestro que quiero aprender artes marciales.

La otra niña no contestó y se marchó. Jen—Ku se empleó a fondo con el arroz. Al rato de haber terminado empezó a impacientarse. Atardecía. Jen—Ku

observaba ansiosa la salida de la habitación, el pasillo, el jardín a través de la ventana... No apareció nadie. Alzó la voz exigiendo la presencia del maestro pero nadie contestó. Cuando la luna se asomó a la habitación, a través de la ventana, apareció otra niña portando una estera. Primero la dejó en el suelo, como yacija, y luego se dirigió a Jen-Ku sin mirarla directamente al rostro:

—Dormirás aquí.

—Quiero que venga el maestro. Quiero que me enseñe artes marciales.

—El maestro Konuke ha dicho que debes esperar con paciencia.

La niña se marchó dejando allí a Jen—

Ku. Pasó despierta casi toda esa noche. Al día siguiente el maestro no apareció. Jen—Ku sólo vio a las dos niñas que le traían, primero comida, y luego la cena. Jen—Ku comenzó a pensar que allí no aprendería nada pero, sin embargo, no sabía a dónde ir. Un gran enfado arrebató sus palabras exigiendo la presencia del maestro cuando le llevaban la cena. No obtuvo respuesta. No vio a nadie más en ese día. Era absurdo permanecer allí si el maestro no estaba dispuesto a enseñarle artes marciales. Así que en lugar de tenderse sobre la yacija a descansar por segunda noche, Jen—Ku saltó por la ventana de su habitación y se encaramó al tejado de la escuela. La luna permitía ver

perfectamente hasta las tejas, así que caminó acuclillada para que nadie pudiera verla. Llegó hasta la entrada principal. Buscó el mejor sitio para descender sin hacer el menor ruido, pero antes de iniciar la bajada, un tropel de jinetes irrumpió en la puerta de la escuela. Varios de estos hombres iban engalanados como guardias imperiales, con el sello del Divino Dragón Emperador en su indumentaria. El que dirigía la comitiva, sin embargo, llevaba los galones de juez y comisario de la urbe. Tenía una expresión lúgubre en el rostro. Dejó a los jinetes y se acercó solo a la entrada. El maestro había salido a la puerta. Habló sin levantar el tono, pero en su voz podía intuirse un

velado disgusto.

—Demasiado ruido hacéis. Los niños necesitan descansar para despertarse fuertes.

—Viejo, ya sabes por lo que venimos. Me han informado que tienes a la niña, a la hija de Min–Tao.

—Así es. Lleva dos días aquí. Protegida y segura.

—Pues el Divino Dragón Emperador va a querer que YO me haga cargo de la niña en cuanto se entere. Mi palacio es el lugar más seguro de todo Sha–Ming desde que Su Divina Majestad Imperial me hizo el *regalo*. No existe lugar más protegido gracias a él.

—Pues yo creo que es precisamente el *regalo* del Dragón Emperador lo que hace inseguro a tu palacio, incluso peligroso. Con ese regalo te está diciendo que nunca más vuelvas a retrasarte en el pago de los impuestos. No lo mandó para protegerte, sino para vigilarte. —El anciano maestro había escupido la última frase. La furia se adueñó de la mirada del comisario.

—Te haré azotar por semejante desacato. Pero ahora me daré el gusto de...

El comisario se recogió con suficiencia las mangas del kimono. Varias anillas metálicas cubrían sus antebrazos. Al colocarse en una rígida postura marcial,

las anillas repiquetearon las unas contra las otras. El maestro hizo lo propio abriendo su abanico y ocultando su mentón tras él. Entonces el comisario avanzó. El maestro evitó dos potentes puñetazos inclinando sutilmente su tronco a los lados, sin levantar los pies del suelo, como una hoja de cerezo que se desprende en otoño de su rama. Sin inmutarse volvió a hablar:

—Si hubieses pagado tus impuestos a su debido tiempo, el Divino Dragón Emperador no habría castigado a la ciudad, ni te hubiese mandado ese regalo para asegurarse el próximo pago.

El comisario lanzó otro ramillete de golpes que el maestro evitó con

elegancia ayudado por su abanico. El viejo se atusó la barba, desplegó de nuevo el abanico, y volvió a hablar:

—Pero no nos interesa avivar viejas rencillas, sino la seguridad de la pequeña Min—Tao. Mientras nadie más sepa que está aquí, todo fluirá tal y como Su Divino Dragón Emperador predijo. Debe aprender artes marciales. Ni siquiera su padre debe saber que ella está aquí.

Si bien estas últimas palabras tranquilizaron a la expectante Jen—Ku, aún no alcanzaba a entender cómo el maestro había sabido quién era ella, ¡si apestaba a suciedad y la mugre cubría su cara! Escuchaba tan preocupada cuanto

decían de su padre que no entendió por qué hablaban también del Dragón Emperador.

—Si nadie la reconoce, mejor, aquí estará segura —la voz del maestro sonó con firmeza.

—Si a Su Divino Dragón Emperador no le place tu mediocre plan, volveré a por la niña —aseguró el comisario antes de marcharse.

Jen—Ku contempló atónita al hombre que se subía con altivez al caballo. Aún aturdida por todo cuanto acababa de escuchar, un pensamiento se impuso en su mente a la vorágine confusa que no paraba de girar: «me enseñará artes marciales. Tengo que volver a la

habitación antes de que se dé cuenta de que me estaba escapando». Y cuando Jen-Ku se dio la vuelta para regresar a su dormitorio, sin saber muy bien cómo, se topó de frente con la figura del viejo maestro erguido, a su lado, sobre las tejas del tejado.

—Paciencia necesitas para aprender el camino del artista marcial.

Y en esa habitación, de la cual conocía ya cada uno de sus recodos, permaneció Jen-Ku esperando durante los siguientes cien días con sus cien noches. No insistió ni una sola vez más en ver al maestro, no insistió en nada más. Comía el arroz que le traían, dormía sobre la estera del suelo y, cuando salía al patio,

observaba con atención las enseñanzas del maestro al resto de pupilos. Cien días habían pasado sin que Jen-Ku pidiera ni exigiera; al contrario, había empezado a agradecer a las otras niñas cada vez que traían agua o comida. Y a la mañana del día ciento uno, el propio maestro apareció en su habitación y le ofreció que se sentara con el resto.

—Comerás con nosotros; a cambio, tendrás que trabajar en la escuela: fregando, limpiando, recogiendo, alimentando a las gallinas...

Jen-Ku se sentó junto a los otros niños, apoyada sobre sus talones, y esperó pacientemente que llegara la comida. Allí estaba ella, al lado de los

bastardos, los hijos de los campesinos, de los pobres, de los *sinapellido*..., pero prefería aquella compañía a la soledad de su habitación. Junto al arroz, en el centro de la mesita, un alumno de la escuela depositó un pedazo de empanada, jugosa y tierna, todavía caliente. Jen-Ku estaba cansada de comer sólo arroz; quizá para los otros niños eso fuese habitual, pero ella había crecido en la casa Min-Tao y tan noble apellido conllevaba ciertas ventajas, también en la despensa. La niña fue a probar un trozo de la empanada cuando un fuerte golpe en la muñeca hizo que retirase la mano. El maestro agitó su abanico como si fuera un látigo.

—Dices que has venido aquí a aprender.

Paciencia debes tener porque el camino es largo. Comerás sólo arroz, el alimento del viajero. Si has venido a aprender, y no a comer, tu objetivo no será evitar el hambre, sino lograr sabiduría.

—Pero ellos...

Jen-Ku se calló, había aprendido que sus palabras de nada servirían. Si quería ingresar en la escuela y que el maestro le enseñase el Camino del Dragón tendría que tener paciencia. ¡Era injusto! Ella era una Min-Tao , no una niña de la calle. Pero no le quedaba otra salida. Ella no pertenecía a ese lugar y, sin embargo, era el único sitio en donde podría aprender las artes marciales.

Ojalá hubiera podido ingresar en la escuela de la Grulla Imperial...

Esa misma tarde, después de hacerle fregar los boles de arroz, el maestro la admitió en una clase. Aprendió una serie de movimientos como los que, desde su ventana, había visto hacer al resto de los pupilos en infinidad de ocasiones: *el Dragón entra en la Fortaleza*. Por la noche durmió con los demás. Estaba agotada, rota. Los movimientos de la lección se sucedían lentamente, sin sobresaltos, y, sin embargo, sentía el cuerpo como si se hubiese caído de un tejado. Así se sucedieron los días, entre las clases, aprendiendo los movimientos que componían *el Campesino siega la Cosecha* o *Detener la Lluvia en el*

Cielo. Las comidas se fueron sucediendo y, otros cien días después, el maestro le dio un pequeño palo de madera:

—Ésta es tu espada. Ahora harás *el Dragón entra a la Fortaleza* sin que se te caiga de la mano.

Se le cayó. Y se le siguió cayendo durante muchos días. Jen-Ku puso todo su empeño en mantener agarrada su *espada* de madera mientras hilvanaba los movimientos con desenvoltura y plasticidad. El maestro había dicho que no sólo necesitaba ser precisa, sino también elegante. La belleza era un componente más del Dragón. Soñaba con cada uno de los pasos. Los repasaba

mentalmente mientras fregaba el tatami o recogía los huevos de las gallinas. Precisamente en el gallinero ya no se arrodillaba con asco, ni metía la mano con miedo, ahora se acuclillaba con elegancia y extendía el brazo como *el Dragón extiende la Alas*, uno de los pasos de *el Dragón entra en la Fortaleza*. Tan embelesada estaba que, en la mesa donde comían, dejó de prestar atención a la succulenta empanada. Comía el arroz mientras practicaba con los palillos, como si fueran sus brazos y piernas, *el Dragón entra en la Fortaleza*. Comía para no estar débil, ni siquiera se percataba de si tenía hambre o no, en su mente sólo se sucedían los movimientos marciales.

«Cuando los domines, podrás incluso parar a un oso con tus manos», le había dicho su maestro. Entonces, un día, el anciano le ofreció empanada.

—Ahora alimentas al Dragón de tu interior, no a tu cuerpo de carne. Ya puedes comer empanada.

—Gracias maestro, con el arroz me es suficiente.

—Me parece bien. Esta noche volverás a tu habitación.

—Sí, maestro.

Jen-Ku regresó al habitáculo donde había pasado sus primeras noches en la escuela. Se tendió en su antigua yacija. Cerró los ojos para dormir. Y escuchó

la voz del maestro.

—No vas a dormir. En pie.

El maestro estaba a su lado, no lo había escuchado entrar. Entre sus manos llevaba un cubo de madera, rebosante de agua. Tras él, el pasillo estaba seco. Parecía mentira que no hubiese derramado ni una sola gota.

—He dicho que volverías aquí, no que dormirías aquí. Quiero que repitas todos los pasos de *el Dragón entra en la Fortaleza* sobre este cubo de agua. —Lo depositó en el suelo sin derramar nada de su contenido. —Subirás en el borde y repetirás todos los pasos una y otra vez, sin parar, pero no debes dejar que el agua salga del cubo. No te detendrás ni

bajarás del cubo hasta que amanezca.

El maestro aupó a la niña y se sentó frente a ella, sobre sus talones. Sólo había una vela encendida al lado del cubo. El resto de la escuela permanecía a oscuras.

—Todos duermen ya. Puedes empezar, vamos.

Jen-Ku empezó con el primer movimiento: *el Dragón persigue a la Nube*. Cuando volvía a ese movimiento por tercera vez, y sin haber derramado una gota de agua del cubo, el maestro se levantó, de un salto, con la agilidad de un gato.

—No debes parar hasta el alba. Cuando los primeros rayos del sol aparezcan,

vendré a buscar el cubo.

Al concluir por séptima vez la misma secuencia de movimientos, la pequeña Jen–Ku sintió un pequeño calambre en la parte trasera de su muslo izquierdo. Pensó que ya llevaba demasiado tiempo sobre aquel cubo rebosante de agua y que bajaría a descansar sobre su estera, todavía tendida en el suelo de la habitación. Se levantaría antes del amanecer y continuaría con la tarea antes de que llegara el maestro.

Un instante después de haberse detenido, presa del cansancio y de sus pensamientos, un alumno silencioso apareció, como una sombra, de entre la oscuridad.

—El maestro ha dicho que no debes parar, continúa. Nosotros te estamos observando.

¡Pero si en la habitación no había nadie más que ella! ¿De dónde había salido? Jen—Ku continuó inmediatamente con *el Dragón entra en la Fortaleza* y el alumno desapareció zambulléndose de nuevo en la oscuridad, sin hacer el menor ruido, como si la brisa nocturna envolviera sus andares. Así fueron muchas noches posteriores. Dormir no era prioritario, su aprendizaje nocturno sí. Jen—Ku sabía que no estaba sola mientras hilvanaba los movimientos de su serie, noche tras noche, antes de que el sol saliera y ella tuviera que cumplir con sus tareas como alumna de la

escuela: ir al pozo a recoger agua, recoger las cerezas de los árboles del jardín, fregar el tatami... Por la noche, el maestro siempre dejaba varios alumnos escondidos para que observaran sus movimientos. No los veía, pero allí estaban. Cada vez, Jen-Ku se sentía más fuerte, incluso el sueño dejó de vencerla. No recuerda qué noche fue en la que percibió por primera vez la respiración de uno de los espías escondidos; la oyó clara, a pesar de estar concentrada en hacer sus movimientos con precisión. Varias semanas más tarde, era capaz hasta de sentir en su piel el calor de cuantas personas ocupaban la habitación. Los ojos de Jen-Ku veían sólo negrura, pero

su dragón interno le decía que estaban ahí. El maestro quiso añadir un elemento más después de que, noche tras noche, la pequeña consiguiera terminar *Detener la lluvia en el Cielo y el Dragón en la Fortaleza* sin derramar una gota de agua del cubo rebosante (adonde debía subir y bajar sin ayuda) y sin que la espada le impidiera trenzar los movimientos con elegancia. El maestro hizo que Jen-Ku tuviera que desarrollar todos los movimientos con un kimono cuyas mangas eran excepcionalmente largas. El resultado de las primeras noches fue desastroso, el suelo de la habitación quedaba empapado por el agua del cubo, incluso cuando no volcaba, y Jen-Ku solía terminar la mayoría de las veces

tirada en el suelo. Las mangas del kimono eran demasiado pesadas y aparatosas.

—Utilizarlas debes como un dragón hace con su cola: para envolver al enemigo. Usa la propia inercia de las mangas, conviértelas en látigos. Ahora tus brazos son más largos.

Jen—Ku fue acostumbrándose a las mangas, y después hizo lo propio cuando el maestro la vistió con nuevos pantalones: sus patadas se convirtieron en auténticos latigazos, en «colas de dragón». Cuando realizaba su entrenamiento con su antiguo kimono, sus golpes resultaban más certeros, más duros; sus extremidades parecían

convertirse en fustas de cuero. Cuando se movía alrededor de un oponente, una nube desplazaba sus pies y la elevaba, un relámpago guiaba sus saltos y miles de gotas de lluvia la envolvían para protegerla. Cada noche, encontraba perfectamente en qué sombra había ocultado el maestro a sus espías, cuántos eran, distinguía sus olores y los cambios que producían en las corrientes de aire. El cubo, por las mañanas, siempre estaba lleno. El sueño había desaparecido: el dragón no necesita dormir.

Tres estaciones después, el comisario de Sha-Ming volvió a aparecer por la escuela.

—El Divino Dragón Emperador quiere asegurarse de que nadie conoce el paradero de la hija de Min–Tao. Es la única manera de que permanezca segura en este sitio.

—Y así ha sido durante todo este tiempo. Sólo tú y yo sabemos quién es, y yo no se lo he dicho a nadie más.

Esa misma noche, el maestro hizo que Jen–Ku bajara del cubo sin terminar *Peinar la superficie del Lago*. Le pidió que se vistiera con su kimono de gala y dejara el de las mangas largas. También le pidió que dejara la espada.

—Esta misma noche vas a hacer el examen para ingresar. No necesitas ninguna otra cosa.

—Pero maestro, yo pensé que ya formaba parte de esta escuela.

—Y así es, pero no estoy hablando de la escuela. ¿Quién te crees que sustenta todas las academias Dragón? ¿El Emperador? No, él no lo hace; tareas más importantes requieren su atención. Jen—Ku, tú tienes un dragón en tu interior y lo vamos a sacar. ¿Has oído hablar del Sendero del Dominio Inmanente?

—Dicen que se pueden convertir en dragones..., sin seguir al Emperador, pero eso es imposible.

—¿Imposible? ¿Y hacer *el Dragón entra en la Fortaleza* sobre un cubo rebosante de agua, y usando la espada

con tu mano mala, no lo era? La verdad o mentira de una afirmación, sólo depende de su punto de vista. Ven conmigo, pasarás la prueba de El Pasillo. Cuando seas parte del Círculo Interno, el comisario no podrá reclamarte al Emperador.

Jen—Ku no sabía por qué iba a querer reclamarla nadie. Tampoco había oído nunca hablar sobre aquella prueba: El Pasillo. El maestro la condujo a los sótanos de la escuela, un lugar donde nunca había puesto un pie (y ya llevaba tiempo recorriéndola). Aquella sala subterránea estaba excavada y recubierta de ébano. Figuras de marfil y jade observaban al maestro y a su desconcertada alumna desde todos los

puntos de la estancia. Habían bajado por unas empinadas escaleras; de frente, esperaba un pasillo negro, lóbrego, amenazador, hogar de una sólida e inquietante tenebrosidad, de una opaca cerraja de negrura.

Entonces el maestro le tapó los ojos ciñéndole una oscura tira de seda.

—Sólo debes atravesar el pasillo hasta el otro lado. Cuando llegues, tu prueba habrá terminado.

La niña respiró hondo antes de internarse en la oscuridad. Iba descalza. Sus pies empezaron a percibir los grabados horadados en la madera del suelo: cientos de dragones estremeciéndose. Sus dedos se

deslizaban por los surcos donde los relieves de dragones retorcían sus cuerpos y sus rostros bigotudos. Jen-Ku se desplazaba silenciosa, como una sombra; con la misma suavidad con la que cae la hoja del cerezo en otoño. A su alrededor había más gente, podía percibirlo. De un salto se encaramó a la viga del techo justo antes de que un bastón de madera atravesara el aire en dirección a su estómago. Lo había esquivado, por poco. Jen-Ku sintió cómo el aire del pasillo danzaba arremolinado. Se movía al compás de las decenas de cuerpos que se acercaban, silenciosos pero tensos, armados con palos y cadenas. Y Jen-Ku también bailó como un cisne en la

superficie de un lago, como una libélula sobre el pasto, como el agua de un río evitando las piedras. Ella era el cisne y los otros el agua del lago, no podían detener su figura tan elegante. Ella era la libélula y los otros eran el pasto, no podían alcanzar su baile de quiebros eléctricos. Ella era el agua del río y los otros eran las piedras, no podían frenar su cauce incontenible. Jen—Ku avanzó hilando de manera automática, sin darse cuenta, cada uno de los movimientos aprendidos en *el Dragón entra en la Fortaleza*. Así mismo, podía sentir la respiración de los otros, los veía sin usar sus ojos; oía el calor de sus cuerpos, la oscuridad era una canción cuya melodía conocía; con su piel

tocaba el olor que traía el viento y se anticipaba a su paso. Jen—Ku iba dejando atrás adversarios, uno tras otro, sin detenerse, como un dragón entrando en una fortaleza. Sin embargo, sus anónimos contrincantes empezaron a juntarse, a ser demasiados. Y Jen—Ku se alzó de nuevo sobre la viga y avanzó.

Las leyendas de los lejanos *agimoris* de piel negra hablan de *guepardos*, y así, como un guepardo, fue como la veían los ancianos ojos del maestro.

Desde el final del pasillo observaba a través de la negrura, percibiendo en las corrientes que arrastraba el aire. El camino de la muchacha estaba lleno de belleza y de formas sutiles en cada paso:

el Campesino siega la Cosecha, Detener la Lluvia en el Cielo, la Serpiente sentada en paz bajo la Cascada..., eran tantos los pasos que Jen-Ku trenzaba en la oscuridad que ahora los enemigos parecían insuficientes.

Entonces Jen-Ku sintió un fuerte dolor en la muñeca. Algo duro le había golpeado. No había notado cómo se movía el aire justo antes, maldición: ¿habría errado en su prueba?

La tira de seda que tapaba sus ojos se deslizó cayendo al suelo. Frente a ella estaba el maestro, abanicándose. El borde del abanico tenía una mancha rojiza, un pequeño punto sanguinolento.

Su muñeca tenía un rasguño.

—Lo has hecho muy bien, al fin he oído la poesía que te pedí hace tiempo, a cambio de un cuenco de arroz. A partir de ahora no volverás con los alumnos de la escuela, sino que empezaré tu instrucción en el Círculo Interno del Clan. Bienvenida, Li-Wan, éste es el nombre que he pensado para ti.

—Gracias, maestro.

Capítulo IX «Hambre, sed y fatiga»

—El Señor Piel Inquebrantable desea trazar una nueva ruta —informó el intérprete de los dragonuts en cuanto la comitiva estuvo reunida de nuevo.

Los cuatro fugados de la justicia lunar se habían encontrado con la columna dragonut a varias leguas de Nueva Pavis, en las áridas estepas praxianas que lindaban con los desérticos territorios conocidos como los Yermos. El halcón ceremonial de Cráteros, Dana, fue el faro que guio a los dragonuts para encontrar a los proscritos.

—¡Rápido! —La voz del Mariscal sonaba imperiosa—. La ciudad debe estar movilizándose para darnos captura.

—¡Teníamos un buen plan para no terminar así! —Los lamentos de Jan Paolo daban muestra de haber aceptado su sino con resignación.

Si tropas lunares habían localizado a los legionarios, atados y amordazados junto a la entrada de la Gran Ruina, a esas horas estarían movilizando sus centurias en busca de los fugitivos. Lo más difícil no sería huir de las legiones lunares a las que llevaban kilómetros de ventaja, sino de la extensa red de aliados que el Imperio se había tejido.

La invasión lunar había producido una dicotomía en aquellas tierras. Las tribus nómadas de Prax y los Yermos se habían dividido entre las que abrazaban la nueva fe lunar aceptando sus credos, leyes y divinidades como propias y las que no, las que permanecían fieles a sus ancestros y a sus tradiciones, las cuales habían pasado a ser tribus proscritas y enemigas del Imperio.

Eran las primeras las que inquietaban a los huidos.

En Nueva Pavis, los caballos eran animales tabúes. Las tropas lunares siempre se adaptaban a las costumbres de la región y no era raro verlos

patrullar en esta región sobre unas bestias rayadas semejantes a caballos y conocidas como cebras. A Nueva Pavis había llegado una tribu nómada que se autodenominaba Pueblo de las Cebras. Esta tribu había estrechado lazos con el Imperio abasteciéndolo de monturas; era cuestión de tiempo que el Imperio Lunar los enviara a batir las ralas estepas sobre sus monturas rayadas para cazarlos. Pero había otro asunto igualmente preocupante. Con la locura de la huida había resultado imposible aprovisionarse de víveres... y sin vitualla para atravesar los Yermos, la supervivencia se antojaba peripecia irrealizable.

Desde el cielo, Dana divisó movimiento

en las puertas de la ciudad. «Jinetes montados en cebras salen de la ciudad», fue el mensaje que entendió su amo.

—El Señor Piel Inquebrantable dispone marchar rumbo noreste —informaba el intérprete de los dragonuts al mismo tiempo.

—Pero, ¡eso nos conduce al pantano de Krjalki! —protestó Cráteros alarmado sin ver cómo Jan Paolo dejaba escapar una sonrisa taimada.

—Iremos hacia el pantano —prosiguió el dragonut sin atender a la interrupción del templario yelmalita—. Cazaremos un animal grande que sirva como alimento, después continuaremos por el desierto.

Frente a los viajeros sólo se extendía un desolador panorama formado por las agrestes estepas conocidas como los Yermos, una perspectiva de viaje nada halagüeña. Los Yermos eran desolación, eran tierra y arena, eran tonos ocres y cobrizos, vastas e infértiles llanuras que se extendían agrietadas como las palmas de las manos de un alfarero al que se le hubiese secado el barro o la arcilla.

Apenas llovía por aquellos lares y sin embargo, el agua caída otrora siglos atrás había dejado surcos y hendiduras en la tierra, había dejado la huella de su paso como los años quedaban grabados en la arrugada piel de un anciano.

El tiempo era la única huella que permanecía visible en aquellas tierras.

Las primeras leguas rumbo noreste pasaron rápidas, siempre con la sombra de los perseguidores enganchada a la espalda. La macilenta tierra agrietada y arcillosa fue dando paso a las primeras ondulantes dunas de arena fina. A espaldas de la columna dragonut, sobre la anaranjada línea del horizonte, se intuía una diminuta mota oscura: nómadas del desierto cabalgando sobre cebras seguían su rastro. Eso quería decir que los legionarios lunares ya habían sido liberados y que los huidos se habían convertido en proscritos para las autoridades del Imperio.

Anochecía en las desoladas llanuras. A la caída del sol aún no había aparecido ningún rastro del pantano. A sus

espaldas, Dana alertaba de la proximidad de los jinetes. Si llegaban al pantano, ningún cazador -nómada o legionario- se internaría para seguirlos. Ese día no habría descanso para sus piernas. Nadie se atrevía a adentrarse en aquel lugar. Los darían por muertos.

Al anochecer, un búho blanco pasó revoloteando sobre la columna.

Dos días y sus dos noches marcharon con la amenaza de los nómadas sobre sus espaldas. El calor era sofocante cuando Yelm ascendía por el cielo; sus rayos picaban en la piel como tábanos. El ambiente era muy seco. Shen no podía dejar de carraspear y toser; la escasez de agua sería su mayor

pesadilla. Tardarían otro par de días en llegar al apestoso pantano de Krjalki. Allí podrían despistar a sus perseguidores.

Esa idea los empujaba a seguir con un ritmo endiablado.

—¿Son ensoñaciones? —Un resplandor bajo tierra y piedras había atraído la atención Man—Yurý—. El sol hace brillar un objeto oculto en la arena.

Y cierto era que semienterrado bajo una duna de fina arena algo brillante se reflejaba bajo los últimos y crepusculares rayos de Yelm.

—Espera un momento, deja que lo recoja él. — Jan Paolo lo detuvo presuroso. Sin ningún miramiento el

cónsul cogió por el pescuezo a uno de los esclavos tritónidos y lo empujó hacia el extraño objeto enterrado.

Sin abandonar la marcha, algo cansado después de caminar durante todo el día y sin haberse llevado prácticamente nada a la boca salvo alguna de las frutas que trasportaban los esclavos tritónidos, Cráteros se dirigió hacia el palanquín del noble líder de los dragonuts:

—Traductor, quisiera hablar con tu señor. Quiero establecer un perímetro de defensa que nos permita avanzar sin quedar desprevenidos. Necesitaré varios de vosotros, los más fuertes.

Bajo la fina arena de la duna había un arcón, posiblemente extraviado por

alguna caravana de beduinos, cuyo resplandeciente brillo había llamado la atención de Man-Yurý y Jan Paolo. El diplomático lunar había enviado a un siervo anfibio por el cajón. Sin rechistar y acostumbrado a recibir órdenes de sus señores dragonuts, el tritónido extendió su palmípeda mano hacia el cajón de madera. Asíó con fuerza uno de los tablones hasta que se combó y se partió con facilidad como si de madera podrida se tratara.

—A ver, déjame ver qué contiene —se adelantó Jan Paolo mirando por el burato.

Dentro no había absolutamente nada, el arcón estaba vacío.

El misionero lunar rechistó y abandonó el lugar tirando la caja.

Shen se acercó con curiosidad atraída por un mágico magnetismo, por una sensación agradable. Desde el interior del arcón fluía una potente sensación de humedad. Durante todo el día la elfa había tosido incontrolablemente debido a la extrema sequedad del ambiente. Una tos seca le arañaba la garganta. Sin dudar, introdujo una mano en el oscuro interior, por el hueco que había dejado el tablón partido. Palpó a ciegas, a un lado, al otro...

—¡Oh! —exclamó excitada, había tocado algo blando y esponjoso. Lo asió y tiró con fuerza. Estaba firmemente

adherido a la madera. «Vamos Shen», se animó a sí misma, «tira con más fuerza, un poco más».

Con un último esfuerzo lo arrancó de cuajo cayendo sentada sobre su trasero. Entre sus manos sujetaba un líquen, algo así como un verde y fresco retazo de musgo, tan fresco y húmedo que parecía recién sacado del bosque. La diferencia era que este trozo de musgo había salido de un cajón de madera enterrado bajo una duna en los secarrales Yermos. Pero estaba completamente verde. ¿Cómo era aquello posible?

La aldryani extrajo un pañuelo de tela de entre sus ropas. Envolvió con él al líquen y se lo llevó a la boca. Se tapó

también la nariz y empezó a respirar con fuerza. Rápidamente sintió el frescor de la planta en su garganta. Esto hizo que levemente se suavizara el carraspeo y la tos que la acompañaban durante todo el día. Aquel líquen era una bendición de Flamal.

Tal vez el trozo de hierba fuera su única oportunidad de atravesar el desierto.

Los Yermos eran cada vez más inhóspitos y desérticos, la temperatura subía considerablemente cada día. La primera medida fue racionar el agua. En aquella región, desde que los viajeros habían dejado atrás el Río de las Cunas, no existía otra fuente de agua conocida. Sólo había arena y desierto. No podían

volver sobre sus pasos pues la sombra que los perseguía se iba haciendo cada vez más grande; los jinetes del pueblo de las Cebras no descansarían hasta cazarlos. Tendrían que encontrar algún modo de hidratarse y no perecer bajo aquel cielo abrasador.

—Bebed en horas tardías —
recomendaba Cráteros— cuando vuestro cuerpo sude menos y pueda aprovechar mejor todo el líquido que ingerís.

Pero al hiriente sol lo empezó a acompañar un hedor pútrido. El azufre no era la pestilencia más desagradable de cuantos efluvios manaban del hediondo y lejano pantano. Azufre, sulfatos, cenizas y algo realmente

enfermizo de origen desconocido daban la bienvenida a Krjalki aun estando a varias leguas de distancia. Una espesa nube de vapores sobre el pantano flotaba oscureciendo el día.

Tímidamente se filtraban algunos dispersos rayos. Una nube de gases donde se concentraban peligrosamente feroces enjambres de insectos voladores. El zumbido de los insectos, que en un principio pasaba desapercibido, se hizo desquiciante, constante y repetitivo. Cuanto más se aproximaban al pantano más bichos se pegaban a sus ropas, a sus caras, a sus brazos..., revoloteaban sobre sus cabezas, oídos, nariz, ojos...

—El agua es tarea de los exploradores

de cresta —aclaró el hosco intérprete dragontino cuando llegaron a los límites del pantano. Los pequeños dragonuts recogerían líquido en odres y zaques forrados de escamas, los cuales mantenían sorprendentemente fresco el contenido de su interior, mientras los grandes y acorazados guerreros formarían grupos de caza para internarse en el lodazal. El objetivo era atrapar una pieza lo suficientemente grande como para poder atravesar el desierto.

Los dragonuts pequeños basaban su dieta estrictamente en frutas y vegetales, tal y como lo hacían los aldryami, alimentos que empezaban a escasear también. Los grandes dragonuts guerreros sólo comían carne fresca.

Haría falta cazar algo enorme para atravesar el desierto. Los mejor parados eran los siervos tritónidos. El pantano ofrecía una diversa variedad de insectos y larvas, cigarras y libélulas, sus alimentos preferidos.

El problema real sería la sed. Las aguas estancas del pantano parecían no perjudicar al metabolismo dragonut, quienes bebían sin problemas, pero los demás viajeros no podían acercar los labios sin que las náuseas los sacudiesen. Sólo quedaba un odre y medio que no fuese tomado del pantano, lo que equivalía a media arroba de agua fresca. Esto sí que suponía un gran problema.

El intérprete dragontino hizo saber que era voluntad del líder de expedición, el sacerdote de cola dragonut, dar a los humanos la libertad de elegir si querían o no participar en la cacería. Eligieron formar su propio grupo de caza. Y como otra partida más se adentraron en el pantano en busca de una presa.

No tardaron en perder de vista al resto de cazadores.

Un cenagal pantanoso, oscura guarida de inmundicia y demonios, se extendía ante ellos. En pocos minutos tuvieron las piernas hundidas en el lodo hasta las rodillas. El espeso cieno dificultaba cada paso. Las botas se pegaban al fondo del fango como si éste estuviese

formado por la misma resina en la que muchos insectos incautos quedan atrapados al posarse sobre la corteza de pinos o sabinas.

Nubes de mosquitos envolvían sus cabezas.

—Separaos. —Cráteros tosió congestionado por la nube gaseosa que flotaba sobre el pantano—. Nos colocaremos en formación de abanico para batir la zona. Aquí hay huellas frescas de unas garras enormes. Son de un depredador grande. Tiene una garra prensil, fijaos ahí; con esa uña podría rajaros el vientre de arriba a abaj...

El Mariscal no pudo terminar la frase. Man-Yurý le propinó un fuerte empujón

justo a tiempo. Fuese el animal que fuese, éste los había encontrado primero. Man-Yurý esquivó con rapidez la segunda dentellada del atacante sorpresa. Un reptil silencioso que triplicaba la altura de un dragonut.

Era un gigantesco saurio que se sostenía sobre dos fuertes patas traseras. La enorme mandíbula, tan grande como para partir de un solo bocado el tronco de un humano, arremetió de nuevo buscando una presa. Inclinándose hacia delante lanzó otra dentellada sobre el oriental.

Shen dejó escapar de entre sus dedos una saeta. El proyectil penetró con puntería en el buche del animal. Un

disparo certero. Cráteros recobró la compostura y arrojó presto su jabalina. La lanza chocó contra las escamas y cayó al barro. Li-Wan había sido incluso más rápida en atacar pero sus proyectiles con forma de estrella rebotaban contra las duras escamas del saurio. Man-Yurý no podía hacer más que esquivar las embestidas del reptil. Tiró su arco al lodo tratando de compensar su peso y encontrar más equilibrio en cada finta, de sentir como el aire se agitaba a su alrededor y anticiparse a los ataques del saurio con precisas esquivas. Li-Wan y Cráteros desenvainaron sus espadas. Las escamas del lomo y las garras del reptil eran impenetrables; las estocadas de los

cazadores cazados no abrieron la más mínima brecha en su recia piel. El reptil parecía acorazado. Las flechas de Shen rebotaban sin encontrar hendidura.

Cráteros y Li-Wan buscaban un punto débil que no aparecía.

De pronto, todos notaron que una oleada de frío glacial les erizaba el vello. Un penetrante escalofrío les recorría la espina dorsal desde la nuca hasta donde la espalda perdía su nombre. Una gélida sensación hizo que tiritasen. Pero no era debido a un descenso de la temperatura, sino a una inquietante presencia maligna.

Sólo Shen fue consciente del grito de socorro y suplicas moribundas que la vegetación del pantano aullara

desconsolada. Algo la hizo marchitarse. Ella misma se sentía marchitar. Todo resquicio de vida vegetal dejó de existir en esa parte del pútrido cenagal. Sintió como la temperatura del agua estancada bajaba considerablemente.

Una fina película de escarcha cubrió la pestilente superficie.

Una espesa nube oscura suspendida sobre la cabeza del saurio comenzó a girar con velocidad bailando sobre él como si una parte de la niebla tóxica que cubría el pantano cobrara vida. Entre el humo negro apareció un rostro espectral con ojos vacíos. Unas garras heladas apresaron la cabeza del saurio antes de posar en ella unos labios negros,

azabache. El reptil enloqueció, comenzó a convulsionar espasmódicamente. Los labios negros de la oscuridad trataron de chuparlo como un bebé el pezón de su madre. El reptil cayó tras aquel frío y mortal beso. Cráteros vio la oportunidad de asestarle un golpe en los ojos, pero los temblores que se apoderaron brutalmente de la bestia provocaron que fallara. El golpe errado restalló contra la cabeza acorazada. El reptil se revolvió convulso y exasperado lanzando una dentellada. Cráteros interpuso su escudo entre las fauces del saurio y su cabeza. Las mandíbulas se cerraron en torno al broquel del Mariscal. El saurio se levantó de nuevo sin soltar el escudo y elevando al

yelmalita. Colgado de los enganches, cual guiñol, como si de un muñeco de trapo se tratase, el templario fue zarandeado violentamente y arrojado contra el cieno desde una altura superior a tres hombres. El resto de la compañía observaba petrificada.

El saurio se agitaba tembloroso mientras los espectrales vapores del pantano lamían su cabeza con furia hambrienta. El reptil se irguió dejando desprotegida su blanquecina tripa donde aún seguía clavada la primera flecha que Shen había disparado. ¡Ésa era la oportunidad! Li-Wan se situó bajo el vientre. Man-Yurý apareció a su lado empuñando su katana. Ambos clavaron sus sables en el buche. El monstruo cayó

en redondo casi aplastándolos. La nube sombría se deshizo en jirones.

Al menos tendrían jugosa carne de reptil para muchos días.

La nube de vapor oscura que había atacado al reptil no había dejado rastro.

Con el barro cubriéndole las pestañas y completamente magullado apareció Cráteros. Sujetaba en cabestrillo el brazo donde otrora llevaba su dorado escudo.

—¡Maldita bestia! —gritó—. Me ha dislocado el hombro y creo que al caer me he abierto la muñeca. Necesito encajar la clavícula en su sitio. La magia tarda en hacer callo, aún me dolía desde que aquel demonio me rompiera el brazo

en Prax. Shen, tú que eres rápida y sigilosa avisa a los dragones, díles que tenemos alimento. Necesitamos su habilidad carnícora para despiezarlo.

Se sentó dolorido buscando el mejor sitio donde aplicarse a sí mismo magia reparadora y curativa. Li-Wan permanecía vigilante. Man-Yurý se acercó al Mariscal.

—Señor Cráteros —se dirigió el oriental al yelmalita—, intranquilo estoy debido a la presencia maligna que atacó al animal. El espectro ha desaparecido sin dejar huella.

—Sí —asintió el Mariscal—, yo también he sentido la presencia de un espectro. ¿Usted no, cónsul Jan Paolo?

—Desde luego que sí, Cráteros —
respondió con altivez—, pero no me
preocupa lo más mínimo. Tú mismo
dijiste que este pantano está infecto por
la Mancha del Caos. ¿Por qué iba a
extrañarme la presencia de un
desmentador, un espíritu chupa-mentes?

—No viven los peces en aguas
estancadas —respondió Man-Yurý
tocándose la nariz y haciendo un gesto
de aversión—. Los espectros atacan
todo cuanto está vivo. Éste se ha ido
como si no existiéramos, se ha olvidado
de nosotros... Sólo los fétidos
hechiceros de la magia negra invocan y
controlan tales espíritus. ¡Puedo oler en
este pantano la pestilencia que deja la
brujería!

Largo rato había transcurrido desde que Shen partió en busca de los carniceros dragonuts. La espera se hizo impaciente. Aún con las pituitarias adormecidas por las hediondas emanaciones del cieno, las arcadas y las náuseas se iban apoderando de los humanos. Cientos de tábanos hambrientos los mordisqueaban con impunidad. La sangre del saurio se mezclaba con las estancadas aguas. Una marea de larvas se aprovechaba de tan jugoso alimento. Un reclamo de sangre fresca era un festín demasiado succulento para cualquier hambriento depredador.

—Como la plantita no se dé prisa —dijo Jan Paolo aplastando con la palma de la mano un mosquito posado sobre su desnudo cuero cabelludo— atraeremos a

todos los insectos del lugar.

—¡Escuchad! —se alertó Cráteros frunciendo el ceño—. Algo se acerca..., y no parece que sean dragonuts.

Un zumbido constante fue creciendo mientras los viajeros desenvainaban sus filos. Cráteros, con el brazo aún en cabestrillo, sin tiempo para curar su maltrecho miembro ni para recoger su escudo, sujetó con fuerza a *Colmillo Dorado* con el brazo bueno. El zumbido se hizo tan ensordecedor que apagó tanto al producido por chicharras y tábanos como a las últimas palabras del Mariscal, las cuales pasaron desapercibidas para sus compañeros.

De entre los vapores, la tupidá

oscuridad y ese nauseabundo olor a azufre, surgieron volando a gran velocidad. Precedidas por un fuerte zumbido, varias esferas del tamaño de una calabaza se aproximaron con celeridad endiablada. La respuesta de los espadachines fue un acto reflejo. Cráteros y Man–Yurý estamparon con habilidad los filos de sus armas contra las... ¿calabazas? Dos esferas estallaron al impactar con las hojas de metal. Las espadas fueron arrancándolas de cuajo de entre las manos de sus poseedores. Los dos quedaron pringados de una desagradable «baba» amarillenta.

Li–Wan, quien se mostraba intranquila, nerviosa y preocupada desde que habían dejado Pavis atrás, no fue la diestra

espadachín de otras ocasiones. De nuevo cometió una distracción imperdonable, impropia de una luchadora de su talla.

Erró el golpe como un aprendiz de esgrima en su primera clase.

Inmediatamente sintió una punzada, un agujón que perforaba su vientre, un dolor agudo bloqueaba sus piernas. Cayó de espaldas con el abdomen abrasado. Clavado bajo el pecho tenía el ovalado cuerpo de un enorme insecto con alas. No eran esferas, sino abejas del tamaño de conejos.

Súbitamente el Mariscal apareció a su lado propinando una tremenda patada que envió el cuerpo de la abeja de

nuevo a perderse en la oscuridad. La baba amarilla cubrió su pierna hasta la pantorrilla y el torso de Li–Wan por completo; el aguijón todavía seguía clavado en el estómago de la kralorí. Con sumo cuidado Cráteros extrajo la púa, grande como un puñal, todavía con las vísceras del insecto adheridas.

—Tendré que cerrarte la tripa antes de encajar mi hombro —suspiró Cráteros apurado.

Apenas un minuto más tarde la herida había dejado de sangrar. Estaba torpemente vendada pero la imposición de manos había funcionado. «Su sangre es roja como la mía», cavilaba Cráteros reflexivo. «Parece que los kralorís son

más semejantes a mi pueblo que los aldryami. Seguro que Shen tiene sangre verdosa y espesa, parecida a savia o a resina, pero la de los kralorís es exacta a la mía».

—Gracias. —La misteriosa kralorí (todavía varón para el resto de compañeros) sacó al Mariscal de sus cavilaciones usando una palabra en idioma comercial, entre dolientes quejidos. Parecía que después de tantas semanas de viaje, el taciturno enmascarado había aprendido palabras sueltas en la lengua franca.

Poco tiempo tardó en aparecer el grupo de dragonuts con Shen a la cabeza y una docena de esclavos en la retaguardia.

Portaban las herramientas de obsidiana que utilizaban como diestros carniceros para despiezar la caza y transportar la carne más cómodamente. Jan Paolo observaba absorto el despiece; los dragonuts no parecían carniceros sino bailarines. Una vez que el gran saurio había sido fileteado, descuartizado y empaquetado en porciones, el reducido grupo puso rumbo al sur donde esperaba el resto de la columna con intención de abandonar lo más rápidamente posible las pútridas aguas fecales del pantano de Krjalki.

Al final del grupo Cráteros trataba de curar sobre la marcha su muñeca abierta invocando los poderes curativos con los que la Blanca Sanadora se apiadaba de

los lanceros yelmalitas:

«*iyía...asfalía...hipokrátum*». En vanguardia, muy adelantado, Man–Yurý avanzaba sin esperar por nadie, ni siquiera por su hermana herida.

Entonces el kralorí comenzó a sentir un picor en la planta del pie, un cosquilleo, una leve urticaria. Sacó el pie del barrizal empantanado. Las alzas de madera de la suela de sus sandalias (llamadas *getas* en lengua kralorí y propias de su elevado estatus social) se estaban deshaciendo como si fueran de cera. Los más temerosos hubieran pensado que aquello era producto de magia demoniaca; otros, sin embargo, que la sustancia liberada por la vegetación del fondo del pantano era un

potente tóxico, que el limo estaba atestado de ortigas con un potentísimo veneno. El oriental sintió los pies irritados y al sacarlos del barro comprobó que tenía ambas plantas enrojecidas por unos sarpullidos.

—El fondo del cenagal es ardiente como fuego.

Alarmado quiso dar la alerta.

Demasiado tarde, los demás habían comenzado a sentir la picazón en los pies. Todos excepto los dragonuts.

Aceleraron el ritmo de la marcha tanto como el cieno, pegado hasta las rodillas, permitía. La quemazón de pies y tobillos obligaba a seguir sin demora, a avanzar corriendo... tanto, que no percibieron

cómo se convirtió en atronadora la intensidad del zumbido que los rodeaba hacía rato. Sin quererlo, estaban inmersos, rodeados, por un envolvente y constante *vibrato* de enloquecedora fuerza. Un estremecedor pitido resonaba dentro de sus oídos sin poder ser expulsado.

Pequeños mosquitos, algunas libélulas y cada vez más abejas se enredaban en el pelo, se estampaban contra sus caras, sus pechos, sus brazos... Una abeja, luego otra, y otra más... Cuando el volumen del zumbido fue ensordecedor, comparable sólo al de los truenos que Orlanth, dios de la tormenta, arrojaba desde el cielo, se detuvieron horrorizados. Estaban rodeados de un

inmenso muro, un enorme muro formado por millones de abejas.

Los dragonuts avanzaron impasibles hacía los insectos. Sus esclavos tritónidos se apelotonaron aterrorizados tras sus amos buscando una escapatoria al mortal cerco. El anillo de insectos fue constriñéndose.

De pronto Jan Paolo dio un paso al frente:

—*¡Sféras kaoúra! ¡Floguerós Bála!* — clamó cerrando los ojos con una de sus tan expresivas muecas y moviendo los brazos con aspavientos circulares.

De entre las manos del cónsul apareció una incandescente esfera del tamaño de un melocotón. Al chasquido de sus

dedos el orbe ígneo salió despedido contra el muro de abejas. Chocó provocando un estallido. Lo que podría ser un mero truco de ilusionismo se convirtió en una potente llamarada.

—¡Agachaos! ¡Tiraos al barro! —
Cráteros se lanzó arrastrando a la convaleciente Li-Wan bajo el lodo.

La llamarada había hecho reacción con los cientos de gases que flotaban sobre el burbujeante y pútrido cieno del pantano. El fuego se expandió sobre la superficie como una abrasadora ola pirotécnica. Las centenas de abejas que formaban el muro viviente cayeron abrasadas, calcinadas y hechas hollín. Humanos, tritónidos y dragonuts se

reincorporaron completamente cubiertos de fango y barro. Algunos con la espalda chamuscada por la abrasadora ola ígnea.

Las miradas que observaron el rostro de Jan Paolo vieron a un hombre satisfecho, con los ojos muy abiertos y la boca sonriente. Sin más dilación abandonaron el pantano en dirección al lugar donde el resto de la columna dragontina esperaba.

—Marcharemos al sureste, el pantano es demasiado peligroso para atravesarlo. Habéis conseguido carne suficiente para sobrevivir al desierto —explicó a los viajeros el intérprete de los dragonuts.

—Peores peligros nos aguardan en las Colinas Tuneladas, si ése es el rumbo que tomaremos después del desierto —

apostilló Cráteros adelantando su preocupación ante el lugar que los esperaba tras el desierto.

En aquella situación la supervivencia era lo único que importaba. Ya discutirían a su debido tiempo sobre el próximo camino que debían tomar y si éste los llevaría a atravesar o no las Colinas Tuneladas, o por el contrario intentarían otra ruta más sensata. Esa discusión no tenía sentido en aquel lugar rodeados por el desierto. Sin perder más tiempo, con la mayor de las premuras posibles, la columna se puso en marcha dejando atrás la linde del devorador pantano de Krjalki y sus enjambres de insectos. Así empezó la penosa peregrinación que los llevaría a

atravesar el más peligroso de los desiertos conocidos, las Arenas de Cobre.

La temperatura se hizo insufrible al poco de adentrarse en las dunas de fina arena color rojizo. Solamente eso, dunas de fina arena y nada más. La canícula acrecentaba la sensación de fatiga. Las peores horas en las que Yelm golpeaba verticalmente sobre sus cabezas eran las escogidas para detenerse brevemente y no forzar la marcha desaprovechando líquidos. En aquellos momentos desesperados, los dragonuts buscaban cubrirse bajo la arena cobriza, tapando sus cuerpos bajo las dunas y evitando directamente los rayos del sol. Con ésta como única posibilidad de encontrar una

mínima sombra, no tardaban en volver al camino. Quedó restringido el consumo de las reservas de agua mientras marchaban bajo semejante calor; el líquido se disipaba rápidamente por la sudoración, había que guardarlo para consumirlo de noche.

Cráteros ordenaba a Dana vigilar el horizonte, no fuese a aparecer la sombra de alguna tribu de nómadas o de beduinos esclavistas.

Poco a poco las fuerzas abandonaron al halcón que hacía cada vez vuelos más cortos. Apenas quedaba agua para consumir. La desagradable sensación de sequedad provocaba un irritante picor de garganta. Los dragonuts no parecían

tener problema en beber las pestilentes aguas del pantano; a cualquier otro, ese brebaje lo mataría, era auténtico veneno. De noche, la temperatura descendía hasta el punto de congelar el agua en el interior de los odres.

Shen dependía de la humedad que le proporcionaba el musgo encontrado bajo la arena varios días atrás. El liquen la mantenía viva y no se desprendía de él bajo ningún concepto. Entre sus gustos culinarios no estaba la carne de reptil, que también empezaba a escasear, y compartía el poquísimo alimento vegetariano que quedaba con los pequeños dragonuts exploradores. Los viajeros perdieron la noción del tiempo y la cuenta de los días que iban pasando

rodeados, única y exclusivamente, por miles de infecundas y onduladas dunas de arena magenta. La denominación de «Yermos» en estos territorios estériles cobraba carácter superlativo. Andar resultaba muy costoso con los pies hundidos constantemente en fina arena. Las armaduras se volvían cada vez más pesadas y costosas de portar. Poco a poco, cada paso resultaba más insoportable. La saliva se volvió una desagradable pasta viscosa. Respirar suponía una combustión interna, era sentir fuego circulando por el pecho. El tiempo pasaba demasiado lento en aquel infierno de arena incandescente.

Los días en Glorantha tenían veinticinco horas, lo que aumentaba el

suplicio.

Shen se agarraba al líquen como su última esperanza, ese musgo era su único modo de sobrevivir. Sólo podía respirar, sin quemarse la garganta, a través del pañuelo que lo envolvía. La escasez de fruta se hizo también realmente acuciante. En ocasiones había oído hablar de remotos pueblos aldryami que aderezaban sus viandas con algún pequeño insecto. Los esclavos tritónidos contaban con varias reservas de mosquitos y libélulas. ¡Qué asco! Se sintió desesperada. Pero si las cosas seguían así, la pequeña mreli tendría que tomar una decisión embarazosa.

Con el paso de los días el equipo

transportado se hizo más y más pesado. «Hay que deshacerse de todo cuanto no sea imprescindible». Cuerdas, piedras de amolar o piezas de armadura se fueron quedando por el camino. Por el contrario, el peso de la comida y del agua se aligeraba a pasos agigantados. Pero visto el camino que aún esperaba por delante, la deshidratación sería peor enemigo. La canícula se hizo insoportable, la Estación del Mar estaría avanzando hacia la Estación del Fuego. Apenas podían levantar los pies para seguir avanzando y se acostumbraron a arrastrarlos. Los, hasta ahora, fuertes músculos de las piernas comenzaron a sufrir calambres a causa de la fatiga y la deshidratación. Como caracoles

arrastraban pesadamente sobre sus espaldas todo cuanto tenían dejando un rastro de pesadumbre... Un hondo surco horadado en las arenas rojizas del desierto, como la baba de un caracol. Los labios y los orificios de la nariz escocían agrietados a causa del aire caliente que respiraban de día y del gélido frío que los cortaba de noche. Hasta hablar empezó a ser un doloroso suplicio con los labios tan agrietados, el aliento perdido y la boca pastosa.

El musgo de Shen comenzó a secarse al mismo ritmo que se secaba y se marchitaba la pequeña aldryani. Los aldryami eran muy sensibles a los cambios de temperatura tan radicales y más aún a la escasez de agua. Apenas

unas gotitas al día eran pocas,
demasiado pocas.

Se quedaron sin carne de reptil. Algunos siervos tritónidos fueron desprendidos de sus colas para alimentar a los guerreros dragonuts. Shen se debatía entre probar o no algún diminuto insecto de los pocos que guardaban ya los tritónidos. El color verde brillante del musgo de su cabeza se había vuelto marrón, como un castaño seco. Las hojas que habían crecido como cabellera se fueron cayendo a ritmo de seco otoñal. Abrasada su piel, quemada por el sol, se endurecía como la corteza de un longevo árbol centenario. Su desesperación fue total el día que despertó y el retazo de musgo que portaba como tesoro se había

marchitado completamente. En pocos días la mreli vio cómo su cuerpo se volvió vetusto y endeble, acartonado como corcho. Su piel, antes verdosa y tersa, caía convertida en la bronceada corteza marrón de un olivo marchito, se transformaba en auténtica corteza, se desprendía desgajada, abrasada por la sequedad del peor de los veranos. Su arco se retorció mustio, consumido con la misma tonalidad chamiza que la piel de su dueña.

Si seguía bajo aquel sol, la aldryani y su arma morirían en pocos días.

La pequeña Shen no fue la única a quien la fiebre provocó escalofríos, tiritona y delirios. Durante varias de las gélidas

noches del desierto, Man-Yurý despertó sudoroso y sobresaltado por las alucinaciones que la fiebre le provocaba:

—¡Agua! ¡Veo agua! ¡Un estanque de agua cristalina! —agonizaba el oriental antes de despertar y comprobar que no tenía más humedad que la de su propio sudor.

—¡Hemos llegado! ¡Un oasis! —berreaba un delirante Cráteros preso de las alucinaciones. Entonces corría zigzagueando hasta que su cuerpo caía por las dunas de fina arena. Rodaba hasta perder el juicio, entonces se quedaba allí tirado, derrotado por el desierto, rodeado de arena y sin fuerzas

para ponerse de nuevo en pie. El sudor hacía que diminutos granitos de arena se quedaran pegados a su piel y a su cada vez más hirsuta barba, la cual había crecido mucho y lucía muy descuidada. Resultaba desesperante notar los granitos dentro del oído. Fueron varias las semanas que tardaría la arena en dejar de molestarlo. De tan fina, era imposible extraerla en su totalidad. Una desnutrida Dana era completamente incapaz de alzar un vuelo más. Viajaba protegida en el regazo de su amo que, aun sin poder prácticamente con sus propias piernas, no dejaba al animal ni a sol ni a sombra.

Hacía varios días que Shen era incapaz siquiera de mantenerse en pie por sí

misma. No podía aguantar los ojos abiertos, abrasados por tanta claridad. Había perdido casi todo el pelo; el poco que guardaba se había vuelto amarillento. Su piel, por el contrario, se había oscurecido con tonos marrones y ocres. La pequeña mreli era ayudada a avanzar por Li-Wan, quien hacía doble esfuerzo para arrastrar su propio cuerpo y el de la aldryani. Al menos la oriental, protegida por el hermético traje oscuro, no sufría directamente sobre la piel los abrasadores rayos de Yelm. Había curado la herida de su vientre y era de entre los humanos quien conservaba mayores fuerzas. Sin embargo, su hermano jamás reconocería su fortaleza y coraje. No admitiría a su hermana

entrenada en un dojo del Dragón, un dojo del vulgo, alejado de su selecto y caro adiestramiento en una escuela de La Grulla Imperial. El kralorí nunca imaginaría que Li-Wan era quien había heredado la verdadera alma de su estirpe, del apellido Min-Tao , ella era el alma de un auténtico dragón, pero eso pertenece a un futuro próximo. La kralorí seguía siendo tan intrigante, tan misteriosa y enigmática...

Se acabaron por completo las reservas de agua.

Jan Paolo viajaba alejado del resto de humanos, ausente y solitario, taciturno y meditabundo; en un clima tan extremo, el contacto con el resto de la compañía lo

irritaba sobremanera. Sólo departía aisladamente con Llama Flameante, el wyrm parlanchín. No quiso compartir con nadie la alegría momentánea con la que despertó una de las mañanas al comprobar que la fina capa de escamas verdosas que había cubierto la herida de su mano izquierda se había desprendido de la piel sin dejar el más mínimo rastro. Momentánea. Por otro lado, en su mano derecha alrededor de la herida no sólo conservaba las escamas sino que también continuaba supurando el líquido verdoso que tan fétidamente apestaba.

—¡Yelmalio, dame fuerzas para salir de aquí! —suplicaba Cráteros—. Mis ojos ven espejismos detrás de cada duna.

—Honorable señor, si con «espejismo» se refiere a un árbol —contestó Man-Yurý—, el Magnánimo Dragón Cósmico ha colmado mis ojos de espejismos. ¡Yo también lo veo! ¡Aquello es un árbol! ¡Bendita sea la sapiencia del Dragón Divino Emperador!

—¿Cómo? ¿Tú también lo ves? — festejó entre carcajadas el Mariscal—. ¡Que Yelm haga rebosar de esperanzas a tus hijos y nietos! ¡Estamos salvados! ¡Un oasis! ¡Estamos salvados!

A lo largo y ancho de los Yermos las leyendas praxianas hablaban de fastuosos oasis ocultos donde las caravanas de beduinos y mercaderes, o las tribus nómadas que habitaban tan

inhospitalarios parajes, podían tomar un respiro, hacer un alto en rutas que sólo ellos conocían, compartir una infusión de alguna exótica hierba aromática o fumar una pipa de opio y adquirir provisiones para continuar su viaje a través de las arenas. Algunos de estos oasis prosperaban al amparo de las grandes tribus de nómadas animales como la de los Bisontes, otros sin embargo, crecieron bajo las cadenas de tiranos gobernantes: sátrapas mercaderes sin escrúpulos que hacían proliferar los mercados de esclavos por encima del tradicional comercio de especias. Oasis antiguos que funcionaban como polis independientes, como estados

autónomos donde no importaba si la mercancía humana era praxiana, agimori o pertenecía a alguna de las grandes tribus nómadas. Con las mujeres el comercio resultaba incluso más fácil, simplemente pasarían a engrosar los humillantes harenes de estos despiadados tiranos sin apego ninguno por la vida ajena. Eran lugares difíciles de encontrar, muy difíciles.

Pero en el único lugar donde hallarían uno de estos vergeles era en el infinito mar de dunas conocido como las Arenas de Cobre. La comitiva bordeaba estos estériles territorios dominados sólo por dunas y tolvaderas de arena. No, en este lugar que ahora pisaban no había

ninguno de esos oasis.

Aquel oasis tan cercano no podía estar habitado. En las Arenas de Cobre sólo crecía arena... por encima de más arena... y de aún más arena. Demasiado cerca se hallaban del peor de los desiertos conocidos para que aquello fuese uno de los oasis secretos. Parecía que aquel, frente al que se encontraban, había sido abandonado hacía muchísimo tiempo. Quizá en otra época fuera fértil y abundante, pero el desierto había ganado la batalla a los antiguos moradores. Apenas se mantenía en pie alguna palmera y varios cactus... ¡cactus y palmeras! Si había plantas, había agua. Encontraron un murete de mampostería que aguantaba el paso del tiempo. A su

sombra cobijaba un abrevadero con agua. ¡Estaban salvados! Algún tipo de manantial subterráneo tendría que surtir aquel aguadero, y a las palmeras, y los cactus... No parecía que de aquel cielo cayera agua con frecuencia.

Shen fue llevada en volandas por Li-Wan hasta la fuente de agua. La mrelí permanecía inconsciente así que la propia oriental fue quien humedeció sus labios. Los tritónidos, tras recibir el beneplácito de sus amos dragontinos, se lanzaron como locos en busca de agua.

Los dragonuts pequeños de la cresta rosada empezaron a recolectar cuantos frutos encontraron; hasta las espinas de los cactus formaron parte de su dieta

vegetariana. Rellenaron los odres exprimiendo la pulpa de las plantas antes de devorarlas. Engulleron dátiles junto a la jugosa y húmeda carne de los cactus. Los grandes guerreros dragontinos, carnívoros acérrimos, una vez saciada la sed y desaparecido el gran reptil, se emplearon sin contemplaciones con la cola de varios de sus esclavos anfibios.

Li-Wan, aunque herida por el picotazo de la abeja gigante, era la única entre los humanos con la energía suficiente para formar parte de los perímetros de guardia; a Man-Yurý le había subido la fiebre por la marcha sin reposo y a Cráteros por el dolor en su hombro dislocado. La kralorí se disponía a

pasar otro periodo de vigilante soledad. Previamente, ella misma se había encargado de masticar varios dátiles e introducirlos en la boca de Shen en forma de puré. No dejó a la mágica criatura de los bosques hasta que estuvo bien segura de que lo había ingerido sin peligro de ahogo. Esperaba que tan amistoso y maravilloso ser, hasta entonces sólo parte del folklore y de los cuentos con los que las abuelas asombraban a sus nietos, recuperase su vigor. Recordó entonces, con melancolía y nostalgia, cómo le encantaban las viejas historias de los teatros de marionetas protagonizadas por *onis*, hadas y otras criaturas mágicas que en las leyendas populares -las que narraban

los viejos- poblaban misteriosos bosques encantados.

Saciados el hambre y la sed reposaron en aquel ahora esquilado paraíso, aprovechando la sombra que brindaba el murete de piedra. Tras bordear las Arenas de Cobre y perderse en el Pantano de Krjalki, podían estar seguros que sus perseguidores habrían desistido de la cacería; no obstante, todavía no habían atravesado ni la mitad de los territorios que conformaban los Yermos. La posibilidad de encontrarse con alguna de las grandes tribus nómadas se volvía allí demasiado peligrosa. La hospitalidad no era una de las señas de identidad de dichas tribus las cuales vivían en una permanente confrontación

fratricida. Si se encontraban con alguna, seguro que no mostraría su cara más amistosa.

No podían bajar la guardia. Como sucedió durante los primeros días de travesía por las estepas y desiertos de los Yermos, cuando la sombra de los perseguidores de Pavis era aún alargada y el hambre y la fatiga no habían debilitado en extremo la entereza de Cráteros, el yelmalita quiso hablar con el líder dragonut para tomar parte de la disposición defensiva y en la toma de decisiones que afectasen a la marcha. Tras comer y beber en abundancia se encontró mejor. Seguía teniendo fiebre pero al menos ya no deliraba. Aprovechó aquel momento de pausa en

el oasis para iniciar una interesante conversación con el sacerdote de cola, Señor Piel Inquebrantable. En pocos días tenían que tomar la decisión más importante. Jan Paolo volvió de su ostracismo en cuanto escuchó los temores del templario yelmalita:

—El camino más corto para atravesar el extremo de los Yermos es hacerlo por el reino conocido como las Colinas Tuneladas. —El antiguo misionero del Imperio Lunar seguía empeinado en atravesar tan peligroso territorio. No mostraba ningún miedo ni reparo en introducirse por aquel reino infectado por la Mancha del Caos.

Si el pantano de Krjalki era una

mancha de maldad caótica en medio de la desértica nada de las Arenas de Cobre, las Colinas Tuneladas era un terrible reino sembrado, dominado y aniquilado, por los demonios más sanguinarios del averno, hijos todos ellos del Caos Primordial, la fuerza que casi destruyó a todos los dioses.

Cráteros volvió a mostrar su disconformidad. Su propuesta era desviarse hacia el sur. La ruta apenas retrasaría el camino algunos días más. Así podrían evitar el valle de la Reina-Escorpión o los fantasmas del cementerio de la antigua ciudad enana enterrada bajo las Colinas Tuneladas.

—Si internarnos en el pantano de

Krjalki fue una locura —argumentó el Mariscal con la poca lucidez que le restaba— penetrar en las Colinas es un..., es un completo suicidio. Sería más conveniente viajar al sur, rodeando la Meseta de las Estatuas. Ese lugar nunca ha sido invadido por el Caos. Era un santuario de los dioses.

—¿De qué dioses hablas, mercenario? La Luna Roja se ha impuesto a todos y ahora es reina de los cielos. Si el sol lo cruza es porque ella se lo permite. Y ya sabes que el Caos se rinde bajo su poder y reflejo. Atravesar las Colinas está en nuestra mano.

Las escamas del noble dragonut cambiaron de color. Su voz sonó

sibilante.

—El cielo y todo lo que hay en él es una escama de Ouroboros. Ouroboros es el que se come el cielo. Es el infinito. Algo fuera de tu comprensión mortal — aseguró su traductor.

—Tenemos que evitar las Colinas Tuneladas. ¿Qué nos aguarda allí? ¿La muerte? ¿La leyenda de Bagog? Debemos dirigirnos a la Meseta. — Cráteros apretó los labios.

—Eso sí que es un plan de locos suicidas —rebatíó Jan Paolo sin mucha sutileza—. El Caos se puede dominar, ¡es parte de este mundo! En cambio, la Meseta de las Estatuas pertenece a otra época y a otros dioses. Como bien has

dicho, Cráteros, ni los demonios del Caos atraviesan ese lugar. Se dice que los vientos que lo azotan son capaces de barrer montañas enteras, por no hablar de los tres colosos que lo protegen...

—No disponemos de alimento ni agua para desviarnos tan al sur —tradujo el intérprete dragonut la voluntad de su señor después de escuchar al Mariscal—. Marcharemos por el camino más corto, a través de las Colinas Tuneladas.

Mientras la discusión sucedía, Li-Wan hacía su turno de guardia tras dejar a Shen descansando plácidamente. En realidad, la kralorí tampoco hubiera podido dormir. Con la tormenta que nublaba su cabeza era imposible

meditar. Se negaba a pasar otra noche llena de pesadillas, las pesadillas del rechazo. Su indumentaria la había aislado de la insolación pero, ¿qué la aislaría de la locura y del desprecio de su hermano?

Cráteros trató de descansar esa noche, mientras el picor en el interior de su hombro dislocado delataba que la magia seguía haciendo efecto. Por primera vez en mucho tiempo sentía que el miedo se apoderaba de su cuerpo. La expedición viajaba hacia un lugar que había sido la perdición de los héroes más intrépidos. Nadie había regresado nunca. No pudo dejar de darle vueltas a una idea. La búsqueda de los Tres Soles lo llevaba a seguir el rastro que había dejado su

padre años atrás. Sentía que ambos caminos estaban íntimamente ligados. Ambos habían partido en busca de una gran fuente de poder. Ambos pasaron por Pavis. El rumbo de los dos viajes los conducía al Mar de la Niebla de donde su padre nunca volvió. ¿Por qué iba a triunfar él donde su padre había fracasado? Su progenitor atravesó Prax con varias reliquias que el propio Yelmalio había acarreado en su búsqueda heroica sobre la Cima del Mundo. Con semejante ayuda, ¿habría encontrado su padre los Tres Soles? Si hallaba a su progenitor encontraría las respuestas, más de las que jamás imaginaba. Lo angustiaba la posibilidad de no estar a la altura de la misión y

decepcionar a su pueblo, de no honrar la memoria del gran general Hiraclís Parthenonas. Sentía miedo de no ser capaz de lograrlo. En su tierra, Cráteros había escuchado hablar de la Meseta de las Estatuas, donde existía uno de esos portales que conectaban el mundo de los dioses y el de los mortales, lugar donde los héroes forjaban sus mitos y cambiaban la historia de sus pueblos. Intuía que habría sido en algún lugar semejante a la Meseta donde su padre se habría hecho con las reliquias divinas. Por esta razón había insistido tanto.

Pero Cráteros no sabía que en el mar de Kahar se encontraba otro umbral de paso entre ambas realidades, la de los dioses y la de los mortales... Y hacia ese

lugar se dirigían.

Atardecía y la temperatura pronto bajaría considerablemente. Apuntaba a otra noche fría como la mayoría desde que habían penetrado en las yermas dunas del desierto. Li-Wan meditaba en actitud vigilante. Sus ojos se fijaban en el desierto mientras su mente recordaba todo lo sucedido desde el desengaño de su hermano. Se había mantenido apartada, solitaria, en actitud penitente por haber herido el honor de su mancillado hermano. Ella nunca quiso hacerle daño. Sentía un hondo pesar. ¡Amaba a su hermano! Y sin embargo, él era demasiado obstinado para dejar fluir sus sentimientos. Man-Yurý había levantado un impenetrable muro de

hostilidad desde que dejaron Nueva Pavis. No más intercambios de miradas, no más ayudas gentiles, no más cortesía... Había enloquecido. Li-Wan quería recuperarlo, mas no sabía cómo. Ni siquiera podía compartir su desazón con el resto de viajeros, ni siquiera entendía sus idiomas. Su hermano no era sólo su corazón, también era sus oídos y su voz. Si no fuera por el espíritu de los bosques, se sentiría tan sola y aislada. El *kodama* («elfo» en lengua kralorí) debía encontrarse en situación semejante a la suya. Era una criatura mágica surgida de los cuentos que ahora se encontraba en el mundo real, lejos de sus asombrosos reinos mágicos. Ninguna de las dos parecía contar con nadie más.

La oportunidad de recuperar a su hermano se desvanecía ante sus ojos. Deseaba con toda su alma volver a su ciudad, a su dojo, y que su maestro le mostrase todo cuanto le faltaba por aprender. De camino al puerto de Lur-Nop, donde cogerían el barco hacía Kahar, visitaría a su viejo maestro, Konuke sama. Él debía saber todo lo sucedido.

¡Un sonido de tela rasgada la sacó bruscamente de sus pensamientos!

Escuchó claramente como garras poderosas arañaban uno de los sacos donde se guardaban las herramientas de obsidiana empleadas por los carniceros dragonuts. Vio como la bolsa que

contenía dichas piezas se movía empujada desde dentro. Con sigilo, la kralorí se acercó dando un pequeño rodeo. Vio los cuartos traseros de un felino grande, parecido a los tigres de la tundra kralorí. Lucía un pelaje pardo, sin rayas. Antes de que el felino pudiera salir de la saca, Li-Wan le propinó dos diestras estocadas. El gran gato cayó moribundo. Una espesa cabellera le cubría la cabeza. Súbitamente aparecieron varios de los dragonuts guerreros que ejercían de vigías con el intérprete a la cabeza:

—Carne fresca —dijo éste con esa voz gutural que emitía más aire que sonido.

Li-Wan entendía cada vez más palabras,

el tiempo no pasaba en balde. Aprendió que el animal que había abatido se llamaba *león* y la alegría que produjo su presencia no se debía solamente a la carne que aportaba, sino a que otros animales se encontrarían en las cercanías, tal vez en un oasis o en el final de las dunas. Los carnívoros dragonuts guerreros se dieron un festín con parte del león recién cazado. Las sobras fueron empaquetadas por los abnegados siervos tritónidos, los cuales respiraron aliviados con el hallazgo.

Con el frescor del anochecer, cuando Yelm no azotaba tan salvajemente y avanzar resultaba tarea menos peliaguda, la columna se puso de nuevo en marcha. Aún quedaba por recorrer

gran parte de los Yermos.

Durante el tiempo que habían permanecido en el oasis, Jan Paolo había examinado el murete de piedra en busca de sólo él sabía qué cosas. La mampostería estaba construida sobre unos bloques mayores de un tipo de piedra diferente. No tardó en percatarse que estos bloques, más pulidos por el viento y las inclemencias, estaban grabados con bajorrelieves de mayor antigüedad que las pequeñas piedras de relleno. La secuencia de tallas empezaba con una caravana que cruzaba un oasis, una caravana resplandeciente y llena de vida. Se veían beduinos y tras ellos, una horda terrible de broos, hijos del Caos mitad hombre mitad bestias. Los

beduinos huían de sus *jáimas* escabulléndose en una caverna escondida entre colinas, mientras los broos arrasaban cuanto encontraban a su paso. Después cerraban la entrada de la cueva quedando atrapados en su interior. El oasis y las tierras circundantes quedaban a merced de los broos. En el grabado, un orificio real representaba la entrada a la caverna, un orificio en la cara umbría del murete que no dejaba ver nada en su interior. El antiguo misionero tuvo la tentación de meter la mano. Se quedaría con lo que hubiese dentro. Lentamente llevó los dedos de su mano derecha hasta el boquete y los introdujo en busca de su contenido...
¡Eureka!

Dentro palpó un pergamino doblado. Con sumo cuidado lo extrajo de la cavidad. Estaba elaborado con papiro antiguo, muy gastado, tendría que tener cuidado al manipularlo. Lo desplegó. No tenía nada escrito en lengua conocida, sólo unos pictogramas que pudieron haber estado policromados... Ahora no conservaban más que ligeros trazos. Decepcionado por la nulidad del hallazgo empezó de nuevo a doblar los pliegues cuando reparó en que muchos de los glifos coincidían al doblarse. ¡No eran pictogramas, sino las líneas de un dibujo! Lo abrió de nuevo excitado por el descubrimiento y volvió a doblarlo. Reparó que las líneas esbozaban un trazado. Decenas de corredores que se

entrelazaban y confluían en varias salas poligonales. Era un mapa que parecía delinear un santuario. Runas en honor a alguna antiquísima deidad desconocida marcaban el interior de las salas, ¿dónde había visto esas runas antes? Distinguió la Runa de la Muerte, propiedad del dios pagano Humakt, el que murió a manos de Yanafal Tarnils; y esa otra, la Runa de la Ilusión, posesión de Eurmal, conocido como el Embaucador. Había muchas runas elementales (Fuego, Agua, Tierra o Aire) pero no estaba la luna, lo que significaba que aquello pertenecía a un pasado muy remoto. ¿Qué significaba aquello? En los límites del papiro aparecía representado el exterior de un antiguo templo: un territorio rodeado de

colinas marcadas con la Runa del Caos:
La cabeza de la cabra.

De nuevo la columna estaba en marcha y de nuevo lo hacía con pocos víveres. El agua del oasis había servido para calmar la sed pero apenas había suficiente para rellenar medianamente los odres. No obstante, el hallazgo del león les había dado nuevas esperanzas de encontrar otro oasis en las cercanías.

Las leyendas praxianas decían que los oasis permanecían ocultos. Sólo eran encontrados cuando ellos mismos lo deseaban o bajo la astuta mirada de los *djins* o genios del desierto. Ninguno de esos fue el caso y en pocos días de travesía, cuando las dunas dieron paso a

estériles sabanas, la situación volvió a parecerse a la vivida antes de encontrar el oasis. La carne del león se había terminado así que los voraces dragonuts guerreros dieron cuenta de alguno de sus esclavos. Los dátiles y cactus volvían a escasear. En la sabana, los exploradores apenas pudieron recolectar algunas raíces que llevarse a la boca. Pero la falta más acuciante fue producida de nuevo por el agua. De nuevo el líquido elemento se había vuelto el máspreciado de los tesoros. Volvieron las náuseas, los vómitos. Man-Yurý y Cráteros estaban de nuevo muy débiles, ya no podían discutir sobre el camino a seguir o cómo realizar las guardias, pero al menos ellos podían avanzar por su

propio pie. Li-Wan tuvo que volver a ocuparse de la pequeña y macilenta mrelí que volvía a enmudecer y quebrarse, a no poder tan siquiera sostenerse sobre sus propias piernas. Su marchito arco era apenas una rama retorcida y nudosa.

Pero la temperatura, que seguía ascendiendo con el paso de los días y la proximidad de la Estación del Fuego, pasó a ser un problema secundario. Los dragonuts exploradores divisaron frente a ellos las sinuosas Colinas Tuneladas. En menos de un día llegarían. Pero no habían recorrido una legua cuando, a sus espaldas, distinguieron el polvo levantado por el galope de un pelotón de jinetes. ¿Sería posible que la tribu de las

Cebras de Pavis les hubiese recuperado la pista? ¿Sería alguna otra tribu nómada que estaba viendo invadido su territorio fronterizo? Fuese lo que fuera, los viajeros no estaban dispuestos a quedarse para comprobarlo, tenían que hacer un último y extenuante esfuerzo para llegar a donde los nómadas no se atreverían a pisar. Los peligros que los esperaban más allá eran, sin embargo, mucho más terribles.

La última carrera a través del desierto.

Rogaban a sus piernas que aguantasen el ritmo endiablado por otras veinticinco horas más. Si paraban, deberían enfrentarse a toda una tribu de nómadas al galope. La consigna era clara:

avanzar y avanzar hasta llegar a las Colinas Tuneladas.

El calor volvía a ser extremo, más aún en contraste con la gélida noche de escarcha y rocío que se había despedido con la llegada del alba. Los dragonuts marchaban con milimetrada marcialidad. No eran presa que huyese en estampida ante la primera señal de peligro, quién sabe si por disponer de infinitas reencarnaciones hasta llegar a su auténtica forma de dragón.

Toda la columna avanzaba veloz al paso que marcaban las piernas doloridas.

Lo que quedaba de la armadura volvía a hacerse un insufrible peso que acarrear. Sólo tenían que aguantar un poco más.

La deshidratación hacía mella en sus músculos. Continuos y dolorosos calambres azotaban sus piernas, los gemelos ardían, sentían pinchazos en los cuádriceps... El aire abrasador quemaba la garganta con cada bocanada.

Debían seguir avanzando.

De frente se dibujaba el tortuoso relieve de las Colinas Tuneladas. Tras ellos, la difusa amenaza nómada les recortaba distancia.

Había que llegar. No quedaba otra posibilidad.

Yelm no mostraba misericordia. Su calor, al contrario que en los fríos atardeceres de invierno, era una losa que se aplastaba ferozmente contra el

maratoniano esfuerzo de los corredores.

Los esclavos tritónidos no podían aguantar el ritmo, uno a uno se iban quedando atrás, abandonados a su suerte.

Un poco más. Ya no quedaba nada. La meta estaba ahí delante, casi podían alcanzarla estirando la mano.

Prácticamente todos los tritónidos habían caído presas del agotamiento. Cuando los nómadas los cazasen, la fatiga sería la menor de sus preocupaciones.

De camino se deshacían de todo cuanto quedaba excepto las armas: una manta, un zurrón, un yesquero, pedernal... La vida estaba en juego.

La adrenalina los mantenía en pie. La fatiga ponía las mayores zancadillas a una marcha que ya se había convertido en carrera.

El sol lapidario apuñalaba con cada uno de sus rayos.

Man—Yurý iba repitiéndose un mantra para sí mismo. Dejó en blanco su mente. Concentrado aislaba sus centros de dolor y podía seguir corriendo sin sufrir.

El sudor caía entorpeciendo la visión de Jan Paolo, introduciéndose en los ojos y en la boca con ese sabor salado tan característico. Sólo una involuntaria sacudida de vómito, bilis y jugos gástricos, lo hizo detenerse por un breve instante. Un estómago que no alojaba

ninguna otra cosa.

Ni siquiera Li-Wan se detuvo a comprobar quiénes eran sus perseguidores.

«Un templario de La Cúpula Solar nunca se rinde hasta que lo pare el Infierno». Esta oración pasaba una y otra vez por la mente de Cráteros, evitando pensar en el momento que sus piernas fallasen.

Algunas flechas caían avisando sobre la proximidad del aguacero. Una llovizna de dispersas saetas rebotaba contra el suelo no lejos de los viajeros. Más de un pequeño dragonut explorador cayó en la retaguardia atravesado por el goteo mortal. La avanzadilla de nómadas les comía terreno con cada legua que

pasaba.

Cuando los calambres hicieran perder el control de las piernas y respirar se convirtiese en una abrasadora sensación de quemazón, no quedaría otra opción que volverse y hacer frente a los nómadas. Las lágrimas se mezclaron con el sudor en el rostro de Jan Paolo. Habría que luchar, habían estado tan cerca de lograrlo.

En lo más profundo de sus almas hallaron el pundonor de los héroes.

¡Un esfuerzo más! ¡Su meta estaba tan cerca! ¡No podían rendirse ahora!

El ardiente Yelm pasó a un segundo plano al bajar y ocultarse por el oeste. Ya no era una preocupación. Las

oraciones de algunos y el estoicismo de otros se centraban en redimir el dolor que paralizaba las piernas y escapar de las flechas que llovían cada vez más peligrosas y próximas salpicando como un chaparrón letal.

Apenas una legua.

Otro dragontino explorador cayó delante de Man-Yurý; una flecha había hecho blanco atravesándole la garganta desde la nuca al gaznate. El agotado soldado kralorí se trastabilló al saltar sobre el infeliz dragonut. Estuvo a punto de irse al suelo y ya no creía disponer de la fuerza suficiente para volver a ponerse en pie.

Las plantas de los pies en carne viva no

dejaban únicamente huellas con cada pisada, también manchas rojas de sangre y extremo dolor. Con cada bocanada desesperada buscando el oxígeno del aire, una punzada abrasadora penetraba rajando los pulmones. Al frente ya se podían acariciar las negras rocas volcánicas que conformaban la geología de las Colinas Tuneladas.

Sólo media legua más, y el sufrimiento cesaría.

Únicamente los dragones conocen el sitio de donde Li-Wan obtuvo fuerzas para transportar en brazos el lánguido cuerpo desfallecido de la pequeña Shen.

El relieve del terreno se volvía más fragoso y escarpado con cada paso.

Podían oler el azufre de las quebradas que conformaban el oscuro paisaje hacia el que huían. El dolor y el sufrimiento por la carrera eran extremos. ¡Una inhumana prueba de fuego reservada para titanes!

La llanura se iba haciendo cada vez más abrupta.

¡Ya estaban llegando a los primeros cerros oscuros!

En lugar de crecer, la lluvia de flechas se fue dispersando conforme se adentraban en aquel territorio maldito hasta que se desvaneció arrastrada por el viento. El ruido de los perseguidores desapareció según los viajeros penetraban en el accidentado terreno.

¡Qué paradoja! Realmente se alegraban de llegar al lugar más peligroso de toda la travesía. Uno de los enclaves más temidos de los Yermos y de toda Glorantha.

Nadie giró a comprobar si sus perseguidores habían desistido, al menos, hasta que estuvieron bien alejados de las arenas del desierto. A cambio de tan breve respiro, a partir de ese momento, se veían expuestos a un peligro mucho mayor rodeados por las temidas Colinas Tuneladas.

Capítulo X. «Túneles»

—¡La nieve no puede romper a la montaña! —La voz del intérprete de los dragonut retumbó en los oídos de los exhaustos humanos—. ¡No os detengáis!

En su agotadora huida, los pies doloridos tropezaban continuamente con los oscuros cantos rodados que habían sido arrojados tiempo atrás por los cráteres volcánicos que formaban las Colinas Tuneladas. Quienes habían tratado de darles caza sobre las áridas tierras de arcilla y arena de los Yermos habían cejado ya en su empeño, desapareciendo tan pronto como las siluetas de las «terroríficas» colinas

dejaron de ser una sombra recortada en el horizonte, un perfil troquelado en la distancia. Nadie en su sano juicio se atrevería a entrar en aquel reino de maldad. Sólo alguien con el corazón desesperado. Mientras humanos y dragonuts corrían en pos de la efímera salvación, aún a sabiendas que infinitamente mayores eran los peligros que esperaban allí dentro, el terreno se fue dibujando más quebrado y escabroso, abrupto y escarpado. Un peligroso esperpento de rocas negras, chimeneas y cráteres de vapor y fuego sustituían a las arenas bermejas y al yeso.

A toda prisa, a la carrera, la columna se internó por la vaguada que se abría entre

dos agrestes montículos limítrofes con las últimas dunas de arena quemada. El ocre de la tierra y los cobrizos reflejos del sol se oscurecían hasta convertirse completamente en ébano. Todas las rocas y peñascos en derredor parecían haber sido tallados con azabache, con un opaco y negro mate, sin ningún brillo. Aquella tierra era roca salida desde el interior de la tierra.

En aquel fragoso paisaje volcánico no parecía crecer ninguna cosa más.

La marcha continuó accidentada aunque los perseguidores habían abandonado definitivamente. Apenas un centenar de metros en el interior de la vaguada habían sido suficientes para respirar por

un momento una engañosa sensación de calma. Los viajeros eran perfectamente conscientes del lugar que pisaban.

—¡Inmóviles! —dijo el alto el traductor dragonut. Toda la columna se detuvo. Exhaustos, extenuados, desangrados... El corazón de Li-Wan amagaba con escapar del pecho, el de Jan Paolo palpitaba a un ritmo frenético como si quisiera salir por la boca. La sangre que aún no se había evaporado de sus venas bombeaba golpeando las sienes con fuerza y provocando un punzante dolor de cabeza. Cráteros dio una amplia bocanada buscando oxígeno para sus pulmones. ¡Agua! Necesitaba agua. Notaba arder sus vísceras dentro del pecho. Sus piernas, doloridas, también

necesitaban descansar. Pero no disponían de demasiado tiempo, detenerse en aquel lugar suponía en sí mismo un riesgo letal. Acabaron con las pocas gotas que quedaban en algún odre perdido.

Ningún esclavo tritónido había sobrevivido. Apenas permanecían en pie cuatro de los pequeños dragonuts exploradores, con sus decorativas y rosadas crestas sobre la cabeza, que fueron enviados para barrer los alrededores de la vaguada como zapadores. Mientras los viajeros apuraban su última reserva de agua, los grandes dragonuts guerreros preparaban todo su arsenal de armamento elaborado con obsidianas y huesos auténticos de

dragón, a excepción del sequito personal del Señor Piel Inquebrantable, quienes seguían portando el engalanado baldaquín.

—¡No os separéis! —urgió el traductor a los sedientos no-dragonuts—. El Caos puede ser respirado en cada recodo de este lugar infesto.

De pronto, sobre unas oscuras rocas, apareció uno de los rastreadores dragonuts emitiendo esos sonidos tan característicos e indescifrables propios del idioma de los dragones. Los guerreros dragontinos, férreamente pertrechados, se dirigieron hacia él.

—Cabras —tradujo lacónicamente el intérprete.

—¿Cabras? ¿Cómo que cabras? No puede haber dicho sólo *cabras* —se quejó Jan Paolo.

Tras el montículo de negra roca porosa, volcánica, había tres horribles criaturas. Ante el aviso del zapador la columna al completo se desplazó hasta el lugar. Apenas a un centenar de pasos había un trío de engendros caóticos, mitad hombre mitad cabra. Aparentemente no suponían, para alivio de los agotados caminantes, ningún peligro inminente. Estaban crucificados bocabajo, clavados de pies y manos por unos herrumbrosos punzones oxidados, en tres tremendas cruces invertidas. Agonizaban semiinconscientes. En lo alto, sobre los invertidos crucifijos, una

pareja de buitres volaba en círculo.

Varios dragonuts guerreros se acercaron a los crucificados con precaución. Susurro en la Bruma, el traductor, era el único de los allí presentes que podía descifrar algunas palabras entre quejidos y rebuznos.

—Matadnos, matadnos antes de que vuelvan. Matadnos por favor. —Era la primera vez que Susurro en la Bruma escuchaba a un broo pedir algo «por favor» y había oído suplicar a bastantes durante «las Cacerías del Dragón Nocturno».

—Desean morir —aclaró el traductor dragontino— antes de que su *miedo* regrese.

—¿Su *miedo*? ¿Y qué es ese *miedo*? —
se acercó Cráteros junto a Man—Yurý.
Ambos se encontraban débiles y
doloridos caminando con paso ajado y
enfermo. Shen ni siquiera podía
arrastrarse, aún era un fardo
inconsciente acarreado por Li—Wan.

—Acabad con nosotros —imploraban
los tres broos—. Nos quitarán la piel.

De cerca, los broos resultaban tan
apestosamente hediondos que Jan Paolo
tuvo varias arcadas y estuvo a punto de
vomitar. Algo semejante a un hombre
gangrenoso con la cabeza de una
horrenda cabra tiñosa, cuya piel estaba
recubierta en su totalidad por tumores,
sarcomas, soriasis y todo tipo de

eczemas. Eso era un broo.

Algo retumbó a lo lejos. Un golpe seco que hizo vibrar el suelo de roca negra. Un «bomb» rotundo que fue seguido por un eco potenciado entre las quebradas, entre los abismos y los pasos que hendían las colinas. El golpe fue seguido de otro, de otro, de otro más... Los tres broos chillaron suplicas con desesperación extrema.

—Ya dije que no debíamos venir aquí —recordó Cráteros—. El comité de bienvenida nos espera a las puertas de este infierno.

El corazón volvió a palpar con potencia dentro del pecho del Mariscal. Latidos vehementes y rítmicos como los

golpes que rebotaban a través de las colinas. Otro nuevo tambor se escuchó. Cráteros sintió erizado el pelo de sus brazos; las gotas de sudor frío se deslizaron por su frente y sus sienes. El eco de los timbales rebotaba. El toque de un agudo y penetrante cuerno se coló entre las corrientes de aire que recorrían los despeñaderos; sin duda, era un aviso, una advertencia... o una llamada.

Coreografiados con milimétrica exactitud y marcialidad, todos los guerreros dragonuts tensaron unos ondulados arcos de hueso con unos gruesos virotes. Los ecos de los tambores repicaban cada vez más próximos. Los pasos de los dragonuts avanzaron seguros y pesados como

plomo. El cuerno soplaba con mayor intensidad, su horrendo aullido surcaba el viento portando un sentimiento de angustia. Negras colinas volcánicas rodeaban a los viajeros por completo. En sus cumbres se fueron dibujando las siluetas dispersas de algunos «cabeza de cabra». Asomaban por allí, por allá, por aquella ladera... Era el goteo previo a la tormenta que se avecinaba. De los montes de alrededor, entre las más escarpadas colinas, aparecían cada vez más cabezas cornudas. Pronto serían una auténtica jauría caótica de broos ávidos de sangre y muerte, un tumulto escandaloso de bestias chillando, roznando y berreando por la cercanía de su presa.

La columna dragontina avanzó compacta por la vaguada.

De las laderas empezaron a descender los primeros demonios corriendo, tanto a dos como a cuatro patas, y sosteniendo un arsenal de herrumbrosos y mellados filos oxidados. Corrían bramando mientras las cumbres se llenaban de más cornudas criaturas, de hordas que parecían extraídas de las monstruosas pesadillas de una mente torturada.

Guiados por una señal imperceptible para los humanos, los dragonuts dispararon al unísono sus proyectiles creando una demoledora ola de virotes de piedra y hueso que barrió, cual escoba, la primera y más próxima horda

de broos. El séquito que transportaba el palanquín del noble sacerdote de cola lo depositó en el suelo. Toda la fuerza dragonut desenvainó a la vez sus ceremoniales *klanths* de piedra y hueso como si fueran un solo puño. Una sola mente parecía dirigirlos. Del interior del palanquín apareció la figura del Señor Piel Inquebrantable envuelta en su alba armadura de hueso y enarbolando dos grandes armas de negra obsidiana, una con cada mano. Toda la columna se detuvo en silencio al oír su voz bramando:

—*Ringapakia uma tiraha. Turi whatia, hope whai ake. Waewae takahia kia.*

Los dragonuts quedaron quietos como

estatuas. Pero esta vez no estaban inmóviles ni hieráticos, sino vibrantes y compulsivos. El líder siguió cantando y toda la columna empezó a golpearse con los puños sobre los muslos y los antebrazos; los ojos brillaban abiertos como nunca antes los habían visto a la vez que sacaban sus lenguas bífidas más allá de lo humanamente posible y las hacían vibrar como si fueran víboras desafiantes. Golpeaban rítmicamente con los pies el suelo y con los puños el pecho. Aquello era un baile aterrador marcado por el compás de sus propios golpes. Todos cantaron con furia un grito que sonaría así:

—¡Kámate! ¡Kámate! ¡Kaora! ¡Kaora!
¡Kámate! ¡Kámate! ¡Kaora! ¡Kaora!

El Señor Piel Inquebrantable se colocó al frente de la carga. A su lado estaba Llama Flameante, el wyrm alado, montado por su jinete Guardián del Respeto.

Jan Paolo corrió hacia ellos recitando algún tipo de salmo a la Luna Roja.

Shen permanecía apoyada en Li-Wan. La oriental sujetaba con un brazo el mustio cuerpo de la aldryani. En el otro portaba su cadena de finos eslabones. En su lejana tierra, allá donde nacía el sol, había aprendido a usar la cadena como arma si se encontraba rodeada por varios agresores. Sosteniendo a Shen le resultaría menos complicado que usar el sable, el cual ofrecía menos recursos de

defensa.

—¡Morded el cielo! —clamó de nuevo Susurro en la Bruma justo en el momento en el que se producía el violento choque de las dos fuerzas astadas. La cabeza del dragón contra la cabeza de la cabra. La cresta de escamas dragontina contra la osamenta retorcida del chivo demoníaco.

Fue un choque iracundo, de proporciones infernales, frente a frente, sin apartar las miradas. Algunos broos mutilados saltaron por el aire volando varios metros; otras osamentas cabrías eran aplastadas contra el suelo. Algunos dragonuts también cayeron atravesados, empalados, por lanzas aserradas que

esperaban impacientes.

A los gritos que intrínsecamente provoca la violencia se unía el crujir de los huesos que se quebraban, el chasquido de tibias y esternones, de cráneos y omóplatos, el metal hendido en la carne, la melodía de los cuchillos... Estos broos no parecían las desorganizadas bandas de pillaje que sembraban el terror de los granjeros asaltando remotas aldeas. Estaban bien organizados.

Desde una segunda fila un telón de jabalinas oscureció el cielo, algunas insertadas con cabezas de viejos enemigos con la fútil intención de provocar el pánico en los dragonuts. La

lluvia de astas cayó en picado sobre el grueso de la columna.

La imprevisible Li-Wan arrojó un extremo de su cadena en dirección a la lluvia mortal. Con precisión encontró el asta que se dirigía directamente a su pecho. Los eslabones se enrollaron cual serpiente constrictora en el mástil del proyectil. La oriental giró la cadena sobre su cabeza como un lazo ganadero que atrapa la cabeza de una res. Haciendo un amplio círculo cambió la dirección de la jabalina.

La leyenda dice que el asta regresó de vuelta hacia el broo que la había lanzado atravesándole el cuello y matándolo en el acto, pero eso forma

parte de la leyenda y de tanta pericia ni este narrador puede estar seguro.

—¡Adelante! ¡Iluminad la cumbre! —se escuchó la voz del traductor dragonut por encima del fragoso chocar de las armas y las fracturas de los cráneos.

La escarpada loma se elevaba abrupta y accidentada. El ascenso sería peligroso. La vanguardia dragonut, con el Señor Piel Inquebrantable al frente, abrió una brecha en el cerco de apestosos seres caóticos y comenzó a subir.

Casi habían llegado a la cima sin perder la espalda a las continuas acometidas de las abominables hordas caóticas.

Cráteros y Man-Yurý resistían a duras penas, junto a algunos dragonuts de la

retaguardia de la columna. Atrás dejaban a varios de los grandes y acorazados guerreros picudos que habían caído por las continuas acometidas. De los pequeños exploradores no quedaba el menor rastro.

Desde la ladera del altozano el panorama era desalentador. Del centenar de individuos que iniciaron la columna dragontina apenas restaban una veintena entre humanos, dragonuts y la aldryani mreli. Sin embargo, frente a ellos, la jauría de bestias híbridas no dejaba de aumentar. Ante sus ojos se extendía un mar de ondulaciones pétreas, de colinas oscuras de origen volcánico, un sarpullido alérgico en la piel del terreno

como si cada cima fuera el poro de una erupción cutánea. Muchos montes estaban abiertos en la cumbre por conos llameantes, chimeneas que lanzaban columnas de humo al cielo y expulsaban rocas incandescentes. Algunos otros dejaban escapar un manto de magma que vagaba viscoso por las laderas formando ríos de muerte. Si los viajeros hubiesen podido pararse a otear, se hubiesen visto rodeados de innumerables ríos magentas culebreando por doquier y, de los más alejados en lontananza, nadie podría asegurar que fueran de fuego y no de sangre. Un territorio hostil donde la tierra había sufrido el abuso de sus conquistadores, donde tan solo quedaban lágrimas y

llanto. Una tierra surcada por una red laberíntica de incandescentes nervios de magma volcánico. Desde la millarada de cráteres y grietas, los vapores y gases subterráneos provocarían delirios y alucinaciones a quienes los respirasen, paranoias y esquizofrenias que pondrían en peligro la integridad y confianza del grupo en sí mismo. Las chimeneas expulsaban también una salpicadura ácida: *la Infección de Gorp*. Cada erupción burbujeante provocaba una lluvia verdinosa que corroía todo cuanto rozaba, una lluvia que desmenuzaba en pocos segundos el más firme de los metales y acongojaba al más valeroso de los corazones. Avanzar bajo el abrasivo mal, cuando éste caía del cielo, era

imposible: sólo quedaba rezar esperando que amainase. Y aunque del cielo cayese un infierno de ácido y lava, los ojos debían permanecer atentos al suelo pues un solo paso en falso significaría caer en la más hambrienta de las arenas movedizas. Un solo tropezón en aquel territorio y la muerte estaba asegurada engullido por «*la tierra que devora elefantes*».

Pero desde la altura del cerro, los viajeros vieron también un angosto quebrado que se internaba como un pasillo entre dos paredes de roca. El pequeño cañón segmentaba en dos un impresionante muro erguido al este. No todo estaba perdido. Dentro de aquel estrecho desfiladero no podrían

rodearlos; ésa era su única oportunidad de escapar de aquella locura.

A la carrera descendieron el despeñadero en dirección a la intrincada garganta.

El accidentado terreno estaba plagado por multitud de hendiduras y grietas que dejaban escapar, como bocas de chimeneas, espesas cortinas de humo y vapores. Las emanaciones provocaban un incómodo picor en los ojos que obstaculizaba la visión con un llanto continuo y molesto. En tropel corrían hacia la garganta, tropezando sin parar, levantándose cegados para volver a caer o esquivando las llamaradas de los gases que desde las grietas hervían en

combustión con el aire.

Como las rocas en la orilla del mar son cubiertas de espuma por las olas, las cumbres y laderas circundantes eran cubiertas por una marea de broos bastardos: mitad reses (sobre todo venado, pero servía cualquier animal con el vientre lo suficientemente grande como para engendrar semejantes abominaciones), mitad pura maldad, protervia endemoniada, perfidia extrema, perversidad infectada de Caos.

La violación de animales era la única posibilidad que estas criaturas tenían de reproducirse. Eran estériles entre ellos. Ningún animal podía escapar de la Mancha.

—¡Vamos! ¡Adelante! ¡Ya estamos! —
Los vítores del intérprete dragonut
alentaron a los viajeros. A pocos metros
se abría el estrecho corredor, su
salvavidas. La fuerte y silenciosa Li-
Wan seguía portando en volandas el
cuerpo indolente de Shen. Cráteros y
Man-Yurý cerraban el tropel, más por
agotamiento que por un auténtico intento
de guardar la retaguardia.

El barranco se estrechaba con rapidez.
Piedras dentadas y puntiagudas
formaban las paredes de la grieta. El
pasillo sólo permitía avanzar a dos
personas al mismo tiempo. Varios
dragonuts, entre los que se encontraban
el intérprete y el sacerdote de cola, guía
de la marcha, habían ganado ya la

entrada de la angosta garganta. Después entró Jan Paolo, Li-Wan llegó con Shen... y a continuación, un nuevo sobresalto:

Del interior de la brecha surgió un ronquido ensordecedor.

Un gigantesco broo con cabeza de toro galopaba hacia ellos, un descomunal y obeso ser de aspecto cavernario y deleznable que superaba los tres metros de altura. Coronaba su cabeza, cubierta de una espesa pelambreira negra, con una arrolladora cornamenta astillada. El gigantesco broo taurino ocupaba todo el ancho de la reducida fisura y, como si de un ariete se tratara, bajó la cabeza para embestir a los intrusos y

expulsarlos hacia el exterior del pasillo, para dejarlos a merced de las hambrientas jaurías que arrinconaban la entrada.

Jan Paolo miró con horror la vertiginosa estampida del gigantesco broo. Sólo había un dragonut entre el cónsul lunar y la carrera del enorme monstruo caótico.

En la retaguardia Man–Yurý y Cráteros, agotados tanto física como mentalmente, esperaban su turno para colarse por la ahogada hendidura. Cubrían las espaldas de cuanto quedaba de la columna.

Trataban de protegerse de las piedras y palos que llovían desde la distancia y a la vez se esforzaban por acabar con los más impetuosos de los engendros

caóticos que se acercaban. Junto a ellos, el wyrm Llama Flameante mantenía sus poderosos sortilegios de magia ígnea carbonizando con intensas llamaradas a los broos más atrevidos.

Por alguna caprichosa suerte del destino, la maldad había mutado los cuerpos de muchas de estas horrendas abominaciones que investían al galope con cuerpo de animal y cabeza humana de cuya frente asomaban retorcidos cuernos cabríos o puntiagudas astas taurinas.

El descomunal broo con cabeza de toro arremetió mugiendo como un búfalo embravecido. El dragonut que abría la marcha, el arisco intérprete Susurro en

la Bruma, corrió al encuentro del gigante, a grandes zancos, empujado por un imaginario ariete. Un encontronazo de ambos cuerpos haría temblar los cimientos de la tierra. Cuando ambos estaban al borde del choque, el enorme dragonut, un portento de potencia física incluso para los picudos guerreros de su raza, mostró ser además un inteligente luchador. Arrojó uno de sus robustos virotes contra las orondas piernas del broo gigante. Éste se trastabilló zancadilleado partiendo el virote entre sus pies en mil astillas. El dragonut estampó entonces su arma contra la cabeza, usándola como resorte para potenciar la caída del desestabilizado gigantón.

El choque contra el suelo se percibió a cientos de pasos.

Cualquier otra criatura con menos de nueve toneladas de peso hubiese reventado hecha pedazos. La cabeza taurina del broo rebotó contra una gran roca en la pared de la garganta. El impacto fue tan estremecedor que el suelo vibró bajo los pies de los que allá luchaban. El cráneo estalló como una sandía lanzada contra una roca.

Decenas de broos cabríos rodeaban la entrada del desfiladero. Chillaban, escupían y amenazaban a los humanos y dragonuts que guardaban la retaguardia por fin atrincherados entre los muros de piedra. Junto a los añicos de la roca

destrozada, contra la que había chocado la maltrecha testa del gigantón broo, Jan Paolo distinguió un resplandor metálico. Se acercó con curiosidad atraído por el brillo del metal oculto tras toneladas de roca. Li-Wan, exhausta, dejó reposar el mustio cuerpo de Shen frente al pensativo cónsul lunar. Con tanto ajetreo, la elfa mreli se revolvió en el suelo, incómoda. La oriental vio como Jan Paolo apartaba varios peñascos. Se acercó y entre ambos movieron un pedrusco tan grande que el cónsul solo no hubiese podido. Una verja metálica cerraba el paso a una oscura cavidad. Una cueva cavada en la tierra. El misionero observó pensativo todo aquello, ¿dónde lo había visto antes?

¿De qué le sonaba todo aquello?

El acceso a la gruta era un angosto boquete por el que sólo se accedía gateando. Otro problema era la gran cerraja que sellaba la verja metálica. Intentaron abrirla sin éxito. La pesada verja parecía llevar años oculta bajo toneladas de roca, quizá décadas, quizá desde mucho antes de que la Mancha del Caos invadiera las Colinas Tuneladas. El candado atorado se mantenía indemne ante los intentos, fueran violentos o mañosos, por abrirlo. Una imagen asaltó la mente de Jan Paolo: el oasis. ¡Eso era! ¡En los relieves del oasis estaba todo dibujado!

La presión de las hordas cabrías había

hecho retroceder a los defensores humanos y dragonuts hacia el interior de la garganta. Si no abrían la verja con prontitud tendrían que huir siguiendo el camino por donde había aparecido el toro gigante, rumbo a nadie sabía qué lugar, quizá su campamento, una posibilidad muy poco seductora.

Shen abrió frugalmente los ojos. Observó unos segundos la brega de Li-Wan y Jan Paolo. Muy lentamente se inclinó hacia la verja. De entre sus escasas ropas extrajo sutilmente una ramita de madera. Maestría, maña, habilidad o simple y llana suerte, la aldryani hizo girar la ramita de madera dentro de la cerradura. Un chasquido. ¡Estaba abierta! La sonriente, siempre

bajo su máscara, Li-Wan tiró de la reja metálica ante la atónita mirada de Jan Paolo, ¿qué otras sorpresas le depararía el futuro? Shen resoplaba por el esfuerzo. Descorrieron la verja. Uno a uno, fueron entrando arrastrándose al interior. Los dragonuts los siguieron. El último de los humanos en la retaguardia era Cráteros. Dos dragonuts combatían a su lado, al pie del umbral, defendiendo el cañón. Habían perdido de vista al wyrm, sumergido en la marea de broos. De pronto vieron un gran resplandor, un fogonazo que centelleó desde el interior de la horda astada. Cerraron los ojos. Cientos de repulsivas criaturas salieron despedidas envueltas en llamas.

—En los caminos ocultos se esconden

los mayores tesoros. ¡Entra! —ordenó Susurro en la Bruma a Cráteros.

—Hay dos de los tuyos aquí fuera —replicó el humano empapado en sudor.

—Sacrificarán su piel. Sus almas regresarán al nido. Todo cuanto hicieron les pesará para su siguiente reencarnación. ¡Rápido! ¡Entra! ¡Tu alma no es eterna!

Con un sordo chasquido el candado cerró la verja tras ellos. ¿Tendría salida aquella gruta? ¿Estarían encerrados a merced de las bestias caóticas? ¿Qué habría dentro de la cueva? ¿Por qué había permanecido cerrada durante años?

A rastras avanzaron por un túnel de

caliza. Poco después, la cueva les permitió dejar de reptar y avanzar de rodillas. Cráteros iluminó su escudo ofreciendo luz como lo hacían los faros portuarios en las noches costeras. Tenía grabada la cabeza de un halcón cuyos ojos eran dos Runas de la Luz. El dorado escudo resplandeció cual cielo estrellado emitiendo un áureo haz de luminosidad que alumbró la retaguardia del túnel. Los ojos se acomodaron al brillo del broquel. Li-Wan abrió la marcha, avanzando de cuclillas, con seguridad y confiada.

Sólo tres dragonuts guerreros y el taciturno Señor Piel Inquebrantable habían sobrevivido a la contienda.

Paulatinamente el pequeño túnel fue ensanchando. Nadie escuchó cómo el Mariscal pedía a su inseparable ave sagrada que mantuviera fuerte y brillante el resplandor del escudo. Necesitaba todo su poder. La caverna seguía creciendo tanto que hasta los enormes dragonuts pudieron avanzar completamente erguidos. Allí estaban Guardián del Respeto, Filo Cortante y el intérprete Susurro en la Bruma.

Nada supieron de los dragonuts que guardaron feroces la entrada de la cueva.

Li-Wan estuvo a punto de resbalar. Barro. El suelo estaba encharcado. La caliza de las paredes estaba horadada

por siglos de erosión acuosa.

Estalactitas colgaban del techo y se juntaban en pétreas columnas con las estalagmitas que habían encontrado en su camino partiendo desde el suelo.

Multitud de columnas plagaban la estancia, pero túneles o salidas no se veía ninguna. ¡Estaban encerrados! Si los broos conseguían abrir la verja de metal aquella cueva sería su tumba. ¡No había escapatoria posible!

Cráteros enfocó su resplandeciente escudo hacia el fondo de la cámara. Al fondo no había ninguna columna sino dos enormes piedras ovaladas de una roca diferente al resto. Las dos rocas se enfrentaban en una esquina de la pared. Parecían los caparazones de dos grandes

tortugas. Sobre ellas, varias runas habían sido dibujadas: la Muerte, la Verdad, la Tierra...

Jan Paolo se preguntaba intrigado a qué dioses paganos pertenecían dichas runas y dónde las habría visto antes, cuando un crujido brusco perturbó sus pensamientos. El aletear asustado de Dana, que permanecía en el brazo de su amo, fue apagado por un fuerte crepitar. Sonó parecido al tronchar de ramas secas o al de la pesada rueda de molino aplastando grano. La arenisca que cubría los óvalos de piedra cayó como lluvia. La intuición de Jan Paolo había resultado certera, aquellas dos rocas no sólo parecían caparazones de tortuga. De ambos óvalos surgieron,

enmohecidas y polvorientas, dos grandes cabezas de tortuga.

—Siglos acaece que ningún peregrino la puerta correcta atraviesa. —Abrió la boca con pausada flema una de las tortugas despertando de un profundo letargo.

—Desde que demonios lo invadieron y todo lo arrasaron —continuó tarda la otra.

—Recuerdas entonces cómo tembló, ¡cómo la tierra lloró lágrimas de sangre y fuego!

—El viejo santuario fue enterrado. De él no queda nada. ¿Quién osa abrirlo? —preguntó una de las tortugas mirando a los presentes mientras Jan Paolo trataba

de descifrar a que deidad pertenecían las runas grabadas en sus caparazones.

—El templo fue sepultado en las profundidades —continuó la otra.

—Mas aún existen corredores seguros que no fueron encontrados por el Mal.

—Es seguro deambular. No todos los rincones fueron descubiertos por el Mal.

—Ni por los escorpiones de la Reina. Nosotros no los dejamos pasar.

—¡Esperad un momento! —interrumpió Jan Paolo—. Estas runas pertenecen al guerrero que adoran los orlanthis, Humakt; pero esas otras, ¿son del que llamanel Embaucador?

El Embaucador era un ente mentiroso,

evocador de las falacias más verosímiles.

—Reclamo el poder de Yelmalio sobre la Runa de la Verdad para conocer qué sois en realidad —instó Cráteros.

—Somos *las Puertas que vigilan el Templo* —interrumpió una de las tortuga—. Una de nosotras fue tallada por Humakt con un caparazón indestructible. El Embaucador hizo a la otra defenderse con confusión y retórica. Si queréis continuar vuestro camino sólo podréis penetrar por una de nosotras resolviendo el entuerto que el Embaucador plantea.

—Pero el Embaucador ni siquiera es una deidad. —Cráteros frunció el ceño.

—Sea pagano o no, algunos orlanthis lo

adoran —respondió Jan Paolo.

—¿Y qué tiene que ver? Los chamanes *hsunchen* también adoran a los espíritus de sus animales. He oído que en Pent adoran a los caballos.

—No adoran a espíritus. Los invocan, los controlan y los usan, pero no los adoran. No te equivoques.

De las profundidades del túnel por el cual llegaron se escuchaba el ruido de cuerpos arrastrándose y arañando la tierra. Los broos ya habían traspasado la verja y se acercaban. Los dos caparzones se abrieron dejando a la vista dos oscuras cavidades en la roca, dos cavernas ocultas hasta ese momento.

—¿Qué hay más allá? —preguntó

Cráteros—. ¿Cómo sabemos por dónde seguir?

—El corredor protegido por Humakt conduce al viejo santuario anterior a la Mancha del Caos. Aislado de la superficie, ni los muertos conocen su existencia. El otro os trasladará a una muerte segura engañados por el Embaucador, Eurmal. Ahora debéis escoger uno de los caminos tras plantearos una única pregunta.

—Si golpeamos a las dos, la que no se rompa será la de Humakt —dijo Jan Paolo.

—Pero si es indestructible y se cierra, quedaremos atrapados —se adelantó Man-Yurý rascándose la barbilla—. La

puerta mejor cerrada es la que puede dejarse abierta.

Los apresurados ruidos de movimiento a sus espaldas eran inequívocos, las hordas caóticas habían tronchado la verja y se acercaban.

—¿Por cuál debemos partir? Ese templo limpio de la Mancha es nuestra única posibilidad de atravesar este infierno — espetó impaciente Cráteros.

Las dos tortugas se contradijeron a la vez: «El pasaje puro transita por aquí».

Jan Paolo volvió a pensar en voz alta:

—La tortuga tallada por Humakt no mentiría, de otro tipo de defensas dispondrá. El Embaucador, sin embargo,

ha preparado sus acertijos para confundirnos. El engaño es su arma, la falacia es la propia trampa. El Embaucador nos conducirá por el camino equivocado mientras que el camino de Humakt nos sacará de estas tierras.

La pequeña Shen, sujeta por el firme brazo de Li-Wan, sentía refrescada su marchita y amarillenta piel por la agradable humedad de la caverna. La aldryani de plateadas pupilas nunca hubiese pensado que la humedad de la cueva era una bendición. Sacó la fuerza suficiente para dirigirse con un hilillo de voz a una de las dos puertas:

—¿Qué me dirá ella si le pregunto cuál

es el camino correcto?

—Te mentirá asegurando que su camino es el correcto —contestó la tortuga.

Shen sacudió su cabeza antes de hablar:

—Ése es el camino. —La aldryani de hoja caduca (*mreli* para los suyos) cayó extenuada por el esfuerzo, señalando con un raquíptico dedo a la puerta que creía correcta.

El resto la observó con escepticismo e incredulidad. Los sonidos de los perseguidores aproximándose hicieron que dejaran sus dudas y se encaminaran en la dirección propuesta por Shen. Uno a uno, se colaron por el hueco.

Las tortugas volvieron a cerrar sus

caparazones.

Cuando los broos llegasen a la sala tendrían complicado seguirles la pista.

—¿Por qué este camino? —preguntó Jan Paolo intrigado por la respuesta de la elfa.

—Haz caso a los aldryami —aconsejó Cráteros—. Son de sentidos sensibles y muy intuitivos.

Con voz débil, y apoyada en el hombro de Li-Wan, la pequeña Shen volvió a esforzarse con un susurro:

—No ha sido intuición. —Tosió—. Si la tortuga decía la verdad, la otra mentía... Si la primera mentía, entonces tampoco había que hacerle caso. Las raíces de la

mentira formaban parte de ambas ramas. Había un solo tronco que decía la verdad.

El obstinado diplomático lunar se sorprendió ante tan brillante reflexión. Aun así, fue el único que no felicitó a la aldryani y que nunca reconocería la inteligencia mostrada por Shen, cualidad que le molestaba sobremanera.

La temperatura era agradable a esta profundidad. Continuaban sedientos pero no podían detenerse sin encontrar una verdadera fuente de agua que no fuese lamer y chuperretear las gotas que cazaban en las puntas de las estalactitas pendientes del techo. Cráteros temía no ser capaz de mantener su escudo

iluminado por más tiempo y rogó a Dana que aguantase la invocación de luz con estoicismo. Caminaron largo tiempo, sin detenerse, volver a andar resultaría muy costoso. Las pocas gotas que encontraban en las formaciones calcáreas brindaban un mínimo de esperanza en la búsqueda del tanpreciado líquido elemento. El agua tenía que estar cerca. Las columnas, estalactitas y estalagmitas que juntaban el techo con el suelo así como las banderas de piedra que adornaban las paredes, se mostraban más húmedas y empapadas conforme el corredor descendía. Diversas formaciones de extravagantes formas retorcidas, provocadas por la erosión del agua,

surgían en cada rincón de la gruta. Los últimos supervivientes de la columna dragontina que partiera desde el Ojo del Dragón, en el reino de Sartar, recuperaban la esperanza.

—Con cuidado —alertó Cráteros—. En el suelo hay huellas de algo grande, algo grande que se arrastra...

Con suma cautela y las armas preparadas, avanzaron por aquel bosque de columnas salomónicas, bloques retorcidos de piedra y estalactitas que pendían sobre sus cabezas. Había esperanza, cada vez la humedad era mayor. Como si de un bosque real se tratara, los viajeros avanzaban en fila a través del cada vez más intrincado

laberinto de estalagmitas. Un ruido de aguas subterráneas sonaba cercano. Estaban muy cerca de una fuente o manantial. Jan Paolo se detuvo en seco.

El otrora misionero lunar había sentido crujir algo bajo su bota. Miró cariacontecido bajo sus pies temiendo que aquello fuese... ¿un huevo?

Efectivamente, había pisado un huevo de... ¿de qué? Levantó el pie con una mueca de asco. «Otra vez no», pensó. El blanducho y mucoso contenido del huevo se había quedado pegado a la suela de su sandalia como si de cera o queso derretido se tratara. Cráteros, cerrando la marcha, se acercó.

Súbitamente, a espaldas del Mariscal, Jan Paolo vio que una de las columnas

de piedra que había unido el techo con el suelo de la cámara (gracias al paso de los siglos y a la acción del agua) convulsionó sacudida por un movimiento ondulante. Se agitó, de arriba abajo, cobrando vida con varios contoneos serpenteantes. Eso que parecía una columna no era tal, ¿sería uno de los guardianes del templo? La cara de circunstancia de Jan Paolo fue suficiente para alertar a Cráteros. Éste giró cual discóbolo sobre sus talones ocultando su cuerpo tras el escudo. Sin llegar a ver a su agresor, el militar yelmalita sintió una tremenda sacudida que impactó sobre su dorado broquel con tanta violencia que salió despedido contra el techo. Jan Paolo retrocedió con

la desgracia de hundir su pie en el interior de otro huevo. Entonces sintió un fortísimo topetón, un golpe sordo y severo como el propinado por un lampreazo, pero con una fusta de piedra. El antiguo misionero exclamó un sonoro quejido y cayó estampando sus posaderas sobre otro montón de huevos.

La violencia se desató en una fracción de segundo. Rompiendo a su paso varias columnas, con potencia arrolladora, los guerreros dragonuts irrumpieron en la escena antes de que la «columna animada» volviese a atacar a los dos humanos.

Filo Cortante fue el primero en golpear con su *klanth* lo que parecía un enorme

gusano pétreo; una lluvia de chispas saltó provocada por el choque de rocas. Parecía que la piel del monstruo estaba recubierta de algún tipo de sedimento granítico. La lombriz se elevó danzante como una cobra, impertérrita ante los golpes que recibía, hasta que se detuvo a la altura de la cabeza picuda de Filo Cortante. Dos pequeños ojitos enrojecidos se clavaron en la desafiante mirada del dragonut. En un instante las miradas del gusano y del dragonut quedaron atadas por un invisible cordón magnético.

Man–Yurý apareció sujetando su katana con ambas manos tal y como su padre le enseñara. Comprobó que aquello era tan inútil como golpear a la piedra de un

molino.

Guardián del Respetoreventó, con tremebunda cólera, su *klanth* de obsidiana contra la cabeza del gusano haciendo que éste apartase su hipnótica mirada de Filo Cortante. Demasiado tarde, el guerrero dragonut tenía la vista completamente perdida y su piel se coloreaba por momentos del mismo tono gris que las paredes de la caverna.

—¡*Pirógenis Fotiá!*— invocó Cráteros el calor de las runas de su espada. Había recuperado la verticalidad y blandía el filo de su gladius familiar, en segundos se convirtió en una abrasadora llamarada. Como una prolongación ígnea de su brazo, el yelmalita atravesó

la pétrea piel del gusano con el fuego de su flamígera y mágica hoja. El metal y la piedra no habían causado hendidura alguna en la roqueña piel del gusano. No obstante, el filo de fuego invocado por el Mariscal sí se hundió llegando a las entrañas del ser. Tal vez, en sus adentros, las vísceras no estuvieran hechas de roca y pudieran arder. Un instante después, la criatura se desplomó sobre el suelo y estalló en cientos de fragmentos pedregosos.

—¿Me enseñarás ese truco? —preguntó Jan Paolo con cierta guasa, aún dolorido y tendido sobre el nido de huevos. El lunar comenzó a saltar sobre los restantes huevos ensañándose con cada pisotón. —¿Sentirás mi ira desatada!

Tras la tormenta sobrevino una calma momentánea. El cuerpo petrificado del dragonut Filo Cortante se había convertido en otra columna pétreo. Fue entonces cuando, con horror, comprobaron que muchas de las estalagmitas que se elevaban del suelo no habían sido formadas por la sedimentación de la piedra caliza. Muchas de las estalagmitas eran efigies y bustos de brutal realismo. Se retorcián en contorsiones inverosímiles. Absolutamente todos mostraban pavor en la mirada, un miedo desmedido que dibujaba muecas retorcidas y suplicantes. Tanto realismo no era la creación de ningún escultor psicópata sino que pertenecía a seres reales,

reales y petrificados. Había una gran diversidad de estatuas: aldryami, uz, kralorís, enlos, mostali, eravssarr (como los dragonuts se llamaban a sí mismos)... Petrificados y unidos al suelo y al techo por los siglos y la sedimentación.

—Ahora estoy seguro que elegimos correctamente el camino —dijo Cráteros—. Los orlanthis no sólo veneran a las tormentas, también a la tierra a la que llaman Ernalda. He visto orlanthis agitar el suelo y sacudirlo encomendados al poder de sus runas. Estoy seguro que la sierpe pétreo era una talla de Ernalda. Humakt es protector de todos los orlanthis y sus dioses, tenemos que tener cuidado con lo que nos espera.

A su espalda escuchó un fuerte empujón. El Mariscal se volvió y contempló incrédulo cómo los dragonuts guerreros se ensañaban golpeando con extrema virulencia el cuerpo de su compañero petrificado, Filo Cortante. A golpes de *klanth* fueron resquebrajando la piedra en que se había convertido el cuerpo dragontino de su compañero. El intérprete, Susurro en la Bruma, se dirigió al humano con tono aséptico.

—Su cuerpo es sólo piedra y polvo. Su alma ha vuelto al nido para reencarnarse de nuevo. Su muerte le allega otro escalón hacia el auténtico despertar.

—¡Brillante luz del ocaso! —exclamó Cráteros atónito.

Estas palabras, si no lo tranquilizaron, al menos lo impulsaron para continuar su camino por aquel laberinto fosilizado. Nadie recordaría cuánto tiempo caminaron. Los dragonuts destruyeron cuanta estatua petrificada de los suyos encontraban.

El haz de luz que emitía del escudo del Mariscal reflejó una superficie plateada. Habían llegado a un pequeño estanque subterráneo. Se escuchó el agudo graznido satisfecho de Dana.

—¡Agua! —Cráteros mostró verdadero alborozo ante semejante hallazgo.

Jan Paolo se adelantó arrodillándose para beber. A su lado, el guerrero yelmalita se dejó caer de espaldas

salpicando a su compañero. Realmente no cabía de júbilo.

—¡Cuidado! Sólo quien pisa con suavidad llegará lejos —proverbió Man-Yurý mirando el agua con dudas—. Los bellos caminos atraen a todas las criaturas, sean de la naturaleza que sean.

—Ese gusano no era un ser caótico, si eso es lo que te asusta —lo contradijo Jan Paolo con suficiencia—. Aún recubierto de piedra, era una bestia libre de la Mancha del Caos. Esta agua está limpia para beber.

Disfrutaron del estanque hasta sentirse completamente saciados. Sabían que sería muy difícil encontrar agua tan pura

en otras fuentes de las Colinas
Tuneladas. El líquido fue un bálsamo
para Shen. Recobró el conocimiento y
hasta la verticalidad. Por primera vez
desde hacía tiempo se mantuvo erguida
sin ayuda, por sí misma. Era
sorprendente que el agua hubiese obrado
aquel milagro, hasta su tez humedecida
parecía otra. Jan Paolo reflexionó sobre
su naturaleza y el líquido elemento.
Pero, ¿qué era Shen sino una planta
animada? El antiguo misionero bebió
del estanque, se remojó la cara y se secó
con su túnica de color canela. El relieve
del muro en el oasis y la imagen del
pergamino volvieron a su mente: la
huida del desierto, los broos, el túnel...
Todo aquello parecía estar escrito pero,

¿quién tenía el poder de contemplar el futuro? ¡Había tantas similitudes con el grabado! Recordó la imagen tallada en piedra y su propia huida por el angosto pasadizo, el templo de Ernalda protegido con las runas de los dioses paganos Humakt yEurmál, el Embaucador. Tal vez estos corredores correspondieran al antiguo templo enterrado, el cual no había sido ni encontrado ni invadido por el Caos, ¿serían los únicos pasajes en aquel reino que no estaban infectos por la Mancha? El cónsul limpió la herida de su mano derecha que, todavía abierta e infectada, le recordaba su papel como «liberador humano». Había leído en los tomos más antiguos de las bibliotecas imperiales

que cuando las fuerzas del Caos invadieron las Colinas Tuneladas las construcciones bárbaras erigidas a antiguos dioses fueron sepultadas. Si aquel era uno de aquellos yacimientos soterrados, evitarían la mayoría de peligros, exceptuando a las propias defensas del templo. Y si estas defensas habían mantenido a raya a las hordas de broos y espectros que vagaban por aquella tierra, ¿qué no harían con ellos? ¿Qué sería peor? Con disimulo echó un vistazo al pergamino. ¿Serían sólo runas aquellas marcas? ¿Los trazos de un mapa? ¿Quizá fuese...? ¡Nada! No le encontraba sentido alguno.

Un golpe sordo, como el de dos piedras al chocar, apartó al ensimismado

misionero de su profunda búsqueda de respuestas. Guardó silencio sobre sus conjeturas cuando retumbó un segundo golpetazo. Fue Cráteros quien rompió el silencio:

—¡Ahí! —El Mariscal señaló una cavidad—. El sonido viene de ahí.

Cráteros orientó la luz de su escudo hacia la oscuridad de un pequeño recoveco. Se acercó con cautela. Los ojos bronceados del halcón tallado en el escudo, las dos runas de la luz, lucían como faros. El resto del grupo, excepto Jan Paolo que había vuelto a ensimismarse buscando la conexión entre su pergamino y la caverna, se acercó a espaldas del yelmalita. El

noble dragonut, Señor Piel

Inquebrantable, esgrimió sus armas de hueso de dragón y afilada obsidiana con ímpetu; Cráteros percibió su fuerte aroma. Escucharon un tercer golpe que reverberó a lo largo del túnel. El suelo vibró. Un momento después, otro estruendo rebotó en las paredes con un eco ensordecedor.

—Los golpes vienen de esa pared. — Cráteros señaló con su haz de luz el muro de roca calcárea. De pronto, otra gran sacudida los hizo tambalearse. El aire se llenó de polvo y varias rocas de la pared se vinieron abajo formando un gran boquete. Cráteros antepuso su escudo y alejó a Dana de su lado evitando que las piedras le cayeran

encima. Hubo otra sacudida, algo enorme golpeó la pared agrandando las dimensiones del boquete. Las rocas saltaban sobre sus cabezas. Una tenue luz se filtró por el orificio. Man—Yurý se acercó a la altura del Mariscal. Con cautela, ambos se inclinaron para asomarse por la cavidad. Un enorme ojo del tamaño del escudo de Cráteros los miró taponando el agujero. Una voz ronca atronó sus oídos:

—¿Quién ser vosotros? —La obsoleta variante praxiana que escucharon del idioma comercial apenas era descifrable —. Vosotros robar metal de mina.

— No buscamos conflicto donde podemos hallar paz —contestó

improvisadamente Man-Yurý asomando la cabeza a través del agujero—.

Buscamos..., un templo viejo.

—¡Aaaaaaaaah! —mugió con tono bobalicón el gigantesco ser propietario de la cavernosa voz—. Pues un templo viejo estar en corredor de allí.

Cráteros se asomó a la inmensa cámara tras su compañero. Ambos contemplaron un vasto túnel apuntalado por poderosas vigas de madera e iluminado por un fanal del tamaño de un buey. Un enorme cesto reposaba en el centro de la sala junto a un montón de rocas extraídas de las paredes. Numerosos eran los orificios perforados, tantos, como las señales de viejos derrumbamientos.

Pero lo más impresionante era el colosal gigante con un único ojo que había abierto el agujero en la pared. Más de siete metros de humanoide embadurnado completamente por los hollines y el carbón que teñía su cara, sus brazos y toda su ropa de un color fosco. Una cadena metálica de inmensos eslabones lo ataba a una argolla junto al montón de rocas. Resoplando dejó reposar en el suelo un pico minero del tamaño de un árbol.

—Sal de agujero. No miedo. Yo amigo tú —dijo con un peculiar deje anacrónico.

El yelmalita y el kralorí descendieron por la pared pedregosa de la cámara.

Alcanzaron de un salto el suelo de la estancia, ¡justo a tiempo de oír un atroz rugido! Elevando la mirada vieron que los dragonuts supervivientes, junto a su noble líder, agitaban amenazadoramente sus armas desde la cavidad. El gigantesco cíclope recogió su pico y gritó furioso, sabe nadie en qué oscura lengua, como si ambas razas fueran enemigos irreconciliables. Arrebatado por la ira, el coloso dirigió su arma contra los futuros dragones.

—¡Esperad un momento! —exclamó sorprendido Cráteros a pies del gigante—. Es sólo un esclavo.

—¡El olfato de los dragones es agudo y sabio! ¡Si es su enemigo, es nuestro

enemigo! Ya habrá tiempo de preguntar después —alentó Man-Yurý empujando a su compañero yelmalita hacia los talones del inmenso minero.

Como relámpagos centelleantes, los irascibles dragonuts se abalanzaron contra un adversario que los triplicaba en altura. El gigante volvió a impactar su improvisada arma minera contra el umbral abierto en la pared rocosa haciendo temblar toda la gruta. Los dragones embistieron propinando una severa tunda de golpes con sus ceremoniales *klanths*, pero la recia piel de un cíclope de semejante tamaño, si bien no insensibilizaba, al menos hacía más que soportable tal ramillete de golpes.

A sus pies, los dos viajeros que se habían colado en la estancia en primer lugar tenían que contener la respiración para soportar el hediondo olor que desprendía el gigante, una mezcla de sudor y orina cuasi ácida. Cráteros se sintió diminuto al lado del coloso y deseó tener a mano una larga sarissa yelmalita, una gran pica idónea para formar paredes de púas en formación de falange y con la que al menos llegaría a pinchar los glúteos del mastodonte. Los espadachines solamente alcanzaban a golpear en las corvas. Sus nimios pinchazos apenas inmutaron al descomunal ser.

Como quien intenta atrapar a un molesto mosquito, el cíclope trataba de estampar

su pico contra el torbellino de dragonuts rugientes.

Shen, incapaz de afrontar un combate como aquel, recobraba fuerzas en la oscura boca del túnel. Li-Wan la había dejado al resguardo de una roca porosa antes de asomarse por el agujero abierto en la pared. Al contemplar la lucha que se desarrollaba abajo, comenzó a voltear su cadena. De pronto, a su lado apareció Jan Paolo guardando apresurado entre sus ropas el pergamino del oasis y sin querer, y con torpeza, la empujó por la oquedad. Li-Wan tuvo el tiempo justo de arrojar la cadena, con precisión, enrollándola en un antebrazo del gigantón. Quedó pendida con un vaivén. De un golpe seco, el tremebundo

humanoide la arrojó volando por la sala como una marioneta de trapo, como un pelele. Suerte que la kralorí había sido instruida para aterrizar con destreza desde tejados y árboles como un gato, como un leopardo. Rodó por el suelo dando varias volteretas sobre su propio cuerpo y apenas resultó magullada.

Jan Paolo volvió en sí tras el tropezón. Observó al gigante con gesto astuto y comenzó a musitar un sortilegio invocando sus artes arcanas: «¡*Cicútas dilitirósis!*».

Y entonces el cíclope convulsionó por un tremendo espasmo en el vientre. Repugnantes hilillos de líquido verdoso se derramaron por la comisura de sus

labios, las orejas y las fosas nasales. El pico salió despedido de entre sus manos. La suerte quiso que la punta impactara en la cabeza de uno de los guerreros dragonuts. Atravesado, Guardián del Respeto, cayó endeble sobre el piso de la mina. Una segunda y más violenta sacudida hizo que vomitase un espectacular chorro de líquido verde oscuro.

El Señor Piel Inquebrantable se elevó en el aire mostrando sus dos magníficas alas de dragón. Su avanzado estadio en la escala dragontina y su cercanía a la Iluminación le permitían disponer de tales apéndices aéreos sin necesidad de usar magia ni otros irreales artificios engañosos.

El gigante recogió el pico entre toses y gemidos.

El noble dragonut alcanzó la altura de su cabeza. Se desprendió de la máscara de hueso que conformaba el frontal de su peculiar yelmo y exhaló con desorbitada virulencia un arrollador torrente de fuego contra la cara del cíclope. De su boca, transformada en una chimenea incandescente, surgió una infernal llamarada.

El gigante gritó abrasado por el dolor y, agitándose con furia, estampó el pico contra el pecho del sacerdote dragonut. El colosal impacto llevó tanta violencia que el casi-dragón salió despedido contra la pared rocosa agrietando

ostensiblemente el lugar de la colisión. El choque estremeció la roca y todos los presentes cayeron al suelo. La armadura de hueso de dragón no había sufrido el más mínimo arañazo. Pero en el interior del revestimiento óseo, sin embargo, el cuerpo de Señor Piel Inquebrantable se había convertido en un guiñapo, su organismo se había hecho fosfatina, despojos de dragonut. El envoltorio, que durante esta reencarnación había contenido el alma inmortal del sacerdote de cola, cayó a plomo. Reventado, había dejado de vivir. Su ánima volvería al nido una vez más para dar otro paso hacia la Iluminación.

El último de los dragonuts vivos descargó su arma con toda la potencia

de la que fue capaz. El gigante apenas se inmutó.

Cráteros se encaramó a la cintura del coloso asido a su recio cinturón de cuero.

Li-Wan apoyó la flexible funda de su sable, hecha con bambú, contra una roca. Cogió carrerilla, saltó sobre ella y usándola como resorte o trampolín se impulsó cual felino hacia el estómago del gigante de un solo ojo.

Desde lo alto de la gruta, una levemente recuperada Shen sacó las fuerzas necesarias para utilizar su arco y, desesperanzada, contemplar cómo su flecha rebotaba contra la recia piel del gigante minero.

Desde que Cráteros había iniciado la escalada por una pierna del coloso, Man–Yurý había permanecido inmóvil, con los ojos cerrados, sintiendo circular las energías que recorrían la estancia. Respiró profundamente. El kenjutsu era parte del cosmos, era la armonía entre el Dragón y la katana, entre su filo y él. Abrió los ojos. Su energía, su ki, se apoderó de todos los músculos de su cuerpo. Exhaló un agudo chillido similar al graznido de un cuervo, un cuervo tan negro como su pelo. Tajó el talón del cíclope. Esta vez, «la picadura de mosquito» había atravesado la piel, la carne y el hueso. El filo traspasó el tobillo seccionando el tendón trasero de la articulación. El oriental volvió a

recuperar su serena pose inicial. El dolor fue insoportable para el gigante que hincó la rodilla en el suelo, incapaz de permanecer en pie.

Cráteros se balanceó colgado del inmenso cinturón; a punto estuvo de caer. Entonces sintió como el vello de sus brazos se erizaba por una desagradable sensación... una sensación conocida.

Shen se sintió marchita de nuevo.

Un frío glacial inundó la estancia a pesar de lo agitado del combate, a pesar de lo cargado que de por sí ya estaba el ambiente enrarecido de la mina: ese frío maligno que habían sentido una vez en el pantano de Krjalki. Una nube de vapor

oscuro se iba arremolinando envolviendo la cabeza del gigante, girando como un huracán incontenible. Unos labios negros empezaron a absorber la cara del mastodonte. Los absortos viajeros contemplaron cómo el rostro de un solo ojo se desfiguraba.

Otra vez un espíritu desmentador aparecía en un momento de máxima tensión.

El gigante trataba de evitar desesperadamente el gélido tacto del desmentador.

La voz de Jan Paolo inundó la estancia: «¡*Na pezéneis afeatikós!*!».

Man–Yurý percibió ese olor a azufre fétido característico de la brujería

malvada.

La gélida presencia del desmentador se esfumó súbitamente. El gigante dolorido intentó tragar. De su único ojo brotó una lágrima solitaria. De su gutural garganta se escapó un suspiro ahogado. Se llevó la mano al cuello. Con la boca abierta trató de cazar un último hálito. Exhaló un gemido. Se ahogaba. Cuando cayó pesadamente, su enorme lengua amoratada asomó inerte desde el interior de la boca.

Man-Yurý elevó la mirada hasta encontrarse con los saltones ojos de Jan Paolo.

—Fétidos efluvios inundan la estancia. No existe la casualidad cuando un

espectro desmentador aparece por segunda vez... y desaparece dejando a los vivos.

—¿No está tu enemigo muerto, *caraamarilla*? —contestó Jan Paolo—. ¿Acaso tienes miedo de algo? Existen poderes en el mundo que ni tus dragones pueden controlar.

—Ten cuidado tú, ignorante engreído, incluso los monos se caen de las ramas de los árboles que bien creen conocer.

—No es momento de discutir —se interpuso Cráteros entre ambos—, necesitamos salir de aquí.

—Para llenar una tinaja de agua primero necesitas haberla vaciado —intervino incomprensiblemente el último dragonut

vivo, el imponente Susurro en la Bruma, apartando a Man-Yurý de los otros.

—¡Oh! Un kralorí ha poseído al dragonut —se jactó Jan Paolo con guasa.

Los viajeros avanzaron durante largo rato siguiendo varios corredores apuntalados con vigas de madera. La gruta se había vuelto más húmeda. Los sedimentos de roca que conformaban las paredes eran distintos y, al tacto con los dedos, se deshacían en la yema.

Avanzaban en silencio, con las armas preparadas. Shen caminaba por sí misma y apenas necesitaba apoyarse ligeramente en el hombro de Li-Wan. La madera de su arco parecía también más recia y flexible.

—Ver la tierra desde abajo es una visión pavorosa, por eso las raíces no tienen ojos —musitó angustiada.

—No te esfuerces en hablar, aún estás débil —aconsejó Cráteros—. Pararemos aquí, nos conviene descansar a todos. Después de mantener iluminado mi escudo, Dana apenas guarda energías. La Runa de la Luz es poderosa.

—Descansar aquí. Agua beber. —La intrigante Li-Wan ya era capaz de construir pequeñas frases. La kralorí dejó a Shen recostada y se sentó sobre sus talones. Man-Yurý también lo hizo, alejado de su hermana. Ambos comenzaron a meditar.

—He oído un murmullo —se alarmó

Shen súbitamente.

—No he oído nada —aseguró Cráteros.

—Seguid descansando, yo voy a comprobarlo. Me encuentro mucho mejor.

—Pero Shen... —El yelmalita quiso alzar la voz.

—Volveré enseguida. Me llevaré un odre y traeré agua si la encuentro.

—Tened los ojos abiertos y las armas a mano —ordenó el Mariscal al resto de la partida, refrescando sus labios con el contenido de otro pellejo. Shen desapareció en la oscuridad del corredor sin hacer ruido. —El oído de un elfo es tan agudo como la vista de un

halcón.

A pesar de la tenue iluminación, los plateados ojos de la aldryani podían distinguir hasta la más pequeña de las chinitas del suelo. El gigante que acababan de abatir, ciertamente había dicho la verdad cuando aseguró que el corredor conducía a un templo viejo, ¡pero qué templo! Los chillidos subieron de intensidad conforme se acercó. Su olfato percibía pestes, su piel frío, su alma miedo. Todos sus sentidos temblaron por la sensación de maldad que flotaba en aquellos túneles. Llegó junto a un recodo. Sigilosa, se asomó con cautela sin hacer el más mínimo ruido. La pequeña aldryani apenas dispuso de unos instantes para echar un

breve vistazo. Al otro lado se alzaba un altar frente a un relicario ensangrentado donde decenas de broos jaleaban a uno de los suyos mientras mancillaba a un pequeño aldryani. Los perversos demonios caóticos estaban en pleno éxtasis con la tortura. La violación y la sodomía formaban parte de sus asquerosos ritos ceremoniales. La pequeña mreli dejó escapar un ligero gemido de congoja. El estruendo era demasiado ensordecedor para que tan leve murmullo hubiese sido percibido en el templo pero, sin embargo, Shen sintió que estaba en peligro. Oscuras nubes vaporosas se fueron condensando en torno a ella. Cúmulos gaseosos se retorcían a su alrededor adoptando

horripilantes formas.

Los espíritus carroñeros que guardaban el templo habían detectado su presencia.

La tensa calma hizo que la espera pareciese más larga mientras aguardaban la vuelta de la elfa, intranquilos, sólo esperaban que ese lugar estuviera libre de la Mancha del Caos.

Sí así era, podrían avanzar bajo las Colinas Tuneladas con relativa seguridad.

Escucharon pasos apresurados. Los viajeros guardaron los odres y zaques de agua. Se escondieron en los recodos del sinuoso túnel que, por su estrechez, ofrecía una magnífica cobertura para

emboscar. Shen apareció jadeante, corriendo a tal velocidad que no parecía haber estado tan débil como días atrás lo estuvo en el desierto. La expresión de su rostro era desencajada y medrosa. En una mano llevaba su arco, en la otra una saeta. Pasó junto a sus compañeros. No venía sola, algo la andaba persiguiendo, algo que le provocaba verdadero pavor. Detrás se oía un tropel de pasos atropellados, pies, garras, pezuñas... Un broo apareció tras la elfa, un asqueroso engendro pseudo-cabrío peludo con dos grandes cuernos retorcidos. La elfa saltó sobre una roca con el tiempo justo de usar su arco. Giró en el aire y disparó la saeta antes de volver a plantar los pies sobre el suelo. El broo continuó

corriendo con la saeta atravesándole un muslo. El medio-chivo herido bramó muy cerca ya de la elfa que con prisa preparaba otra flecha. Convertida en un implacable ángel de la guarda apareció Li-Wan, sombra invisible hasta entonces, cuando el chivo pasó junto a su escondite.

La bestia caótica cayó al suelo fulminada por su sable.

La pequeña aldryani había atraído a una multitud de horribles seres. A cuatro patas, corriendo como simios, llegaron más apestosos broos. Cráteros apareció por un flanco para interceptar a los primeros antes de que alcanzaran a la mreli. Había dejado su broquel y

luchaba con su jabalina en una mano y su gladius de herencia familiar en la otra. Ambos fueron necesarios para reducir de sendos embistes al primero de los insólitos broos medio-monos. Susurro en la Bruma fue más expeditivo.

Bloqueó el túnel interponiéndose con su propio cuerpo. El siguiente híbrido caótico cayó de espaldas tras el choque quedando a merced del guerrero dragonut. El intérprete estampó su *klanth* contra el cráneo de la criatura.

Un número indeterminado de bestias se acercaba por el túnel.

Jan Paolo tenía las pupilas en blanco mientras invocaba sus artes arcanas.

Shen, subida sobre la roca de un antiguo

derrumbamiento, frotaba con las yemas de los dedos una nueva saeta mientras entonaba un salmo en lengua aldryani.

—Aguantad esta posición —ordenó Cráteros—. Aquí anulamos su ventaja numérica. Mientras formemos un embudo, ¡no podrán pasar!

El Mariscal parecía haber crecido desde niño con sus armas cosidas a las manos. Dio cuenta de la nueva remesa de broos que se adentraban por el túnel. Junto a él, los dos orientales hacían gala de sus acrobáticos conocimientos de la esgrima. Los sables giraban en torno a sus cuerpos segando la vida de los «cabeza de cabra». Después de tan largo viaje junto a los orientales, incluso sus

occidentales ojos eran capaces de distinguir lo que en principio parecía idéntico: las diferentes formas de pelear que mostraban. Man–Yurý era una grulla que utilizaba sus brazos para *compensar el vuelo* y atacaba siempre de frente, de arriba abajo. Li–Wan era un dragón que envolvía con sus maniobras, como un dragón con su cola, atacando con golpes circulares en los costados. Si los golpes sobrepasaban al contrincante siempre volvían por la espalda.

El canto del enigmático diplomático lunar fue creciendo de intensidad mientras agitaba los brazos acompasadamente. Varios peñascos del tamaño de melones comenzaron a vibrar en el suelo. Paulatinamente se fueron

elevando hasta alcanzar la altura de las vigas que cruzaban el techo.

Susurro en la Bruma se interpuso frente a otra oleada de abominaciones caóticas. Ninguna bestia hubiera podido atravesar el corredor si al guerrero dragontino no le hubiese fallado el apoyo. El suelo estaba embarrado. Resbaló. Se precipitó hacia delante estampando su cabeza contra un infeliz broo que cayó de espaldas.

—¡Resistid aquí! ¡Volved a la formación! —ordenó el Mariscal.

Li-Wan saltó sobre una pared con los dos pies juntos y rebotó adornándose con un alarde gimnástico. De un salto mortal cayó a espaldas de otro perplejo

contrincante que nada pudo hacer para detener el filo que se clavaba en su espalda.

Con los cadáveres de los broos amontonados Susurro en la Bruma se dispuso a formar una empalizada de cuerpos que estrechara el paso por el corredor. Nadie más podía tocar aquellos cadáveres. No llevaba más de la mitad cuando Shen gritó de nuevo. Con horror contempló que, desplazándose por las paredes y por el techo, hacia el dragonut se acercaba un horrible trío de criaturas. Híbridos, como broos, semejantes a centauros de torso humanoide que bajo el ombligo nada tenían que ver con caballos. Donde un centauro era equino, esos monstruos

eran escorpiones. Las leyendas sobre un valle en las Colinas Tuneladas gobernado por Bagog, la Reina-Escorpión, eran ciertas. Los broos no estaban solos en su ceremonia y sus acompañantes no necesitaban el suelo para desplazarse.

Corriendo se acercaba un horrendo trío mitad hombres, mitad escorpiones.

Las piedras que levitaban en el aire mantenidas por una invisible fuerza creada por Jan Paolo salieron disparadas contra uno de los demoníacos seres. El golpe lo tiró de la pared. Cráteros aprovechó el batacazo para hundirle su gladius en el pecho antes de que levantara. De cerca

resultaba realmente horroroso. Su mitad *humana* no presentaba mejor aspecto que la de un broo con la piel ligeramente violácea. Apestaba a hiel. Shen despidió la flecha a la que llevaba largo rato susurrando con una caricia. El proyectil voló dejando tras de sí una centelleante estela turquesa y atravesando el pecho de otro de los escorpiones.

Tan desagradable era el horrendo aspecto de estos demonios estigios como el traquetear de sus ocho patas chocando contra la pared de roca «tiki-taka-tiki-taka». El tercer demonio llegó junto al muro de defensores. Con las enormes pinzas de su mitad arácnida se protegió de los tajos con los que Man-Yurý y Susurro en la Bruma lo

recibieron. Por encima de su cabeza, un largo agujón asomaba goteando un líquido purpúreo. El golpeteo de pisadas se multiplicó por la llegada de otra tanda de horrendos seres. Li-Wan percibió una variación en el aire que se agitaba sospechosamente sobre su cabeza: lo suficiente para esquivar el picotazo. Con una acrobática cabriola la kralorí se hizo a un lado. Preparó un golpe maestro de espada para demostrar a su hermano lo válido de su esgrima. Ganó la espalda del híbrido arácnido con un suave paso de danza. Midió la distancia exacta. Levantó su *ninjato* con ambas manos... ¡y sintió el dolor más espantoso que jamás había sentido! Equiparable a la tortura más

despiadada. Su brazo quedó atenazado por la gran pinza de otro escorpión que acechaba desde el techo. ¡Había bajado la cautela dejándose llevar por las emociones! Por pensar en su hermano. «El guerrero que se enoja se perderá a sí mismo en el combate», le había dicho su maestro. Su falta de disciplina había nublado su mente, igual que lo hubiera hecho la ira. La pinza se cerró con fuerza. Escuchó perfectamente el crujir de su húmero. Sin voluntad sobre el miembro triturado, la mano se abrió dejando escapar el filo de su sable. Sus ojos vidriosos se cerraron perdiendo el sentido.

Un fuego abrasó el corazón de Man-Yurý al ver, impotente, cómo caía su

hermana. El mayor de los escorpiones lo tenía cercado contra una pared.

Susurro en la Bruma, a su lado, tampoco lograba zafarse del gran escorpión.

Cráteros también vio como Li-Wan caía sin consciencia. Escuchó más tintineos arácnidos, más escorpiones se acercaban. El Mariscal avanzó hacia la oriental dejando su gladius empalado en el pecho de otro repugnante ser, sin tiempo para extraerlo. Agarrando su jabalina con ambas manos llegó junto a la encapuchada. Dos gritos se oyeron por encima de la lucha: uno agudo, de Man-Yurý, viendo a su hermana presa de las férreas pinzas e incapaz de sortear al tremendo hombre-escorpión

que lo tenía acorralado; otro arrogante, de Jan Paolo, empuñando la espada robada en Prax. La dirigió hacia lo alto exclamando: «Soy el enviado de la muerte y os haré sucumbir bajo su manto». Y a continuación la emprendía a golpes con uno de los escorpiones ya moribundo y mutilado.

El escorpión que atrapaba el triturado brazo de Li-Wan preparó su aguijón dejando escapar un hilillo de líquido azul oscuro. Lo acercó a la cara de la kralorí mojando el velo negro con su veneno mortal. Atizó su apéndice con rabia. Afortunadamente para la muchacha el latigazo se detuvo a escasos centímetros de su rostro cubierto. La jabalina del Mariscal se

había interpuesto entre el aguijón envenenado y la inconsciente Li-Wan. Cráteros, girando con rapidez su lanza de punta torcida la hundió en la púa del arácnido demonio. Cuanto más fuerza hacía el escorpión, más se clavaba el «aguijón» del yelmalita en el apéndice venenoso. Tensó todo su cuerpo. El aguijón retrocedió alejándose de la cara enmascarada de Li-Wan.

—¡Ayúdeme Procónsul! ¡Venga a mi lado! —ordenó Cráteros pujando con todas sus fuerzas contra el empuje del aguijón. El antiguo misionero era su única posibilidad mientras Man-Yurý y el traductor dragonut seguían acorralados.

Jan Paolo se sujetó los bajos de la túnica con una mano. Empezó una torpe carrera, anadeando entre cascotes, hasta llegar junto a Cráteros. Sostuvo la empuñadura de su arma con las dos manos y alzó su filo hacia el techo del túnel: «¡*Alizikós ákri férro veritás!*!». Al concluir sortilegio, un leve brillo celeste iluminó la hoja de metal acompañado de un zumbido que quedó silenciado por el grito de júbilo del cónsul:

—¡Yo tengo el poder!

Man-Yurý y Susurro en la Bruma no podían recular más. Estaban literalmente entre las pinzas -arácnicas- y la pared. Su descomunal contrincante era muy fuerte y sus pinzas tan resistentes que

aguantaban las acometidas de ambos luchadores.

Jan Paolo descargó todo el peso de su reluciente hoja de brillo azulado contra la pinza que mantenía presa a Li-Wan. El golpe del filo encantado mandó al escorpión al reino de sus antepasados. Jan Paolo estalló en una carcajada.

—¡Qué la luz de Yelmalio nunca se extinga! —resopló aliviado Cráteros. Al yelmalita apenas le quedaban fuerzas para sostener su lanza.

Shen corrió a comprobar lo truculenta que era la herida del brazo de Li-Wan. Con una mueca de espanto comprobó su lamentable estado—: ¡Aldrya madre redentora!

—Dadle las gracias a Yannafal Tarnils por seguir vivos —dijo Jan Paolo con suficiencia—, y a la Diosa de la Luna Roja. Si no hubiese venido YO al rescate...

—¡Atendedme sin demora! —pidió Shen tirando de la capa roja de Cráteros—. El espíritu de Li-Wan abandonará su cuerpo si no actuamos rápido. Mi saber curativo no será suficiente. ¡Aldrya no nos abandones! —imploró la mreli mientras rajaba la manga del oscuro atuendo oriental.

Bajo la ensangrentada prenda aparecieron los restos de un bíceps destrozado por completo. La hemorragia era muy abundante y los músculos una

desgarrada fofa masa de carne. El húmero partido en varios fragmentos. La aldryani impuso sus manos.

—Esta tierra es estéril, no puedo invocarla buscando curación —se lamentó—. Si no hacemos algo más su vida se secará para siempre.

—Shen, si la magia de tus ancestros no es capaz de sanar aquí, debes recurrir a ceremonias más poderosas. Invoca el poder como los jardineros de Aldrya. ¡Tú puedes hacerlo! —alentó Cráteros.

—Lo haré implorando los poderes de Aldrya a través de las runas de la Fertilidad y la Tierra, tal y como hacen los druidas del Bosque —aseguró Shen.

Jamás olvidaría como «el misterioso

oriental» la había ayudado a cruzar el desierto llevando su cuerpo en brazos en muchos tramos. Entonó una bellísima canción en lengua aldryani: «*Psóma s'anasténo gírna giá...*».

Cráteros cogió por el brazo a Jan Paolo quien se regocijaba con los moribundos broos y escorpiones que desangrados morían a sus pies.

—Nuestros compañeros siguen rodeados —dijo—, vamos a rescatarlos.

—¡Las piernas! —gritaba Man-Yurý antes de ningún rescate—. ¡En las piernas son más débiles!

Susurro en la Bruma vio al kralorí dirigir su katana contra las enclenques patas de la multitud de escorpiones que

los rodeaban. El dragonut, haciendo caso del consejo, arrasó con la siguiente acometida llevándose por delante varias patas. Ahora sabía cómo acabar con ellos.

Del corredor que llevaba al templo, una figura se interpuso entre los separados viajeros. Era un broo espigado con la cabeza de un rebeco y las trazas de un salvaje gangrenoso, dentadura negra y picada, encías sanguinolentas, tiña recubriendo una piel tatuada de símbolos tribales y un herrumbroso aro en la nariz. Apoyó un retorcido cayado en el suelo mientras tiraba a un rincón el mutilado -y desnudo- cadáver de un aldryani. Miraba con un ojo guiñado y movía compulsivamente la mano libre

del cayado. El brujo broo resopló con fuerza y empezó a botar con los pies juntos, girando sobre sí mismo. Lanzó unas tabas de hueso que rebotaron por el suelo. ¿Estaría invocando algún espíritu malvado?

«Mientras quede en pie un templario yelmalita, será el Sol que abraza a sus enemigos». Tantas veces había repetido Cráteros esta consigna a sus hombres que en ese momento fueron las únicas palabras que cruzaron su mente. El Mariscal utilizó ese último estímulo para arrojar su jabalina antes de caerse desarmado y rendido, y atravesar el pecho del apestoso broo. Cuando el adorador de demonios quedó tirado en el suelo, de su cayado ya habían surgido

dos figuras fantasmagóricas: dos aullantes y pálidos espíritus que se dirigieron flotando hacia los vivos, atraídos por su calor.

Jan Paolo, seguro del poder sobrenatural con el que momentáneamente había dotado a su espada, la emprendió a mandoblazos contra los espíritus que se acercaban ululantes, invocados por el repugnante broo del ojo guiñado.

Susurro en la Bruma había franqueado al último hombre-escorpión que se retorció moribundo. Apareció junto a Jan Paolo, quien repartía espadazos atravesando sin consecuencias a los entes fantasmales y, con decisión, dio una profunda bocanada de aire. Aspiró con

vehemencia hasta que los espíritus pululantes desaparecieron engullidos en su boca. Los fantasmas invocados por el brujo broo habían desaparecido como el humo de una chimenea.

Jan Paolo miró al dragonut atónito. El dragonut eructó. El cónsul se acercó al brujo broo con una mueca de asco en los labios. Man—Yurý se acercó corriendo junto al espíritu de los bosques que trataba de curar a... a su valiente hermana. Cráteros regresó junto a Shen musitando conjuras sanadoras a la diosa Erissa, como los yelmalitas llamaban a Chalana Arroy. Cuando los mareas nublaron su vista el militar, dejó las súplicas llevándose la mano a la frente. Tomó asiento, aturdido.

—¡Yelmalio fuente de calor! Me siento desfallecer. Mermado estoy de fuerzas para invocar a Erissa. Dana, mi espíritu aliado, demasiada fuerza has perdido invocando la Runa de la Luz durante todo este tiempo. Nada podemos hacer.

El halcón graznó. Cráteros tragó saliva, incapaz de ningún esfuerzo más.

—Procónsul, usted tiene poder sobre la piedra. Vi cómo hizo levitar un montón de rocas sin tocarlas. Puede provocar un derrumbamiento y tapiar el túnel mientras intentamos salvar la vida del guerrero oriental. Hemos de impedir que aparezcan más demonios.

Shen estaba muy concentrada. Con los ojos cerrados cantaba hermosos versos

en la lengua de los bosques. Irradiaba una luz ambarina que traspasaba el cuerpo tendido. Rayos de color miel recorrían de arriba abajo a la oriental. La energía, que desde Shen emanaba, inundó toda la sala.

«Madre Aldrya redentora creadora de la vida. Guardiana de mi cuerpo y alma»

Hubo un fuerte fagonazo y todos los ojos quedaron ciegos por un segundo.

Cuando recuperaron la visión, Shen yacía en el suelo seminconsciente debido al colosal esfuerzo. Se desplomó y allí quedó tendida varios minutos. Junto a ella se hallaba completamente erguida la figura de Li-Wan con la

manga de su hermético kimono rota, pero con el brazo asombrosamente recuperado, milagrosamente recuperado.

—Gracias, amiga —dijo Li-Wan utilizando sus adquiridos conocimientos de idioma comercial. Tenía otro porte y ni rastro de la herida. —Yo nunca olvidar tú.

—La guerra no es el río donde debes nadar, Carpa Bailarina —la recriminó Man-Yurý usando su lengua natal tan pronto como terminó el sortilegio. El resentimiento oprimía sus ojos.

—Soy una guerrera, no una palaciega —contestó ella.

—¿Descansaremos un momento? —preguntó Shen en estado de

seminconsciencia.

—El dragón se vuelve presa de los cangrejos — advirtió Man-Yurý— si permanece estancado en el fondo del lago.

—Ya estamos diciendo tonterías. —Jan Paolo se apartó a un rincón pasando por entre los cadáveres—. Nos vendrá bien algo de reposo. No somos dioses.

—Debido a eso, los dragones son eternos y los hombres mueren —dijo sibilante Susurro en la Bruma—. Un dragón jamás se detiene.

—Aun así, estamos agotados y necesitamos descansar —intervino Cráteros—. Shen, ¿cómo te encuentras? ¿Puedes hablar? ¿Recuerdas qué viste en

el corredor?

—Hay un templo custodiado por decenas de espíritus —explicó agotada con un hilo de voz—. Si todavía protegen el templo, será imposible atravesarlo.

—Una vez más —interrumpió Jan Paolo alejándose—, el poder lunar tiene que contradecir la simpleza de tu naturaleza, elfa. No hay de qué preocuparse. Yo mismo me encargaré. No quedará ni rastro de fantasmas ni de cabritas. Esperad aquí.

Los viajeros fijaron sus miradas sorprendidas en el cónsul del Imperio Lunar, tan extravagante como prepotente en las circunstancias más delicadas.

—Ya podéis seguirme, desconfiados —
indicó el cónsul atusándose los pliegues
de la túnica cuando volvió minutos más
tarde. Tenía la frente perlada de sudor.

El hedor a excrementos, cadáveres,
podredumbre y enfermedad, inundaba el
corredor conforme se acercaban al
templo subterráneo. Cuando los viajeros
doblaron el recodo que les adentraba en
el santo sanctorum de rituales, la
hedionda pestilencia fue de tal magnitud
que pararon a vomitar bilis, jugos
gástricos y lo poco que ya no guardaban
en el estómago. Subieron el terraplén al
que Shen había llegado la primera. Más
allá se vislumbraba una de las imágenes
más repugnantes que sus ojos en vida
podrían contemplar. La sala era un

cúmulo de inmundicia, de heces y sangre extendida por las paredes. Había restos mutilados, desparramados por el suelo y sobre un tétrico púlpito. Nauseabundo, desagradable, infecto; solamente la dragontina constitución de Susurro en la Bruma le permitió adentrarse sin mareos ni náuseas. De guardianes o espectros no había rastro, ¿habría hecho Jan Paolo algo realmente?

—Salgamos de aquí —se apresuró Cráteros—, éste no es el templo subterráneo que buscábamos como paso seguro bajo las Colinas. Las tortugas nos engañaron.

—Mi desconfiado amigo —lo detuvo Jan Paolo sacando de entre su túnica el

pergamino que había encontrado en el desierto—. Seguro que aquí hubo multitud de derrumbamientos después de la llegada del Caos y se taponaron cientos de pasadizos. Sin ir más lejos, el gigante minero abrió uno nuevo y nosotros solitos vinimos a parar aquí. — El cónsul se detuvo a observar varios grabados del púlpito—. Este templo fue tomado por los broos hace muchos años, pero no fue construido por ellos. Creo que puede formar parte de otro más antiguo. ¿Veis estos garabatos? Representan ofrendas a un dios olvidado, anterior a la Mancha, y su altar subterráneo surcado por miles de pasadizos.

—¿Y dónde empezamos a buscar esos

pasadizos? —dudó Cráteros
esforzándose por evitar las náuseas.

—Por los derrumbamientos, claro está
—contestó Jan Paolo señalando a la
pared.

—Mucho cuidado con no tocar nada que
apeste a broo —resopló Cráteros—,
sólo me faltaría contraer el mal de Thed
o la propia Mancha. ¡Que Yelm me
libre!

Jan Paolo volvió a desplegar el
pergamino sobre el púlpito. Lo cerró
combinando las dobleces por las runas
de la Muerte y de la Verdad, símbolos
de Humakt. Había glifos de esas mismas
runas grabados en el púlpito. La
pestilencia del lugar le provocó otra

arcada. Los broos se habían encargado de destrozarlo todo, pero algunos trazos se podían intuir bajo los deshechos. Con pigmentos térreos, los híbridos caóticos habían coloreado sus propios símbolos arcanos, los de la bruja Malia o del siniestro Thed. Al antiguo misionero lunar no le perturbó aquella simbología mientras estudiaba el pergamino. El resto del grupo se entregaba afanosamente para mover las rocas de un derrumbamiento que, años atrás, se había desplomado sobre uno de los muros excavados. El cónsul sabía que no les llevaría a nada, pero necesitaba tranquilidad para esclarecer aquel entuerto. Ese pergamino ocultaba algo. ¿Y si las marcas del dibujo no eran un

mapa de túneles sino una inscripción? ¿Qué lengua sería aquella? Intentó encajar las runas de su pergamino con las del púlpito gesticulando continuamente con muecas exageradas. Se mordió la lengua. Revisó las inscripciones interpretándolas desde todas las perspectivas. Estaba entregado a resolver el enigma, le encantaba aquel tipo de acertijos. Entonces llamó al intérprete dragonut sin levantar la mirada de la vitela. Le preguntó—: ¿Puedes empujar esta piedra, grandullón?

Jan Paolo señaló al púlpito. El guerrero dragonut se puso manos a la obra tensando los músculos de sus brazos, de su espalda, de su pecho... sin conseguir

nada. La piedra resultaba inamovible. Jan Paolo dobló cual tríptico el pergamino por la parte del reverso. Visto así, las líneas que formaban las runas de Humakt y Eurmal, el Embaucador, se contraían formando una grafía desconocida para el diplomático; sin embargo, sabía que el dragonut podía leer multitud de lenguas.

—¿Puedes empujar de nuevo la piedra mientras lees estos símbolos?

—*Aníkse amésos* —pronunció el dragonut con voz cavernosa mientras desplegaba su fuerza sobrehumana empujando la roca— *diádromos mistikós Ernaldw arjéo náos...*

Los músculos del dragonut sintieron que

la piedra se deslizaba lentamente como consecuencia de su presión, ¿o quizá fuera por los versos del pergamino? El resto de la comitiva dejó su tarea al oír el estridente chirriar. Bajo la roca había un oscuro pasaje. El aire que escapó de su interior era polvoriento y seco. Pero lo más importante: no estaba cargado de maldad. Una escalinata cubierta de polvo descendía sin una sola marca, arañazos, ponzoña o excrementos de broo. Los siervos del Caos habían estado durante décadas sobre este pasadizo y no lo habían encontrado.

—Marchémonos de aquí antes de que los broos vuelvan con otro ritual o la Reina Escorpión envíe a más de los suyos para que no pierdan detalle. —La

voz de Cráteros nunca había perdido su fuerza pero esas palabras sonaron con un matiz satisfecho.

Cerraron sobre sus cabezas el pesado altar arrastrando una losa. Susurro en la Bruma encendió una antorcha recogida del templo. Solamente él era capaz de tocar la inmundicia de los broos. No temía al contagio. Cuando el púlpito de piedra se cerró sobre sus cabezas, lograron respirar en paz.

El corredor estaba excavado de modo muy diferente a los túneles superiores. Contrafuertes tallados con las runas de la Verdad y la Muerte, las runas del héroe bárbaro Humakt, aseguraban el pasadizo. ¡Estaban a salvo del Caos!

Por primera vez en muchos días pudieron sentarse y descansar con tranquilidad. Al menos, en este pasillo, estarían a salvo de broos, de escorpiones... del Caos. Pudieron descascar. Muchas eran las penurias y miserias que acarreaban. Aquel fue el momento de mayor tranquilidad en mucho tiempo. No sabían cuánto faltaría para dejar atrás el peligroso reino caótico, a sus hordas de demonios, ni a dónde conduciría aquel túnel antiquísimo, o si el corredor era el anhelado paso subterráneo bajo el infierno tunelado, pero en ese momento sólo importaba descansar. Se encontraban en algún punto indeterminado bajo las Colinas

Tuneladas, seguramente próximos al valle de los hombres-escorpión, pero ahora, aquello no importaba.

Jan Paolo, satisfecho por su averiguación, plegó cuidadosamente el pergamino. Ya lo seguiría estudiando más tarde. Tenía un hambre canina, además, la herida abierta de la mano le seguía escociendo, pero el sopor fue más fuerte que el dolor y, poco a poco, sus ojos se cerraron abandonados a las musas de los sueños.

Despertó de sopetón. Recordaba haber soñado, hecho que no acontecía desde hacía muchas noches. Cráteros estaba atando un jirón de tela en su mano herida:

—Despierte Procónsul. Le estoy haciendo un vendaje en la llaga. Sigue sangrando y parece infectada, debe cuidarla más. Man—Yurý ha encontrado algo muy interesante mientras descansábamos. Póngase en pie y beba un sorbo de agua.

Aún con los huesos entumecidos, el antiguo misionero lunar recobró la verticalidad. Bebió un largo trago de agua que hizo eco en su estómago, pues pasó a ser su único contenido, y se puso en camino junto a los demás.

El oriental narraba lo sucedido:

—El espíritu de los bosques quedó velando vuestro descanso. Yo subí este pasillo, fijaos en los muros. —Los

viajeros estaban rodeados por multitud de nichos que abarrotaban las paredes, todos señalados con la Runa de la Muerte y la Marca de la Espada, símbolos de los fieles de Humakt. Aquel pasillo pertenecía sin duda a unas viejas catacumbas humaktis. —Al final hay una cámara con un pedestal y un nicho abierto cuya lápida estaba en el suelo. Apostado en ella encontré el espíritu vigilante de un antiguo soldado encargado de custodiar el templo. Era una fantasma rodeado de un aura verdinosa. Un espíritu guardián. Estaba justo ahí delante.

El corredor se ensanchó bruscamente y se convirtió en un pentágono. Un altar se alzaba en el centro con la Marca de la

Espada. Había otras señales, seguramente de los dioses a los que Humakt protegía, pero no había rastro de ningún fantasma verde.

—¿Para esto me despiertas? ¿Porque ha visto un fantasma? —protestó Jan Paolo.

—Estaba aquí —aseguró el kralorí—. Yo me presenté y él contestó ser el enviado de Humakt para proteger a Ernalda. Aseguró que no permitiría que el Caos invadiese este lugar y que durante siglos así había sido. Contesté que estábamos «limpios» de la Mancha y que sólo pretendíamos alcanzar el otro extremo de las Colinas Tuneladas. Me advirtió que si no había sinceridad en mis palabras, si llevaba la Mancha del

Caos a mi lado, una terrible maldición me perseguiría a mí y a mi familia. Juré ante su espada mis palabras. Entonces desapareció para dejarnos pasar.

¡Espero que ningún espíritu desmentador aparezca ahora a nuestro lado!

—¿Y ésta es la protección que Humakt ofrece a los suyos? —se jactó Jan Paolo—. No es de extrañar que los bárbaros caigan como moscas ante la potencia del Imperio.

—Seamos precavidos. —Cráteros mostraba el ceño fruncido. Sabía lo importante que el honor era para los fieles de Humakt. —Recordad que el espíritu embustero adorado por los orlanthis, Eurmalel Embaucador,

también protege el templo. Si nos confiamos podríamos caer en una de sus trampas. ¿Quién nos asegura que ese vigilante no es una trampa de Eurmal?

—Sí —recordó Man-Yurý—, también me advirtió que más adelante tendríamos que enfrentarnos al «Juego del Embaucador», pero me aseguró que si no pretendíamos dañar a Ernalda, ni le había mentido sobre la Mancha, nada teníamos que temer de Humakt.

—¿Y tú? —preguntó el cónsul adorador de la Luna Roja—. ¿Por qué viniste a parar aquí tú solo?

—Buscaba un lugar donde meditar. —El estricto código del decoro kralorí le impedía admitir que en realidad buscaba

un recoveco donde vaciar su vejiga.

El corredor continuaba zigzagueante, tan hueco y vacío como sus estómagos. Los jugos gástricos que demandaban alimento eran el único sonido que escuchaban aparte de sus propias pisadas. Llegaron a otra gran sala, alta como un gigante y de planta construida a imagen y semejanza de una inmensa colmena. El piso formado por infinidad de pulidas baldosas hexagonales, divididas en blancas y negras, recordaba a un inmenso panal de abejas.

Accedieron al interior a través de un engalanado arco polvoriento. Junto a ellos se alzaba una fila de esculturas ocre de terracota con formas poligonales -cubos, pirámides y

prismas- sobre unos, también pulidos, altos pedestales. Frente a la fila de esculturas había otra docena de piezas similares, pero talladas en cristal, en brillante y transparente cristal.

—¿De qué me suena todo esto? —se preguntaba meditabundo Jan Paolo.

—¡Esto es un enorme tablero de Mansubat! —exclamó perplejo Man-Yurý.

—No es eso, sabelotodo. Me recuerda a algo más —masculló el cónsul mientras doblaba su pergamino, esta vez, por el anverso. Cráteros se acercó a observar el papel. Las runas habían formado un pentágono que, en el interior, contenía la marca de Humakt, la Espada. A su lado

había un hexágono con cinco salidas que formaban un trazo obscuro y una cara jocosa de sonrisa taimada, inequívocamente de Eurmal, el Embaucador. Si aquella cámara era el salón del tramposo, la partida estaba servida.

—El Mansubat es un juego típico del país de Thesnos —explicó Man-Yurý—, al sur de mi patria. Lo aprendí de sus mercaderes y emisarios.

—¡Se trata de un mapa! —Jan Paolo señaló excitado al fondo de la sala donde había cuatro umbrales oscuros—. ¡Mirad el pergamino! ¡Un hexágono con cuatro salidas! ¡Es un mapa! Nosotros vinimos por este pasillo; éste, marcado

con la Runa de la Tierra.

Man-Yurý señaló de pronto a uno de los umbrales dibujado con la Runa del Agua.

—El agua simboliza incontinencia, ¡puede escapar de cualquier lugar! — exclamó—. Sobre aquella salida veo grabada la Runa del Fuego, allí la de la oscuridad y allí la del aire, presagio del viento endemoniado. El agua siempre encuentra una salida.

Jan Paolo se adelantó entrando en la cámara. En ese preciso instante, una de las figuras de cristal que reposaba frente a ellos se movió lateralmente.

—¡Quieto! —Man-Yurý lo sujetó del brazo—. Parece que nosotros somos

también parte del juego.

—¿Pero contra quién jugamos? —
Cráteros apretó los labios.

—Evidentemente, mi querido templo de La Cúpula Solar —contestó Jan Paolo—, el Embaucador es nuestro adversario. Hay tantas fichas de cristal como la suma de nosotros mismos con éstas de arenisca.

—Si sus fichas son de cristal —amenazó el Mariscal— las destrozaremos con fe y metal.

—Confiado e incauto amigo —se sonrió Jan Paolo— estamos jugando contra un dios, y aunque pagano, es un dios adorado por tramposos.

—En el Mansubat, al igual que en el arte de la espada, gana quien anticipa los movimientos de su contrario. —Man-Yurý se acercó al tablero.

—Entonces juguemos. —Cráteros confiaba en la astucia de su compañero.

—Señor Cráteros, salte sobre esa celda —dijo pensativo el oriental señalando una baldosa blanquecina—. La casilla de color blanco, justo ahí.

Tras haberlo hecho, una escultura de transparente cristal avanzó en diagonal. Así empezaba la partida más larga y sacrificada de sus vidas. Eurmal era loado por impostores, ladrones y tramposos; no lo pondría fácil. Pero encontró un magnífico adversario en el

juego de Man–Yurý, más experimentado en estos lares de lo que se podía suponer. Así caían fichas de terracota y también de cristal. Se deshacían y estallaban con violencia. El tablero se vaciaba paulatinamente.

Man–Yurý empezó a fatigarse...

—Espíritu de los bosques —llamó a la pequeña Shen—, salta sobre aquella celda de color negro.

El oriental se había confiado demasiado para alguien que jugaba contra un dios. En cuanto Shen aterrizó sobre la celdilla, un reluciente cubo de cristal se movió diagonalmente. Una de las caras del cubo se transformó en un espejo pulido. La aldryani observó su reflejo:

se reconoció a sí misma portando los Tres Soles. A continuación contempló cómo los perdía a manos de sus enemigos. Llena de pánico avistó trolls, enanos y broos, asolando su natal bosque de Arstola gracias al poder de los tres orbes dorados que había perdido. Millones de árboles talados, dríades vejadas y *semidendros* esclavizados. Ella era la responsable de la desertización de toda Glorantha. La pequeña aldryani no pudo soportar la visión del cubo. ¿Era el futuro lo que contemplaba? La aldryani se desplomó sin sentido.

—¡Shen! —gritó Cráteros angustiado.

—¡No te muevas! Sólo está bloqueada,

no eliminada del juego. Debemos seguir jugando. El Embaucador tratará de engañarnos. ¡Querrá confundirnos! La duda asaltará la mente de los débiles. ¡Los fuertes de conciencia debemos superar su influjo! *Falso es tu reinado para un auténtico dragón. La fuerza del Dragón está dentro de mí.*

Man-Yurý murmuró estas últimas frases en su propia lengua, confiando en la fuerza mental y la pureza de espíritu que el Emperador Dragón le otorgaba. Para recuperar la confianza de sus compañeros, él mismo avanzó varias casillas por el tablero. Sin demora, un prisma de cristal se colocó frente a él. Uno de los lados de la figura quedó cristalizado. Un fuerte reflejo deslumbró

a los presentes. El prisma avanzó engullendo al oriental y ocupó su casilla. Dentro de la figura el kralorí se retorció agónicamente. Desde fuera vieron cómo su cuerpo sin sentido comenzaba a desvanecerse tornándose vagamente translucido.

En el interior del trebejo de cristal, el soldado oriental contempló entre ensoñaciones a su hermana vestida con el noble kimono de mandarín heredero del legado de la familia Min-Tao y no con el del clan marcial al que pertenecía. ¡Ella no tenía derecho a vestir así! La rabia y la envidia lo enfurecieron. Él mismo se vio vestido con los haraposos atuendos de un mendigo. Un instante después, su

andrajoso reflejo envenenaba a su hermana con la pócima de un «fétido» brujo, como un vil rufián. Man-Yurý soportó estoicamente esta visión. Se contempló perseguido por la justicia, como un vulgar asesino; vio cómo su propio padre le cortaba la cabeza dejándolo morir sin honor y sin apellido, ninguneado en una fosa común.

Desde fuera de la pieza cristalina se entreveía más traslúcido el tenso cuerpo del oriental, sin saber a qué extraordinario fenómeno se debía que la luz pasara a través de su piel. Dentro del prisma de cristal su rostro se retorció con desmedido sufrimiento. Man-Yurý estalló. Su voz rugió en la milenaria lengua de los místicos dragones del

Oriente.

—¡No puedes vencerme! —gritó a su propia imagen reflejada en el interior del prisma—. ¡Soy libre de las ilusiones que conforman tu falsa realidad! ¡He visto la luz y despertaré como dragón! ¡Mi verdadero ser! ¡Al servicio del Emperador Godunya!

Quienes contemplaban la lucha en el interior de la transparente prisión vieron cómo la escultura de cristal se resquebrajaba en un millón de esquirlas. Reventó en mil pedazos y sobre la casilla sólo quedó el cuerpo en pie de Man-Yurý. Alzó la cabeza y dijo con serenidad:

—Jaque. Tu turno es.

«En el próximo movimiento perderás la partida», pensó confiado. La soberbia se había apoderado de sus pensamientos. Nunca debió olvidar contra quién jugaba.

Una de las últimas pirámides de cristal se desplazó con velocidad a la casilla que ocupaba Li-Wan con un ataque que el kralorí no había contemplado.

—¡Eso es trampa! —vociferó a los cuatro vientos— ¡No puedes eliminar a nadie de la partida con ese movimiento! ¡Tramposo! ¡Embustero!

Su hermana tampoco estaba preparada. La mirada de la kralorí se perdió cautiva en el interior del trebejo. Nadie sabía lo que estaba contemplando. La

oriental se quedó paralizada. La leyenda dice que quizá viera el sufrimiento de una niña pequeña...

Esta vez la pirámide de cristal no engulló a la oriental sino que impactó con tremenda virulencia. Atrapada en la imagen del espejo, la kralorí no hizo ademán de esquivar la embestida. La guerrera misteriosa salió despedida por la tremebunda sacudida estampándose contra la pared.

Pudo escucharse con claridad el crujir de varios huesos.

—¡Nooooooooo! —El alma de Man-Yurý se escapó de su pecho con ese grito. Sintió ira y miedo. Era lo que el Embaucador quería. Lleno de

contradictorias pasiones buscó la serenidad con una honda respiración. Si su enemigo alteraba su sereno raciocinio, con tan zafia artimaña, la partida estaría perdida. Buscó la calma en el piar de los gorriones, en el nadar de los barbos y las carpas, en el loto y los nenúfares que flotaban sobre cristalinos estanques de agua azul, en el majestuoso vuelo de las grullas.

Recobró la armonía con las eruditas enseñanzas de su mentor: «*el hombre prudente se vacía de ofuscación*».

También recordó otro proverbio que le resultó mucho más práctico: «*si estás enfadado cuenta hasta diez, si estás muy enfadado cuenta hasta cien*».

Man-Yurý contó. Tenía guardada una

última jugada maestra y no podía desaprovecharla. Estiró los dos brazos como un ave a punto de emprender el vuelo. Se alzó sobre una de sus piernas dejando la otra flexionada.

De un tremendo puntapié destrozó la figura de cristal definitiva.

—¡Jaque mate! —concluyó con rotundidad.

Todas las piezas de cristal que aguantaban sobre el tablero estallaron al unísono. La tormenta de esquirlas afiladas hizo que los viajeros resguardasen sus rostros para no recibir los peligrosos cortes. El suelo de la estancia se llenó de pedacitos de cristal, de miles de afilados diamantes. Habían

ganado la partida, habían derrotado a un dios.

El cuerpo de Li–Wan reposaba inerte en el suelo tras haber recibido tan tremenda sacudida. La sangre manchaba su kimono. El velo, que celosamente guardaba su identidad, estaba completamente empapado en sangre.

Junto a ella se encontraban Cráteros y una aterrada Shen.

—Dana, de tu fuerza dispongo para invocar la venia de Yelmalio, Hijo del Sol. Hemos de salvar al guerrero mudo. ¡Que Yelmalio se apiade! ¡Que su luz lo resguarde!

Después de luchar juntos durante todo el viaje, las técnicas de combate orientales

habían despertado una admiración verdadera, un respeto ganado, en el templario yelmalita, pero fue un auténtico sentimiento de camaradería, más allá de la admiración, lo que impulsó las súplicas del Mariscal. Su fiel ave graznó apesadumbrada. Su plumífera compañera no creía que en aquel lugar, tan alejado de su dios, la magia de sus runas o el poder de sus oraciones fueran lo suficientemente fuertes como para salvar la vida del silencioso guerrero de negro atuendo.

—No podemos dejarlo morir —sollozó Shen visiblemente conmovida—. La fuerza divina de Aldrya emana de los bosques y aquí tampoco puede volver a mostrar su poder. Debe tener el rostro

destrozado. Voy a sacarle la máscara para...

—¡Esperad! —consternado gritó un gemebundo Man-Yurý.

Tenía que impedir que levantasen el antifaz; no aguantaría contemplar de nuevo aquel rostro... el rostro de su hermana. El soldado kralorí sintió miedo de encontrarse de frente con el mayor de sus temores: su propia debilidad. Su equilibrio se había desmoronado al encontrarse con su hermana, al enamorarse de ella. Su ridícula carencia, su deseo, su bajeza había puesto en peligro la misión. La debilidad era castigada en la familia Min-Tao y él había sido débil y tonto.

No soportaría ver el rostro de quien fuera su propia y perdida hermana.

Quien moría en aquella sala tenía que ser un anónimo miembro del Sendero del Dominio Inmanente.

—¡No le quitéis el velo! ¡Dejadlo donde está!

—Debemos retirar la máscara —susurró Shen—. Se atragantará con su propia sangre. Si existe una oportunidad de salvar su vida... —La aldryani deshizo delicadamente el oscuro turbante. La sorpresa fue mayúscula. El rostro femenino de Li-Wan quedó a la vista de sus compañeros por primera vez. Durante muchas semanas, la kralorí había mantenido en secreto su verdadera

identidad.

—¿Cómo? No puede ser —tartamudeó Cráteros sin salir de su asombro—. ¿El guerrero misterioso es en realidad una mujer?

—No es sólo una mujer —aclaró estremecido Man-Yurý dando la espalda, con vergüenza, a sus compañeros—. Es la muchacha que mancilló el honor de mi familia, es la vergüenza de mi estirpe y quien llevó la desdicha a mi casa. Es mi hermana perdida.

—¿Hermana? ¿Tu hermana perdida? —Jan Paolo acentuó su cara de desconcierto desde el fondo de la sala—. ¿Hay alguna otra sorpresa? Me

encantan las reuniones familiares.

El rostro de la joven se parecía al de su hermano, pero era infinitamente más grácil y bello. De rasgos delicados y rectilíneos, ojos rasgados, nariz recta y estrecha mandíbula. Recogía su lacio y negro cabello con horquillas. Tan lánguida e inconsciente, parecía dormir un profundo y placentero sueño. Era una bella durmiente venida de oriente.

Nunca se vio tan abatido a Man-Yurý. Shen y Cráteros intentaron hasta la extenuación recuperar a Li-Wan, pero sus dioses los habían olvidado o, quizá, no fuesen capaces de escuchar las súplicas desde tan aciago y remoto lugar.

—Es el momento de continuar —dijo Man—Yurý guardando una aparente calma.

—Li—Wan tiene mustia el alma, pero aún vive —reprochó Shen compungida—. No fue sólo el golpe que quebró sus huesos, un amargo sufrimiento la ha destrozado por dentro. Tan ajada y malherida que no podrá valerse por sí misma durante muchos amaneceres. Su alma está marchitándose pero, ¿no podemos abandonarla aquí!

—La elfa tiene razón, no podemos abandonar aquí a... a Li—Wan. —Cráteros resopló—. Sus lesiones son muy graves pero está viva. Si la dejamos aquí, morirá.

—En mi país se dice «cuando hayas terminado con la última página del libro, debes cerrarlo». —La expresión de Man-Yurý parecía ausente de toda emotividad. En su interior, su alma luchaba contra una tempestad desatada de emociones. La presencia de su hermana lo había hecho ser consciente de sus debilidades. Nunca sería un guardián digno del Emperador. Debía aislar todos sus sentimientos y alejarse de ella. —La dejaremos aquí. Su presencia es inconveniente. ¡El agua hace flotar al barco, pero también puede hundirlo!

—¿Cómo hablas así de tu hermana? —Shen buscó con la mirada el apoyo de Cráteros—. ¡Ella nunca nos haría nada

malo!

—¿Quieres abandonar a tu hermana? —
Cráteros fruncía el ceño.

—Es una larga historia cuyo recuerdo
llena de dolor el corazón de mi familia
—respondió cabizbajo Man—Yurý.

—Vengo de una tierra —resopló el
Mariscal— donde se honra a los
guerreros caídos y no se los abandona
como a perros.

—¿Qué insinúas? —preguntó molesto el
oriental—. ¿Osas insultarme? ¡En mi
país se agasaja con inmensos honores a
los soldados caídos en la batalla!
¡Hogar es mi tierra de dinastías
legendarias! Pero ella, ni es un soldado
ni conoce la palabra «honor». Es una

mujer descastada que ofendió al linaje de su familia, que aprendió a matar sin dignidad, que siguió al Sendero Inmanente... el sendero de los asesinos.

El kralorí contenía el llanto a duras penas. Por primera vez la congoja se apoderaba de su voz. Sus palabras decían una cosa, pero sus ojos vidriosos y la agonía de su pesar hablaban de modo bien distinto.

—Mientras un esqueje de vida brote en Li-Wan —se revolvió Shen efusivamente—debemos regarlo con nuestro rocío. No la dejaremos secar.

—Shen, si tú y el dragonut me ayudáis, entre todos podremos acarrear el cuerpo de Li-Wan —propuso Cráteros—. La

llevaremos hasta un lugar mejor, un lugar donde las Blancas Sanadoras de Eriisa curen su cuerpo de heridas y lesiones.

—Y el sufrimiento de su corazón encuentre la paz —apostilló la aldryani.

Man—Yurý se dirigió apesadumbrado a la salida donde esperaba un Jan Paolo que, distraído, volvía a examinar su pergamino. Desde el día que cayeron presos en Pavis no habían visto al oriental tan cabizbajo y hundido. Era la triste y desolada sombra del orgulloso heraldo kralorí la que caminaba hacia la salida.

Recorrieron varios túneles. Encontraron un pasillo que descendía, marcado en el

mapa con la Runa del Agua, donde una fuerte humedad flotaba en el ambiente. Si aquella era la ruta más segura para atravesar las Colinas Tuneladas no querían pensar cómo hubiera sido el camino por la superficie, por el valle de los hombres escorpiones o por cualquier lugar infectado por la Mancha del Caos. Descendieron cautelosos el pasillo siguiendo el rumor de una corriente de agua. Con precaución, y cada uno imbuido en sus propios pensamientos, bajaron un resbaladizo tramo de escaleras hasta llegar a un pequeño muelle subterráneo donde un bajel, elaborado con manufactura antediluviana, permanecía amarrado. Un caudaloso río se perdía en la oscuridad

de la caverna.

Más de seis días navegaron en aquella barca por los oscuros túneles que cruzaban bajo las Colinas Tuneladas. La travesía discurrió en penumbras casi en su totalidad (sólo el dragonut había acarreado algunas antorchas) hasta que el bajel encalló, bajo la luz de las estrellas, en una playa de fango y arenas negras.

Un episodio fabuloso aconteció en aquella playa.

Epílogo capítulo X. De cómo el Mariscal Cráteros obtuvo la punta de piedra auténtica.

Sin posibilidad de medir el tiempo, no sabían cuánto habían navegado por

aquel río subterráneo cuando éste salió a la superficie. Tan solo el ataque de un kraken les había hecho recordar el peligroso lugar que transitaban. Gracias a este río soterrado habían cruzado gran parte de las Colinas Tuneladas de forma segura. Arrastrados por la corriente, aún no sabían del infierno de ácido, lava y arenas movedizas que esperaba por delante. El viejo bajel encalló en una pequeña playa fluvial de arenas negras. Desde ese punto, el río se convertía en un pútrido manglar, similar a la marisma conocida como Krjalki, por lo que decidieron abandonar allí la embarcación y seguir por tierra firme... más o menos firme.

Tuvieron que escapar en estampida de la

playa. La arena era muy corrosiva y al contacto con los pies sintieron un fuerte escozor en las plantas. Las botas, que de por sí estaban destrozadas, se consumían roídas por la arena. Desde la roca donde se refugiaron del inhóspito recibimiento, Cráteros atisbó una piedra que llamó poderosamente su atención. Negra, pulida, brillante, de forma cónica y acabada en punta. La piedra le trajo el recuerdo de aquel mineral oculto en la cueva de los tritónidos, en Sartar. No era obsidiana, tampoco azabache u ónix, pero parecía ser todo eso. Atraía la luz hacia ella y creaba una perceptible ausencia de colores a su alrededor.

Era un pedazo fosilizado de los huesos de un dios.

Era piedra auténtica, rúnica.

Adamantino.

Atraído por el hipnótico magnetismo de la roca, sin mediar palabra, el Mariscal se dirigió veloz hacia la piedra. Llegó con los pies muy irritados por la abrasiva arena; parecían echar humo. Sujetó con fuerza el mineral, tiró, pero se encontraba empotrado entre varias rocas volcánicas. Tiró, tiró con fuerza. ¡Le quemaban los pies! Volvió a tirar... la roca estaba fuertemente encajada entre peñascos, atrapada entre inamovibles bloques negros. ¡Era imposible extraerla! Volvió a tirar... pero nada. Los pies no soportaban más dolor. Retornó junto a sus compañeros con una extraña sensación, una

sensación de vacío, de ausencia, como si algo le faltara dentro. Ni siquiera escuchaba a Dana dentro de su cabeza.

Cuando Cráteros trepó a la roca donde reposaban los demás, el taciturno Susurro en la Bruma descendió y fue decidido hacia el poderoso mineral. Parecía que la arena no provocaba daño alguno en sus duras escamas de dragón. Agarró la punta de piedra auténtica y tiró con fuerza. Volvió a tirar poniendo en tensión los músculos de sus brazos, de su espalda y el oscuro fósil rúnico se desprendió con aparente facilidad. Volvió junto a los demás y se situó, taciturno, al lado de Cráteros. Sin cruzar palabra le lanzó el pico negro de piedra.

—Gratitud —alcanzó a decir atónito el templario yelmalita.

Al contacto con la piedra, Cráteros sufrió de nuevo la misma conmoción. Ausencia. Con impotencia experimentó como su fuerza vital abandonaba su cuerpo para formar parte del mineral. Se sintió incapaz de oponerse a ella o de manejar las energías rúnicas que, con tanto esfuerzo, había aprendido a dominar durante largos años de adiestramiento. Se asustó y soltó aquel trozo de roca. A los pocos minutos, antes de reemprender la fatigosa marcha, sintió que sus energías volvían a fluir. Se sentía fuerte, pletórico. Recogió la piedra de nuevo y una vez más volvió la misma horrible sensación de vacío.

Entonces comprendió el poder de aquella arma recién descubierta. La piedra auténtica devoraba todas las energías con las que entraba en contacto. Si engarzaba el mineral en el asta de su jabalina, ya de por sí deteriorada, privaría de poderes y sortilegios a los enemigos que fueran tocados por la punta de adamantino.

Con una jabalina semejante podría vencer a las magias más poderosas.

Era un arma única. Era un arma rúnica.

Capítulo XI. «Como animales de rebaño»

—Contemplad a los maravillosos Dragones de Piedra, la barrera que separa vuestro mundo de mi esplendorosa patria —anunció Man-Yurý señalando con su dedo índice una lejana cadena montañosa que se extendía al este.

Antes de llegar a la cordillera, aún debían atravesar las desérticas estepas donde concluían los infértiles territorios conocidos como los Yermos. Las últimas Colinas Tuneladas habían quedado pocas leguas atrás. Aún

transitaban por territorios demasiado hostiles y peligrosos, debían moverse con suma cautela.

Los primeros rayos anaranjados del sol despuntaban por oriente. Un manto encarnado de luces y colores caldeaba las cumbres nevadas de la barrera aserrada, señalada por Man–Yurý, que cubría por completo la línea del horizonte. Yelm iluminaba los vastos páramos que los viajeros debían cruzar y extendía las alargadas sombras de los picos de Shan–Shan, ése era el nombre que recibía la cordillera montañosa que separaba los Yermos más orientales de la lejana y mítica tierra de Kralorela.

Hacía muchísimos años que unos

extranjeros no contemplaban los macizos tras los que se encontraba «La Esplendorosa Tierra del Arroz».

—Mi país es luminoso —continuó el oriental, el orgullo teñía sus palabras de emoción—. Cruzaremos la provincia de Boshan, originaria de mi estirpe familiar, y nos dirigiremos al puerto de Lur–Nop. Es el mejor lugar donde hallar una embarcación tan loca e insensata como para navegar hacia el Mar de la Niebla.

—Todo eso está muy bien pero... —comenzó a decir Jan Paolo a espaldas del emocionado kralorí—, ¿has pensado como atravesaremos las montañas? Parecen infranqueables.

La marcha continuó con lentitud por áridos secarrales, por aquel páramo infinito encajado entre el volcánico reino de las Colinas Tuneladas y la cordillera de Shan–Shan. Intentarían evitar precavidamente cualquier encuentro con los seres esteparios que transitaban aquel vacío. Aún conservaban algo de agua fresca, la que habían encontrado en los túneles, aunque no fuese suficiente para atravesar semejantes eriales. Lo primero era buscar comida, pues no se alimentaban de nada sólido desde hacía varios días.

—La sed, el apetito y el cansancio, son sensaciones que habitan sólo en la mente. La meditación es el poder de manejar nuestro interior. Si domináis

vuestra mente evitaréis la esclavitud que el cuerpo material conlleva — aleccionaba Man-Yurý a Cráteros. El oriental estaba ansioso por llegar a su tierra, parecía que la proximidad le había dado nuevos bríos. —¡Vamos! Un viaje de diez mil pasos empieza por el primero. La torre más alta con un ladrillo. No existe el cansancio. La energía que domina el universo va más allá del cuerpo físico. La fuerza interior es todo cuanto necesitas para mover montañas. Si una mariposa puede hacer saltar a un tigre, ¿qué no puedes hacer tú?

—¿Qué día será hoy? Tengo hambre — se quejaba Jan Paolo como respuesta—. Ni siquiera sé cuantas semanas llevamos

lejos de la civilización.

—Dana cazará alguna liebre. La cetrería es un arte muy útil —aseguró Cráteros colocándose el guante de cuero.

—Podemos buscar algunas raíces bajo tierra —propuso Shen que ayudaba al Mariscal a transportar el dormido cuerpo de Li-Wan en una parihuela improvisada—. ¿Por qué los arbustos son amarillos? ¿Es que aquí no llueve nunca?

Volvían a encontrarse solos, perdidos en medio de la adusta sabana, caminando como autómatas hacia la reluciente pared de piedra y hielo que frente a ellos se elevaba acariciando el cielo: la cordillera de Shan-Shan. Buscaron

viandas pero apenas encontraron escasas raíces y algún lagarto despistado que sucumbió ante la destreza cazadora del halcón yelmalita. Susurro en la Brumasólo abrió la boca, en una ocasión, por las continuas quejas de Jan Paolo, exhausto de caminar abrasado por el sol:

—El sol hace que la sangre circule mejor en nuestro interior —aseguró el dragón.

—¿Qué la sangre circula por el interior? ¿De dónde? ¿Del cuerpo? —contestó el antiguo misionero con desgana—. Eso será en los dragonuts, en los hombres desde luego que no. Menuda majadería. Lo que hay que oír.

Cráteros se preocupaba de alimentar a su halcón. El ave estaba acostumbrada a comer el mismo rancho que los lanceros de una falange, a comer de la cuchara de madera de su amo, quien siempre reservaba un bocado especial. Era costumbre yelmalita, y de buen cetrero, alimentar a los halcones sagrados antes que a uno mismo, costumbre que extrañaba profundamente al resto. Al Mariscal le desconcertaba de igual manera los cientos de nombres con los que Man—Yurý llamaba a su patria, Kralorela.

—¿La tierra del arroz? —preguntó el yelmalita mientras marchaban—. ¿Qué es «arroz»?

—Quien hace una pregunta parecerá ignorante, quien no la hace lo será toda su vida —contestó Man-Yurý complacido—. Es el alimento que da de comer a mi patria. Es un cereal como el maíz o el centeno pero mucho más nutritivo y fácil de cultivar. Cuando en occidente se conozca, querréis aprender sus secretos y alimentaros de él. Los sabios de mi país lo llevan cultivando siglos.

No encontraron mucho más de donde yantar en su peregrinaje hacia la cordillera de Shan-Shan, la frontera natural con Kralorela. El atroz apetito pasó a segundo plano al volver a escasear el agua, pocas gotas restaban de nuevo en los odres. Volvió la

sequedad en la boca y esa molesta aspereza que arañaba la garganta. La arena y el polvo del desolado erial potenciaban la sensación de aridez. La tierra volvía a ser roja y arcillosa. Shen volvía a sentirse marchitar, volvía a ver agua donde sólo había polvo y floresta ficticia donde abrasadas estaban las lomas desnudas.

El sol golpeaba con fuerza sobre sus cabezas. La primaveral Estación del Agua había dado paso sin duda a la estival Estación del Fuego. El calor era insoportable en aquella parte del mundo donde nunca llovía. La canícula hizo insufrible el transporte del indolente cuerpo de la comatosa Li-Wan. Esto aumentaba la sensación de debilidad e

hizo que los viajeros fuesen mucho más cautos. Premeditaban cada paso para evitar cualquier encuentro desafortunado con alguna tribu hostil de nómadas del desierto, con mercaderes esclavistas, depredadores de humanos, o con alguna caterva perdida de demonios caóticos extraviados de las Colinas Tuneladas. Las escasas raíces y los despistados reptiles del desierto no eran suficiente vianda para atravesar lo que restaba de Yermos. Los odres volvían a estar vacíos. Shen no podía ayudar más a transportar el macilento cuerpo de la bella kralorí, al fin, con su precioso rostro al descubierto. El dragonut tuvo que hacerse cargo de llevar a las dos hembras en algunos tramos. La saliva

volvía a ser una masa pastosa en la boca. El sudor de sus cuerpos era la única humedad que sentían a su alrededor. Y su suerte cambió de pronto.

Los vieron de lejos a través de la estepa. Anochecía. No distinguían más que unas sombras moteadas que pacían en la lejanía. Podría ser parte de una manada propiedad de alguna de las tribus nómadas de los Yermos. Sabían de la hostilidad que estas tribus dispensaban a los forasteros, pero estaban desesperados. Desde que perdiera a sus compañeros en las profundidades de las Colinas Tuneladas, el taciturno traductor dragonut no había abierto la boca en una ocasión y así lo hizo por segunda vez:

—Descansad aquí. Mantened todos los ojos cerrados menos uno. Yo buscaré alimento. Necesitaré un porteador y no hay tritónidos cerca. —El dragonut contempló al debilitado grupo y fijó su mirada en el huidizo Jan Paolo que trataba de pasar inadvertido—. Tú vendrás conmigo. El que vigila su boca, conserva su vida.

El resto de viajeros observó al dragonut mientras se alejaba con Jan Paolo.

Man—Yurý conseguía mediante la meditación ocultar sus carencias y malestares físicos. Podría haber acompañado al dragonut caminando hasta la extenuación, pero en su fuero interno prefería permanecer cerca del

cuerpo de su hermana, mientras guardase aún un hálito de vida, aunque jamás lo reconociese.

El viaje había sido demasiado duro incluso para el Mariscal de los templarios de la Cúpula Solar de Sartar. Sin la ayuda del dragonut nunca hubiese podido acarrear el cuerpo de Li-Wan ni tampoco ahora el de la macilenta Shen. Estaba extenuado. Sentía las piernas quebradas, escuchaba a su corazón latir con furia y al cansancio reírse de su orgullo.

Los dragonuts estaban hechos de otra pasta.

—Podrías ir un poco más despacio. —
El antiguo misionero de la Luna Roja

perseguía anadeando al gran dragonut. Las enormes zancadas del intérprete comían el terreno con voracidad. Jan Paolo recogía los bajos de su túnica tratando de no pisarlos mientras, a trompicones, avanzaba tras las zancas del dragonut. Torpemente se alzaba el faldón canela mascullando ininteligibles maldiciones para sí.

Tras un largo caminar, el guerrero dragontino giró sus más de dos metros y medio chistando al diplomático Imperial.

—Si no te callas te arrancaré la lengua y me la comeré. ¡Cállate! Los nómadas están justo ahí adelante, tras aquel repecho.

El misionero guardó silencio de mala gana poniendo un feo gesto a espaldas del dragonut. El cielo se había llenado de estrellas. Un búho blanco revoloteaba en las proximidades.

Subieron la suave ladera de un otero y se tumbaron para observar las sombras que se movían al otro lado. Muy cerca pacía uno de los animales del rebaño que habían visto a lo lejos. Era grande. Parecía un jabalí salvaje pero de mayor tamaño. Seguro que superaba los cien kilos. Lo cubría un pelaje pardo, reluciente a la luz de la luna -siempre Roja- y de las estrellas. Una corta trompa surgía desde su frente, como el hocico de un tapir. Reposaba tumbado sobre la panza y con una pezuña

jugueteaba haciendo rodar una piedra por la ladera del monte como si estuviera esperando aburrido en lugar de pastando. De hecho no estaba pastando. Súbitamente olisqueó el aire, repitió la acción varias veces, dio un fuerte silbido y del otro lado del monte aparecieron varias sombras trotando: el resto de su manada. ¡No! ¡Esas figuras trotaban sobre dos patas!

Jan Paolo contempló absorto aquel rebaño de... ¿hombres? Los ojos le saltaron de las orbitas. La boca se le abrió como la tapa de un cofre. Varios «hombres» se arremolinaban atropelladamente alrededor de la bestia cuadrúpeda, desnudos, achaparrados, gimiendo voces guturales alejadas de

cualquier fonema conocido. Parecían una tribu primitiva sacada de su caverna, incluso menos evolucionada que los remotos *hsuchen*, adoradores de espíritus animales. Gritaban y saltaban como simios chocando los unos contra los otros. El extraño jabalí gigante los apaciguó con otro fuerte silbido. A continuación volvió a husmear el aire y dirigió la vista hacia la loma donde el dragonut y el diplomático lunar observaban. Jan Paolo, completamente anonadado, miraba perplejo hacia aquel «rebaño» de humanos y su pastor animal. En los ojos de los embrutecidos cavernarios percibió una mirada gregaria, ausente del más mínimo atisbo de personalidad, como la de auténticos

animales de rebaño.

Fascinado por el descubrimiento, el antiguo misionero no pudo contenerse. Se levantó y comenzó a descender la loma. «¿Qué poder es este capaz de idiotizar seres humanos? ¡Quién lo posea será un auténtico dios!». Mientras bajaba boquiabierto por la ladera, el rebaño de humanos empezó a chillar asustado, excitado, dando saltos y carreras tras el cuerpo del «líder» de su manada, del parduzco animal pastor. Éste se quedó mirando extrañado a Jan Paolo.

—Bienhallado —saludó el cónsul—, mi nombre es Jan Paolo de Kanravx, ciudadano del Imperio de la Luna Roja y

procónsul de las Provincias del Sur.
Venimos cruzando los Yermos en son de paz. Vamos en dirección a las montañas del Oriente.

El animal contempló absorto al humano que, completamente erguido, parecía hablar con pasmosa locuacidad y educación. A continuación, la bestia inició una retahíla en algún tipo de dialecto praxiano del que Jan Paolo sólo pudo entender palabras sueltas como «tranquilo», «animalito» o «bonito».

—Tenemos hambre —rugió Susurro en la Bruma desde la cima de la loma usando el mismo y antiguo dialecto praxiano—. Estamos buscando agua y comida.

—Deberías llevar atado a tu animal —le advirtió el jabalí con un marcado acento nasal—. Parece ser de especie muy exótica.

—Sí que es peculiar —contestó el dragonut—. No procede de estos lares.

—Ya me parecía a mí. —El *pastor* observó con curiosidad a Jan Paolo mientras trataba de apaciguar con silbidos su alborotado rebaño—. Lo llevas extravagantemente ataviado...

Al acercarse el dúo de extranjeros la curiosa criatura se puso sobre dos patas. Con una de sus pezuñas tanteó la túnica del cónsul, pero cuando la acercó a la cara, el adorador de la Luna Roja se revolvió elevando el tono de voz:

—¡Quítame la zarpa de encima, bestia inmunda! —Los gritos de Jan Paolo asustaron al amo animal quien dio un paso hacia atrás cubriéndose de la enérgica reacción del humano.

—¡Oye tú! —se quejó dirigiéndose al dragonut—. Ten cuidado con tu animal. ¿Dónde lo has enseñado a tararear? Realmente parece que quisiera comunicarse.

—En muchas ocasiones estaría mejor callado —aseguró el dragonut cansado ya de la charla—. Precisamos de agua y pitanza para alcanzar Shan-Shan.

—¿Agua y alimento...? —repitió dubitativo el pastor animal—. Bueno, en el campamento tenemos ambas cosas,

este año el ganado ha venido bueno. Pero te lo tendrías que ganar. Recibirás cuanto necesites para saciar tu apetito si adiestras a mis animales y les enseñas a parlotear como tu mascota.

—¿Qué diantres rumia el osito parlanchín? —preguntó Jan Paolo contrariado por no entender una palabra de cuanto hablaban.

—Que nos dará agua y comida. ¡Ahora siéntate! —ordenó el dragonut al cónsul que dócilmente tomó asiento dejando estupefacto al pastor animal. El dragontino se dirigió de nuevo al extraño tapir en el dialecto praxiano que parecía dominar—: Tengo que recoger al resto de mi... mi rebaño. Está al otro

lado de la colina.

—¿Cómo dejas animales sueltos? —le recriminó el pastor.

—No están solos —contestó hábilmente—. Viajo con un aldryani, espíritu de los bosques. El rebaño está a su cuidado.

—¿Viajas con un elfo? —No pudo evitar que se notara cierto resquemor. El tono de su voz denotó una profunda antipatía por los señores de los bosques. —Esos presuntuosos metomentodo. ¡Qué sabrán ellos de cuidar rebaños de humanos!

—Necesitamos sustento —insistió el dragonut—. Busquemos al resto de mi piara y marchemos hacia tu campamento.

Y con un silbido, el pastor de humanos puso en movimiento a su hato de ganado.

Jan Paolo se adelantó al dragonut en la búsqueda de sus compañeros. Mientras el intérprete dragontino conversaba con el pastor, el antiguo misionero llegó sin resuello como si fuera perseguido por un batallón de demonios. El resto del grupo reposaba tras unas rocas en la ladera de la colina. Shen permanecía alerta. El alboroto que provocó el excitado diplomático adorador de la Luna Roja fue más que suficiente para romper el débil duermevela de cuantos trataban de descansar sin mucho éxito. Man-Yurý y Cráteros se incorporaron inmediatamente.

—¿Seres humanos domesticados como ovejas? —interrumpió Cráteros el atropellado galimatías sin sentido de Jan Paolo.

—Sí, como animales sin voluntad propia —continuó el cónsul lunar perdiéndose en divagaciones—. Muy interesante, ¿verdad? Es increíble. ¿Cómo lo harán? El dominio absoluto sobre la voluntad humana. Un poder infinito e ilimitado para quien lo controle.

Ciertamente la imagen que acompañó al dragonut en su llegada generó un inquietante estupor entre los viajeros. Junto al enorme guerrero dragontino caminaba a cuatro patas un animal similar a un gran tapir y, tras ellos,

aparecieron un numeroso grupo de desaliñados y primitivos humanos.

—Fíjate bien —susurró Jan Paolo a Cráteros— se parecen a nosotros, pero mira sus ojos, algo raro enturbia su mirada. Piensas que te van a contestar pero en realidad te atienden como lo haría un perro, como un simio o una oca.

—Quizá sólo sean mudos o no entiendan tus palabras —dudó el Mariscal.

—¡No! —aseguró el cónsul lunar—. Es como mirar a los ojos de una oveja.

Ambos siguieron murmurando sin quitar ojo de las hembras. Hacía tanto tiempo que no veían cuerpos desnudos bronceados por el sol. A su vez, los viajeros se sintieron observados por el

jabalí, quien clavaba su mirada sobre ellos sin disimulo alguno.

—Llevas un animal malherido — observó el pastor de humanos fijándose en Li-Wan—. Quizá nuestro chamán pueda sanar a tu hembra. Conoce buena medicina.

El intérprete dragontino se dirigió a los humanos:

—El dragón vive eternamente pero se alimenta como si fuera a morir mañana. Haréis cuanto yo ordene, para alimentaros y no morir hoy. Caminad detrás de mí. Shen Flor Perdidavendrá a mi lado.

Sin más demora se pusieron en marcha hacia el campamento del pastor

cuadrúpedo. Como había dispuesto Susurro en la Bruma, todos avanzaron tras la aldryani y él. El animal apenas prestaba atención a Shen, con quien sólo intercambió una fría mirada, pero su atenta e inquietante mirada sobre el «rebaño» del dragonut no pasó desapercibida. La manada de humanos asilvestrados correteaba a su alrededor. Se acercaban, olisqueaban, huían... Los intrigados viajeros desistieron en sus intentos por entablar conversación con los peculiares humanos. Si alguno se desviaba del camino marcado por el pastor y se alejaba del rebaño, éste lo llamaba con un fuerte silbido y el hombre volvía sumiso a la manada.

Jan Paolo intentó imitar el silbido del

pastor animal.

—¿Qué estás haciendo? —le riñó el Mariscal para que callara.

—Si lo hace un animal, el silbido no debe ser muy difícil —contestó el antiguo misionero lunar—. Si aprendiera sus secretos, entonces yo...

Bajo la luz de la luna (siempre roja) y las estrellas, caminaron largo rato cruzando la árida sabana. Semejante encuentro les había hecho olvidar el vacío de sus estómagos, la desesperada hambruna que los acompañaba desde hacía días. Varias hogueras en mitad de aquella nada, de aquellos pedregales estériles, señalaban el lejano punto donde la tribu de nómadas animales

(literal el uso del adjetivo) habían establecido su frugal campamento.

El sol, Yelm, volvía a salir tras el telón de Shan–Shan dejando caer sus rayos sobre altas cumbres recubiertas de espejos de hielo y nieves perpetuas. Acariciaba la roca con su manto de vida. Su luz arrancaba colores al agreste paisaje. Así bañadas de luz y calor, las praderas se extendían eternas a los pies de los gigantes de roca. Con el albor matutino, mensajero del ciclo de la vida, los forasteros avistaron por primera vez el campamento nómada en pleno movimiento. Sin saber muy bien que les depararía aquel lugar, y cada vez más próximos a las murallas rocosas de Shan–Shan, a lo lejos distinguieron los

típicos que conformaban el asentamiento itinerante. Una tribu nómada jamás permanecía mucho tiempo en el mismo lugar, sino que emigraba en busca de nuevos prados para el ganado.

El animal con el que marchaban se llamaba Saphir y se dedicaba, como él mismo dijo, a «pastorear humanos, como la mayoría de los miembros de mi tribu». Se encontraba «en pleno cebado del rebaño humano». Sólo un *Morocanthe* hablaría así.

Los morocanthes eran una de las cinco grandes tribus nómadas de los Yermos. Los otros cuatro pueblos, más conocidos en occidente, eran tribus de humanos que vivían, viajaban y

veneraban a sus bestias sagradas, como el pueblo de los Bisontes o el de los Antílopes Sable. Los morocanthes eran la quinta tribu en discordia y la única compuesta por animales que, al contrario de las demás, domestican humanos salvajes. Una anciana leyenda de Prax decía que el primer morocanthe fue un animal que robó la inteligencia cuando un antiguo dios la estaba repartiendo para diferenciar a las personas de las bestias. Él aseguró ante las otras tribus que no la había robado, sino que le fue concedida por aquel vetusto dios. Los aldryami nunca terminaron de creer esa versión de los hechos y por eso existía cierta tensión entre ambas razas.

Poco más que leyendas sabían los viajeros sobre esta raza de nómadas animales. La expectación fue máxima al llegar al campamento. Varios morocantes, sobre todo los de pequeño tamaño, se ocultaron dentro de sus tiendas al paso de los viajeros que, con Susurro en la Brumay Shen a la cabeza, vieron como el pastor que los había conducido hasta el campamento guardaba su numerosa manada de humanos en un rudimentario cerco de madera. El pastor cerró la entrada del corral con una soga dejando que su ganadería se revolcara por el suelo.

—Puedes guardar tus animales en este redil —ofreció el morocante—. No los dejes sueltos y trae al herido para que lo

vea nuestro chamán, gran morocanthe medicina. Vamos, llegamos a tiempo, tengo pelos en las tripas.

Una expresión con la que los morocanthes querían decir que tenían hambre.

El dragonut se dirigió al resto de viajeros que permanecían expectantes.

—Permaneceréis aquí —dijo señalando un pequeño corralito—. Os traeré puchero. Veré si los primitivos espíritus de la tribu pueden devolver a Li-Wan a su cuerpo. El dragón reposa dormido bajo la cordillera.

Entre los tipis caminaban multitud de morocanthes que observaban con ojos curiosos. Varios cercos de madera

acotaban el terreno donde más ganadería humana pacía ajena a la llegada de los forasteros. A pesar del pelaje que recubría el corpachón de los pastores animales, algunos exhibían chalecos y capas curtidas con piel. Los morocanthes gustaban de adornarse con multitud de collares, pendientes o pulseras, todas elaboradas con huesos, pues la madera era un bien escaso y sin duda desconocían los secretos de la forja. Saphir, el pastor que los había conducido hasta el poblado, indicó al dragonut que debían ir a presentar sus respetos al khan de la tribu para que les diera la bienvenida. Desde el mayor de los tipis apareció un pintoresco morocanthe de gran tamaño,

extravagantemente ataviado con montones de alhajas. Alrededor de su cuello colgaban varios collares de hilo trenzado (parecían cabellos) de los que pendían un sinnúmero de dientes, vértebras e incluso algunas falanges atravesadas. Otros huesos de mayor tamaño le atravesaban las orejas, otros asomaban por su nariz. Algo revolvió las tripas de Jan Paolo cuando descubrió que el hueso grande que le cubría la cabeza como diadema era la mandíbula inferior de una calavera humana.

¿Estaría elaborado en piel humana el manto que le cubría la espalda?

Aturdido, el cónsul se fijó minuciosamente: ¡los forros de los tipis estaban hilados con fina piel humana! ¡Y

los blanquecinos huesos que usaban como adorno tenían sin duda la misma procedencia! El líder de la tribu se quedó a su vez observando al rebaño del dragonut. Caminó alrededor de los recién llegados, se detuvo, se levantó sobre sus dos patas traseras chocando sus pezuñas contra el pecho, agitando toda su «bisutería» de hueso humano.

Se dirigió al dragonut y con un gesto lo invitó a entrar en su tienda.

Los humanos se quedaron en el corral mientras Susurro en la Bruma y Shen marchaban al interior del tipi del khan llevando el cuerpo de Li-Wan.

Compartían cerco con otra «manada de humanos» cuyo macho dominante se

acercó veloz a inspeccionar a los intrusos. Comenzó a olisquearlos. Físicamente parecía un verdadero humano: la mirada, el físico, los gestos. «¿Cómo lo habrían conseguido domesticar? ¿Habrá nacido así o le habrán robado el intelecto?», se cuestionaba Jan Paolo. Su estómago le recordó el tiempo que llevaba sin comer.

En el interior del tipi, el khan morocanthe dio la bienvenida al dragonut. Cuando Shen entró tras él, sólo obtuvo una helada mirada llena de recelo. Al fondo, una hembra desparasitaba a un retoño morocanthe mientras era amamantado por una de sus mascotas humanas de grandes pechos.

Otra morocanthe estaba ordeñando a una segunda humana de piel más oscura, obteniendo la leche que vertía en un cuenco de madera. Los recién llegados fueron invitados a sentarse en el suelo. El dragonut pidió en primer lugar algo comestible para «su rebaño». El khan morocanthe ofreció pasto, esparceta, raíces y frutos. La elfa se apresuró a salir de allí y llevar la comida al «ganado». El pequeño morocanthe, hijo del khan, dejó de mamar y se quedó mirando con curiosidad a Li-Wan. Se acercó al maltrecho cuerpo de la kralorí que reposaba sobre una yacija de pieles amontonadas.

—¡Pero berza! —se quejó Jan Paolo cuando vio aparecer a Shen con un cesto

lleno de forraje—. ¿Pretendes que me alimente como las cabras?

—Es el mejor bocado que hemos tenido en semanas —lo interrumpió Cráteros alegrando el rostro y frotándose las manos—. Gracias por el alimento, Shen.

—Bebed de este cubo —ofreció la aldryani—, intentaré traer más agua.

—¿Cómo? —La queja del antiguo misionero lunar resonó mientras Shen volvía sobre sus pasos—. ¡No pienso beber una gota de agua sin canalizar! ¡Ni que fuésemos patos!

La aldryani volvió a entrar en el tipi del khan.

En el corral, los humanos intentaron

disfrutar de su succulenta comilona de hierba y raíces de arbusto. Antes de terminarla, vieron a tres grandes morocanthes acercándose. Los animales cogieron a uno de los humanos, que trató de resistirse entre berridos, pero tras unos pescozones con las pezuñas quedó reducido dócilmente. Le hendieron un profundo corte en una pierna por la parte interior del muslo. Los extranjeros vieron como la sangre saltaba a borbotones de la herida. Los pastores de humanos recogían el líquido rojo en un cuenco y lo llevaban al interior de un tipi dejando al humano adormecido y tendido en la majada.

En el interior de la tienda, el pequeño morocanthe, hijo del khan, no dejaba de

examinar babeante el rostro dormido de Li-Wan. Se acercaba y se alejaba, nervioso, la tanteaba y olisqueaba con el morro. La madre hizo salir del tipi a la humana que había sido ordeñada, una vez había obtenido suficiente leche como para rellenar dos cuencos. El pequeño morocante se acercó a la madre, parecía llorar rogando amargamente.

—La comida está servida —anunció Saphir mientras colocaban frente a Susurro en la Bruma una bandeja grande con varias piezas de carne recién ahumada—. Disfrutad mientras el chamán llega. Chamán medicina siempre llega tarde.

El dragonut no lo pensó dos veces y se hizo con un tierno costillar macerado sin importar de dónde procedía la carne; tampoco había que pensarlo demasiado: los morocanthes eran nómadas y basaban su forma de vida en el pastoreo de humanos. El khan, su familia y demás invitados, se lanzaron ávidos por sendas piezas de tan sabroso manjar. Carne de lomo alto, de pantorrilla, entrañas, lengua, sesos... Susurro en la Bruma devoraba con glotonería aquellas exquisiteces cuando reparó en Shen. La aldryani permanecía inmóvil mirándolo con desagrado desde la entrada del tipi.

—Se dice que el Dragón Cósmico puede alimentarse de la esencia misma del universo —dijo masticando—, pero tú

no eres el Dragón Cósmico.

—Me repugna —aseguró la aldryani y, tras una arcada, salió del tipi—. ¡Qué asco! Voy a buscar fruta.

—¿No le gusta el menú a tu amiga? —preguntó Saphir con socarronería, sin apartar la mirada de un gran trozo de lomo—. ¿O es demasiado hermosa para compartir el alimento con nosotros y ensuciar sus pulcras manitas de elfa?

El traductor dragontino hizo caso omiso al comentario y siguió engullendo la deliciosa carne. Al salir del tipi, Shen se cruzó con tres morocanthes que arrastraban un cuenco de madera con un líquido de color oscuro, rojizo, similar al jugo de parras. El dragonut olió

perfectamente el contenido del cuenco: era sangre, sangre fresca. Vaciaron el cuenco dentro de los que contenían la leche de humana recién ordeñada.

Batieron la mezcla obteniendo un brebaje rosado. El khan fue el primero en beber un sorbo. Saphir ofreció al dragonut:

—Bebe jugo de humano. Mucho más nutritivo y fácil de conseguir en estas tierras que el agua.

Susurro en la Bruma no tuvo problemas para llevarse el cuenco a la boca y dar un sonoro trago. La cría de morocanthe seguía lloriqueando ante su madre y el maltrecho cuerpo de Li-Wan. Cuando la hembra adulta terminó de batir un nuevo

cuenco con la nutritiva mezcla de leche y sangre humana, se acercó al dragonut:

—¿Qué pides a cambió de tu mascota amarilla? Está realmente descuidada, pero mi hijo se ha encaprichado.

Tuvimos una igual, también de piel amarilla y pelo lacio.

Junto al redil donde estaban guardados los humanos, Shen se sentó a comer un pequeño fruto.

Susurro en la Bruma escuchaba en el tipi la historia de la mamá morocanthe.

—Dos estaciones hace que murió la mascota de mi hijo, la echa tanto de menos. Era una humana muy parecida a ésta, con la piel amarillita, los ojos rasgados y pequeños, y con la crin

similar: suave, negra y completamente lisa. A mi pequeño le haría mucha ilusión tener de nuevo una mascota como ésta. ¿Cuántas cabezas de rebaño pides a cambiío?

La aldryani apareció por el umbral del tipi con una ciruela a medio comer. Había visto entrar al chamán. Sintió el tacto de la lona de piel humana rozando la suya. Era mucho más suave y agradable que el recio cuero de vacas y cabras. Antes que ella, otra figura había penetrado por el umbral de la tienda. La elfa buscó en el interior al peculiar morocanthe segura de que aquel personaje era el chamán. ¿Tendría el poder de salvar a Li-Wan? Infinidad de colgantes y abalorios de hueso

adornaban su cuello, colgaban de sus orejas y de su hocico, más aún que los del propio khan de la tribu. Una capa de piel sin curtir le cubría el lomo y bajo ella colgaban dos ristras de costillas unidas a una larga espina dorsal. Se apoyaba en un fémur, a modo de cayado, para caminar. Completamente embadurnado por la pintura rojiza de algún extracto mineral coloreaba su cuerpo, hocico incluido, dibujando las runas de los espíritus benefactores de su pueblo y los que simbolizaban el poder de sus ancestros. Sin saludar, dio un gran trago al batido rosa. Después metió la pezuña en un saquito del que cayó un polvo bermejo con el que fue trazando líneas en la cara a los presentes. Saphir

fue el primero en ser bendecido con el triángulo invertido que el chamán pintó en su morro. Así continuó hasta que todos los presentes estuvieron ungidos de polvo rojizo. El dragonut también recibió los colores del chamán: tres símbolos rúnicos de origen animal. Incluso maquilló, con desgana y a base de círculos concéntricos, el rostro de la aldryani que permanecía atenta al ritual. Cuando terminó sus pinturas religiosas, el chamán comenzó a espolvorear las cenizas que había recogido de una de las hogueras consumidas en el exterior del tipi. Todos los presentes acabaron cubiertos por la ceniza que, pegada a la pintura roja, formaba un viscoso unguento. El chamán se acercó al cuerpo

tendido de Li-Wan y lo cubrió con más ceniza. Adornó su rostro con dos grandes runas desconocidas, una en cada mejilla. Empezó a soplar por todo el cuerpo mientras el resto de espectadores observaba respetuoso.

La hembra morocanthe se volvió a dirigir al dragonut aprovechando la espera:

—Te daré tres humanos a cambio del tuyo amarillo —ofreció mientras el niño morocanthe sollozaba resguardado por el cuerpo de su progenitora.

Fuera, en el redil de los humanos Man-Yurý se sentó sobre sus talones, mientras Cráteros y Jan Paolo comían, apoyando las manos en sus rodillas con

las palmas hacia abajo. A continuación formó un círculo entrelazando los dedos. Quedó recluido en sí mismo, concentrado profundamente en sus meditaciones. Ni unos repentinos jadeos pudieron alterar tan potente abstracción de su mente. Jan Paolo y Cráteros dejaron la comida buscando el origen de dichos jadeos. Varios machos jóvenes correteaban excitados, brincando y chillando. Los corrales estaban separados por sexos y todas las hembras jóvenes estaban recluidas en otra verja, justo al lado. El griterío había empezado cuando una pareja de morocanthes había introducido un gran macho en el corral de las hembras.

—Si estos hombres se comportan como

un rebaño —reflexionaba Jan Paolo en voz alta—, aquel peludo debe ser el macho dominante. Mira qué hembras tan jóvenes, tan hermosas... Cráteros, ¿cuánto tiempo hace que no posees una mujer?

El chamán produjo un leve corte vertical en la frente de Li-Wan. Escupió en un puñado de hierbas que restregó sobre la herida. Rebuznando con tono grave, empezó a dar vueltas trotando alrededor del lánguido cuerpo de la kralorí, cubierta ahora de pintura roja y ceniza. El guerrero dragonut esperaba pacientemente el milagro del brujo.

—Buena medicina morocanthe —
aseguró Saphir una vez más—. Luego tú

enseñarme buenos trucos con humanos.
Hablar como personas...

—Te daré cuatro cabezas de rebaño a cambio de tu animalita amarillita — volvía a ofrecer la mamá morocanthe, sentada frente al dragonut.

—¿Estás seguro que esto es un ritual de curación? —preguntó Shen, suspicaz, sentada al lado del dragonut—. A mí no me lo parece.

—Desconocida es la medicina morocanthe —contestó el intérprete dragontino a la aldryani—. Quieren que les cambiemos a la humana amarilla por cuatro de su rebaño.

—¿Cómo? —exclamó Shen ofendida—. ¡Ni hablar! Li-Wan no es una

mercancía.

Jan Paolo y Cráteros habían saltado la cancela de su redil y se habían colado en el de las hembras donde el macho dominante tenía sujeta a una joven. El Mariscal había seguido los pasos de Jan Paolo, remiso al principio, pues la castidad era uno de los mayores votos que Yelmalio poseía; sin embargo, una fuerza lujuriosa bullía en su interior. Estaba tan lejos de su hogar que quizá su dios no viera sus pecados.

—No es lo correcto. —Se quedó parado mirando a las hembras—. Tengo un voto jurado de castidad y doncellez. Pero estoy tan lejos... Cuando vuelva empezaré una penitencia. La cumpliré y

alejare todos los pensamientos impuros de mi alma. Ésta será la última vez que sentiré el cuerpo cálido de una hembra. Yelmalio sabrá perdonarme.

—No te preocupes Mariscal, es lícito y natural —se frotaba las manos Jan Paolo —, son hembras humanas. Hacía tiempo que no comíamos, ¿pero cuánto tiempo hacía que no yacíamos con mujeres? Vamos... No quiero que ese macho nos moleste. —Y empezó una sonora cantata mientras gesticulaba cómicamente—: «*Humanum porko guruni alájso trasfiórún metamórfo...*»

—De ninguna de las maneras —repitió indignada Shen—. Dile a estos... animales, que Li-Wan es un ser

inteligente. Y que su cuerpo no está en venta. ¡Que ni sueñen con quedársela!

En el interior del tipi el humo del incienso se había vuelto casi irrespirable, tan denso que resultaba angustioso. Shen empezaba a marearse. El chamán había llegado a un momento de éxtasis revolcándose por el suelo y escupiendo a todos los presentes.

—Esto me parece muy extraño — insistía Shen al impertérrito dragonut— y no se parece a ninguna ceremonia de curación que conozca... ¡a ninguna!

—Por favor — insistía a su vez la mamá morocanthe—, os daremos toda el agua que os haga falta para llegar a las montañas y alimento para varias

semanas.

El chamán lamía la cara de Li-Wan, restregando el morro y propinando ligeros golpes en las sienes con sus pezuñas ante la atenta mirada de los presentes.

En el corral, el macho dominante dejó en paz a la hembra con la que intentaba aparearse en cuanto el conjuro del antiguo misionero lunar empezó a hacer efecto: sus manos se transformaron en pezuñas, sus labios en hocico, su piel se pobló de duro pelaje sonrosado y al final de la espalda apareció un pequeño rabito con forma de espiral. En pocos segundos estaba convertido en un auténtico cerdo.

—Venga, Cráteros —lo alentó Jan Paolo acercándose a las hembras—, ellas también disfrutarán con esto.

—¡Esto no es un ritual de curación! — Shen estaba completamente convencida de las malas artes que los morocanthes estaban empleando. Se levantó de un brinco—. ¡Quieren el cuerpo de Li-Wan y no nos permitirán llevárnosla!

Susurro en la Bruma no hizo el menor caso. Estaba expectante, inmóvil, observando las evoluciones del chamán que hacía chocar sus pezuñas sobre el cuerpo tendido de la kralorí. De pronto, a la vez que la aldryani agarraba su arco, un morocanthe apareció en el umbral del tipi gruñendo y gritando un

discurso sin sentido para los oídos de la pequeña mreli. Todos los allí presentes, sin excepción, salieron de la tienda corriendo. El chamán dejó de revolverse por el suelo y salió. El dragonut también se había puesto en pie y se había dirigido a la salida. Pero antes, había mirado a los atónitos y plateados ojos de Shen.

—Los humanos se escapan. Alguien ha abierto el redil. —El tono era severo.

Cuando todos abandonaron el tipi, Shen vio una oportunidad única de sacar de allí el cuerpo de Li-Wan.

Cráteros volvió de un salto al corral de los machos. Tenía que avisar a Man-Yurý, ¡Jan Paolo había enloquecido! El

Mariscal pensaba que las intenciones del diplomático eran otras bien distintas, cuando entraron al redil de las hembras, tan lascivas y lujuriosas como las suyas. Se sentía sucio y avergonzado, indigno de ser un casto yelmalita. Sin embargo, al contrario de lo que había supuesto, el cónsul lunar no tenía interés por poseer sexualmente a ninguna de las hembras... o por lo menos no a una exclusivamente. Jan Paolo había recogido la larga cuerda que cerraba la verja y, sin mediar palabra, la había anudado al pescuezo de seis de las hembras. Después abrió la puerta del corral y...

—¿Y entonces, Jan Paolo se ha marchado con seis hembras? —preguntó atónito Man-Yurý.

—Me dijo que nos veríamos en el puerto Lur–Nop —contestó Cráteros— antes de coger el barco hacia el mar de Kahar. Dijo que tenía un asunto pendiente. Le recordé que nada era tan importante como la búsqueda de los Tres Soles y que debíamos...

...«Debemos seguir los designios brillantes que marca Yelm, procónsul».

«Yo me guiaré por los designios que marque la sombra de la Luna», contestó Jan Paolo alejándose con su hato de hembras en dirección a las lejanas montañas.

Una multitud alborotada de morocanthes corría en todas las direcciones del campamento, entre tipis y corrales,

agrupando a las hembras que habían escapado al levantar Jan Paolo la sujeción de la verja.

Un grupo numeroso de morocanthes husmeaba el aire, ansiosos; otros, con el hocico pegado al suelo, trataba de seguir el rastro del humano parlanchín y las seis hembras robadas. Junto al grupo de cazadores también partió el dragonut. Con un sobresalto, Cráteros y Man-Yurý oyeron a sus espaldas una voz: era la pequeña Shen haciendo señas muy excitada.

—¡Rápido! —Pocas veces habían visto hablar con tanto énfasis a la aldryani—. Tenemos que entrar en la tienda del jefe y llevarnos el cuerpo de Li-Wan.

—¿Y la medicina del chamán? —
preguntó Cráteros saltando la valla de
un brinco.

—¿Medicina? ¡Para embrujarla y
hechizarla! —respondió malhumorada la
aldryani—. No creo que el ritual fuese
una ceremonia de curación. Creo que
intentaban convertirla en otro animal
para su rebaño.

Man—Yurý fingía un falso desinterés por
cuanto estaba sucediendo con su
hermana, con «la niña que mancilló el
apellido de mi familia», como se había
referido a ella. Pero el kralorí fue el
primero en arrastrarse debajo de las
pieles del tipi del khan para colarse al
rescate.

Cuando Susurro en la Bruma alcanzó a la partida de morocanthes más avanzados, los perseguidores ya rodeaban a los perseguidos. Su intuición había sido correcta, el humano de cabeza rasurada y túnica canela tenía atadas con una soga al cuello a media docena de esclavas. «¿Por qué esclaviza seres de su propia raza existiendo los tritónidos? ¡Qué raros son los mortales!», pensó. El humano retaba con mirada desafiante a los morocanthes que acechantes estrechaban el cerco. Como si de un perro rabioso se tratase, los pastores intentaban apaciguarlo antes de echarse encima. Buscaban el momento adecuado para saltar sobre él pero ninguno se atrevía a dar el paso.

—Di a estos osos hormigueros que si no me dejan marchar los destruiré — advirtió Jan Paolo señalando con el dedo con tono amenazante.

—No renunciarán a su rebaño, son su sustento —contestó lacónico el dragontino—. A un dragón le podrás arrancar las escamas, pero nunca su oro.

—¡Son más! —se negó en rotundo el antiguo misionero—. Tengo grandes planes para ellas... mi rebaño. Nunca más servirán a estos rumiantes. ¡Hay un cambio de amo!

Bajo las telas del tipi del khan, Cráteros y Man-Yurý arrastraban el cuerpo de Li-Wan, tendido sobre una improvisada parihuela de cañas y hojas de palma,

mientras Shen se hacía con víveres y rellenaba los odres de agua fresca.

—¡Tened cuidado! —regañó la aldryani a los hombres que arrastraban el cuerpo de la oriental—. ¡Li-Wan no es un animal!

—No te quejes de la nieve sobre el tejado de tu vecino, porque la nieve se habrá posado sobre tu casa —proverbio Man-Yurý mirando a los ojos de la aldryani.

—¡No te detengas ahora! ¡Marchemos de aquí antes de que vuelvan! —insistió Shen empujando al oriental—. Las estrellas nos guiaran por la senda adecuada.

—Pues aún quedan horas antes de que

anochezca y salgan a iluminarnos — apuntó Cráteros con algo de guasa—, espero que para entonces no estemos perdidos dando tumbos por la estepa.

—Mañana, al amanecer, habremos llegado a las faldas de Shan-Shan — quiso aclarar Man-Yurý sin entender el chiste del Mariscal—, debemos encontrar un paso entre las montañas.

Los morocanthes acorralaban al diplomático del Imperio de la Luna Roja. Éste comenzó a gesticular grotescamente y a recitar un cadencioso cántico mientras agitaba sus dos brazos con grandes ondulaciones.

—Avanza solo si quieres ir rápido, pero para llegar lejos debes ir con otros —

repitió Susurro en la Bruma dos veces.

—No volveré con vosotros, pero tampoco os perderé de vista. No, no y no. —Un gesto ladino se dibujó en sus labios—. Mi momento está aún por llegar y para lograrlo me llevaré a mi rebaño.

El dragonut se giró hacia uno de los morocanthes y, con tono indiferente, simplemente dijo—: Podéis quedaros con él.

Susurro en la Bruma volvió collado abajo caminando hacia el campamento, mientras de fondo escuchaba una letanía entonada por Jan Paolo a la Luna Roja.

El resto de humanos ya había puesto rumbo a oriente, en dirección a la

barrera montañosa denominada Shan—Shan.

De todo cuanto a partir de aquel momento sucedió y de lo acontecido más tarde en Kralorela y en el Mar de la Niebla, conocido también por el nombre de «Kahar», no podemos hacernos cargo en este único tomo... quizá en otro volumen posterior.

—¿Veis aquel pico retorcido de allá? —preguntó Man—Yurý señalando con entusiasmo el colosal telón de montañas que dibujaban la línea del horizonte—. Es el Tronco de Sauce. Hay una ruta. Si nos encaminamos hacia él, a sus pies deberíamos encontrar el Paso de Sakaki.

—*Sakaki* significa «sauce» en mi

idioma —se sorprendió Shen.

—Sí, lo sé —corroboró Man-Yurý—.

El nombre lo pusieron los *kodamas* que habitan en el bosque de sauces que hay a sus pies.

Shen no supo a qué se refería exactamente el oriental.

—Mis disculpas, quise decir... elfos.

Kodamas es vuestro nombre en mi lengua. En muchas ocasiones, el Magnánimo Emperador Dragón ha ayudado a los tuyos en la defensa de ese valle.

—¿Defensa? —preguntó Cráteros intrigado—. ¿Y de qué se defienden?

—Un viejo proverbio dice que aunque

ames a tus vecinos, nunca debes levantar la cerca que protege tu casa. Los elfos custodian los pasos de las incursiones de los jinetes nómadas de Pent. A su vez, mi pueblo los ayuda en la lucha que mantienen contra los demonios que pueblan las minas abiertas bajo las montañas. El mismísimo Emperador Dragón ha intervenido en el conflicto devolviendo el dominio del valle a manos kodamas.

—Dana —pidió el Mariscal a su revitalizada ave—, vuela alto hasta que encuentres al dragón nonato, amiga mía, y guíalo hasta nosotros. Su brazo de hierro será imprescindible si dirigimos nuestros pasos hacia un conflicto eterno entre enemigos ancestrales.

—Encontraremos el paso de Sakaki si los kodamas... si los elfos, nos lo permiten. Es un camino sólo permitido para sus amigos.

—Bueno —dijo Shen sonriente, elevando una de sus verdes y musgosas cejas—, espero que éso no suponga ninguna contrariedad.